

*PIETRO UBALDI*

***DIOS Y  
UNIVERSO***

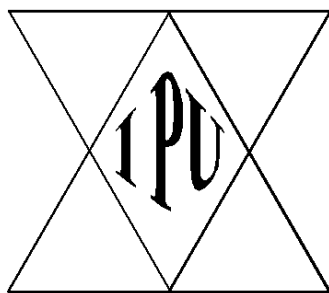
*SÍNTESIS TEOLÓGICA. SOLUCIÓN DE LOS PROBLEMAS ÚLTIMOS*

TRADUCCION DEL ITALIANO:  
NESTOR IVÁN GUERRA BOSCÁN

# ÍNDICE

- PREFACIO
- I. CÓMO HABLA LA VIDA
- II. EL “YO SOY”, ESQUEMA DEL SER
- III. EL EGOCENTRISMO
- IV. LA CAÍDA DE LOS ÁNGELES
- V. ORIGEN Y FINAL DEL MAL Y DEL DOLOR
- VI. DERRUMBE Y RECONSTRUCCIÓN DEL UNIVERSO
- VII. LA PERFECCIÓN DEL SISTEMA
- VIII. SOLUCIÓN ÚLTIMA DEL PROBLEMA DEL SER
- IX. CONFIRMACIONES EN NUESTRO MUNDO
- X. LA TEORÍA DEL DERRUMBE Y SUS PRUEBAS
- XI. HACIA LA SUBLIMACIÓN
- XII. LOS TRES ASPECTOS DE LA SUSTANCIA
- XIII. IN PRINCIPIO ERAT VERBUM
- XIV. LA ESENCIA DE CRISTO
- XV. A LA BÚSQUEDA DE DIOS
- XVI. LA ORACIÓN
- XVII. INMANENCIA Y TRASCENDENCIA
- XVIII. EL FENÓMENO INSPIRATIVO
- XIX. EL ALMA Y DIOS
- XX. VISIÓN SÍNTESIS
- PIETRO UBALDI Y SU OBRA

# **INSTITUTO PIETRO UBALDI DE VENEZUELA**



[www.ubaldi.org.ve](http://www.ubaldi.org.ve)  
[info@ubaldi.org.ve](mailto:info@ubaldi.org.ve)

## PREFACIO

En una gran curva de mi vida y de la vida del mundo, nació este libro de golpe, como una explosión. Fue escrito en veinte noches, poco antes de la Pascua de 1.951, aprovechando una bronquitis que me autorizaba al reposo del normal trabajo diurno necesario para vivir. Fue escrito con alta fiebre que facilitaba la elevación del potencial nervioso, en la soledad helada de Gubbio. Así, como aquí está registrada, la visión se me presentó, en veinte etapas o capítulos, en los silencios inmensos de aquellas largas noches invernales.

Esa explosión de pensamiento y de pasión, este libro solamente podría revelarse al aproximarse la Semana de Pascua, y después de un largo e íntimo tormento preparatorio. Bajo la fría exposición racional, con la que he querido sobre todo ser fiel a las visiones, se esconde y arde esa pasión, el ansia de lo inexplorado, el terror de asomarse solo sobre los abismos de los más grandes misterios, la inmensa fiesta del alma por el conocimiento alcanzado. En el esfuerzo aquí realizado para conquistar las últimas cimas, como coronación de la Obra, existe como una vertiginosa desesperación del alma que se siente perdida y deshecha delante del relampaguear de una concepción que no es suya, que le lanza dardos encegueciéndolo y arrastrándolo hacia los vértices del pensamiento donde todo se hace “Uno”, hacia los vértices de las sensaciones donde alegría y dolor se unifican en un mismo espasmo de éxtasis.

Este libro, que no es mío, apareció así como un relámpago para dar las soluciones de los últimos problemas, en medio de una humanidad desbandada, enloquecida con los sofismas y las sutilezas de la decadencia, mientras que la historia está procediendo a la liquidación de la vieja civilización europea. El momento es apocalíptico, pues que es la hora del juicio en el cual las almas y los valores todos de la humanidad deben ser tremendamente cribados, para que todo lo que no sea vital sea quemado. Estamos sofocados por montañas de falsedades, y la vida se rebela porque muere de hambre por la verdad. Y la verdad debe ser dicha a cualquier precio, pues que el mundo en breve será sacudido en sus fundamentos; y urge decirla anticipadamente, clara, simple, Una; urge lanzar la semilla del ideal que deberá regir el nuevo mundo del III milenio, aquel que resurgirá de la destrucción del actual.

Este es el 10<sup>mo</sup> volumen de esta Obra que desde ahora, después de haber superado infinidad de obstáculos, se desborda por el mundo y, de puro sistema conceptual, se está convirtiendo en vida. El milagro, exactamente predicho, aunque prohibido, se ha realizado: el milagro consiste en que un hombre solo, pobre, cargado de dolores,

renuncias y gran trabajo, logre vencer sobre todos y lanzar un ideal en el mundo. Ahora, en general, donde está lo humanamente inexplicable que se llama milagro, está Dios, y donde está Dios se logra llegar hasta el fondo. Hace cuarenta años que lucho con esta seguridad y los hechos cada día más la confirman. Pronto nacerá el undécimo volumen, y del duodécimo, Cristo, aquí ya están lanzadas las bases. De esta forma una Obra de cerca de 4.000 páginas será completada a través del íntimo trabajo de un hombre, para que el mundo pueda finalmente ver claro sobre todos los problemas, y en consecuencia ser inducido, por las vías de la razón y del utilitarismo, a una vida más honesta y justa; para que la fe sea demostrada y exista paz entre ideas y hombres.

He querido por esto, interrogar con un contacto reciente directo a los pueblos más jóvenes de las Américas, y los he encontrado preparados para comprender las ideas nuevas del futuro, mucho más que la vieja Europa. Por eso no debemos ahora preocuparnos si aquí estas ideas son más lentas para difundirse, y si las ediciones italianas, por las siempre mayores dificultades del ambiente, tal vez salgan con mayor lentitud. Estas dificultades locales ya no pueden detener la divulgación de la Obra que se desarrolla en el mundo. Lo importante es que rápidamente todo sea escrito y publicado, no importa donde. Pues que otras generaciones, después de otras pruebas, verán y comprenderán.

En su última carta, en la primavera de 1.951, Albert Einstein así me escribía desde Princeton, N. J., a propósito del 8º volumen de la Obra: "*Problemas del futuro*", que más habla respecto a su especialidad: "I Have studied part of your book and have admired the force of the language and the vast extension of your interests..." ("Estudié parte de su libro y admiré la fuerza de su lenguaje y la vastedad de sus objetivos"). Pero el presente volumen se fundamenta en otro terreno, al que podríamos llamar teológico, por lo tanto más allá de la ciencia actual. Por esto él es más amplio que el primer libro: "*La Gran Síntesis*". El presente lo abarca en sí como su momento, desarrollándolo sobre un terreno que la visual de "*La Gran Síntesis*", relacionada sólo con nuestro universo actual, no podía alcanzar. Con el presente volumen se podría decir que está concluido el ciclo de los grandes conceptos basilares y la solución de los máximos problemas es alcanzada. Tal vez después de este esfuerzo de racionalidad compacta, por reacción, el undécimo volumen deba asumir características opuestas, de triunfo de la vida en el espíritu y del amor en la resurrección, para alcanzar en el último volumen: Cristo, el ápice del edificio.

"A través de la vida he andado, caído y resurgido. A través de mis escritos he marchado por una larga senda de esfuerzo y de fe. ¡Cuántas etapas he superado; mi pensamiento se ha desenvuelto a través de muchos conceptos, mi pasión ha madurado a través del mucho sufrir! Al final de tanto trabajo de mente y de corazón no quedará más que una palabra, la última de tantas que fueron dichas: Cristo. Sobre esta palabra que es la síntesis suprema del conocimiento y del amor, yo me inclinaré satisfecho y feliz para

morir. Satisfecho, como quien más allá de todas las humanas ilusiones, ha reencontrado la verdad absoluta; feliz, como quien, más allá de todos los humanos dolores, ha reencontrado su suprema alegría. (Del 4º volumen: “La Ascensión Mística”. 1.939).

Aventurarse en el campo teológico podrá parecer demasiado audaz. Pero yo no puedo escoger el tema de las visiones, a las cuales solamente he registrado. Pues era necesario resolverlo todo, también estos problemas últimos, para que el sistema quedara completo. En fin, ¿por qué lo teológico debe ser un terreno prohibido? ¿Por qué la investigación debe huir de las máximas cumbres e imponerse eternamente el misterio? ¿Por qué relegar al museo de las cosas muertas ciertos problemas, sólo porque hoy se cree en la ciencia que sabe hacer descubrimientos útiles, y por qué ella no sabe plantearse tales cuestiones? ¿Las tenemos, entonces, que borrar de nuestra mente? La búsqueda de la verdad hecha con sinceridad, con fe y con respeto, no puede ser culpa. Tenemos la inteligencia para usarla y honestamente esforzarse para comprender, al menos hasta donde se pueda; hay en esto más valor, que en el adormecerse positivamente en el creer. Pues que si el mundo y también las religiones han progresado, esto ha sido también por la pasión de conocimiento que almas sedientas y aisladas han cultivado a su riesgo y con su tormento.

En relación a esto repetimos algunas páginas de G. Papini: Cartas del Para Celestino VI a los hombres, páginas que nadie ha tachado de heterodoxia:

“¿Por qué la Divina Teología es hoy tan poco popular entre los hombres? ¿Por qué la ciencia suprema, la ciencia de Dios, es hoy ignorada incluso por los no ignorantes? ¿Por qué la vemos relegada sobre todo en nuestra Iglesia, a las clases de los seminarios y a los estudiantes de los monasterios?”

¿Qué ha sucedido? ¿No aflige nunca a nuestra alma la duda de que de tan funesto desinterés la máxima culpa sea vuestra?”

“Interrogad vuestra conciencia y responded con cristiana franqueza. La responsabilidad del abandono no es toda vuestra, pero es, antes que todo, vuestra. Las cosas grandes jamás son vencidas por los adversarios, sino por la debilidad y por la infidelidad de sus divulgadores. ¿Qué uso habéis hecho de muchos siglos para acá, del patrimonio sobrenatural que os fue confiado? ¿Por qué habéis permitido que otros (....) hayan tomado vuestro lugar en la atención de los pensadores?”

“La verdad, dolorosa verdad, es que la vida ardiente y creadora del pensamiento se ha apartado de vosotros. Después de Santo Tomás (...) no habéis sido capaces de elevar una nueva y poderosa síntesis teológica...”

Desde hace demasiado tiempo no ha aparecido entre vosotros un genio que haya sabido, como los Grandes Escolásticos, conducir hacia la meta única por nuevos caminos. No habéis sabido agregar una nueva prueba de la existencia de Dios después de las de San Anselmo y Santo Tomás. No habéis sabido ofrecer una idea más profunda de la Redención después de la de Duns Scoto y no habéis sabido ofrecer el vino eterno de la verdad en odres flameantes en cáliz de más puro cristal”.

“La Escolástica ha decaído por los excesos en sutilezas verbales y por el pedantismo sofisticado de los Occamistas. Vosotros la habéis depositado descompuesta en el féretro lúgubre de la repetición. Desde hace muchos siglos, vosotros teólogos, no sois más que compiladores de sinopsis, manipuladores de manuales, registradores de lugares comunes; no sois más que tediosos comentaristas, glosadores, exhumadores, postiladores y rumiadores de antiguos textos venerados... ¿No habéis jamás pensado que las comidas recalentadas, a la larga, despiertan aversión incluso en los más golosos? ¿Qué los alimentos cocinados y servidas en las viejas ollas y con los mismos condimentos, terminaron por cansar a los más pacientes paladares? Cada siglo tiene su lenguaje, sus apetitos, sus sueños, sus problemas. Vosotros habéis detenido el reloj de la Historia en el siglo XIV y continuáis sirviendo una sempiterna sopa a los dóciles candidatos al sacerdocio, sin preocuparos por los cristianos que están fuera de las puertas clausurales y que ahora están acostumbrados a comidas más apetitosas y gustosas.... ¿Esta inapetencia obstinada que ya dura algunos siglos, se debe solamente al gusto pervertido y corrompido de los lectores modernos, o también, si no más, a vuestra fastidiosa mediocridad de capciosos repetidores? Si entre vosotros existiera una estrella de primera magnitud, bien elevada sobre el horizonte, todos la verían y la buscarían. Pero no pasáis de escuálidos cirios que con gran esfuerzo logran iluminar las tinieblas de los oratorios. Los antiguos y majestuosos “en folios” de los teólogos duermen un polvoroso sueño entre almohadones de pergamino y de piel, en los estantes carcomidos de las bibliotecas, donde raramente los laicos van a despertarlos. Las obras de los teólogos modernos son prontuarios para uso interno de los clérigos o áridos tratados....”

“Pero, ¿puede la ciencia de Dios, si quiere reconquistar el afecto de los desatentos y de los desviados, permanecer siempre sobre los escalones y las columnatas del siglo XIII? ¿No puede tener también la teología, como todas las ciencias, sus avances y sus progresos? ¿El mismo Santo Tomás de Aquino no pareció revolucionario en su tiempo, al punto de suscitar oposiciones y condenas?”

Existen todavía en las Sagradas Escrituras revelaciones maravillosas que se podrían más amorosamente develar... No es verdad que todo haya sido dicho y que tengamos que ser portavoces de los muertos. Cada siglo avanza por el camino del espíritu y posiblemente se verá, en el futuro, una teología de fulgor tan brillante... que en comparación con la por nosotros heredada, no obstante su admirable arquitectura, parecerá, a los venturosos cristianos del futuro, poco más que un esbozo, vale decir, la juzgarán como los gigantes

de la Escolástica juzgaron los primeros sistemas doctrinarios de los Padres de la Iglesia. El género humano y el pueblo cristiano fueron educados gradualmente, y por eso, ¿quién osará establecer confines de tiempo a los designios divinos y a los esfuerzos humanos? Espero con fe otra edad de oro de nuestra ciencia: nuevas iluminaciones de santos, nuevas intuiciones de poetas, nuevas interpretaciones de doctores harán de la teología, como en tiempos de antaño, la dominadora de los espíritus superiores....”

“Pero es necesario que os apartéis, teólogos, de los trillados caminos de la repetición, de la mecanicidad silogística, del pedantismo verbalístico y formalístico que hiede demasiado a rancio y a moho para las narices modernas...”

“Salí algunas veces al aire libre... no desdeñéis de aprender algo con lo no teólogos... Hoy que estáis bostezando en el mar muerto de la indiferencia y de la monotonía, os exhorto a osar... En las palabras de la revelación se pueden encontrar nuevos sentidos, posiblemente más profundos que los que ya se encontraron; a los dogmas, a esos dogmas se puede llegar por nuevos caminos, todavía más firmes que las viejas vías”.

“... de los hombres de estudio y de ingenio dependen siempre, en última instancia, las opiniones y las inclinaciones de las multitudes. Si conseguimos reconquistar las orientaciones del espíritu, veréis, luego después, que los pueblos las seguirán...”

“Bastaría una inspiración audaz y feliz para hacer converger de todos lados los sedientos. Hoy muchos tienen sed....”

\* \* \*

Así habló Papini. Hemos hecho referencia a sus palabras sólo porque, dichas por él, muy católico, son lícitas en Italia, mientras que dichas por nosotros, serían condenadas como herejes.

Aunque este libro por necesidad editorial debe salir primero en portugués en Brasil, que en italiano en Italia, sin embargo él fue escrito en Italia, teniendo presente las directrices de pensamiento europeas, que no son iguales a las brasileñas. Por lo tanto, se ha tomado en cuenta, sobre todo, el pensamiento católico. No obstante le fueron agregadas algunas páginas en Brasil, para que con imparcialidad y universalidad, fuera calando frente al pensamiento espiritualista y espírita.

En relación a este último podemos decir, a los que puedan temer que este libro no pueda ser desde su punto de vista perfectamente ortodoxo, que el presente volumen puede constituir una de las mayores pruebas de la reencarnación. De hecho, el sistema aquí



expuesto, admite y comprueba una creación de Espíritus única, los cuales precisamente por la caída, primero a través de la fase de descenso (involución), y después a través de la fase de ascensión (evolución), deben, siempre los mismos hijos de la creación única, reencarnar infinitas veces en la materia, hija de la caída, para reespiritualizarla a través de las pruebas y el dolor, hasta retornar y volver a entrar todo en Dios. Una gran vida eterna como en el origen, fragmentada después por la caída en muchas vidas y muertes sucesivas en la materia, es un elemento necesario y fundamental del Sistema, es la imprescindible condición del proceso evolutivo. El sistema está completamente regido por la columna reencarnacionista, que tan arraigada está en el corazón de los espiritistas. Esta teoría encuentra aquí, incluso si de ella no se habla explícitamente, una confirmación, una prueba, una demostración. Sin ella se caería el sistema de este volumen, así como “*La Gran Síntesis*” y toda la Obra. Y si aquí el lector encuentra conceptos que no son los que se acostumbra repetir, también sabemos que en el terreno teológico la doctrina espírita no se ha pronunciado todavía, siendo una doctrina aún en formación, abierta a nuevos perfeccionamientos que la maduren y la hagan evolucionar cada vez más.

\* \* \*

En la noche del 9 de Mayo de 1.932 registraba por vía inspirativa un mensaje privado para Mussolini, el cual fue entregado la noche del 5 de Octubre de 1.932. Él lo leyó y agradeció a través de autoridades gubernamentales. Todo está documentado, incluso en la prensa. He aquí algunas frases del mensaje:

“... se trata de ayudar al nacimiento de la humanidad nueva que surgirá de la convulsión del mundo... evita con todas tus fuerzas cualquier guerra. No hay razón humana que pueda justificar hoy una guerra que, con los modernos medios de destrucción, significaría una tal catástrofe que podría señalar el fin de la civilización europea, a través de la invasión asiática e impulsaría, al final, a la civilización a emigrar, después de tremendos cataclismos hacia las Américas...”

Otros mensajes transmitidos después, decían entre otras cosas, lo siguiente:

“...el momento histórico está maduro para grandes acontecimientos... El momento histórico ha llegado, porque hoy habla el dolor. El momento histórico es grave, porque el dolor continuará hablando, de manera tremenda, como jamás lo hizo.... La civilización europea, que es civilización cristiana, está amenazada de ruina... La presente tranquilidad aparente es la calma que preludia las grandes tempestades... El mundo hoy se juega el todo por el todo”.

Estábamos entonces en 1.932, muy lejos de aquellas condiciones mundiales que sólo hoy comienzan a verse claramente y que entonces fueron previstas con exactitud. Para quien tiene ojos para ver, el plan de Dios es evidente. Es su voluntad que en el 2.000 deba surgir una nueva civilización del espíritu, en la cual su Evangelio sea vivido seriamente, y por lo cual Cristo no haya muerto en vano. Y este momento ha llegado, anunciado hace ya 20 años en los mencionados mensajes y en otros ya publicados.

A esta meta se puede llegar por dos vías: el espontáneo corregirse cambiando de psicología, completamente integrada hoy en el amor evangélico; o continuar la trayectoria iniciada, con una guerra que podría destruir el Hemisferio Norte y su civilización. En cualquier caso el plan de Dios se realizaría: en el primero por comprensión rápida de inteligentes; en el segundo por comprensión lenta de involucionados, a través del dolor que sabe hacerse comprender por todos. La humanidad está enferma de materialismo y ahora sube a la mesa de operaciones quirúrgicas. En el 2.000 Dios habrá realizado la operación. La bomba atómica será el instrumento para liquidar la civilización materialista que la ha producido. La destrucción bélica, si el mundo escoge esta vía, será la obra de Satanás que tendrá la tarea, así como la traición de Judas preparó la redención, de preparar la nueva civilización del espíritu. El momento ha llegado para que la humanidad, con el III milenio, entre en su tercer día, con el cual Cristo resucitó; Cristo quien afirmó que reconstruiría el templo en 3 días. Así, a la vieja civilización materialista debe sustituirla una nueva civilización de tipo opuesto.

De esta manera, si la humanidad no quisiera ser lo suficientemente inteligente para comprender, será la misma guerra la que destruyendo un poco de todo, le enseñará que ella es inútil para resolver los problemas; y este será el más grande descubrimiento del siglo. El tipo biológico conductor de ejércitos, el ideal Nietzsheniano del hombre de la fuerza, hoy cada vez más desacreditado, ya aparece como un tipo fracasado y una nueva guerra lo sepultará definitivamente en el pasado reino del involucionado feroz. El nuevo hombre del comando, así como la clase dirigente, deberá ser cada vez menos guerrero y siempre más inteligente, hasta la espiritualidad.

En este momento histórico nace el presente volumen, finalizado en la Pascua de 1.951, rápidamente después de los dos volúmenes: “*Problemas del futuro*” y “*Ascensiones Humanas*”, terminados en la Pascua de 1.950. Estamos en los dos primeros años de la segunda mitad de nuestro siglo, en la cual se decidirá la suerte del mundo para el futuro milenio. Es en este momento que “*La Gran Síntesis*” es ampliada y perfeccionada hasta el terreno teológico. Y, después de haber alcanzado en los mencionados dos volúmenes la solución de problemas parciales a nosotros más próximos, es aquí ofrecida la solución de los problemas máximos, de modo de que en todo se haga la luz, porque el mundo deberá seguir pronto nuevas orientaciones y, por lo tanto, tiene necesidad absoluta de nuevos concluyentes conceptos, por mérito de los cuales avanzará. Y para saberse dirigir

es necesario un sistema de conocimiento que resuelva y concluya todos los problemas hasta el fondo. Para poderse orientar hasta la realidad de la vida, era pues necesario resolver también los problemas últimos reservados a la teología, hoy olvidados como inútiles por los espíritus adormecidos en el materialismo.

En la introducción del libro: *“Problemas del futuro”*, hemos explicado que la tercera trilogía, de la cual el presente 10<sup>mo</sup> volumen es el segundo término, es la trilogía de la sublimación; mientras que la primera fue la de la explosión y la segunda de la asimilación. He allí entonces que, después del primer momento de simple espontaneidad inspirativa, superado el segundo de replegamiento reflexivo, asistimos aquí ahora al desenvolverse del tercer momento en el cual, con siempre mayor maduración, los motivos de la primera trilogía son retomados, desarrollados, potencializados en una comprensión cada vez más profunda, de la cual ellos salen así definitivamente completados y consolidados.

Es de esta forma que el volumen *“Problemas del futuro”*, retoma y perfecciona la parte inicial, la filosófico-científica de *“La Gran Síntesis”*. Y así también el volumen siguiente: *“Ascensiones Humanas”* retoma y perfecciona el problema social, biológico, místico, desarrollando motivos que en *“La Gran Síntesis”* solamente fueron señalados. Pero para que el plano del conocimiento desarrollado en toda la Obra estuviera completo, urgía completar la concepción de *“La Gran Síntesis”* que proyecta el universo en función del hombre, encuadrándola en una concepción todavía más amplia, que proyecte el universo en función de Dios. Si aquel libro nos dice cómo está constituido el universo, es necesario explicar por qué él está constituido así y no de otra manera. Era necesario contemplarlo no solamente en relación al hombre, sino en relación a los fines supremos de la creación. Era preciso sobrepasar los confines de nuestro universo para sumergirse en el pensamiento de Dios trascendente, más allá de cualquier creación suya. Era necesario alcanzar la solución de los problemas últimos, frente a la cual la mente debe detenerse satisfecha; era preciso subir hasta la fuente de todo, hasta las causas primeras de las cuales todo deriva. Para tocar el extremo límite del conocimiento, es necesario ascender hasta el plano biológico, de modo que la visión de *“La Gran Síntesis”* resultara así comprendida y colocada en su justo lugar en la más amplia visión de *“Dios y Universo”*. El primer libro parte de la génesis para llegar al hombre. En el segundo se contempla el pensamiento y la obra de Dios incluso antes de la génesis y se alcanza la solución última del problema del ser hasta el final del espacio y del tiempo, allá donde la creación habrá alcanzado sus metas.

Todo esto confirma el carácter continuamente ascensional de toda la Obra, que en este momento quema las últimas etapas de la sublimación. El mismo método de recepción se hace más completo y profundo, y la intuición conceptual por inspiración, se convierte en visión orgánica que resuelve los últimos problemas del ser en el seno de Dios. Pero en estas primeras etapas de la III trilogía de la sublimación, primero en el terreno científico

y después en el terreno teológico, la ascensión así retomada se mantiene siempre en el plano racional. ¿Qué forma asumirá ella en el 3º y último volumen de esta III trilogía? ¿Se lanzará la visión todavía frenéticamente hacia delante, perdiendo todo contacto con la forma mental humana? ¿Se tratará entonces no ya de sublimación racional, de intelecto, sino de sublimación mística, de un incendio de sentimiento? ¿Será posible llevar más hacia delante los asomos de éste, surgidos en los volúmenes anteriores? No sabemos todavía si la maduración podrá alcanzar nuevas cimas. ¿Pero sin haber alcanzado y traspuesto éstas cómo podremos llegar al último vértice: Cristo? No podemos saber porque todavía no hemos vivido estas maduraciones. Pero lo cierto es que las trayectorias ya están trazadas en la vida del individuo como en la del mundo y todo debe marchar y madurar. El tiempo señala con su inexorable ritmo el desarrollo de los destinos.

Así este gran esfuerzo se encamina hacia su término. Estamos en las últimas notas cada vez más altas, cada vez más lejos del infierno terrestre. En el superar solo contra todos montañas de obstáculos, se ha consumido una vida, pero ha madurado un alma. Martirio de un hombre, que sin embargo se injerta en el martirio del mundo, porque una es la ley para todos: si queremos redimirnos sólo existe la cruz de Cristo. Y hoy, lo quiera o no, también la humanidad en ella está clavada para su redención. Cristo hizo su parte. Ahora nos toca a nosotros. Por encima de todas las tempestades, impasible, Dios mira y espera. La gran fuerza del Evangelio está en el hecho de que él jamás será superado, pertenece al futuro y en consecuencia no envejece; en el hecho de que él es un punto de llegada y no de partida.

A menudo es necesaria toda una generación para comprender un libro. “*La Gran Síntesis*”, sólo después de 20 años comienza a ser comprendida por el mundo. De manera que solamente una nueva generación comprenderá toda esta Obra. Mientras tanto le queda a quien la ha escrito el último esfuerzo conclusivo de acompañar su difusión por el mundo. Luego, después de la larga y trabajosa jornada, el reposo en Dios. Pero sólo así viviendo para el bien vale la pena vivir.

Ahora que el ciclo se dirige hacia su final, podemos ver como todo se ha desenvuelto con la calma de las cosas preordenadas por una voluntad superior, con una estrategia en la cual cada momento está en su lugar, en su posición justa, incluso si contiene obstáculos y caídas. Así se desarrollan estas tres trilogías siguiendo el rito de un esquema mucho más amplio: el de los tres días después de los cuales Cristo resucitó, el del desarrollo de su idea en los milenios.

La primera trilogía, explosiva, corresponde a la primera fase del Cristianismo que avanza en el ímpetu de la fe de los mártires. (Los mismos Grandes Mensajes con los cuales se inicia la Obra, aparecen en los primeros tres años que van de la Navidad de 1.931 a la Pascua de 1.933, concluyendo con el XIX centenario de la muerte de Cristo.

Después la Iglesia se consolida en la Tierra, tras tres siglos de persecuciones con la conversión de Constantino y su reconocimiento oficial, así como “*La Gran Síntesis*”, rápidamente después de “Los Grandes Mensajes”, lanza las bases científicas del sistema, partiendo de la materia. Todo esto al principio de la 1ª trilogía, así como del primer milenio.

La II trilogía de la reflexión y asimilación, representa el segundo milenio, en el cual la idea de Cristo es racionalmente desarrollada por los pensadores, es asimilada en parte por los pueblos, desciende en las costumbres e instituciones. Pero todavía Cristo duerme en el sepulcro.

La III trilogía es de la sublimación o resurrección en el espíritu. Cristo resucita. Al 3er día el templo es reconstruido. En el III milenio comienza la realización del Evangelio, hasta ahora en espera, en la vida colectiva. Se aproxima el preanunciado Reino de Dios. Entramos en la fase de la luz y del triunfo. Y con el cerrarse de la III trilogía, aparece el volumen: “Cristo”, y más allá del III milenio, el mundo se unifica en un solo rebaño, bajo un solo pastor: Cristo.

Sin duda que es extraña esta coincidencia con seguridad no pensada, por lo cual este ritmo de tres elementos se repite y retorna desde el período trienal de “Los Grandes Mensajes” (fase preparatoria), a las tres trilogías de toda la Obra, desde el ritmo de la resurrección en el 3er día y de la reconstrucción del templo, al de los tres milenios en los cuales el Cristianismo se afirma: primero en la materia, segundo en la razón, tercero en el espíritu. También Dante se encontró fundido en este ritmo en la Divina Comedia. Y la III trilogía aquí nace en la Pascua de resurrección de 1.950, año santo, en el centro del siglo, y apunta hacia el último volumen: Cristo. Pero toda la Obra no es más que un anuncio y una preparación; pues que en el alba del 3er día, Cristo romperá la piedra del sepulcro y resucitará triunfante. Y la humanidad resucitará con Él.

Gubbio Pascua de 1.951.

## I

### CÓMO HABLA LA VIDA

Escuchemos la historia de un hombre que oía la voz de todas las formas del ser y con ellas conversaba.

Un día el viento rugía enfurecido. Aquel hombre le habló y le dijo: “Detente, ¿no ves que dañás la vida? Quiebras los árboles, matas a los animales, amenazas a las personas. Modera un poco tu carrera. Nadie te impide marchar y, tan sólo con un poco de razonable calma, igualmente llegarás a tu meta, sin causar daños. En la Tierra no estás solamente tú y los otros elementos. Existe también la vida de las plantas, de los animales, de los hombres. Allí hay lugar para todos, tanto para ti como para ellos, pues que todos deben vivir”.

*Ah! El viento no podía oír la voz ni comprender los conceptos, no sabía responder. Entretanto en viento no es cosa muerta. Es energía, movimiento, tiene un cuerpo físico, aunque gaseoso, es vida. Hay, en la profundidad de todas las cosas, un oculto pensamiento que ellas ignoran y que les guía la existencia, hasta en las formas más simples de las combinaciones químicas y movimientos atómicos. A medida que el ser sube en la escala de la evolución, va tomando poco a poco conciencia de ese pensamiento.*

*Aquéel hombre sabía oír interiormente la voz de ese pensamiento, que, a través del viento, como si le hablase, le respondió:*

Y el viento a través de la voz de la vida le respondió: “Es inevitable que yo así avance, porque así estoy hecho, pues que fatal es la fuerza que me impulsa y me arrastra. Yo soy la expresión que viste esa fuerza y no se hacer otra cosa que expresarla porque ella es todo mi “yo”. Pero cuando ella quiere moderar su impulso, yo se también detenerme y me convierto en acariciadora brisa y entonces algo gozan de ella las plantas, los animales, los hombres, todo aquello que tú llamas vida y que yo desconozco. Yo soy sordo y ciego en el plano del que tú hablas, no se que cosa es sentir. Para mí sólo el movimiento es vida. Cuando me hablas de lo que experimentan esos seres, no se lo que dices, no puedo comprender el mal del que tú te lamentas que yo hago, lo de quebrar y matar”.

El hombre replicó: ¿Pero por qué no comprendes?

Y la voz de la vida respondió: “Por el hecho de que ese comprender es algo que tú debes tener porque de eso hablas, pero que yo no tengo, al menos para las cosas que tú dices.

Sólo conozco lo que se relaciona con mi existencia; solamente lo de ella y no lo de las otras. ¿Y por qué entonces tú, que parece comprender más cosas de mí, no entiende que yo no puedo saber más de mí mismo? Supongo que también tú, aunque está más adelantado que yo, no puedes saber más de lo que sabes de ti mismo. ¿No lo ves? Lo único que tengo es un alma elemental, mecánica, sin elección, sin responsabilidad y otras cosas que tú defines con nombres que yo ignoro. No soy más que un cálculo de fuerzas, una fórmula dinámica, un férreo concatenamiento de causa y efecto, como tú dirías. Te corresponde a ti, que tienes lo que yo no tengo, la inteligencia como tú la llamas, estudiar estas mis cosas que tú puedes penetrar en su estructura y significado, cosas que en verdad existen pero de las cuales yo no sé nada y a las cuales obedezco sin saber. Ignoro quien lo sepa por mí. Yo solamente obedezco. Te corresponde a ti estudiarme y comprenderme porque soy inferior a ti, no a mí penetrarte, pues eres más complejo que yo. Y para evitar lo que llamas males que yo no sé que cosa son y que tú dices que yo hago, para salvar a esos seres de los que me hablas, te compete a ti y a ellos que sois superiores a mí, aprender a saber defender, no sólo porque sabéis más que yo, sino porque eso se relaciona con vuestra existencia y no con la mía, y cada quien tiene en sí los medios aptos para pensar en la suya propia, y de ellos debe disponer. Cada quien debe aprender su lección existiendo; yo la mía, vosotros la vuestra. Y vosotros que tenéis a disposición más medios que yo, debéis aprender cosas más complejas y difíciles. ¿Estoy ocioso? Si me agito siempre, es porque también yo tengo mi trabajo que hacer, y las fuerzas que son mi alma deben resolver problemas y aprender soluciones, transformaciones, equilibrios por vosotros ignorados y que también tienen su función en el equilibrio de aquel Todo donde también vosotros estáis y del cual tenéis necesidad. Mi función en el orden de las cosas yo la cumplo, claro, a mi nivel. No podéis pedirme más.

En seguida, el viento retomó su carrera, que es la expresión de su vida, y silbando se fue por los espacios.

Entonces el hombre que oía la voz de la vida se dirigió hacia una planta que, llena de hojas y de espinas, había invadido completamente para sí el espacio libre al sol, sofocando a todas las plantas vecinas y le dijo: “¿Por qué eres tan egoísta, tan malvada y perjudicas a tus vecinos que son tus semejantes, por querer vivir tú sola a costa de su daño?”

“¿Malvada, egoísta?” responde la planta. ¿Qué significan esas palabras. Es natural que yo sólo piense en mi vida, así como los demás cuidan sólo de la suya. ¿No tengo yo que vivir? Tengo el mismo derecho que tienen los demás. ¿Y por qué tengo yo que preocuparme por ellos, si ellos no se preocupan en nada por mí? ¿Por qué tengo que dejar de sofocarlos para mi beneficio, si ellos están siempre preparados para hacerlo en mi contra, para su beneficio? Si tengo mis agujones, es porque he tenido que aprender a formarlos por mí misma, para que los animales no me coman y tus manos no me

arranquen de la tierra. ¿Cómo haría de otra manera para defenderme y hacer comprender mi derecho de vivir, sino a través de vuestro daño, que es a lo único que sois sensibles? Si quiero vivir, esta defensa es necesaria. He tenido que aprender a costa mía, que no existe para mí otro modo para vivir. Todo esto es lo que la vida, con su dura escuela, me ha obligado a aprender, y tú sabes que cada ser debe aprender su lección”.

El hombre agregó: ¿Por qué tú no tratas de comprender más allá de tu vida, también la vida de tus semejantes, para que así haya lugar para todos y todos puedan vivir?

Y la voz de la vida respondió: ¿Por ventura comprenden los demás la mía? Los demás son enemigos, rivales. El lugar al sol existe, pero para aquellos que logran vencer. Y la vida ciertamente se defiende, pero a través de mi trabajo, que yo debo aprender a vencer por mí misma. Esta es la lección que ella impone aprender. Esas cosas que tú llamas piedad y bondad, en mi mundo no existen. Existe sólo la férrea justicia del más fuerte. Él es el mejor entre nosotros y es justo que triunfe. Si tú me trasplantas hacia un ambiente protegido, entonces yo me domestico y pierdo las espinas. Pero así civilizada yo me debilito, y si tú me abandonas, muero. Puedes ver que mi ferocidad es necesaria y obligatoria, por lo menos mientras sea dejada sola y tenga que vivir por mí misma. Te compete a ti que estás más alto y tienes medios de comprensión mayor, y no a mí, hacer que existan en el mundo la bondad y la piedad. Por lo demás, yo honestamente hago mi parte del trabajo en el organismo universal, produciendo la síntesis química de la vida desde el mundo inorgánico. Lo demás exorbita de mi trabajo. Con esto cumplo mi función en el orden de las cosas; claro, a mi nivel. No puedes pedirme más”.

La voz se calló y la planta volvió a succionar su vida de la tierra y a aspirarla del aire y del sol.

Entonces el hombre que oía la voz de la vida se dirigió a un animal que con mirada ávida espiaba su presa, y le dijo: “¿Por qué este asalto continuo? Vosotros animales, sois más que las plantas tenéis la libertad de la carrera y del vuelo, tenéis ojos y oídos, olfato y tacto, muchos sentidos y posibilidades ignoradas por las plantas. ¿Por qué permanecéis en la ley feroz de ésta que está más debajo de vosotros?”

Y la voz de la vida replicó: “Si nosotros somos más que las plantas y muchas cosas más podemos percibir, no por ello somos libres de actuar. Nuestra vida acumula experiencias sensoriales, pero no tenemos como tienes tú, aquellas que llamas experiencias morales y espirituales. No somos libres para escoger, mas como ves, debemos seguir inevitablemente la ley que nos impulsa siempre por este camino y así nos hace actuar. Nos nutrimos, nos reproducimos, vivimos casi mecánicamente, como quiere una ley que no conocemos. Esta es toda nuestra vida y algo más no sabemos. ¿Qué pretendes agregarnos? Esta es nuestra experiencia, es la lección que debemos aprender. Para nosotros todo marcha bien así. Te corresponde a ti, que estás en un plano más alto, vivir en formas más altas. Puedes ver, que si tú nos agarras para vivir contigo, podemos



transformarnos un poco, domesticándonos. Pero tú sigues demasiado lejos para que nosotros podamos seguirte”.

En seguida el animal escapó para seguir su presa, siguiendo ciegamente su instinto.

Entonces el hombre que oía la voz de la vida se dirigió a un hombre, su semejante, y le dijo: “Finalmente uno igual a mí. Tú resumes en ti a todos los seres con los que hasta ahora he hablado. Tienes las férreas leyes físicas del viento, la sabiduría vegetativa de la planta, los sentidos y el instinto del animal, y una cualidad nueva más, tu libertad para escoger, el mundo moral y sus responsabilidades. Tú que lo tienes todo, ¿por qué no eres perfecto y caes en culpa?”

El hombre respondió: “caigo porque no soy perfecto. Si pecco, es precisamente porque tengo una cualidad nueva. Soy libre, puedo escoger y tengo mi responsabilidad. El animal es mecánicamente sincero en su ferocidad y no peca, porque no tiene libertad, no comprende y no sabe elegir. Su mirada no se eleva por encima de su ley simple, casi mecánica; yo la domino porque veo más alto, pero él está encerrado dentro de ella. Él está menos sujeto a error porque es como un autómatas movido por una más profunda sabiduría que no es suya, pero que todo lo sabe. Yo debo aprender a manejar un poder distinto, director, y esto implica batallas que el animal ignora. Debo vivir la Ley de Dios, no como ciego instrumento obligado por impulsos íntimos en los cuales esa ley se hace presente, mas debo vivirla por libre escogencia para llegar así a comprender la lógica y la bondad de esa ley y lograr así hacerme consciente de ella. Esta es mi experiencia y, si cada quien tiene su lección, esta es la lección que yo debo aprender. La Ley es única para todos, pero es distinto según los planos evolutivos, el conocimiento que el ser alcanza de ella. Los elementos, la planta, los animales, la aplican en grados distintos, pero sin nada saber de ella. Sólo el hombre llega a conocerla para libremente seguirla después de haberse hecho consciente de ella como instrumento, espontáneo ejecutor, porque ha comprendido que solamente en aquel orden está su bien y su felicidad”.

“Mi camino, continuó el hombre, es duro y difícil, está lleno de fatigas y peligros, de abismos que la mecánica del instinto ignora. El animal obedece ciegamente hasta la brutalidad las leyes del hambre y del amor, y no puede superarlas. El hombre incluso sintiéndolas prepotentes en sí como el animal, tiene por su superior naturaleza humana, la posibilidad que aquel no tiene de sobreponerse a ellas y de superarlas; puede realizar la catarsis biológica ignorada por el animal, aquella del héroe, del genio, del santo, del místico, aquella que lo lleva a un plano de vida todavía más alto, en el cual esas conocidas características del animal, son subyugadas y vencidas. Si en el hombre todavía sobrevive la bestia, existe en germen el ángel. El hombre sufre y lucha precisamente para desarrollar en sí este germen y convertirse, creciendo, en ángel. Esta es la fase evolutiva que me corresponde vivir. Entonces, si yo puedo errar mucho más

que el animal porque soy libre, puedo también sufrir mucho más que él para aprender una lección que él no puede en verdad conocer. Mientras la sabiduría del animal consiste en aguzar los sentidos y los medios físicos, y en esto está toda su expresión de vida, yo aguzo los sentidos y los medios morales y espirituales, cuidando cada vez más de estos últimos y menos de los primeros. Cuando el animal llega a ver y a oír más lejos, a husmear con mayor delicadeza para vencer con medios cada vez más perfectos la lucha por la vida, él con esto ha aprendido toda su lección. Yo la habré aprendido cuando llegue a ver y a oír con mayor bondad y justicia para todos, para vencer la lucha por la vida no devorando a mi semejante, sino coordinándome con él y colaborando en el orden divino”.

Entonces el hombre que oía la voz de la vida se dirigió a un ángel y le dijo: “Oh tú bienaventurado que vives en los cielos, lejos del infierno terrestre y estás mucho más progresado que nosotros, ¿por qué no nos ayudas? El animal está tan equilibrado en su ignorancia, guiado solamente por el instinto, que parece estático. Pero el hombre mientras más sube, más conciencia adquiere de la Ley, para ver mejor cuánto camino todavía hay que recorrer y lo atrasado que él puede estar en su marcha hacia la meta”.

Y el ángel respondió: “Yo estoy más adelantado que tú, pero siempre muy lejos de la perfección infinita de Dios. Y parezco bienaventurado, y lo soy de hecho con respecto a lo que es la vida en la Tierra. Te parezco bienaventurado sin fatigas y sin lucha, pero nosotros las tenemos y grandes, pero ellas son sólo por el bien. Justamente porque comprendo más que tú, mis deberes son mucho mayores que los tuyos. El inevitable devenir en el cual consiste el existir, para nosotros más cercanos a Dios, se hace cada vez más rápida ascensión. Vivimos más directamente golpeados por el rayo divino del Amor, por lo tanto, solo podemos vivir para los demás. Podemos ser felices, pero venimos a recoger en la Tierra vuestros dolores que hacemos nuestros por nuestro bien. Solamente así podemos sentir cada vez mejor a Dios. La nuestra no es una beatitud ociosa. Esta es la experiencia que nos corresponde, y si cada ser tiene su lección, esta es la lección que nosotros debemos aprender. Mientras más se asciende, mucho más nos hacemos fuertes trabajadores, porque nos transformamos en poderosos instrumentos de Dios para la realización de su plano en el universo. El paraíso se convertiría en infierno si albergara alegrías egoístas como las vuestras. Sin un continuo trabajo perderíamos nuestras cualidades, involucionando hacia formas de vida inferiores. Aquí hierve el trabajo del bien, como abajo bulle el del mal. Aquí se respira Amor, como abajo se respira odio. Somos los canales de ese Amor que recibimos de Dios para hacerlo descender hasta vosotros. Él dirige la gran armonía de la vida, la inmensa sinfonía del universo, de la cual nosotros somos las notas más altas y vosotros las más bajas”.

Entonces el hombre que oía la voz de la vida se dirigió a Dios y le dijo: “Señor, te doy las gracias por haberme dado a través de tu Amor, el supremo don del existir. Me has hecho un “yo soy”, a tu imagen y semejanza, en el seno de tu infinito “Yo Soy”. Así yo

existo en ti. Así yo canto una nota en la gran orquesta de tu universo, soy un operario aunque mínimo de tu obra, una célula, aunque mínima, de tu gran organismo”.

Mientras así oraba, aquel hombre volvía su mirada alrededor, hacia todas las formas del ser y veía las criaturas hermanas jerárquicamente dispuestas a lo largo de los grados de la evolución, cada una en su grado y lugar en el gran edificio de la creación, cada una con su función, en el orden universal, cada elemento útil en el gran organismo del Todo. Y de cada uno, según su posición, la voz de la vida le había hablado, según la ley de cada plano en el cual el ser permanece situado, mostrando así límites y deberes proporcionales. Pero contra esta fatalidad de quedar allí encerrado, el propio esfuerzo de trabajo y dolor, abre las puertas, y por este camino el ser puede salir, ascendiendo siempre más hacia la suprema alegría de lo divino. Esta es la gran experiencia de toda vida, esta es la lección que cada quien debe aprender. Lo divino tiembla en lo profundo de cada ser, y allí yace a la espera el espíritu adormecido que debe despertarse para volver a subir hacia Dios. Desde abajo hacia lo Alto, se revela siempre más evidente el animador íntimo pensamiento de Dios.

Entonces aquel hombre sintió haber comprendido el universo y abrió los brazos a todos los seres de los cuales oía la voz y les dijo: “Los estrecho a todos en mí con el Amor de Dios. Los estrecho a todos en el mismo abrazo. Subid conmigo, ascendamos todos juntos hacia él. Vosotros desde lo Alto prodigándonos amor; nosotros desde abajo prodigándolo hacia los que están más abajo para ayudarlos a subir. Y los inferiores aceptando de los mayores este su don de sacrificio y de amor, que quiere ayudarlos a ganarse con justicia su felicidad. Solamente así estrechados en un abrazo, nosotros los seres dispersos en la infinita polvareda de la forma, podremos reencontrarnos y, refundiéndonos en un solo organismo, podremos a través del Amor, reconstruirnos en el Uno, Dios.

## II

### **EL “YO SOY”. ESQUEMA DEL SER.**

Marchemos juntos a la búsqueda de Dios: ciertamente no del Dios absoluto, en su sustancia para nosotros un súperconcebible, no susceptible de definiciones, del Dios trascendente que está más allá de toda expresión suya. Él es, para nosotros los humanos hoy, lo inconcebible, lo incognoscible que nuestra mente no puede alcanzar más allá de su suprema de su afirmación en el Todo en lo cual se nos presenta, la cual dice: “Yo Soy”.

Marchemos, en cambio, a la búsqueda de Dios para nosotros concebible, porque es inmanente y se expresa en la forma, para nosotros accesible porque sensorialmente se viste de una expresión en nuestro contingente.

Observo una humilde plantita que vive solitaria al borde de un pequeño muro. ¿Qué significa esta vida, qué piensa y quiere este pequeño ser, qué pensamiento existe detrás de él, qué lo sostiene? Dejemos a un lado la botánica, la química, la estructura orgánica. Miremos, en cambio, el misterio en lo profundo del alma de esta vida. Esta plantita sabe muchas cosas. Lo deducimos del hecho de que ella los sabe hacer. Si no los sabe como conciencia despierta y reflexiva, si no los conoce conscientemente por razón y por análisis, el hecho de que ella se comporta como si los supiera, prueba que ella debe conocerlos de otro modo. Extraño modo de saber inconsciente, pero él es habitual en la vida. Pero entonces, si de una sabiduría tenemos los efectos, señal evidente que de ella nos revela su más recóndita presencia, y si esta sabiduría no resulta situada en el consciente del ser, es necesario buscarla en otro lugar. ¿Dónde? Esa conciencia solamente cubre el campo de su actividad, necesaria para experimentar para los fines de la evolución. Si todo el resto del universo para el ser individual es un océano de misterio sepultado en el inconsciente, sólo lo es relativamente a él y no en sí mismo, pues que este océano de inconsciente está formado de seres cada cual consciente de su pequeño trabajo, y el Todo funciona inmerso en una atmósfera de pensamiento que lo guía y rige.

Entonces, cuando el ser particular nos muestra saber resolver todos los problemas inherentes a sus necesidades vitales, y esto sin poder dar razón de cómo ocurre, esto quiere decir que por él sabe y piensa aquel consciente universal, que le transmite solamente la conclusión de su razonar, con un impulso del cual el ser no sabe hacer el análisis, pues que le dice en síntesis: “haz esto”. Entonces él, ignorante del funcionamiento del Todo, viene a ser un instrumento inconsciente del consciente universal que funciona por él, ella donde él no puede, ni sabe llegar. Los impulsos fundamentales de nuestra vida, tanto los que se conectan al destino individual como al colectivo que se desenvuelve en la Historia, no son un producto racional y consciente, sino que derivan del consciente universal que trabaja por nosotros, allá donde nosotros ignoramos.

Aquella pobre e ignorante plantita sabe, pues, vivir por sí misma, conoce los medios adecuados para ello, proporcionados al objetivo y al ambiente, los sabe escoger y coordinar. Ella quiere vivir. Ella quiere crecer y sabe crecer. Ella quiere reproducirse y sabe reproducirse. He allí que, observando no ya en la apariencia sensorial, sino penetrando por intuición la forma más allá de esta su apariencia, vemos un pensamiento sabio que está más allá del consciente del ser, y que afronta y resuelve problemas y tiene una voluntad decidida contra cualquier obstáculo, de resolverlos a su modo. Dentro de ese pequeño ser existe un alma, incluso si ella no es del grado espiritual que ha alcanzado en el hombre, incluso si ella no es más que la extremidad de un tentáculo que

el consciente universal y el alma del Todo proyecta hacia la periferia de su manifestación en esta individualización particular, como individuo frente al Todo, inmerso en el inconsciente.

Esta forma, pues, es un devenir continuo. De hecho, no la encontraremos jamás idéntica a sí misma, y cada tanto tiempo la veremos morir y reproducirse, y así, a través de la muerte y el nacimiento, por medio de esta renovación, siempre sobrevivir. Si la forma no puede así existir a no ser siempre renovándose, debe entonces existir detrás de ella lo inmutables, otro aspecto suyo que permanece constante, aquel sin el cual no se explica y no se rige la vida perenne de aquella dada forma a través del incesante cambiar de su devenir. ¿Y qué puede ser este otro aspecto del dualismo, inverso y complementario como lo es lo inmóvil frente lo móvil, qué puede ser frente a la forma material sino la inmaterial sino la inmaterial, su idea animadora, aquel pensamiento que tantas cosas sabe y que inmutable se expresa vistiéndose de formas mutables?

Penetremos todavía más profundamente en lo íntimo de esta pequeña planta. Vemos entonces que el punto central de ella como de todos los seres, hacia el cual todo se dirige y converge en síntesis, para después desde allí irradiarse analíticamente, el punto por el cual pasa y se manifiesta el saber del consciente universal, la voluntad de vivir, el punto que permanece constante en el devenir, es el “yo”. El hombre mismo sabe que, si ayer fue niño, hoy es hombre y mañana será viejo, y todo cambia en él y alrededor de él; la única cosa que en él jamás cambia es la existencia de este centro por el cual él se llama y se siente siempre “yo”. Mientras todo en el ser nace y muere, sólo este “yo” no muere jamás. El hecho de que él permanezca a través de tan grandes cambios, como son los que de un lactante hacen a un hombre y después a un viejo, hace instintivamente sentir la lógica de una idéntica continuación de la vida del “yo” también a través de ese otro cambio que es la muerte del cuerpo, ya que toda su vida jamás fue idéntica a sí mismo, y lo único que hizo fue continuamente morir y renacer. ¿Por qué solamente este otro cambio debería tener la fuerza para destruir aquel “yo” que se demostró tan invulnerable a cada mudamiento exterior?

Si cada forma puede existir sin deshacerse en el continuo transformismo que la constituye, resistiendo compacta al torbellino de su mutar, esto es porque en lo íntimo de cada ser está este “yo”, centro firme en la tempestad del devenir. Todo ser existe en el tiempo en cuanto dice “yo”. Lo dice el átomo, la molécula, la célula, el mineral, la planta, el animal, el hombre, la familia, el estado, la humanidad, la Tierra, el sistema solar, los sistemas galácticos, el cosmos. En el universo todo está sujeto a esta necesidad de individualización. Él está compuesto de seres diversamente diferenciados, pero que todos igualmente dicen: “yo”. De un polo al otro del ser, todo está constituido según este principio que es ley fundamental. Esta característica de la individualización, que en cualquiera de sus formas es siempre indispensable para que un ser pueda existir, es por tanto el principio a todo y a todos común, es la idea madre del universo, el esquema

fundamental del sistema. Este principio universal del “yo” centro de todo ser es la única cosa que puede mantener constante su identidad en una forma que de otro modo, no podría ya reencontrarse a sí misma y andaría dispersa en su continuo transformismo.

Es este su íntimo “yo” el que define cada forma en sus particulares características, aquella forma en la cual él concretamente realiza su expresión. Si todas las formas son distintas, esto es porque los “yo” son distintos, incluso conservando cada uno en su diversidad, la común universal característica de ser un “yo. Aquí reencontramos el concepto ya desarrollados en los anteriores volúmenes, del principio central único que en el universo se pulveriza en lo particular periférico de las formas, su manifestación. Pero queda el esquema único de la constitución del universo por individualización.

Así se explica cómo cada ser asuma una forma física, definida, con sus límites de desarrollo en el espacio y en el tiempo. Si todo esto no estuviera ya establecido en el esquema y no fuera conocido, incluso si no es un proceso consciente, del “yo” profundo que sabe, quiere y permanece idéntico a través del continuo mutarse de la forma, no habría garantía alguna de orden funcional y de desarrollo regular. De esta manera todo es típico. El universo es un edificio de “yoes” que desde un “YO” central del Todo, se pulveriza jerárquicamente descendiendo en “yoes” cada vez menores. Esto desde el infinito galáctico al infinito nuclear, un “yo” astronómico, galáctico, físico, químico, espiritual, humano, animal, vegetal, siempre este “yo” es una sabiduría y una voluntad constante, inteligentemente dirigida hacia un dado fin, que irresistiblemente tiende a su extrinsecación. Todos estos “yoes” se reagrupan por unidades colectivas desde los menores a los mayores, llegando desde las mínimas unidades atómicas-nucleares, a las máximas organizaciones galácticas, desde el simple psiquismo orientador de moléculas en los cristales, a aquel del hombre y del genio. Todos estos “yoes” sostienen cada uno su propio sistema orgánico, que evoluciona y funciona siempre en cooperación con todos los demás “yoes”. Por lo tanto, este principio no solamente conoce, quiere, se mantiene constante, sabe regir el funcionamiento individual, sino que también sabe guiar su evolución y coordinarlo con el funcionamiento de todos los otros “yo”.

Todo esto nos muestra cómo es que el universo es un Todo que, aún pulverizándose en infinitas formas o expresiones de un mismo principio central único, se mantiene orgánicamente compacto. Esto porque él está constituido según un esquema único, sobre un mismo modelo que hasta lo infinito se repite en cada unidad menor, en la cual la mayor se ramifica y diferencia hasta la extrema pulverización. Lo que hace compacto al universo es que él sea un “yo”, es el mismo principio unitario que rige compacta cada forma que, a semejanza de la máxima, es una unidad colectiva resultante de la coordinación orgánica de unidades o “yoes” menores. Así todo queda unido porque está coligado por una continua atracción de parte a parte, por una hermandad de los “yo” menores en las unidades mayores.

La observación de la estructura de las formas en el plano de nuestro contingente, nos ha llevado a la constatación de este principio universal, injertado en cada forma, en el “yo soy”. Ahora, es la observación de la estructura misma de nuestro particular, la que nos indica la estructura de lo universal. Como cada particular individualidad del ser solamente puede existir cuando dice: “yo soy”, es decir, en función de éste y como su manifestación, así la individualidad máxima del ser, vale decir, el universo, sólo puede existir cuando dice: “yo soy”, es decir, en función de éste y como su manifestación. Esto a semejanza de lo que constatamos en cada ser, inclusive el hombre, hecho que cada quien puede observar en sí mismo. Y si el “yo soy” de cada individualidad es su íntimo principio animador, si el “yo soy” del hombre es su alma, ¿quién podrá ser el “yo soy” del universo, el principio animador de la forma máxima, sino Dios?

He allí que se nos presentan comprensibles las relaciones entre Dios y el universo, en cuanto que nosotros podemos observarlas reflejadas en nosotros mismos. Dios es el “yo soy” del universo. Éste, en su aspecto dinámico y físico, es la forma que de Dios expresa el pensamiento, es como su cuerpo, de modo que de Dios nosotros podemos en las formas también ver un rostro que puede proporcionarnos en su fisionomía y expresión aquel íntimo pensamiento animador. Por lo tanto, así como nosotros buscamos en un rostro humano un alma, así como en cada forma podemos buscar el principio inteligente que en ella se expresa, así podemos ver en lo creado el rostro de Dios. Y mientras más nuestra mirada por intuición se hace penetrante, más cada forma será para ella transparente de esta su íntima sustancia espiritual. Aparece entonces cada vez más evidente que lo creado es la expresión de un íntimo pensamiento suyo, en él inmanente, en el cual la trascendencia de Dios ha descendido y permanece siempre presente. Si como trascendente Dios queda en su esencia sólo como un “yo soy” inconcebible para el hombre, como inmanente Dios, transfiriéndose a nuestro relativo con el crear, a través de la forma que él ha asumido para nuestros sentidos, es accesible a la conciencia humana. ¿Y en qué consiste la progresiva investigación de la ciencia que avanza de descubrimiento en descubrimiento, sino en continuos sondeos cada vez mayores en la profundidad del pensamiento divino? Él está escrito en el funcionamiento orgánico del universo, y quien lo estudia, busca leer en el libro donde están escritas las leyes del ser y de comprender la idea directora, el alma del Todo. El místico a su vez, es un sensibilizado que, aún sin darse cuenta conciente y racionalmente, se mueve en la misma búsqueda, aunque por vías más directas, para llegar a través de sus visiones y místicas sensaciones a la misma comprensión del pensamiento de Dios.

Si nosotros no podemos en verdad alcanzar el conocimiento del absoluto Dios trascendente, pero podemos muy bien aproximarnos al del Dios inmanente, vivo y presente en las formas que lo expresan, esto es precisamente por este esquema unitario del “yo soy”, según el cual está constituido a imagen y semejanza del caso máximo, analógicamente, todo el universo hasta los casos infinitesimales. Podemos imaginarnos nuestro universo actual como un Todo-Uno a semejanza de un espejo, que se ha

fragmentado en miríadas de pedacitos. Cada uno de estos, aunque fragmente en comparación con el Todo, conserva en lo particular sus cualidades, de modo que puede muy bien traducir y mostrar la naturaleza del Todo, no obstante que el fragmento haya caído desde la unidad global al fragmentarse. Así cada fragmento reproduce el universal esquema del ser, vale decir, cada criatura repite en pequeño el divino principio unitario, alma del Todo. En otros términos, cada “yo” con su forma, es un caso menor que repite en pequeño el motivo cósmico, nos lo narra, nos lo explica; siendo en sí un pequeño universo, nos habla del universo máximo.

No sabemos si todo esto corresponde a los principios más aceptados en Teología, Filosofía, Psicología, etc. Sabemos solamente que así cada ser en verdad habla de Dios y que según esta realidad está construido el universo.

### III

## EL EGOCENTRISMO

En este punto surgen muchas preguntas a las cuales aquí trataremos de darles respuesta, para resolver, procediendo siempre en profundidad, el problema del conocimiento de las últimas cosas.

Si el universo dice en Dios su “Yo Soy”, como toda criatura y también el hombre, ¿re encontramos, entonces, en el término máximo aquel principio de egoísmo que existe en los seres inferiores y que en el hombre es tan condenable? ¿Pero es esto posible? ¿Pero, entonces, por qué el egoísmo humano es culpa? ¿Y por qué él existe, qué significa y qué quiere? ¿Encontramos, entonces, en el principio centralizador unitario del universo, en Dios, el egoísmo máximo?

Es un hecho que sin egocentrismo, desde los sistemas planetarios hasta los organismos celulares y sociales, no se mantiene compacta ninguna unidad. Él es, pues, necesario para cada ser. Egocentrismo, sin embargo, no es exactamente egoísmo. Éste tiene más bien un sentido de centralización con ventaja individual en sentido separatista y exclusivista, un sentido de usurpación con perjuicio en los demás, necesitados o teniendo derecho sobre ellos. El egocentrismo, en cambio, tiene solamente un sentido de centralización no separatista y exclusivista, sin usurparle nada a los demás, por el contrario, con ventaja para la conservación de un organismo, la cual es también necesaria y útil para todos los elementos componentes. El Estado, un jefe de familia puede ser útilmente egocéntrico, sin ser egoísta. Si cada ser para existir debe decir “yo”, el egocentrismo es una necesidad de la existencia y no puede haber culpa en el repetir



los principios del ser expresados en el sistema del universo. Es también, de acuerdo a la Ley, que cada fragmento conserve en sí la naturaleza del esquema según el cual el Todo-Uno está constituido.

Pero entonces, ¿por qué el egoísmo es culpa? Tratemos de comprender. Egoísmo y altruismo son términos relativos al grado de extensión que el “yo” cubre con su propio amor y comprensión. Mientras el egoísmo es el exclusivo amor sólo hacia el propio “yo” y para ningún otro, un altruismo absoluto que renuncia a todo de sí mismo, que no sea ventaja para un dado ser o grupo de seres, es locura, es suicidio. Ambos extremos constituyen culpa. La virtud consiste en el altruismo razonable, en el sacrificio con ventaja para alguien, en la dilatación del egoísmo, vale decir, en el amplificar el principio del egocentrismo y no en suprimirlo. La virtud será mucho mayor, cuanto más extenso sea el campo dominado por el Amor, que es la sustancia de la Ley. De hecho, el egocentrismo máximo del sistema en Dios, no es más que un egoísmo que cubre todo el universo, dilatado así infinitamente en el amor capaz de abarcar y defender a todas las criaturas hasta considerarlas como partes integrantes de sí mismo, sacrificándose por ellas.

He allí, pues, una progresión de apertura de la dura cáscara del egoísmo en el altruismo, y esto con la evolución, que consiste sobre todo en la fraternalización que, unificando los fragmentos del “Uno”, lleva a los seres a la unidad en el centro, Dios. El egoísmo se podría entonces denominar egocentrismo involucionado, limitado y encerrado en sí mismo, y el altruismo egocentrismo evolucionado, abierto y expandido en el Todo. De hecho, el primero es separatista, disgregante, centrífugo, el segundo es unitario, centrípeto. El primero se aleja de Dios; el segundo se acerca a Dios.

Históricamente el egoísmo se explica. Resultado del fragmentarse del “Uno” en muchos “yo” menores separados y separatistas, como veremos, él es cualidad del ser involucionado, necesaria para su existencia, que en su nivel solamente sabe existir en la forma de personalidad separada y egoísta, por tanto en guerra contra todas, ignorando la superior fase orgánica que con sus semejantes lo hermanan en más amplias unidades. Este egocentrismo, biológicamente justificable, lo es sin embargo sólo por el pasado, mientras que si él trata de sobrevivir hacia el futuro, él es y será cada vez más condenado como egoísmo separatista, pues que hoy la evolución lleva a la humanidad a un más vasto egocentrismo colectivo. Es así que el egocentrismo separatista, siendo una forma biológicamente de utilidad superada, sólo podrá reaparecer como forma cada vez más retrógrada y siempre más antivital, y por lo tanto, teniendo siempre menos razón para existir en su forma exclusivista y agresiva, cada vez menos será justificado, no teniendo ya función biológica que cumplir.

Ahora, en Dios el egocentrismo representa un egoísmo tan dilatado, al abarcar en sí a todas las criaturas, a todo lo que existe, que, por lo tanto, coincide con el altruismo

máximo. Mientras más el ser evoluciona, más su egocentrismo tiende a asemejarse al de Dios, que es el egocentrismo que todo ser siente en relación a todos los elementos componente de su propio organismo, lo cual es necesario para tenerlos a todos compactos en unidad alrededor del “yo” central, alma del sistema. El de Dios es, entonces, un egocentrismo no involucionado, es decir, hecho de un egoísmo separatista y exclusivista como el de los seres inferiores, sino que es un egocentrismo hecho de Amor, que desea reforzar esta fundamental ley del ser, pues que Dios es centro, no para sujetar sino para atraer, no para absorber sino para irradiar, no para tomar sino para dar. Si a su vez los “yo” menores tienen necesidad de su menor egocentrismo para regir su sistema menor, en ese egocentrismo ellos encuentran también el límite de su ser. En ese límite ellos están encerrados, él forma el horizonte de su existencia y comprensión, y ellos solamente pueden salir de allí dilatándolo en uno más vasto, por evolución.

Esta es la íntima estructura del sistema del universo. El gran modelo es Dios, que el ser, también el hombre, debe seguir. Y si Dios es el centro del sistema que todo lo centraliza en sí, que todo lo irradia a partir de sí, las criaturas deben existir a su imagen y semejanza, vale decir, como tantos otros soles menores que irradian cuales centros de sistemas menores. Esto jerárquicamente, cubriendo cada quien según el grado de evolución alcanzado, la mayor o menor vastedad del sistema relativo a su radio de acción. Este es el modelo central, esta es la ley del sistema. Ciertamente, la criatura es libre, puede entonces ir en contra. Pero debe estar bien alerta, pues es ley también que entonces todo el sistema se vuelva en contra para aplastarla, como ocurre con un enemigo. La gran corriente de la vida, entonces, arrollará a quien quiera invertir la ruta del ser, colocándolo en el dilema: o rearmonizarse en la Ley y encausarse de nuevo por su camino, o ser eliminado. Y los saludables golpes del dolor, aunque atenuados por los impulsos del Amor, no disminuirán jamás hasta no alcanzar el enderezamiento o la destrucción. El ser es libre de incurrir en error, pero solamente para su perjuicio, y no tiene ningún poder para doblegar o anular las leyes de la vida.

He allí las razones remotas que explican e imponen el “amar a tu prójimo”, del Evangelio. Jerárquicamente, la unidad del sistema con esquemas únicos que se repiten a todas las alturas, impone que quien es más sabio y poderoso porque está más alto, debe irradiar a quien le es inferior, al que está más abajo, y que por lo tanto tiene el derecho de recibir, pero con el compromiso de irradiar a su vez hacia quien está más abajo que él, así como quien está más alto que él, más cerca de Dios. Se obtiene así, a través de la desigualdad, la justicia. De esta manera, solamente recibirá de sus hermanos mayores, quien dé a sus hermanos menores. Quien más tiene, más debe dar. Quien menos tiene, más debe recibir. He allí la perfecta justicia alcanzada con el Amor, respetando las diferencias y desigualdades que expresan la posición alcanzada por cada quien con su esfuerzo y voluntad, desigualdades por lo tanto necesarias. La perfecta justicia se alcanza sin nivelamientos forzados, los cuales pueden ser mutilaciones para los más evolucionados, y apropiaciones indebidas para los inferiores. He allí la función de la

Divina Providencia, ya estudiada en otra parte. Así se comprende el Evangelio cuando dice que no gana su vida quien la conserva egoístamente para sí, sino solamente quien la da a los demás. Recordemos que nosotros somos células de un gran organismo y que ninguna célula puede crecer y vivir sola, pensando exclusivamente en sí misma y para su propio beneficio, sino que puede hacerlo sólo en relación a los otros, para el beneficio de todo el organismo. Una célula absolutamente egoísta representa en cualquier organismo un germen revolucionario, una rebelión a la ley del Todo, una actividad peligrosa que rápidamente es sofocada por el interés del conjunto, un ciudadano rebelde al que es urgente expulsar de la sociedad.

Así es gran parte de la hodierna humanidad materialista, para la cual el egocentrismo es egoísmo separatista y exclusivista de cada quien en contra de su semejante. Y de hecho las leyes de la vida tratan de rodear a este tipo biológico como a un cáncer o tumor para destruirlo. Él quisiera con su propio egoísmo tratar de detener el libre fluir de la vida como lo desea la divina ley del Amor, y entonces la vida lo coloca en el dilema: o invertir de ruta siguiendo a la Ley, o ser aplastado por ella. El hombre moderno no conoce estos principios, actúa como una célula que quiere vivir exclusivamente para sí, aislándose, contra la corriente de todo el funcionamiento orgánico del cual forma parte. Para quien ha comprendido la vida, esto es simplemente la loca pretensión de alguien que lo ignora todo. Pero el sistema hace centro en Dios y no en el hombre, y nadie puede cambiar la realidad de esta estructura del universo. Y entonces, cuando un centro menor, haciendo uso errado de su libertad tiende a hacerse centro de todo, entonces los impulsos de todo el organismo se concentran contra él para arrojarlo fuera del sistema. Veremos dentro de poco cómo puede surgir esta actitud rebelde en las criaturas y sus consecuencias.

Así se comprende cómo el mundo de hoy, basándose en el egoísmo, esté completamente fuera del camino. Los métodos más seguidos para la conquista de la riqueza, representan también desde el punto de vista utilitario, un grandísimo error psicológico. Acumular con egoísmo exclusivista significa marchar contra la mayor corriente de la vida, por lo tanto trabajar con pérdida, significa colocarse en posición invertida, en consecuencia sólo se pueden obtener resultados negativos. Y mientras más ferozmente el hombre lucha en esta dirección, pretendiendo triunfar por este camino, más se hunde lejos de las fuentes del ser, para perderse en el desierto en el cual lo aislarán las fuerzas de la vida que huirán de él como de un apestado. Dios es amor y siempre da. ¡La divina corriente del Todo está basada en el principio del dar, y el hombre quiere levantarle en contra, como una muralla, el opuesto sistema del tomar! Entonces la muralla no detiene la corriente, sino que la corriente derrumba la muralla. ¿Nuestra economía no se basa realmente en el principio del “do ut des”? si esto se presenta como la balanza de la justicia, esto significa egoísmo por el cual yo no doy si tu no me das. Si no tienes para dar, entonces muere, que a mi no me importa. Y si no das, yo no doy. Este es el principio del chantaje. Estas son las bases reconocidas. De la economía vigente. ¿Qué

salvación pueden realizar los sistemas económicos que desde sus raíces se elevan desde estas bases, cuando en el alma humana existe tal actitud? Esta economía, frente a las más profundas leyes de la vida, éticas y espirituales, de las cuales es utopía quererse aislar en cualquiera de nuestros actos, resulta también utilitariamente negativa, vale decir, contraproducente. De hecho, el mundo económico y financiero no es más que una serie de crisis en cadena, que forman una única y perenne insaciable crisis, pues que ella no es de un particular momento o posición, sino de todo el sistema.

¿Pero por qué entonces el hombre se comporta así y no sale de esa posición falsa? Simplemente porque la gran masa humana es involucionada y no comprende estos errores psicológicos. Porque cuando se ha tomado una dirección, es difícil invertir la ruta. Y aquí se trata de la inversión de los valores evangélicos, vale decir, de colocar arriba de la escala los espirituales y en el fondo los materiales, que hoy en cambio son colocados en la cima, porque el tipo biológico actualmente dominante en la Tierra no está todavía por evolución sensibilizado, al punto de percibirlos y apreciarlos. Él corre detrás de los ficticios del mundo sensorial y del cuerpo, en vez de buscar los más consistentes del mundo espiritual y del alma. El tipo dominante no logra todavía comprender este nuevo hedonismo y apoderarse de él para su beneficio. La nueva vía es el camino del bien que actúa honestamente sin engañar; en consecuencia, primero pide el esfuerzo y después paga en proporción. El hombre ignorante queda, en cambio, más seducido por las vías del mal que actúan deshonestamente, engañando, prometiendo dar mucho, y de hecho llegan a dar algo sin pedir nada, para luego tomar lo que dieron y no dar lo prometido. La vía hecha de mentira es más atrayente para quien cree ser el más bravo porque sabe burlarse de las leyes de la vida, y de esta manera él cae fácilmente en la trampa. Cada quien atrae según su propia psicología y obtiene lo que se merece.

El hombre común, inmerso en un mar de misterios, no sabe orientarse y se detiene en los efectos inmediatos. En el altruismo él ve un sacrificio tangible, cercano, por lo tanto real. Además ve en él un peligro para sí y para los suyos, de modo que considera casi un deber agarrar lo que más pueda para sí y para los suyos. Frente al altruismo, él retrocede gritando: ¿Y quién me garantiza la vida? El asalto continuo por parte de su prójimo al que debería de amar como a sí mismo, justifica en parte esta su actitud, y hace que sea heroico el invertirla en lo opuesto. Para llegar hasta allí debe dar no solamente su sacrificio inmediato, sino que para corregirse deberá luchar solo contra toda una corriente inversa, la de la sociedad humana. *No obstante, hay una gran fuerza en su defensa, cosa de la cual en la Tierra raramente se da cuanta. El hombre altruista que, por no tener egoísmo, es despojado de todo, porque tal es el resultado de una guerra de egoísmos, para quien no ataca y se defiende, tal hombre atrae las fuerzas de la vida que acuden a fin de salvarlo. Ellas no constituyen utopía y rigen el mundo. Ellas acuden porque ese hombre personifica el mayor interés y la voluntad de la vida, que es la evolución. Pero, para comprender esto es necesaria una sensibilización moral y psíquica, que no existe en la mayoría, una precisa orientación conceptual, a través de la*

*cual se haya comprendido el funcionamiento orgánico del universo, es indispensable, en fin, la prueba resultante del control experimental de toda una vida.*

*En la realidad, funcionan innumerables fuerzas que la mayoría ignora.* Dios, para el sensibilizado por evolución, es una realidad sensible. La vía para aproximarse a él, suprema alegría, consiste en la progresiva dilatación del propio egocentrismo, a lo que hemos denominado altruismo, es decir, el fraternal amor evangélico. El cual es, por tanto, un método de ascensión hacia la felicidad, en el sentido de que él acorta la distancia entre el hombre y Dios, porque así la criatura, siguiendo su ejemplo, se vuelve hacia atrás para irradiar a las criaturas hermanas. Ahora, cuando el ser se decide finalmente a funcionar según la ley del Todo, y se expone a la pérdida privándose de lo que él tenía a favor de quien tiene menos que él, este acto pone en movimiento los impulsos del sistema y lo hace funcionar en su favor, de modo que él es abastecido y largamente compensado por lo que perdió en el dar. En otros términos, se activa el principio que quiere que quien irradia sea irradiado, y tanto más irradiado cuanto más él irradió. En principio quema el esfuerzo de poner en movimiento estas fuerzas, pero el sistema, se podría decir, es de una precisión mecánica tal que quien sabe accionarlo, una vez que lo ha comprendido y lo entiende para hacerlo actuar, puede matemáticamente contar con el resultado.

Ciertamente es necesario haber comprendido la estructura colectiva del organismo universo, la universal, la universal inmanencia de Dios por lo cual Todo “es”, la naturaleza orgánica del Todo en la cual cada individuo es parte que vive en relación y de las relaciones con las otras partes, célula que si se aísla muere. Es preciso evolucionar para sensibilizarse, de modo que se pueda percibir esta radiación del centro Dios que rige Todo el sistema, hasta en la periferia donde nosotros los más involucionados estamos y donde ella también llega. Es necesario haberse dado cuenta que la pobreza no existe en la infinita riqueza de Dios, que los bienes son ilimitados y continuamente irradiados, por lo tanto listos para saciar más allá de la medida toda posible necesidad. De este océano el ser solamente puede captar para sí, lo que le permite su capacidad receptiva, que es dada por su evolución, por su adherencia al sistema, vale decir, a la Ley o voluntad de Dios, por lo tanto, de su saber funcionar según ésta, a saber en Amor; es decir, de su saber irradiar, dar, de saber aplicar la norma evangélica del “ama a tu prójimo”. Y entonces, si sabemos hacer todo esto, es decir, irradiar, seremos en proporción irradiados, vale decir, en la medida en la cual hemos dado, seremos inundados de dones desde aquella inagotable riqueza que es la divina atmósfera del universo.

El problema está en saber accionar los impulsos del sistema, de manera que entre en movimiento esta irradiación. Si sabemos abrir las ventanas seremos inundados. Pero para ahorrarnos el esfuerzo necesario para abrirlas, al no cumplir ni tener fe, prudentemente hacemos nuestros cálculos utilitarios para nada arriesgar, nos

escondemos en un rincón, entonces nos quedamos en el cuarto oscuro y frío atesorando, disputando ávidamente con el vecino el poco de luz y calor que a pesar de todo se filtra y que allá afuera, todo lo inunda con un sobreabundante alborozo de vida. Pero así es el mundo en el cual las más grandes guerras se libran para disputarse lo que ya tenemos de una riqueza que es infinita, consiguiendo de este modo destruir también la que ya estaba en nuestro poder. Así nos encerramos en una prisión. Bastaría saber abrir la puerta para poder escapar. Pero la puerta se abre jalando hacia sí desde dentro, es decir, echándose hacia atrás. El hombre prisionero, en su ansia por escapar, no quiere retroceder, sino que quiere avanzar hacia el exterior. Piensa en todo menos en echarse hacia atrás para poder de este modo abrir la puerta. De esta manera se empeña en empujarla hacia fuera y no se da cuenta que no la abre, sino que así cada vez más la cierra y se le hace siempre más difícil la fuga. Es una locura, pero así es. Para deshacer ciertos espejismos y destruir ciertas ilusiones psicológicas, es necesaria al hombre la dolorosa elaboración de milenios.

El razonamiento del hombre actual parece verdadero, porque en parte es verdadero, al menos hasta allá donde él conoce, es decir, en su mundo concreto, que representa la periferia del sistema y que él, ignorante del resto, cree que lo es todo. Deshacer en altruismo el propio egoísmo es efectivamente una pérdida, pero sólo periférica y en un primer momento. De hecho no es una pérdida, más bien es una ganancia en un segundo momento, ya que el ser entra en comunicación con otras fuerzas no periféricas. Efectivamente el altruismo, en un mundo en el cual cualquier otro ser está preparado para quitarnos todo y aprovecharse de nuestro sacrificio en provecho propio, es evidente que, al menos en un primer momento, sea pérdida. Y lo es definitivamente para el involucionado que no está conectado con el centro Dios, en consecuencia es irradiado escasamente, quedando pobre y apartado del abastecimiento. Y dado que estamos en la periferia del sistema y que la mayoría es, por su involución, poco irradiada, la posición del prisionero de la pobreza y del dolor, sin capacidad de evasión, es lógica y comprensible. No existe remedio inmediato. Solamente hay que dejarlo en la posición que le corresponde según su grado de evolución, a la espera de que los golpes de la vida lo elaboren, hasta que comprenda el mecanismo del sistema y logre así hacerlo funcionar para su beneficio. Explicarle todo esto antes de que él madure por sí mismo es inútil, porque continúa siendo incomprensible para él, pues que no se acepta lo que no se merece conocer, porque no se ha realizado todavía el esfuerzo para conquistarlo.

Las cosas marchan de manera muy distinta para el evolucionado. Deshacer en altruismo el propio egoísmo es también para él pérdida. Pero él puede enfrentar con seguridad este sacrificio, pues que conoce la estructura del sistema, por lo tanto sabe lo que seguirá después de esta su pena. Espiritualmente él está conectado con el centro Dios y no vive solamente de la limitada vida de la periferia. Por el contrario, es precisamente este su sacrificio en el dar de sí irradiando, la fuerza decisiva que abre las ventanas que lo inundaron de sol, es solamente el difícil paso hacia atrás lo que le puede permitir abrir la

puerta de la prisión. Es este su renegar de la periferia a favor del altruismo su afirmación hacia el centro-Dios, vale decir, representa la movilización de las fuerzas de irradiación que para inundarlo esperaban este su inteligente movimiento, pues que es el ser libre el que debe encontrar la llave y con ella saber abrir el misterio, evolucionando. He allí, entonces, que en un segundo momento él es largamente compensado y enriquecido por su empobrecimiento, que se reduce a alguna pequeña pérdida en la zona periférica del sistema universo, vale decir, aquella de la materia y de las ilusiones. Nos encontramos pus, en este caso, frente a un más sabio cálculo utilitario que, a diferencia del otro, tiene la más plena satisfacción y seguridad de éxito.

He allí el razonamiento de este tipo de hombre. Él le dice a Dios: “Señor yo doy, me hago pobre en la materia, pero con esto me hago instrumento que se adhiere a tu Ley; vivo según las líneas de fuerza de tu sistema. Para el triunfo de tu Amor yo sacrifico mi pequeño “yo”. Tu sabes que hacer esto en la periferia donde yo estoy situado en la materia, significa empobrecer hasta la muerte. Pero yo no existo ya para mí, aislado, sino en la vida universal en la cual tú “estás”. Ya no me quiero sólo a mí mismo, sino solamente a ti en quien yo vivo, quiero tu Ley. Formo parte de tu organismo, soy una célula de él, una célula tuya, tu eres mi más grande “yo” en el cual ahora existo. Entonces mi muerte ahora ya no es posible. Te corresponde a ti y a tu Ley desde ahora impedirle y darme vida, y no a mi pobre defensa a la cual yo renuncié para seguir tu Ley de Amor. No es posible que, por seguirte, yo deba perder la vida. Se que ella tiene fines eternos que alcanzar y que ellos deben ser alcanzados. Ella no se puede perder en el azar y no depende de mi pobre defensa del momento. Siguiéndote yo gano la vida. Y si muero, lo único que pierdo es mi vida menor, pues que resurjo en tu más grande vida”.

*Así se comprende el Evangelio de San Juan (Capítulo XII: 24-25), cuando dice: “En verdad, en verdad os digo que, si el grano de trigo, cayendo en la tierra no muriese, queda solo; mas si muriese, da fruto”.*

*“Quien ama su vida la perderá y quien en este mundo aborrece su vida, la guardará para la vida eterna”.*

*La lucha entre el evolucionado altruista y el mundo egoísta, que no se preocupa sino de despojarlo y explotarlo, es terrible. La situación es tal que se procura, por todos los medios, eliminar al benefactor y esto exactamente por parte de aquellos a quien él desearía hacer el bien. Poderosa es la resistencia que el involucionado opone a quien procura hacerlo evolucionar hacia la felicidad y trágica es en la Tierra la posición de los benefactores de la humanidad: ¡posición de martirio! Es como querer abrazar por amor a un tigre: queda despedazado. Sin embargo la vida sólo en parte es terrena y no se agota apenas desde el punto de vista humano. El trabajo de esos hombres es misión e interesa también al cielo. Dado que a la vida, si poco interesa el individuo, mucho interesa la función que él personifica, sobre todo la evolutiva, entonces ese individuo se*

*torna sagrado y fuerzas superiores intervienen para protegerlo en el sacrificio hasta que la misión sea cumplida y se de el milagro.*

Entonces se pone en acción el movimiento de la irradiación porque el ser ya no lo detiene, sino que permite su fluir convirtiéndose en canal para hacer deslizar en el universo de criatura en criatura la divina linfa vital. Y la irradiación está lista para lanzarse allá donde el paso está libre, por los canales, y para detenerse allá donde él esté obstruido. Se convierte cada vez más en instrumento de la Ley que así siempre más nutre esos canales y los exalta, mientras ellos funcionen según la dirección de su sistema de fuerzas. Todo esto significa un siempre más amplio dar, con cada vez mayor vaciarse que aterrorizaría al involucionado, pero significa también un siempre más vasto nutrirse. Ser irradiados significa sentarse en un opulento comedor de ilimitados recursos. Y el sistema es tal que, mientras más aumenta el sacrificio del dar, más aumenta la dádiva que se recibe, pues que con esto se asciende en la jerarquía de los operarios del Señor, conquistando siempre mayor sabiduría y poder.

He allí la estupenda realidad que está más allá de las tinieblas que al hombre común esconden la verdadera estructura del sistema. El Evangelio concuerda con todo esto, concluyendo en la norma del “ama a tu prójimo”, sin dar de ella explicaciones racionales. Esa conclusión es una gran confirmación, incluso si el mundo actual, no pudiéndola comprender la considera una utopía. Además estas concepciones alcanzadas por visión con el método de la intuición, fueron por quien aquí escribe expuestas al control del método experimental por cuarenta años, sin que ellos en los hechos por él vividos, fueran alguna vez desmentidos. Si esto hubiera ocurrido aunque fuera una vez, sería muy grave, porque esos hechos hubieran desmentido el Evangelio. Ahora, puede dar mucho que pensar el hecho de que ese Evangelio que parece utopía, si es realmente vivido, se convierte en verdad tangible que no falla.

¡Horizontes nuevos e ilimitados, inexplorados continentes del espíritu repletos de riquezas ignoradas, abismales vastedades de infinito sobre los cuales el alma se asoma sintiendo vértigo! El hombre ignorante no sabe el futuro que allí lo espera. Más allá del infinito astronómico existe el más grande infinito espiritual. ¡Y sobre esta Tierra, grano de arena cósmica, por un poco de espacio o de bienes, el hombre, chispa de Dios, con qué ferocidad y estupidez mata, sin saber quien es y en qué se podría convertir!

#### IV

### LA CAÍDA DE LOS ÁNGELES



Concluido el precedente orden de conceptos, se nos abre delante otra visión. Ella se relaciona con un orden de conceptos afines y consecuentes que el lector encontrará en germen, primero en el volumen: “La Nueva Civilización del III Milenio”, cap. X: “El Problema del Mal”, y cap. XIII: “Problemas Últimos”; y luego en el volumen: “*Problemas del futuro*”, cap. IV y XVI: “*Dios y Universo*”.

En el capítulo anterior hemos señalado, sin desarrollarlo, este motivo: “La criatura es libre, por lo tanto puede ir contra el sistema”. Profundicemos aquí, ya que primero no lo hemos podido hacer, este concepto penetrando en todo su alcance y en todas sus consecuencias. ¿Cómo ha ocurrido esta monstruosa rebelión por la cual algunas células del gran organismo universo, en vez de funcionar armónicamente en él, se han puesto contra él, rebelándose? ¿Dónde se encuentra la primera raíz de esta anarquía en el orden? Importante cuestión que se conecta con el problema de la génesis del mal, con el de su presencia en el mundo y en resolución final.

Para comprender observemos la estructura del sistema. Él se basa sobre algunos principios fundamentales como el egocentrismo y la libertad. Además de esto, allí está también la criatura que fue constituida como un esquema menor a partir del esquema máximo cuyo centro es Dios. Esto por el principio ya visto de los esquemas de tipo único. Pero este gran don de Dios, por el cual la criatura fue hecha a su imagen y semejanza, constituía un poder muy peligroso si no se sabía emplear bien, pues que contenía en germen la posibilidad de un extravío, posibilidad que el ser, precisamente por esos principios del sistema, debía afrontar con sus fuerzas. Y las consecuencias, cualesquiera que fueran, debían ser suyas, pues que consecuencia del principio de libertad, en un sistema de orden y justicia, es la responsabilidad.

A quien objeta que en un sistema perfecto no debe haber lugar para la posibilidad del error, que no es una necesidad absoluta, se le puede responder que esta posibilidad está implícita en los principios señalados, es su consecuencia necesaria, y que para suprimir ésta, sería preciso suprimir aquellos, cuyo valor no se discute. Es natural que donde exista un “yo” libre, sea posible también el mal uso de la libertad. No obstante, todos aprecian su valor. De otro modo nos encontraríamos, no en un sistema de libertad sino de determinismo, en el cual las criaturas sólo serían autómatas. Ahora, Dios no creó en este sentido, sino que creó seres que comparten sus mismas cualidades. Dada pues la estructura del sistema, existe una cadena de férrea logicidad que lleva desde los principios, a estas consecuencias. La criatura, pues, debía necesariamente encontrarse frente al dilema de la elección.

El ser entonces, dada su estructura y la del sistema en el cual existía, debía encontrarse delante de la posibilidad del error. En otros términos, el ser estaba sometido a una prueba, a un examen, de cuyo éxito derivaría su posición futura, de esta manera libremente deseada por él. Ahora, que el sistema contuviera la posibilidad de un error,

no significa en absoluto que hubiese sido construido erróneamente o defectuoso. Esto es tan verdad, como veremos, que él no se derrumbó por el error ocurrido; por el contrario, es tan perfecto que contiene injertada en sí la capacidad de la autosanación. El sistema estaba por encima del error en él posible, estaba constituido de tal modo para permanecer íntegro, indestructible, ocurriera lo que ocurriera. Por eso podía permitir en su seno la posibilidad de una violación y desorden, tanto más que esta posibilidad tenía una función, esto es, la de probar al ser, dándole según el principio de justicia, si el ser superaba la prueba, el pleno derecho de adquisición de su posición de hijo de Dios, solamente después de haberlo merecido. El Creador exigía una libre aceptación del sistema por parte de la criatura, un espontáneo reconocimiento de las recíprocas posiciones en él, para poder entonces con esto conceder al ser una libre coparticipación en su Obra, como el sistema implica, algo imposible de realizar con una criatura esclava o autómata.

La prueba de la libre escogencia no fue, pues, un capricho, un azar, un error del Constructor, sino que fue parte integrante de la lógica del sistema, como necesaria consecuencia de los principios que lo constituían. La estructura del edificio de conceptos y fuerzas del sistema, la naturaleza del Creador así como la del otro término, la criatura, los objetivos a alcanzar más allá de la prueba, todo llevaba a la necesidad de que la criatura debía encontrarse sola y libre delante del dilema de la elección. La posibilidad del error estaba, pues, implícita en el sistema, no como su imperfección, preludio del fracaso, sino como elemento consciente y deseado para dados fines, como su fuerza y no como su debilidad. Veremos, efectivamente, que esos fines son igualmente alcanzados, aunque sea por otro camino, y que la obra de la creación queda igualmente como un triunfo del plan de Dios.

Los dos señalados principios, egocentrismo y libertad, comunes también a las criaturas, hacían de ellos tantos menores “yo soy” semejantes a Dios, como tantos dioses menores en función de Dios. Dios quiso a la criatura hecha así, a su imagen y semejanza. El ser que salía de él, no podía ser de naturaleza distinta a la suya. En un sistema de esquemas de tipo único, la criatura sólo podía ser un “yo soy”, centro autónomo y libre como es el Creador. Y entonces, la estructura del sistema, así como la naturaleza de la criatura, estando basados en el principio de libertad, todo lo que tenía relación con la criatura, no podía tener curso sin su consentimiento.

Existía además un tercer principio, fundamento del universo espiritual, el del Amor, por el cual Dios solamente es egocéntrico para irradiar en Amor. Dado esto, el sistema de Dios no podía basarse en la coacción, así como por el principio de la libertad no podía basarse en el determinismo, mas solamente podía apoyarse en la espontánea adhesión. Dios, en cuanto es Amor, no podía querer a la criatura forzosamente prisionera en su Amor. Él se limita a atraerla. He allí una nueva característica del sistema, la de solamente poder admitir por parte de la criatura una correspondencia de carácter

espontáneo, sin la que no puede existir el Amor. No es posible gravitar hacia Dios por amor forzosamente. He allí como todo el sistema, también por este principio, imponía la elección, cual paso obligatorio para la valoración del ser que debía, antes de ser aceptado, conquistar su pleno derecho demostrando libremente haber comprendido, de aceptar y querer corresponder al Amor de Dios. También bajo este aspecto, la prueba responde a una lógica perfecta, pues que el Amor, si quiere ser tal, solamente puede ser espontáneo.

Comprendida la necesidad, la lógica y la utilidad de la prueba, observemos como se comporta el ser en este momento supremo. He allí a la criatura, sustancialmente espíritu, chispa de Dios, apenas salida del Padre que en su seno la ha generado. Ella mira hacia el Centro del cual derivó por acto de Amor, al cual debe su existencia. La estructura del sistema impone un respeto de parte suya hacia ese acto, la correspondencia de un recíproco acto con el cual esa criatura, por su libre aceptación, confirma o reniega, como quiera, permanece en el sistema o de él se desliga, se coloca en él o fuera de él, y con esto ella misma, libremente, como quiera, define su posición. El Creador respeta tanto la libertad que él ha querido dar a la criatura, haciéndola a su propia imagen y semejanza, que somete su obra de Creador a la libre aceptación por parte de la criatura en lo que a ella respecta, la cual lo convalide, a semejanza del consentimiento necesario por ambas partes en un contacto bilateral. Sólo cuando la criatura libre haya querido decir: “sí”, la creación estará completa, perfeccionada hasta en este su último momento, en el cual el ser es llamado con el consentimiento que subscribe, a colaborar. Parece enorme, absurda tanta bondad. Pero esta es la estructura del sistema, así lo quiere el Amor de Dios.

He allí al ser delante de Dios. Apenas creado, todavía no ha hablado. Debe decir ahora su primera palabra que Dios le pide en respuesta a su acto creativo: la palabra decisiva. Dios le habla primero: Mira, oh criatura, lo que tienes delante de ti. Yo soy el Padre quien te ha creado. Te he querido hacer de mi misma sustancia, un “yo soy”, centro, libre como “Yo Soy”. Te he hecho grande con mi grandeza, poderoso con mi poder, sabio con mi sabiduría. He hecho esto espontáneamente por un acto de Amor hacia ti, criatura mía. A este acto mío le falta solamente un último toque para ser perfecto y él debe nacer de ti. Esto espero de ti y que lo hagas en plena libertad. Te ofrezco la existencia como un gran pacto de amistad. Él está basado en el Amor por el cual te he creado y al que debes tu ser. Puedes aceptar o no mi Amor. Todo pacto es bilateral, toda aceptación de amor debe ser espontánea. Es absurda una correspondencia de Amor forzada. Escoge. Has visto lo que he hecho por ti. Te precedo con el ejemplo. Tú me ves. Observa y decide. Cualquier presión de mi parte haría de ti una criatura esclava, y yo te quiero libre, porque tú debes asemejarte a mí. Para que yo te pueda amar como quiero, tú debes ser semejante a mí. No se puede pedir amor a un esclavo, solamente forzada obediencia. Esto está fuera de mi sistema, sería su ruina. Ven, pues, a mí. Corresponde a mi Amor que te llama y te atrae. Confirma mi obra con tu aceptación. Por tu libre escogencia acepta, entra y coordínate en mi sistema del cual Yo soy el centro; subordina

tu “yo soy” menor al “Yo Soy”, al Uno-Dios, supremo vértice que rige el Todo. Reconoce el orden del cual yo soy el jefe, promete obediencia a la Ley que expresa mi pensamiento y voluntad. Por Amor te pido, pues que eres mi hijo, que me retribuyas el Amor por el cual te he generado”.

Después de estas palabras, por un instante quedó suspendida la respiración del universo, mientras las falanges de los espíritus creados oscilaban en cósmicas ondulaciones. He allí que el ser observa y piensa. Siente en sí el poder que le viene del Padre, una inmensidad que lo hace semejante a Dios. Él es libre, cual “yo soy” autónomo y señor de su sistema, de sus fuerzas y equilibrios interiores. Esta su propia estructura en la cual está connaturada esta divina grandeza lo impulsa a repetir en sentido autónomo, separatista, el egocentrismo que le proviene en sí del “Yo Soy” máximo, de Dios.

Pero por otro lado existe otra fuerza, opuesta, antiegocéntrica, tendiente a neutralizar la primera, y es el Amor. Él se manifiesta como una silenciosa atracción que se impone por bondad. Quien ha comprendido este llamado, verdaderamente ha comprendido a Dios.

Las dos fuerzas tan distintas mueven las falanges de los espíritus. Cada quien las introduce en su balanza y dentro de sí las pesa. Bello es el Amor pero implica una renuncia llena de dolores, una renuncia a la plenitud total del “yo soy”, implica obediencia, el reconocimiento de una posición subordinada. He allí el peligro tentador: exagerar en un juicio la propia semejanza con Dios y extralimitarse en una pretendida identidad. Tomar así, en vez de la vía del Amor, coordinándose en obediencia en el orden, la vía opuesta; reforzar más la autonomía, en vez de coordinarse, reforzar al propio “yo soy”, hacerse la criatura aisladamente centro del sistema con su propia ley. Imitar a Dios solamente para superarlo. Responder al dulce llamado del Amor con un grito de desafío: “¡No, Dios! ¡Yo la criatura soy más grande que tú! ¡Yo soy Dios, no tú!”

Entonces muchos de los Dioses menores, hechos de sustancia divina, libremente decidieron convertirse en Dioses mayores, iguales a Dios. La elección por parte de muchos seres se hizo y el universo sacudido hasta sus fundamentos que están en el espíritu, tembló, se convulsionó y parte de él se derrumbó involucionando en la materia. Pero no ocurrió así para todos los seres. La balanza sobre la cual posaban los dos impulsos, para otro conjunto de espíritus se inclinó hacia el lado del Amor, en vez de hacia el lado opuesto de la rebelión por orgullo. Éstos reconocieron la superioridad de Dios y se fundieron en su orden, convirtiéndose en sus colaboradores, por haber libremente aceptado y correspondido. Los otros no reconocieron su supremacía, se apartaron de su orden, convirtiéndose en los destructores. Ellos no quisieron aceptar y corresponder. Su jefe fue Lucifer. Y ellos se precipitaron fuera del sistema en posición invertida, y esta será la característica de toda su existencia.

Es cierto que la caída se debió a la falta de conocimiento de las consecuencias de la revuelta, pero es también cierto que la criatura no podía ser omnisciente, igual a Dios. Se podría objetar entonces, ¿si ella ignoraba, cómo se le puede imputar la culpa de haber caído? Dios debió haberla dotado del conocimiento suficiente para comprender anticipadamente las consecuencias de la desobediencia, de modo que no incidiera en ella. A tal objeción se puede contraponer que la criatura así había seguido a Dios únicamente en su egoísta interés, para ahorrarse el daño y no por amor. Ahora, un acto de aceptación tan fundamental en el sistema, no podía basarse en un interés nacido del egoísmo, es decir, en un principio que está en las antípodas de aquel que rige a todo el sistema, como es el Amor. Él debía resultar de una espontánea adhesión por amor, al comprender la bondad del Creador. Lo fundamental que es el principio del Amor en el sistema, lo prueba el hecho de que el mismo Dios, en su aspecto inmanente, ha seguido al sistema desmoronado para reconstruirlo, nunca abandonado a la criatura por más injusta y rebelde que haya sido. ¡Y Dios lo único que le pedía era una prueba de Amor! Los espíritus obedientes la dieron, estando iguales en conocimiento a los espíritus caídos.

Se iniciaron de esta manera dos vías opuestas en el ser que lo distinguen. Por un lado el orgullo, el mal, el dolor, las tinieblas el caos, y debido a esto la creación y vida en la materia; por otro lado la obediencia, el bien, la alegría, la luz, el orden y la vida perfecta como puro espíritu. La caída es la involución, de la cual se asciende redimidos por el esfuerzo de la evolución, absorbiendo el mal en el dolor, elaborándose en el macerarse con la experiencia de la vida, desmaterializándose y espiritualizándose en la ascensión hacia Dios para reencontrarlo. Pues que él no abandonó al ser decaído, solamente le dijo: “Has destruido el espléndido edificio. Pero tú sigues siendo mi hijo. Debes reconstruirlo todo con tu esfuerzo”.

\* \* \*

En este capítulo hemos usado la expresión: “Caída de los Ángeles” porque es tradicional y de más fácil comprensión. Sin embargo, es bueno aclarar que esta es una expresión antropomórfica que reduce el fenómeno en las dimensiones inferiores de la materia. No obstante, aun siendo depreciable, es necesario el antropomorfismo que, si tiene el defecto de desfigurar el verdadero rostro del fenómeno, tiene el valor de acercarlo a nuestro mundo tan diferente. Debemos, entonces, aquí tomar en cuenta que el término: “Caída de los Ángeles”, representa una reducción de la realidad en la medida tanto más limitada de la psicología humana. De hecho el fenómeno ocurre en planos de existencia tan altos, que para nosotros quedan relegados en lo superconcebible, ocurre en dimensiones en las cuales nuestras representaciones de espacio y tiempo no tienen ya sentido. La imagen que hemos tenido que escoger representa, pues, una mutilación y no

una representación de la realidad. Si tuviéramos que explicar a un hombre inculto un concepto abstracto, un proceso matemático, un desarrollo filosófico o algo semejante, estaríamos obligados, si queremos hacernos comprender, a presentarlo todo revestido así de formas materiales, a usar expresiones muy concretas para adecuarlas a la psicología del hombre que nos escucha, y los conceptos originarios resultarían tan deformados, que se harían casi irreconocibles. Mucho más esto es verdadero en relación a “La Caída de los Ángeles”, dada la gran altura del fenómeno y su distancia de nosotros. Sin embargo era necesario adaptarse a la mente humana, si se quería aún dar una expresión al fenómeno, llamándolo así: “caída”. Pero después explicarnos su significado de desmoronamiento de dimensiones provenientes de un punto de partida que, estando situado en planos altísimos, en su sustancia escapa completamente a nuestra comprensión.

## V

### **ORIGEN Y FIN DEL MAL Y DEL DOLOR**

Estos conceptos no están fuera de nuestro mundo. El universo, repetimos, está hecho de esquemas de tipo único, por eso encontramos a cada momento y en todo punto el esquema mayor en el menor, pero adaptado a los casos particulares. Todo hace eco y se repite en el universo, y el eco de aquel primer acto del ser no se ha apagado y revive en las formas de la vida que continúa marchando por la vía entonces iniciada y trazada. El así llamado “pecado original”, la ingesta del fruto prohibido del árbol del bien y del mal, no simboliza el acto sexual que también es necesario a la vida, sino que simboliza el deshacerse del Amor espiritual en el amor carnal, del cual lo único que deriva es una génesis falsa, siempre preparada para derrumbarse con la muerte. Pero aquel pecado significa un hecho mucho más central y más grave, vale decir, la rebelión contra Dios. Fue instigado en verdad por Satanás, el ángel decaído que quiere reforzarse con la conquista de nuevos prosélitos ligándolos a su sistema de rebelión. El pecado de Adán no fue más que una particular continuación del proceso de degradación ya iniciado, una consecuente caída del hombre arrastrado por Satanás en la caída de los ángeles, una imitación que prolonga el fenómeno a semejanza de la desintegración atómica en cadena.

Los motivos de la gran caída sobreviven todavía en la Tierra. Ellos se injertaron en la naturaleza del ser, que de esta manera se tornó corrompida y falaz. La génesis del mal y de nuestros dolores, debemos buscarla en el tremendo derrumbe que siguió a la rebelión, derrumbe del cual ahora tenemos que levantarnos, reconstruyéndolo todo en nosotros y alrededor de nosotros, con nuestras manos fatigadas, en ese gran trabajo que se llama evolución. Por lo tanto, en nuestra vida el fenómeno de la caída de los ángeles no ha

quedado distante y extraño, sino actual. Ese fundamental motivo psicológico de desorden quedó siempre vivo en nuestra forma mental. Todos nosotros comprendemos lo que es la ley y que sería lógico, justo y útil seguirla por el interés colectivo y, en consecuencia, por el interés individual. Sin embargo, sentimos la tentación de rebelarnos, de engañarla siguiendo los atajos que por el camino más corto nos lleven donde queremos. Esto sin duda es seguir una ley de la vida, la del mínimo medio, pero hay que seguirla con inteligencia, teniendo en cuenta la estructura del sistema en el cual cada “yo soy”, se valoriza solamente en función del “Yo Soy” centro-Dios. Y el hombre actual, así como el primer ángel rebelde, egoísta centralizador de todo su “yo”, preocupado sólo por el tiempo de sí mismo separadamente, realiza el idéntico proceso de inversión del sistema, con la consecuente inversión de sí mismo y finalizando con el matarse en las guerras, en la destrucción, en el dolor.

De esta manera somos llevados a valorizarnos como “yo” independiente y no como “yo” en función orgánica con el Todo. Y esta es la exacta repetición de la primera rebelión. La actitud de los elegidos, en cambio, es precisamente lo contrario, de completa adhesión a la voluntad de Dios, siendo su primera característica la obediencia al orden. Este tremendo instinto del “yo” al cual se tendría que sobreponer el control dado por la obediencia a la Ley de Dios, el hecho de que se deje, en cambio, explotar en rebelión, ¿no es también para el hombre en la Tierra la mayor causa de tantos males? Y así como en las manos de los primeros rebeldes se fragmentó el orden en caos, así todo continúa despedazándose en las manos del hombre, por lo cual el mismo proceso se va repitiendo en el tiempo con el mismo resultado de destrucción. Y si se quiere subir hacia el orden, reconstruyéndose en la unidad del sistema, es necesario siempre saber dominar este “yo” egoísta y prepotente, encuadrarlo en el orden coordinando sus funciones en el Todo, es necesario enderezar su originario acto de rebelión, colocándolo nuevamente en la obediencia a los planes de Dios, porque sólo así en obediencia a su orden es posible de nuevo unir laboriosamente uno a uno los pedazos del edificio desmoronado, para reconstruirlo en su grandeza.

Este esfuerzo de tener que reconquistar el paraíso perdido, es justamente la condena de nuestra humanidad. Justa condena pero también saludable remedio, vía de salvación para la criatura ingrata a la cual, con ayudas de todo tipo, el Amor de Dios le ofrece la posibilidad de la redención. En el fondo de la naturaleza humana existe la tragedia de la caída, por la cual el alma, chispa de Dios, descendió a las ilusiones de la materia y de los sentidos, en un cuerpo vulnerable a todo, en un ambiente ingrato en el que hay que labrar con esfuerzo el progreso, con una mente limitada que lentamente debe saber reencontrar el conocimiento que una vez poseía del pensamiento de Dios. De allí el tormento de la insaciabilidad que revela en el instinto humano el anhelo por el gran bien perdido, el afán de la maceración evolutiva bajo el continuo martillar del dolor, el ansia por crear, y esto sobre arenas movedizas de un mundo donde todo es caduco. He allí la razón por la cual hay que vencer la ignorancia con el esfuerzo del pensamiento, con los

descubrimientos científicos, con el sacrificio de los mártires. He allí la revelación de Dios que viene a nuestro encuentro inspirativamente, permitiendo así que se rasguen un poco los velos del misterio. He allí a Cristo, el más perfecto hijo de Dios, que se hace hombre en nuestro dolor para enseñarnos el camino de la redención.

De esta manera todo se explica, la lucha por la selección, las guerras, las enfermedades, las desgracias, el odio, la mentira, todas las traiciones de las cuales está hecha la vida. Nuestro mundo tiene impresa la fisionomía que revela la estructura del sistema derrumbado. Aquí cada individualización reproduce el originario motivo invertido, por el cual cada “yo soy” está contaminado en su íntimo por el principio opuesto, negativo, destructivo del “yo no soy”. Él todo lo corrompe. Aquí lo incorruptible se ha fragmentado completamente en lo corruptible. Permanece el originario principio jerárquico pero falseado, ya que a él no corresponden los valores intrínsecos. Fue la rebelión originaria lo que sembró en el ser este germen maléfico que continúa viviendo de su vida. Así en nuestro mundo la negación está injertada en toda afirmación, la muerte se ha desposado con la vida, la enfermedad está anidada en todo cuerpo sano, la destrucción es el final de toda construcción, el mal corrompe al bien y Satanás por todas partes se infiltra, buscando traicionar a Dios. El motivo de la caída de los ángeles y del pecado original se repite a cada momento entre nosotros, en nuestra vida cotidiana. No se trata, entonces, aquí de elucubraciones filosóficas sobre hechos distantes que no se relacionan con nosotros. Sólo la evolución, ascensión de la materia al espíritu, puede sanar la gran herida, desvincular al ser del cerco del mal deseado; pero este es un camino largo y doloroso. Solamente así todo se resuelve y se explica el porqué de nuestras posiciones actuales, pero de ellas únicamente se sale sufriendo para ascender.

He allí los orígenes del mal y del dolor. El rostro de la criatura ha quedado marcado por esta señal funesta y continúa sangrando después de su primer choque contra las columnas del sistema. El ser ha decaído, pero ellas no se derrumbaron. La Ley permaneció intacta y el dolor se convirtió en el signo del alma rebelde. Él está allí para recordarle su gran tragedia. Ella quisiera olvidar abandonándose a su originario instinto para la felicidad que aún no se ha apagado. Pero entre ésta y ella existe una nube que solamente un largo trabajo de reintegración podrá disipar. Quisiera reposar y el dolor la agujonea y la llama a la dura realidad y entonces, sólo entonces ella se despierta y se pregunta: ¿por qué? ¿Por qué nacer, existir, sufrir? Quien goza y está bien no se pregunta nada y se queda durmiendo en la inconsciencia. He aquí que después de su génesis, el dolor desempeña su función como instrumento de evolución. La misma culpa ha generado el remedio, la enfermedad parió su propia medicina. El dolor que nació de la rebelión oprime y humilla, induciendo a la obediencia a la Ley, sanando de nuevo al ser. Duro pero saludable dolor que los involucionados maldicen porque no han comprendido su función creadora y que los santos abrazan, no por loco masoquismo, sino porque es para ellos la escalera por la cual subir. Saludables son los latigazos que impulsan al trabajo benéfico para la reconquista del paraíso perdido. Hablamos también



del dolor de todo el universo, y no únicamente del dolor de la Tierra, de ese dolor cósmico del cual el de la humanidad no pasa de ser un átomo y un instante, de ese dolor del cual el mismo Dios, identificándose así por Amor entre sus criaturas, quiso formar parte. Fue así que el Padre envió a la Tierra a Cristo, para que diera con su sacrificio a la humanidad el mayor impulso de redención. Primero la rebelión que originó el mal, después el dolor del mundo como su medio de recuperación, la ayuda de los Alto en este duro camino, la redención obtenida a través del sacrificio que nos enseñó Cristo. He allí los conceptos conectados en cadena que confirman estas teorías.

La humanidad está recorriendo hoy su camino de retorno. Sólo así se puede comprender el concepto de redención y el significado de la venida y del sacrificio de Cristo en la Tierra, motivos tan centrales en la historia de la humanidad. Solamente así se puede comprender como nunca, porqué el dolor salva y el sacrificio redime, y por qué, entonces, era necesario que Cristo sufriera. Su ejemplo nos indica con evidencia, que el camino de retorno únicamente se puede recorrer de esta manera. Con su pasión Cristo ha querido, frente al Padre, tomar sobre sí el peso de la corrección del primer error de la rebelión. En esto podemos ver cómo Dios continúa estando activo y presente en la historia del mundo.

La psicología, no rara, que ve en el mal y en el dolor los índices de un sistema fracasado, un error del cual acusar al Creador haciéndolo el único responsable, nace precisamente del punto de vista representado por el “yo soy” que, estando en posición invertida, ve las cosas en esa posición. Psicología corriente que vemos en la vida común, por la cual cada quien casi siempre trata de encontrar la culpa, la causa de todos los males en los demás, pero nunca en sí mismo. El hombre conserva su originario instinto irrefrenable para la alegría, pero en un Sistema invertido que, por lo tanto, lo único que le ofrece es dolor. Él no comprende el por qué, pero siente el tormento de esta negación. No sabe la causa lejana y se ensaña inútilmente contra las próximas, incapaz de ver más lejos. Sólo comprende que el dolor hierde y se agita confusamente en las tinieblas en las que ha caído. Busca y no encuentra. Ni siquiera sabe que la salvación está en la ascensión. Está obligado a evolucionar, es encausado por el destino por pasos obligatorios, ligado a la dura experiencia de la vida, cargada de alegrías para atraerlo hacia lo Alto y de dolores para alejarlo de las regiones inferiores. Quisiera adaptarse a este infierno para reposar, pero no le dan tregua por un lado la insaciable ansia de alegrías, y por el otro los incesantes golpes del dolor. Y es imperioso evolucionar.

La sensación de fracaso del Sistema es dada no solamente por la propia posición invertida que hace ver las cosas invertidas, sino por la inmersión real en un mundo invertido, satánico. Él, en el plano de la materia, está sensorialmente más cercano que el otro, él que quedó derecho, al divino. Los esfuerzos por subir concluyen muy a menudo en resbalones, en dar más pasos hacia atrás en un terreno movedizo, traicionero, en el cual el pie no encuentra apoyo y la voluntad se despedaza. Es el esquema de la primera

caída que hace eco en cada recaída actual nuestra, tendiendo a repetirse hasta el infinito. Y entonces se dice: “La redención del mal es una utopía, el dolor es inútil, jamás subiremos el monte de la perfección”. Y se llega a esta conclusión: “Es inútil intentarlo. El Sistema fracasó definitivamente. La Obra de Dios está mal hecha porque contiene un irreparable error de construcción”.

Pero si el hombre supiera escuchar la voz de Dios, oiría esta respuesta: “Anda criatura, puedes pecar y negar lo que quieras, ya que eres libre. Pero el tiempo del bien y de mi Amor, es decir, a la realización de un plan igualmente se llegará. Pudiste preferir, como hicieron muchos espíritus, la vía corta de la libre aceptación y te encontrarías ahora unida a mi alegría. Pero preferiste escoger la vía más larga. No importa. Has querido de esta manera la génesis del mal y del dolor, haciendo de ellos tu triste herencia. Igualmente a mí llegarás. El resultado final no cambia por esto. Yo me mantengo siempre como centro del Todo y tú no te evadiste del Sistema, pues que ningún escape es posible. Te has invertido a ti mismo, no al Sistema. Pero tú sigues siendo mi hijo y puedes enderezarte. Esto es lo que trato de hacer induciendo a la criatura libre, para lo cual uso dos medios: el dolor y el Amor”.

“Nada se ha perdido. Puedes reconquistar tu antigua posición. Solamente tienes que sufrir, lo que no sólo es justo, sino también benéfico porque sufriendo comprenderás. El dolor te abrirá los ojos, una larga y dura experiencia te obligará a través de muchas pruebas a reconstruirte poco a poco, tal cual como eras primero antes de demolerte con el derrumbe de tu ser. Mi bondad te ofrece en la evolución una vía de redención del mal que has querido y de evasión del dolor. Será duro y no tienes otro camino si quieres salir de tu estado: debes recorrer en subida lo que has recorrido en descenso. Estos azotes sobre tus carnes te los mereces porque te has rebelado, y yo debo permitir esto para despertar a tu espíritu ofuscado, por su bien, porque te amo y te quiero feliz mañana. Primero debes comprender la lección del dolor para poder escapar de él. Mientras más tardes en comprenderla, más él durará; mientras más te rebelas a mí orden, más punzante se hará la pena. Pues que tú siempre estarás en el Sistema del cual Yo soy el Centro y donde Yo sigo siendo la alegría suprema del ser. En mi orden está implícito que la rebelión signifique dolor, el cual será tanto mayor, mientras más te quieras alejar de mí”.

“Mi otro medio es el Amor. Con él te atraigo sin pausa, induciéndote a subir el camino para llegar a reposar y a alegrarte entre mis brazos; por eso te envío todas las ayudas posibles para instruirte por medio de espíritus superiores, mis operarios en el Sistema, para que te indiquen con la palabra y con el ejemplo las vías de la redención. Acosado por el impulso negativo, rechazado de un lado por el dolor; atraído por el impulso positivo, del lado de la alegría, no puedes resistir a la convergencia de estas dos fuerzas. ¿Cómo inducir, de otro modo, a una criatura libre pero engeguedada, a reencontrar su bien?”

Quise así, tornar casi inevitable tu salvación, sin jamás violar tu libertad. Pero también en el caso extremo que ésta quisiera contra tu mismo interés el absurdo de tu perjuicio, y con una rebelión inflexible tu dolor eterno, incluso frente a esta locura que es absurdo que el ser pueda querer para siempre, también en este caso el Sistema queda intacto y mi Amor triunfa, y hasta el último fragmento del edificio erigido por la rebelión contra mí, será anulado. Y tú entonces, criatura ingrata, si quisieras insistir en la negación, de dolor en dolor cada vez mayor procederás con tus mismas manos a tu autodestrucción, y así también la última negación naufragará, como quisiste, en el “no-ser”. Anularte sería mi último acto de bondad y piedad para ti, lo que tú llamas mi venganza con el infierno eterno”.

Así podría hablar la voz de Dios a quien supiera escucharla. Al final de los tiempos todo estará completamente realizado como Dios lo quiso y la rebelión de los espíritus de las tinieblas no habrá sido más que un episodio impotente para perturbar la integridad del Sistema perfecto. Y como Dios lo quiso al principio, él resplandecerá al final en el triunfo del bien. El dualismo bien-mal en el cual hoy el universo está dividido, cual transitoria desviación y no estructura del Sistema, al final será reabsorbido en el monismo originario, que sólo por el momento permanece relativamente fragmentado, y el Uno triunfará. El mal y el dolor, hijos de la rebelión contra Dios por orgullo, no tienen el poder para destruir el Sistema, representando allí solamente una enfermedad sanable que será superada y que el Sistema por sí mismo sabe curar. Enfermedad únicamente del aspecto inmanente del Uno y que Él desde su polo opuesto vigila y cura. Todo queda absolutamente perfecto, incluso si nosotros solamente podemos observar desde el lado de la imperfección en el cual estamos inmersos. Todo queda perfecto, como lo exige la lógica y la razón.

Es evidente que en un Sistema generado por el Amor y basado sobre este su principio central, constituido por lo tanto para el bien y la alegría el mal y el dolor no puedan ser eternos. Su afirmarse definitivo, aunque fuera en mínimas proporciones, significaría el fracaso del Sistema de Dios, hecho de bien y de alegría. Mal y dolor no son más que el aspecto patológico que no puede volverse eternamente crónico, sin tener que resolverse o con la muerte o con la sanación del enfermo. Lo que ocurre en escala menor con nuestra salud física, se repite y nos muestra el esquema universal del fenómeno. Y la muerte viene a ser la anulación del individuo que quisiera ser siempre rebelde, es decir, su expulsión del Sistema, vale decir, hacia la nada, pues que el Sistema es el Todo. La cura se verifica con la entrada nuevamente del ser en el Sistema (conversión hacia el bien).

Una de las más fuertes razones por la cual el mal y por lo tanto, el dolor deben al final anularse, se encuentra en el hecho de que ellos nacieron precisamente por una exagerada sobreestimación por parte de los espíritus rebeldes, del principio de Dios del “yo soy”. Fue precisamente por esta exageración que por la ley de equilibrio inherente al

Sistema, se produjo como reacción una contracción de ese principio en el principio opuesto del “yo no soy”, vale decir, la limitación a lo negativo, la inversión del bien en mal, de la alegría en dolor. Ahora, insistir en este camino del derrumbe significa marchar cada vez más contra el principio vital que sigue al propio “yo”, es decir, andar contra sí mismos; significa el suicidio del todo el ser. ¿Es posible que éste quiera avanzar siempre por este camino de autodestrucción, renegando cada vez más de sí mismo y de su vida que es un máximo interés? ¿Es posible para un ser basado en el principio del “yo soy” querer retroceder renegando de sí mismo hasta el “no-ser”? ¿Puede resistir una lógica que se anula marchando hacia lo absurdo? Mas es la misma naturaleza del principio del “yo soy” la que da la existencia y ésta solamente puede venir del principio positivo, Dios. Entonces llegamos también la completa inversión de la lógica, en el extremo absurdo, por lo cual la máxima realización de Satanás y con esto el mal y el dolor consiste en su anulación. Esto porque para quien está contra Dios, dado que la vida está sólo en él, no existe otra vía para sobrevivir que retornar a Dios.

El mal y el dolor no pueden ser eternos por otra razón. Entre la idea del mal y la de eternidad hay contradicción, lo que no les permite acoplarse. La eternidad es algo cualitativamente distinto del tiempo, está situado en las antípodas de éste; no es una prolongación de un tiempo que, avanzando, dura siempre; mas es un tiempo inmóvil que no avanza, no pasa jamás; es un no-tiempo. ¿Y qué es el tiempo sino un producto del derrumbe, un fraccionamiento de lo Uno, lo inmóvil en fuga en el devenir? La eternidad, unidad indivisible, con el derrumbe se hizo tiempo, así como el espacio se hizo fracción de infinito. El tiempo existe sólo como medida del transformismo (involución-evolución), cesando cuando este transformismo termina. La fracción dividida entonces se constituye en unidad en lo eterno, lo finito en lo infinito. La eternidad fragmentada en el tiempo se funde nuevamente en el Uno inmóvil, íntegro, indivisible y en él, la carrera del devenir, lanzada en busca de la perfección, se detiene con el logro de la perfección alcanzada. Entonces el tiempo vuelve a ser inmóvil, sin más devenir, y se hace eternidad. Con la evolución, pasando de la materia, a la energía, al espíritu, se hace cada vez más evidente la aproximación a esta fusión final, y esto con una progresiva liberación del dominio del tiempo fraccionado, hasta los fenómenos del pensamiento que son casi independientes de él. Se podría decir que el pensamiento existe más bien por encima del tiempo, tanto a él se sustrae. Y como el tiempo es relativo al fenómeno particular, mientras más evolucionado es este fenómeno, más del tiempo se libera.

En todo esto podemos ver cómo el tiempo forma parte del Sistema derrumbado, del cual forman parte también el mal y el dolor. Debemos, entonces, colocar en un lado las características del Sistema perfecto que son: eternidad, bien, alegría; y en otro lado debemos colocar: tiempo, mal, dolor, que son propiedades y productos solamente del derrumbe y que se encuentran únicamente en el Sistema en estado imperfecto. He allí entonces, porqué entre mal y dolor en relación con la eternidad no puede existir nada en común, pues que entre los primeros dos y la tercera existe una inversión de posición que

los mantiene inexorablemente divididos, situándolos en las antípodas, en dos sistemas opuestos. Cada cosa debe permanecer en su sistema, el mal y el dolor solamente pueden conectarse con el tiempo que pasa, con lo relativo, con el límite, características del anti-sistema; y el bien y la alegría únicamente pueden conectarse con la eternidad, lo absoluto, lo infinito. Por lo tanto el mal y el dolor no pueden ser eternos. Ellos solamente pueden ligarse con el tiempo, siendo como éste, productos del derrumbe, vale decir, una contracción entre límites de lo que en estado perfecto fue bien, alegría, eternidad.

Como se ve, todo se encuadra en perfecta logicidad. Es así que el mal se nos presenta encerrado en el límite del tiempo, acosado por el devenir que tiende a sanarlo para convertirlo en bien. Por esto el mal, ya que tiende a conservarse como tal, tiene prisa, pues que siente su inestabilidad precaria, su posición de desequilibrio, de excepción, mientras que la regla del Sistema incorruptible es una posición de equilibrio, de estabilidad: el bien. Éste, por el contrario, no tiene prisa, no se dirige a los efectos inmediatos como hace el mal, prefiriendo, la mayoría de las veces, esperar para realizarse, concediendo al mal la primera victoria, porque sabe, contrariamente a este último, que es el Señor del tiempo. Así también las estrategias de las dos fuerzas, del bien y del mal como es natural, son opuestas. La estrategia de este último es contraída, corta, inmediata, complicada, concreta. La del bien es amplia, de largo alcance, lenta, lineal, de elevadas finalidades. Por eso, sus fuerzas mucho más poderosas, son más calmadas al moverse, pero, puestas en movimiento por una sabiduría superior, saben alcanzar construcciones más grandes y, sobre todo, más sólidas. Por todas estas razones, en la lucha contra el bien, el mal se encuentra en una posición de inferioridad y desde el comienzo está condenado. Su inteligencia es sólo de superficie, lo que en profundidad es estupidez, lógica consecuencia del derrumbe de su primera inteligencia, motivo principal que induce al mal a entablar una lucha contra el bien más fuerte y sabio, sin probabilidades de verdadera victoria.

He allí el panorama del final del mal y del dolor. Más allá de este aspecto negativo, de su eliminación y sanación por sus elementos más débiles y patológicos, existe el aspecto positivo, es decir, existe el impulso incesante del principio base de la creación, el elemento más fuerte y sano, el Amor (v. cap. IV “La Caída de los Ángeles”, y cap. XX “Visión Síntesis”). Este principio del cual todo ha nacido, debe al final triunfar afirmándose como señor absoluto, lo que significa que el bien y la alegría de lo cual el Amor está hecho, deben triunfar sobre el mal y el dolor. Y vemos que el Amor siempre está en acción. Esto significa también unidad y que él es la fuerza que impulsa al universo a la reunificación en lo Uno originario. Y todas las veces que el ser retorna hacia el Todo, buscando una parcial reunificación, él encuentra la felicidad que le expresa el consenso de la vida. Así debe ser, aunque sea para nosotros de un modo misterioso, hasta en los más profundos rincones de la materia, donde tantas fuerzas

atómicas se unen en las combinaciones químicas, como ocurre también en la unión sexual de los cuerpos y mucho más en la unión espiritual de las almas.

Al Amor, primordial impulso creador, es confiada, pues, la función de reconstruir el universo. Por el principio de los esquemas múltiples de tipo único, repetido a todas las alturas evolutivas, el hecho de que el Amor también sea a nuestro nivel un acto de creación y de alegría, prueba por cuanto lo repite y lo imita, que también el primer acto originario de Amor de Dios fue un acto de creación para la felicidad. Incluso entre nosotros, todo nace del Amor que es alegría, también la primera creación debe haber sido igualmente fruto alegre del Amor. Nos lo indican los hechos que nosotros continuamos repitiendo, aunque sea en formas y con resultados imperfectos pero sin poder olvidar el motivo de origen, mantenido como esquema fundamental del ser. Nuestro amor decaído ha invertido parte de su alegría en dolor y debe ahora en parte crear con sacrificio. Sin embargo, incluso con dolor, la creación, desde la física del animal a la espiritual del genio al santo, es siempre la más grande alegría de la vida.

El nuestro es un universo contraído desde la infinita libertad y verdad del Amor de Dios, en la prisión de nuestro egoísmo separatista que recuerda la estrechez cinética de las trayectorias cerradas del mundo atómico de la materia (energía congelada), ahora, todas las veces que el ser logra realizar el esfuerzo para escapar de esta prisión, dilatándose de la contracción de la caída, recorre un trecho de ascensión y liberación, disfrutando así la originaria alegría del Amor. Goza y sufre a un mismo tiempo. Trágica es nuestra posición a medio camino. Estamos sofocados por la estrechez de la posición de nuestro egoísmo, pero quebrada nos parece la muerte del “yo”, y entonces preferimos reforzarla. Pero la vida solamente puede estar en el retorno a la circulación del Todo. Ese egoísmo nos mata y para poder gozar del vivir y de la expansión, es necesario escapar, romper la prisión donde morimos asfixiados. Es preciso, entonces, enfrentar el sacrificio del “yo”, vale decir, para llegar a la alegría del vivir más grande, es necesario afrontar el dolor que quiebra al egoísmo protector del “yo”. Para vivir es preciso en parte morir, es decir, se hace necesario destruirse como ciudadanos del anti-sistema, para renacer como ciudadanos en el Sistema. He allí porqué Cristo dijo que conserva su vida por la eternidad, no quien la ama, sino quien la odia en este mundo. Nuestro egoísmo tiende a mantener el estado de contracción en el cual el Sistema se ha derrumbado. Del lado opuesto el Amor tiende a destruir este separatismo negativo, para lanzarnos en el universal fluir del Todo, y nuevamente colocarnos en el originario estado orgánico en el cual todo era Uno. Y la alegría que existe en cada acto de Amor, desde la desinteresada entrega del propio cuerpo para la generación física, a los más altos altruismos por la humanidad, nos indica que esa es la vía de la reconstrucción y del retorno al estado de origen, de Amor que sólo genera bien y alegría.

## DERRUMBE Y RECONSTRUCCIÓN DEL UNIVERSO

Siento encontrarme frente a la más vasta y profunda de las visiones hasta aquí observadas. En los volúmenes anteriores, había aparecido solamente y vagamente cierto motivo fundamental, que ahora va precisando sus lineamientos y dilatándose en vastedades cósmicas. Estamos delante de la visión de los últimos problemas, delante de las conclusiones sobre el Sistema del universo, delante del pensamiento de Dios. Toda la Obra de 12 volúmenes aquí toca un vértice y se precipita hacia su conclusión. Envuelto por la potencia apocalíptica que se me presenta delante, ya no se sentirme existir como “yo” separado y en ella desaparezco. Me agarra un sentido de vértigo, suspendido así sobre las profundidades abismales de lo infinito.

¡Y este infinito habla! Oceánicas oleadas de conceptos llegan a mí como montañas, como avalanchas me envisten y caen sobre mí. Es enceguecedor observar el infinito pensamiento de Dios, es aterrorizante sentirlo en su potencia. Pero cuando se está preso en el torbellino, es imposible detenerse. El pensamiento no solamente es aplastante por su inmensa masa, sino que es ardiente por su alta tensión. Investida con tal potencial, mi vida física vacila como si estuviera a punto de ser fulminada. Pareciera que el organismo humano no puede resistir descargas tan gigantescas que se sienten vibrar y tronar como el rayo. Y debe saber funcionar como transformador que module estas descargas en una luz moderada y pareja: moderada para que no enceguezca, proporcionándola a la receptividad normal; pareja, diluyendo la potencia concentrada fuera del tiempo y reduciendo el relámpago sintético de la intuición en la exposición sucesiva en términos racionales. Es necesario tener la fuerza para no dejar escapar el indomable dinamismo del fenómeno y de regularlo para llevarlo al plano normal y traducir los conceptos y sensaciones al lenguaje común, para que también los demás puedan sacarle el debido rendimiento espiritual. Es preciso, pues, hacer todo accesible y comprensible. Muy a menudo los místicos han renunciado a esta tarea, confesando que no existen imágenes y palabras en el lenguaje común para hacerlo. Aquí es necesario encontrarlos, es preciso saber expresar lo inexpressable.

Es necesario saber hacer todo esto sin interrumpir el trabajo para vivir, el cual es un deber de todos. Esto significa saber mantener por fuera la apariencia de la normalidad, a menudo tan banal; significa continuar proveyendo las necesidades del cuerpo, sustentar tantas exigencias, que lo quisieran todo para sí, sin dejar ni tiempo ni lugar para el resto del alma. Es preciso escribir por las noches porque en el día no hay tiempo, y hay tantas cosas y personas generalmente inútiles que lo único que saben hacer es hacerlo perder. Y mientras la infinidad de molestias de lo contingente continúan presionando sin pausa, las cataratas del cielo quedan abiertas, pues que se han despejado las nubes y a través de los rasgados velos del misterio, el infinito tremendo continúa mirándonos. El

pensamiento de Dios está allá, continúa hablando, se acumula y hace presión. La mente se torna túrgida y debe descargarse, digerir en los escritos los conceptos si no quiere explotar. Ellos queman y no se los puede tener por largo tiempo en el alma. Son inquietos debido a un indomable dinamismo, se arremolinan, oprimen, aturden la mente y quieren explotar, manifestarse, y no dan paz mientras no caigan abajo, fundidos en el registro de la palabra escrita. La voz interior truena. ¿Cómo hacerla callar? Todo el ser arde. ¿Cómo detenerse?

Esta breve pausa es para que el lector sienta el tipo de atmósfera incandescente de la que nacen estos escritos. Podemos retomar ahora el curso de nuestra observación. Quien haya seguido los volúmenes de la Obra hasta aquí, podrá darse cuenta del continuo esclarecerse de las visiones y del precisarse de sus lineamientos. ¡Qué gran esfuerzo de íntima elaboración fue necesario para llegar hasta aquí! De todo cuanto hemos dicho se puede concluir que nosotros, seres pensantes, como cuerpos estamos situados en el universo físico que es el resultado de aquel proceso involutivo que se denomina creación en la materia. Es decir, estamos situados en la parte del Todo que representa el derrumbe del Sistema, pero ya encaminados por la vía opuesta, la evolutiva, la de su reconstrucción. Pero como espíritus somos hijos de Dios, siempre su chispa y como tales, aunque almas en expiación regeneradora destinadas a la redención final, no estamos, en verdad, en un universo derrumbado para siempre. Por el contrario, es precisamente esa chispa de Dios la que en el fondo de nuestro espíritu trabaja para retornar a él, y que por lo tanto, tiene la función de la sanación. ¿Y en qué consiste la sanación? Si la enfermedad está presentada por el proceso  $\alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma$ , la cura representa el proceso inverso  $\gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$ , vale decir, la espiritualización, de la cual en esta trilogía conclusiva de toda la Obra, estudiamos la fase evolutiva culminante, la mística sublimación.

A esta altura es necesario aclarar a la mente del lector que, si en la caída de los ángeles y derrumbe del universo hemos tenido en cuenta solamente el proceso  $\alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma$ , esto ha sido solamente para simplificar, haciendo así más fácil la comprensión. Sin embargo, esto podría generar dudas frente a la fig. 2 del cap. XII de “*La Gran Síntesis*”, en la cual, más allá de las fases  $\alpha$ ,  $\beta$ ,  $\gamma$ , son tomadas en consideración otras fases superiores, es decir,  $+x + y$ , etc., e inferiores, vale decir,  $-x -y$ , etc. Pues bien, hablando nosotros en el presente volumen únicamente de  $\alpha$ ,  $\beta$ ,  $\gamma$ , ha sido tan sólo por brevedad que hemos querido con esto tomar la gran ecuación de la sustancia solamente en su forma más simple (“*La Gran Síntesis*”, cap. IX). Entonces hemos ilustrado la fórmula del cielo cerrado y no la más compleja de ciclo abierto (“*La Gran Síntesis*”, cap. XXIII), la cual nos proporciona en el gráfico (Fig. 3) la curvatura del sistema en la derivación de la espiral de la quebrada.



Sin embargo, el haber limitado el campo de observación sólo por comodidad de comprensión, no impide que, si salimos del punto de vista espiritual para entrar en el filosófico-matemático, podamos considerar la caída de los ángeles desde fases superiores, como  $+x$ ,  $+y$ ,  $+z$ , etc., y la reconstrucción ascendiendo desde fases inferiores, como  $-z$ ,  $-y$ ,  $-x$ . El fenómeno del descenso y ascensión permanece idéntico, y estas fases se reducen a sus oscilaciones interiores, y proceden desde  $+\infty$  hasta  $-\infty$ , y viceversa (como en la fig. 2); es decir, se verifica entre el infinito positivo y el infinito negativo, entre los cuales podemos seccionar y así aislar cualquier trecho del fenómeno. Cualquiera que sea la amplitud que queramos darle, él se reduce siempre a un derrumbe de dimensiones y a su reconstrucción. Es decir, la caída de los ángeles significa el deshacerse del potencial de la sustancia desde la fase  $\alpha$ , espíritu, a la fase más involucionada  $\beta$ , energía, a la todavía más involucionada  $\gamma$ , materia. Pero se puede partir y llegar, tanto en el proceso de ida como en el de retorno, de fases superiores o inferiores a éstas. Aquí lo hemos evitado porque, si bien son posibles como abstracciones filosófico-matemáticas, esto implica conceptos fuera de nuestro concebible que solamente abarca las tres fases  $\alpha$ ,  $\beta$ ,  $\gamma$ , constitutivas de nuestro universo.

El derrumbe es para nosotros imaginable desde una fase espíritu a una energía y después a una materia, con sus dimensiones relativas: conciencia, tiempo, volumen (espacio), en cuanto tenemos ante nosotros la evolución de las dimensiones (*“La Gran Síntesis”*, cap. XXXV y sig.) en sentido inverso. Es decir, vemos a la materia  $\gamma$ , completa en la dimensión volumen (espacio), evolucionar hacia la energía  $\beta$  (que podríamos llamar una espiritualización en relación a la materia), situada en la dimensión tiempo, y a la energía evolucionar hacia la fase vida culminante en el psiquismo humano, situado en la dimensión conciencia. Pero un derrumbe de dimensiones superiores a las mencionadas y una reascensión desde dimensiones inferiores, escapa a nuestros medios conceptuales de representación. Debido a esto, hemos tenido que evitar recurrir a ello para no entrar en lo inconcebible.

Sin embargo, es necesario insistir en que en la realidad el derrumbe no es solamente dado por  $\alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma$ , sino por  $+\infty \rightarrow -\infty$  y, de forma inversa, la reconstrucción (evolución actual) no está representada solamente  $\gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$ , sino por  $-\infty \rightarrow +\infty$ . La fig. 2 de *“La Gran Síntesis”* examina únicamente el curso interior del fenómeno ascensional:  $-\infty \rightarrow +\infty$ , es decir, un pormenor que aquí ya no interesa seguir, pues que ya fue estudiado en *“La Gran Síntesis”*. El proceso destructivo y reconstructivo del Todo, como aquí lo estudiamos, amplía pues límites mucho más allá de aquellos que allí fueron examinados de forma particular porque se refieren a nuestro universo, vale decir, él es más que:  $\omega = \alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$  (*“La Gran Síntesis”*, cap IX: “La Gran Ecuación de la Sustancia”), donde  $\omega$  representa nuestro universo. El proceso es dado por  $\Delta = +\infty \rightarrow -\infty \rightarrow +\infty$ , en donde  $\Delta$  expresa al Todo, organismo de universos. Considerando a  $\Delta$  en *“La Gran Síntesis”*, se observa solamente el progresos evolutivo

actual de nuestro universo, es decir,  $-\infty \rightarrow +\infty$ . Únicamente en el presente volumen – “*Dios y Universo*”–, se nos hace posible encarar todo el fenómeno, completo en su ciclo que, partiendo de  $+\infty$ , se completa con el retorno a  $+\infty$ .

Continuemos. La caída del ser no sólo significa derrumbe de dimensiones, sino también de todas sus cualidades, en una posición inversa. Es entonces natural que la primera de ellas, la libertad, se invierta en esclavitud. Ahora constatamos precisamente esto: que la característica de la materia, situada en la dimensión inferior, volumen (espacio), en la cual el espíritu se derrumba (forma espacial), es precisamente el determinismo; y que la característica del espíritu, situado en la dimensión superior, conciencia, es precisamente la libertad. Este estado de determinismo en la materia, representa, pues, la posición de los espíritus decaídos. Es decir, ellos se han precipitado desde su natural libertad, en la prisión de la forma, en la condena de solamente poder vivir en un cuerpo. Evolucionar, espiritualizándose, significa invertir la posición, es decir, aprender a vivir sin el cuerpo, a apoderarse de él sin considerarlo como nuestra única vida, sino solamente como una negación de la vida. Si se observa cómo ésta es concebida en nuestro mundo, y el apego que se tiene por el cuerpo y por sus bienes, se comprenderá los lejos que todavía estamos de la liberación del mal y del dolor. Para un espíritu elevado, tener una vida física humana es la mayor pena; sin embargo, grandes espíritus la han afrontado para ayudarnos a ascender y redimirnos. Estar condenados a vivir la vida eterna fragmentada en infinitos pequeños ciclos con una muerte al final de cada uno, es en verdad el dolor merecido para quien intentó romper el Todo negando a Dios, y por consiguiente su más grande vida. Con esto él se fragmentó a sí mismo y se obligó a resquebrajarse con cada muerte.

El derrumbe del Sistema con la caída de los ángeles se nos presenta como un proceso por el cual las criaturas son lanzadas desde el centro a la periferia, proyectadas así lejos de Dios. Y vivir situadas en la periferia del Sistema, significa la pérdida e inversión de las propias mejores cualidades. En todo esto domina una lógica tan sólida que parece mecánica. Si el Sistema representa libertad en el centro, él se hace cada vez más determinístico cuanto más avanzamos hacia su periferia. Si en el centro está la vida, en la periferia está la muerte; si en el centro está la verdad, en la periferia está el error y la mentira; si en el centro hay paz, en la periferia está la guerra. Estas afirmaciones son confirmadas por la observación de la realidad de nuestro mundo.

De hecho, mientras más periférico es el ser, es decir, involucionado y primitivo, su existencia es más precaria. La vida suple esto con una mayor fecundidad, lo que para el individuo se reduce a un más rápido ritmo de vida-muerte, vale decir, a un fraccionamiento más acentuado de la única vida eterna. La existencia se torna, entonces, menos segura, menos garantizada, y el ser está más sujeto al dolor de la muerte. Mas este es su reino. Solamente se puede escapar de esto retrocediendo hacia el centro, camino evolutivo a lo largo del cual se reconstruye la naturaleza corrupta del ser en sus

originarias cualidades. Y mientras más el individuo evoluciona, penetrando entonces cada vez más en los planos superiores de la vida, y esta vida tiende a ser más larga y segura, es decir, está menos sujeta al dolor y a su resquebrajarse en la muerte.

Pero no es esta la única aflicción que oprime al ser en la periferia. La feroz ley de la lucha por la selección dominante en el mundo vegetal y animal, a la que no escapa también el hombre, no es más que una consecuencia de la posición periférica. Solamente así se puede comprender por qué ella existe y cómo se puede superar. La observación nos muestra que ella se hace cada vez más atroz, a medida que más se desciende a las posiciones involutivas, es decir, periféricas, donde es mayor el separatismo, la división, el antagonismo, por lo tanto la agresividad y todas las consecuencias del fragmentarse del Sistema con el alejamiento del principio Uno, del centro-Dios. Amenazar y ser amenazado es el único razonamiento posible con la bestia, así como con el hombre involucionado, razonamiento terrible porque al ser la única forma de vida que le ha quedado es la vida en la materia. Un infalible índice de las cualidades involutivas en un individuo, es su espíritu de agresividad. El litigante, aunque solamente le guste polemizar, es siempre un primitivo. El evolucionado, en cambio, sabe también comprender al enemigo, lo sabe perdonar, trata de hermanarse con él y huye de las disputas. Juzga y busca los puntos de contacto para unirse. El involucionado agrade antes de comprender, porque su único razonamiento es el de la lucha y solamente sabe pensar con el asalto, para llegar a comprender. El Sistema de Cristo es evidentemente el del evolucionado, y el Evangelio nos enseña el camino que torna al centro-Dios, reconstruyéndonos y liberándonos.

Así también, la ciencia analítica, el sistema racional, son más periféricos que la síntesis y que el sistema intuitivo que concibe por visión. Es evidente el proceso de unificación conceptual que se obtiene ascendiendo de la primera forma mental, más separatista y fragmentaria, a la segunda, esencialmente unificadora. Solamente ésta orienta cada problema en el Todo desde el comienzo, y un problema bien orientado y encuadrado, ya está medio resuelto.

En suma, el hombre periférico está más determinísticamente sujeto a la Ley, en el sentido de que él la ignora y la sufre sin conocerla; es por lo tanto menos libre, está menos provisto de libre albedrío que es la cualidad del evolucionado. Éste es más autónomo, mientras que las masas humanas, por el contrario, como los rebaños son movidos por los instintos que son los hilos a través de los cuales la Ley los comanda. Mientras más evolucionado es el individuo, más sabe manejar por sí mismo estos hilos que son los instintos y las pasiones de los cuales es patrón. Con esto él se hace independiente de la obediencia, y si sigue a la Ley, esto es porque la ha comprendido y escogió seguirla, y no porque él, como el involucionado, la ignora y la sufre. De esta manera su armonizarse en el orden es consciente y espontáneo, no forzado, como en un esclavo. Obedece porque ha comprendido; no lo hace ciegamente como el que no sabe comprender. Así él se convierte en súbdito de grado superior que conscientemente

colabora, y no en súbdito que obedece a la fuerza y por el temor de un castigo. Se trata de una posición del todo distinta en la jerarquía de los seres, mucho más cercana al centro, resultando de allí que todas las cualidades de la criatura se traducen en bien y en alegría. Esta transformación es inevitable, como inevitable es la reconstrucción del Sistema derrumbado. Cuanto más involucionado sea el ser, habiendo perdido con el derrumbe su libertad, mucho más está sujeto al determinismo de la Ley que quiere la evolución, es decir, mucho más es impulsado por las fuerzas de la Ley a evolucionar, enfrentando su ignorancia. Cuanto más evolucionado sea el ser, mucho más habrá retornado a la libertad, habiendo adquirido conciencia de la Ley, siguiéndola espontáneamente, ya sin constricciones, porque comprendió que en ella están su interés y su felicidad.

Dios, que respeta el principio de libertad, jamás obliga a alguien a aceptar su Ley; entre tanto, en los grados más involucionados, debido a que la libertad desaparece con el derrumbe, él continúa impulsando.

Sin embargo, apenas el ser comienza a reconstruirse y la criatura puede comprender, Dios hace que a través de su experiencia ella llegue a la conclusión de que en su Ley está su interés y su felicidad, y que fuera de ella solamente existe el dolor. Así, pues, cualquiera que sea la posición en que el ser se encuentre, tanto en la de involucionado, como en la de evolucionado, desde la piedra al santo, siempre existe un impulso que actúa constantemente en el sentido de su evolución. El Sistema derrumbado tiende siempre automáticamente a reconstruirse, porque la presencia de Dios está inmanente en él.

He allí los maravillosos resultados de la evolución: espiritualizarse, transferir el propio centro de vida consciente cada vez más a lo profundo de nuestro “yo”, donde está la chispa de Dios que es la causa de la existencia. ¿Qué enseñan todas las religiones sino un continuo apartarse del mundo periférico para acercarse al centro? Podemos aquí comprender lo que esto significa, para qué sirve la virtud, por qué es útil seguirla. Se trata de apartarse de las ruinas de un universo derrumbado, en el cual estamos situados corporalmente, apartarse de su forma de vida animal, para aprender a vivir una vida distinta, como espíritu que contiene la parte íntegra del ser, mucho menos corrupta a medida que más profundizamos activamente con plena conciencia en lo hondo de nuestro “yo”, hasta reencontrarnos con Dios. Despertarse hasta este punto, he allí el problema. Y nada mejor que el dolor sabe despertar el alma, que quisiera, en cambio, huir de la prueba, aplazar el esfuerzo, esperar en el ocio.

Mientras más se desciende involutivamente, más profundamente Dios, animador de todo, se esconde en lo íntimo del ser. De hecho, mientras más se involuciona, más desaparecen las cualidades de Dios: libertad, conocimiento, Amor. Y con la evolución los vemos poco a poco reaparecer. Ascendiendo desde el mineral a la planta,

verificamos la aparición de una vida vegetal mucho más amplia, con el animal surge la vida sensorial y el movimiento mucho más libre, con el hombre aparece la vida psíquica que abarca mucho más conocimiento, y así en adelante. Es evidente el proceso de liberación del espíritu que reencuentra, reconquistándolas poco a poco, sus cualidades originarias. El férreo determinismo de la materia se suaviza, y paralelamente nace, con un siempre más amplio campo de acción, el libre albedrío. La materia es un ciclo cerrado de energía, en él coagulada y aprisionada. Con la evolución de la materia hacia la energía, ese ciclo se abre. Es una liberación del férreo determinismo de las trayectorias atómicas. El proceso  $\gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$ , es un proceso de liberación y espiritualización, es el enderezarse de la inversión y la reconstrucción del edificio derrumbado. La ascensión culmina en el estado  $\alpha$ , en el cual el edificio se reconstruye en unidad, como era en el estado original, el punto de partida.

En este proceso, no olvidemos que Dios, que existía en todas sus criaturas, nunca dejó de existir en ellas, incluso en lo profundo de su caída. Solamente que él ahora está, más o menos latente en ellas, más o menos profundamente sepultado en su íntimo, y mucho más distanciado de su conciencia activa, cuanto más ellas han descendido a lo bajo, vale decir, involucionado, zambulléndose y aprisionándose en una forma de materia. La cerrada trayectoria atómica expresa este aprisionamiento de la libertad de movimiento que allí se hace mínimo, que en la energía se abre y en el espíritu es máxima. Es en estas trayectorias cerradas que la libertad ilimitada del espíritu ha caído y no se ha aprisionado. La materia es, en verdad, el reino de Satanás, que aspira a la Tierra y nunca al Cielo, colocándolo por esto Dante en el fondo de su infierno, en el centro del planeta. Todo esto tiene su significado. Y allí en ese punto coinciden y se reencuentran todas las negaciones de las cualidades de Dios y de los espíritus elegidos, es decir, esclavitud, ignorancia, odio, el frío que polariza, las tinieblas. El reino de Satanás está en lo relativo, en el tiempo, es decir, en la eternidad resquebrajada. El reino de Dios está en lo Absoluto, en lo eterno, fuera del tiempo que divide.

El derrumbe del universo es, por lo tanto, la caída del espíritu en la materia, es decir, la formación de esa caparazón que aprisiona al espíritu rebelde. La lucha entre cuerpo y alma es para el hombre, la lucha evolutiva de su liberación. Pero más abajo existen seres prisioneros de formas todavía más densas, en las que la esclavitud es cada vez más pronunciada. Más abajo están los animales, después las plantas, después las piedras. El hombre está a medio camino. Otras criaturas, de las cuales los santos nos dan una idea, se encuentran más arriba. Pero en todas partes, hasta en lo profundo del espíritu de Satanás, Dios está presente, y a cada ser él con su presencia lo impulsa a subir hasta él. Los agita, los atrae, los llama. Es esta su universal inmanencia la que hace posible al ser ascender por el camino de la evolución, para reconquistar el paraíso perdido, y en esto está toda la virtud del Sistema, en saberse volver a sanar. En el fondo de la criatura, por más corrupta y ofuscada que esté, por más sepultada en la materia por su involución, está siempre aquella originaria chispa de Dios que se desprendió generada por el Padre y

que constituye la existencia. La antigua nobleza de origen puede ser recubierta con todas las porquerías y con todas las culpas, pero permanece indestructible, porque es divina.

Así son las criaturas. He allí lo que es el hombre. Por eso todos los seres son hermanos, incluso si el despedazarse del Uno con el derrumbe los hizo enemigos. Hermanos, porque todo lo que es deriva de Dios, y alrededor de él, el centro, gravita para retornar. Dios en su amor no ha abandonado el universo derrumbado por culpa de la criatura, y continúa siendo Amor, a pesar de tanta ingratitud. Al hombre ignorante, ávido sólo de gozar, que no recuerda la rebelión de la cual nació el mal y el dolor, esto puede parecer injusticia, venganza o error de Dios. Pero la característica de la involución es precisamente la ignorancia y la rebelión. ¡Y ese hombre no sabe lo mucho que Dios está presente para defender su vida, para dosificar sus dolores para que lo eduquen sin matarlo, para atraerlo hacia él, hacia la felicidad eterna!

## VII

### LA PERFECCIÓN DEL SISTEMA

Observemos desde otros puntos de vista y bajo otros aspectos la estructura del Sistema del universo, para comprender mejor su perfección. Ésta representa el estado primario de la creación, el Verbo, es decir, el estado  $\alpha$ , un sistema espiritual, listo para transformarse en acción  $\beta$ , energía, y después en la forma concreta,  $\gamma$ , la materia. Este es el estado en el cual nosotros nos encontramos hoy después de la caída, vale decir, en un universo material; y nos identificamos tan profundamente con él, que suponemos que ésta su contraparte corrupta sea todo el verdadero universo. Existen, por tanto, dos universos: el verdadero de naturaleza espiritual, perfecto, y una falsificación imperfecta suya, en evolución hacia la perfección, el universo material. El primero es el absoluto, inmóvil, el segundo es el relativo, el que está en camino. Éste tanto ascenderá, que al final del tiempo se sobrepondrá al otro y con él coincidirá. Los dos universos están hechos para fusionarse, porque ellos son uno solo que se ha fracturado con el derrumbe ya señalado y que ahora vuelve a reunirse. Lo Uno que se fragmentó en lo múltiple, se reconstruye por el principio de las unidades colectivas, rehaciéndose con todos los fragmentos de lo múltiple en lo Uno. Este proceso es posible porque los fragmentos han quedado en su íntimo ligados por un hilo que es la inmanencia de Dios, pues que el segundo universo, el material corrupto, no ha quedado solo, abandonado por el Dios trascendente, ya que éste continúa considerándolo su universo y en su seno trabaja para sanarlo nuevamente. El cuadro está completo, el Sistema es perfecto.

Solamente con este cuadro completo delante de nuestra mente, podemos comprender tantos hechos de otro modo inexplicables. Esta es, indiscutiblemente, la actual estructura

del universo en el cual vivimos, estas son las razones que lógicamente nos confirman la génesis de este estado de hecho. El dualismo universal es la primera consecuencia tangible que observamos en todas partes, y su origen únicamente se puede explicar con los conceptos expuestos. Desde la división máxima, Dios y Satanás, orden y caos, Amor y odio, bien y mal, alegría y dolor, hasta las cosas mínimas, toda unidad resulta compuesta por dos mitades inversas y complementarias. Ya habíamos afirmado esto, pero solamente ahora podemos explicar su razón y su origen. Es un hecho real que únicamente se puede tener unidad, reuniendo los dos contrarios que la constituyen. Esto, precisamente, porque por el principio de los esquemas de tipo único, el motivo fundamental de la división se repite desde el caso máximo, hasta en cada caso menor, de modo que el motivo de la caída retorna en cada cosa que existe. De esta manera el principio fundamental del universo se puede observar por todas partes y lo tenemos siempre bajo nuestros ojos. Y el hecho de que toda unidad sólo pueda ser dada en todas las cosas por la unión de dos opuestos, nos indica precisamente que la unidad del universo, actualmente dividido en espíritu y materia, es decir, lo Uno únicamente podrá ser alcanzada por la unión de estos dos actuales opuestos polos suyos. También el hecho de que la forma de lucha, que está por todas partes presente, tanto que pareciera que este fuera el único modo de concebir, depende del conflicto entre los dos principios contrarios del universo. De esta forma la percepción no es posible sin el contraste entre dos contrarios. Todo lo pacífico es estático, como algo muerto. Y la génesis es lucha, y ésta es creativa, porque es precisamente en el contraste que los dos universos deben llegar a fundirse, retornando a lo Uno, al centro genético.

Nos es sin duda de gran ayuda para la comprensión del Sistema del universo, esta su estructura de repetición de esquemas, de modo que nosotros podemos reconstruir lo máximo a partir de las más pequeñas, hechas a su imagen y semejanza, las cuales nosotros tenemos bajo nuestros ojos. Podemos así acercarnos a la comprensión del Todo, incluso si esta comprensión representa, de otro modo, un sistema para nosotros inaccesible. Esta posibilidad que aquí utilizamos ampliamente, sea para la investigación o para la confirmación, nos muestra otro aspecto del universo, su organización. Existe en el Todo una gran armonía y correspondencia de partes, y es esto lo que lo mantiene unitario y compacto, a pesar de la infinita multiplicidad de sus formas. Esta compactación deriva del hecho de que su diferenciación, a la cual la vida tiende, es una ramificación que se inicia siempre en la misma raíz donde está el tipo modelo de la génesis que, aunque se diversifique en particulares, se mantiene siempre adherente a los principios fundamentales que todo lo rigen. Así el pensamiento de Dios, que dio el primer impulso, hace eco en el universo, llega y se repite en todos sus rincones, por muy distintos que estén. Mientras más periférico sea el ser, es decir, mientras más distante esté del centro, mucho más este eco estará encubierto y fragmentado en esquemas menores, más relativos y particulares. Pero ese pensamiento llegará siempre, Uno en la infinita multiplicidad, atrayéndolo todo hacia sí, y todo, por muy pulverizado que esté, se mantiene ligado a la unidad.

De esta manera, cuando un fenómeno llega a producirse una vez por evolución, esta nueva posición se fija en la manifestación y ese fenómeno, por ley de inercia (misoneísmo), tiende a continuar repitiéndose en un ritmo constante (la ontogénesis recapitula la filogénesis), hasta que la elaboración evolutiva, debida al divino impulso interior que incita a la ascensión, no lo modifique nuevamente con su presión y martillar constante, venciendo así el misoneísmo que quisiera mantenerse sobre la línea de la misma repetición. Asistimos así a un eco fenoménico rítmico, musical, que incluso en los contrastes mantiene una armonía maravillosa que alcanza características estéticas de suprema belleza. Así el dinamismo del universo asume formas que tienden a girar sobre sí mismas, repitiéndose. Y esto ocurre también por otra razón: que el retorno es el único modo por el cual lo Absoluto puede continuar existiendo en el sistema fragmentado el lo relativo, como un eterno retorno del espacio sobre sí mismo, como espacio curvo, el único modo por el cual lo infinito puede venir a existir en lo finito.

Así, conectando los pequeños esquemas de nuestro contingente con los mayores esquemas del ser, podemos explicarnos la razón profunda de muchas cosas que todos hacemos sin saber y sin discutir, tomándolas como axiomáticas. También nosotros en nuestro dinamismo moderno, marchamos por repetición, sólo que giramos más velozmente que en el pasado alrededor de los mismos puntos. Toda nuestra vida recorre y vuelve a recorrer siempre los mismos círculos, repitiendo vertiginosamente siempre las mismas cosas. En sustancia, únicamente nos desplazamos lentamente, sólo que giramos más rápidamente. Si observamos la prensa, la radio, el ciclo de nuestra vida individual cotidiana y el de las grandes ciudades, así como a la agricultura en los campos, a los ciclos históricos, todo es repetición, se corre alrededor de los puntos para permanecer allí. Pareciera que existiera, junto a la curvatura del espacio también una curvatura del tiempo, por lo cual lo que hizo tiende a hacerse nuevamente (tradicción), cíclicamente retornando sobre sí mismo.

Pero el aumento en la velocidad de rotación no es estéril, pues que produce un más alto desplazamiento de esos puntos de referencia, lo que significa producir esa elaboración evolutiva que antes era mucho más lenta. Si todo hoy tiende a repetirse sobre la pauta de viejos esquemas, esto se hace hoy a mayor velocidad, con el resultado de elaborarlos y madurar más rápidamente su transformación. Esto porque, estando nosotros en lo relativo, solamente es posible cambiar un instinto, una idea de nuestro “yo”, es decir, su esquema, con este proceso rotativo alrededor de él, a través de la larga repetición que nos transforma con la adquisición de automatismos nuevos en el lugar de los viejos. Hoy corremos mucho, pues, no por correr, lo que a nadie le sirve, sino para aprender a través de un acelerado ritmo de sensaciones y reacciones, para madurar más rápidamente.

\* \* \*



Volvamos ahora a observar la estructura del Sistema bajo el aspecto más importante que es el de su gran perfección. Haremos esto en dos momentos, en los cuales esta perfección es puesta a prueba y, por lo tanto, resalta más evidentemente, vale decir, primero en la destrucción de la caída, y después en la mecánica de su auto reconstrucción.

En el primer caso la perfección se nos presenta en la invulnerabilidad del plan que se realiza igualmente, a pesar del error, permaneciendo intacto. El daño es reservado solamente para la parte de los seres que lo han querido, un daño que después, debido a la bondad inherente al Sistema, es reducido a escuela instructiva a los fines de la reconstrucción a favor de quien ha realizado el mal. La perfección del Sistema se revela precisamente, es esta retoma y en este saberse corregir por sí mismo, en este su arte de saber transformar un mal en bien. Esto demuestra que todo el Sistema está hecho de bien, tanto que a él siempre llega, incluso si el mal ha podido nacer allí dentro, tanto de saberlo todo reabsorber y transformar en bien. Es precisamente en esta lucha entre el principio negativo del mal en el cual el Sistema se ha corrompido, y el principio del bien, que se puede ver cómo éste domina por ser más poderoso, hasta llegar a vencer. Este es el índice del valor del Sistema que, no obstante tanto mal, el bien vence. Podrá parecer lo contrario para quien vive inmerso en el momento del caso particular. Pero no es así en las grandes líneas.

El objetivo, efectivamente, era llevar al ser a Dios, y en ambos casos es alcanzado. En el primer caso esto ocurre por vía directa. La criatura reconoce al Padre, lo ama, lo sigue y se armoniza en el Sistema. Tenemos su triunfo espontáneamente en plena libertad. En el segundo caso ocurre igual, pero por vía indirecta. La criatura se rebela, se separa, cae en el caos fuera del Sistema. Así ella sufre, aprende, expía, vuelve a subir y, si no quiere morir, debe volver a entrar en el Sistema, es decir, coordinarse en su orden. De esta forma ella alcanza igualmente la meta, solamente que lo hace a través de una vía más larga, pero el Sistema igualmente triunfa. En el primer caso tenemos al ser que permanece inocentemente perfecto. En el segundo caso tendremos a un ser igualmente perfecto, pero que llega a este estado a través de un camino largo y doloroso, que ha conocido el bien y el mal y en el sufrimiento se ha podido enderezar. En el segundo caso la evolución producirá un ángel que, a través de todos los errores y los dolores, llegará a ser conscientemente perfecto, con una sabiduría más profunda que aquella que hubiera tenido si los ángeles no se hubieran rebelado y si Adán no hubiera comido el fruto prohibido del árbol del bien y del mal. Sin esta dura experiencia la criatura hubiera sido perfecta por un conocimiento distinto, pero con esta experiencia del ángel decaído y redimido entra también en el lado opuesto del ser, el lado negativo. El Sistema es, por lo tanto, tan perfecto que sea lo que sea que ocurra, el error se convierte en conquista, la destrucción en medio creativo, el mal se transforma en bien. Él crea siempre el bien,

incluso en el mal, en el dolor, incluso a través de Satanás. Todo lo que allí pueda parecer negativo se deberá a sí mismo, se autodestruye y genera el bien. Así el Sistema concluye siempre en la perfección deseada: la primera dada por un conocimiento intuitivo, sin la prueba del dolor; la segunda dada por un conocimiento experimental a través del largo y fatigoso camino de la evolución. La primera permaneciendo intacta sin corromperse; la segunda deteriorándose para después sanarse. No importa si el camino es más o menos largo. Esta otra vía lleva igualmente a la meta.

La misma caída de los ángeles se puede atribuir más a la perfección que a la imperfección del Sistema. En las páginas anteriores hemos señalado estas palabras de Dios a la criatura: “Te ofrezco la existencia como un gran pacto de amistad”. (cap. IV: “La caída de los Ángeles”). El don de la libertad entregado por Dios para que la criatura se le asemejara fue completo. Ella podía aceptar agradecida, como podía decir: “No acepto”. La rebelión fue el primer paso de este rechazo, dado que la tentativa de existencia autónoma era, invirtiéndose en lo negativo, una primera tentativa de no-ser. El definitivo insistir en la rebelión significa quererse anular, vale decir, el rechazo a aceptar el pacto de la existencia. es lógico que quien no aceptara el pacto quedara fuera del Sistema, por lo cual, quien no acepta la existencia es anulado, vuelve al estado anterior a la génesis, al no existir. Pero si el existir significa la afirmación en la alegría, y si el no existir solamente puede ser alcanzado con una siempre mayor negación de la alegría en el dolor, ¿qué ser, por muy libre que sea, preferiría este segundo camino?

Todo, pues, en el Sistema, incluso el mal, el error, concurre hacia su buen éxito, hacia el triunfo del bien. Un Sistema expresión de un Dios perfecto, no podía dejar de ser perfecto. La lógica impone absolutamente esta perfección. De otro modo, todo se derrumba y ya nada tiene explicación y justificación. Y en lo profundo del universo actual, incluso si él en parte es todavía caos, vemos una sabiduría profunda que rige el orden y en él encuadra, regulándolo, también este caos. Es la constatación de esta perfección la que nos impone confianza, porque nos dice que cualquiera que sea lo que la criatura haga, todo es utilizado por Dios y guiado hacia el bien.

\* \* \*

Verificada la perfección del Sistema en el desmoronamiento de la caída, observemos ahora su perfección en la mecánica de su auto reconstrucción.

El Sistema de Dios es el sistema del ser, del “yo soy”, del cual él es el centro. Dado este esquema del gran organismo, positivo, hemos visto que la rebelión ha tratado de instaurar en su seno, para superarlo, un sistema de esquema opuesto, del no-ser, a lo negativo, que por ser contrario solamente podía representar inversión, según el esquema

del “yo no soy”. Entonces ocurrió la fractura. Por un lado el Sistema del “yo soy” en Dios, por el otro lado un contra-sistema con esquema del “yo no soy” en Satanás. “Yo soy el espíritu que siempre niega”, dice Satanás en “Fausto” de Goethe. Es su misma naturaleza, vale decir, su estructura según el esquema del “yo no soy”, el principio invertido según el cual Satanás se ha construido, lo que contamina al organismo hasta las raíces, lo mina sin cesar, impulsándolo hacia la evolución. Observemos la mecánica de este proceso.

Este sistema rebelde está formado por muchos “yo soy” menores que en vez de coordinarse jerárquicamente en el Sistema de Dios, han querido aislarse, formando una opuesta jerarquía de centros autónomos. Podemos imaginar al Sistema positivo como un proceso rotativo diestro. Ahora, estos otros elementos rebeldes constitutivos del contra-sistema, podemos imaginarlos como muchos centros menores que, en vez de continuar rotando en el Sistema diestro como derechos, como implicaba ese Sistema, armonizándose en su movimiento y alimentándolo con su propio movimiento que conciente y concuerda, se han puesto a rotar hacia la izquierda, contra la corriente, contra la corriente, rebelándose a su movimiento en la tentativa de alimentar así un movimiento opuesto, y con esto superar al primero imponiendo el propio. Se han puesto así a funcionar como freno, en vez de cómo impulso, tratando de invertir la ruta de las trayectorias. Comenzó el desorden, la revolución tendiente a transformar el orden en caos. Fenómeno que siempre se repite según el mismo esquema, aunque en escala menor, también bajo nuestros ojos, reproduciendo el mismo principio que es idéntico, ahora como entonces, tanto en el campo espiritual, como en el campo material. Los dos campos están conectados y, como la creación física procede del pensamiento, así el caos espiritual puede rápidamente convertirse en caos físico, del cual nace y continuamos viendo nacer nuestro universo astronómico.

La intensión era invertir el Sistema. Pero estos elementos no eran el centro. Siempre fueron planetas y no el sol. Y aunque se unieron en un contra-sistema, siguieron siendo lo que eran, es decir, periféricos, centros menores. Aunque pretendieron ser soles, eran sólo planetas. Era por tanto imposible que el contra-sistema pudiera vencer al Sistema. Entonces solamente les quedó la posibilidad de funcionar como resistencia, como muchas masas negras en un sistema de masas blancas.

Observemos. De allí resultó un roce que representa permanentemente la lucha entre el mal y el bien. Estas son las dos fuerzas siempre en acción. El Sistema único originario positivo se transformó entonces, reequilibrándose en un doble sistema, vale decir, sistema que podemos concebir como una cantidad de masas negras negativas, en un organismo dinámico de masas blancas. Pero éstas son las más fuertes, porque el centro es blanco. Sin embargo, el anti-centro es negro, aquel entorno al cual se ha puesto a gravitar el anti-sistema. Pero él, dada su naturaleza, sólo puede ser un centro negativo, es

decir, periférico, una parodia de principio, un absurdo geométrico que expresa exactamente también en el plano físico la idea negativa del “yo no soy”. Esto es Satanás.

Ahora que con esta representación, uniformándonos con una ley de analogía, hemos podido trasladar a un terreno más evidente el concepto abstracto de la rebelión de los ángeles, veamos qué ha ocurrido. Están en lucha las dos fuerzas, el bien y el mal, pero no perfectamente igualados. Existe una excedencia y por lo tanto una superioridad en el hecho de que el bien es centro, posición de la cual la rebelión no ha podido desplazar. El roce desgasta a los dos elementos, arrancando del “yo centro” de cada uno fragmentos de su parte periférica, detritos de sustancia, sea ella espiritual, dinámica, o física, según el plano en el cual se observe el fenómeno. Esto porque el modelo de cada elemento está hecho de centro y periferia, es decir, repite en el caso menor el esquema del elemento máximo, centro-Dios. De esta forma, mientras más fuerte es el choque y el roce, más fuerte es el desgaste, lo que significa poner cada vez más a prueba la naturaleza del centro del sistema de cada elemento o “yo”, que así, cuando es una masa blanca se hace cada vez más blanca, y cuando es una masa negra se hace cada vez más negra. El resultado, entonces, de la lucha y del roce es el de acentuar, haciéndolos aflorar, las características, la verdadera naturaleza de cada uno. Así en la lucha el ángel se hace cada vez más ángel, y el demonio se hace cada vez más demonio; el santo mejora y asciende, el malvado, que quiere seguir siendo malvado, empeora y desciende.

Este roce es dolor para ambos. Pero la íntima naturaleza tan distinta en los dos tipos, hace que sus efectos sean opuestos, así como los dos tipos son opuestos. Podemos ver repetirse el proceso en la Tierra entre los seres que, habiendo recorrido cierto trecho del camino de la subida, se encuentran más próximos a los elementos blancos. El dolor de éstos, es dolor bendecido y reconfortado por Dios, lleno de esperanza siempre más vida, porque él disminuye ascendiendo. Él forma parte de un Sistema positivo en el cual el dolor está desapareciendo, donde el problema de la felicidad está en vía de solución, porque la vida marcha hacia Dios. Más arriba, los ángeles no decaídos se presentan inmunes al dolor, el cual resbala sobre sus espíritus impotente para excitar en ellos las resonancias dolorosas a las cuales nuestra naturaleza corrupta no puede cerrar las puertas. En cambio, el dolor de los espíritus bajos que todavía están en la rebelión, es dolor maldito, sin consuelo, con cada vez menor esperanza y en aumento para el ser que desciende. Él forma parte del sistema negativo en el cual el dolor se potencializa y la felicidad se aleja, pues que la vida marcha hacia Satanás. Dos dolores opuestos, en direcciones opuestas. El del santo es esfuerzo útil, de construcción, del cual se recogen frutos; el del malvado es amarga consecuencia de la destrucción, que lo llena cada vez más de ruinas. El dolor del santo bendice y crea; el del malvado es feroz y destruye.

Podemos ahora imaginarnos estas corrientes del mal que giran hacia la izquierda navegando en el sistema en retroceso, en contra de los que rotan hacia la derecha del bien. ¿Cuál de los dos vencerá? Sin duda las blancas, porque son las más fuertes. Hubo

en la rebelión un fundamental error de estrategia, el de haber confundido semejanza con igualdad. Dios en su bondad hacia la criatura y también para poderla amar, la hizo a su semejanza pero no idéntica, vale decir, de la misma naturaleza pero no de la misma potencia. La estructura misma del Sistema implicaba que él quedará como centro, posición que aún queriendo Dios no podía conceder, incluso si su amor lo hubiese deseado, sin alterar todo el Sistema. Ahora, el error de los rebeldes estaba precisamente injertado en la naturaleza egocéntrica del “yo soy”, su consecuencia directa, consistiendo justamente en su dilatación, exagerada al punto de ilusionarse creyendo que la semejanza podía convertirse en igualdad. De hecho, a la primera no le faltaba nada como cualidad, le faltaba un poco como cantidad. Fue esta cantidad con la que el orgullo del ser se ilusionó en poder crear con la potencia de su “yo soy”, sustrayéndolo de este “yo” ya tan divinamente poderoso. Pero se engañó. Era absurdo lo que se pretendía. Pero la igualdad estaba allí a un paso, tan cerca de la semejanza, que el “yo soy” de la criatura se dejó arrastrar por su instinto de expandirse, en él tan innato. Quiso nivelarse con Dios, y en vez de agrandarse, estalló. He allí el gran error, la causa del derrumbe. Todo es lógico y comprensible, especialmente para nosotros criaturas situadas hoy en una posición que es hija de aquel error, por el cual muy a menudo somos llevados a repetirlo con base en la misma ilusión psicológica y recogiendo los mismos frutos.

Aclarado esto, nos preguntamos: ¿A través de qué técnica el Sistema sabe reconstruirse tan bien? Para responder a esta pregunta nos hacemos otra, continuando el examen iniciado: ¿Dónde terminará, a qué punto del Sistema se dirige esa parte de sustancia que en el choque y la lucha, se aparta de la periferia de los “yo” componentes? Ella asumirá naturalmente la posición diestra que es la más fuerte en el Sistema, en el sentido de que ella es la única alimentada por la irradiación dinámica del centro-Dios, positiva, que está lista para atraerlo todo hacia sí, para arrastrarlo en su órbita, siempre y cuando no sea desviado al ser sostenido por la parte opuesta. Pues que también el contra-sistema tiene su anti-centro, antagónico, operante a la inversa, pero su radiación es negativa, oscura, destructora, es una atracción invertida que repele. Este es Satanás. Así la sustancia rechazada por la atracción de lo negativo del anti-centro, invierte su dirección hacia lo positivo, a favor del sistema positivo. (El primer germen de estos conceptos se encuentra en el cap. X: “El problema del Mal”, del volumen: La Nueva Civilización del III Milenio).

Entonces sucede que este polvillo de sustancia que se aparta es atraído por Dios y tomado en el círculo positivo del Sistema, con este resultado final: Que el contraste entre los elementos de los dos sistemas opuestos solamente puede trabajar en un sentido, por lo cual el sistema negativo cada vez más se desgasta y se empobrece de sustancia, todo a favor del sistema positivo, que cada vez más se enriquece en sustancia. Esto hace que el proceso tienda inevitablemente siempre a esta conclusión: el aniquilamiento del sistema negativo y el dominio absoluto del positivo. Y como podemos ver, esto está injertado en la naturaleza misma del sistema positivo, el primero en existir y el último en triunfar. El

principio y el fin así coinciden en el inmóvil absoluto del Dios trascendente, el que está fuera de la forma y del tiempo, independiente de su manifestación en el universo creado. De modo que como conclusión podemos decir que no existen dos sistemas iguales y contrarios, sino que en el fondo existe un solo Sistema: Dios.

He allí la maravillosa técnica del proceso de autoreconstrucción del universo. Todo está derrumbado en el caos, pero el caos sabe reconstruirse en el orden. ¿Y qué puede probar mejor que esto la inmanencia de Dios? El principio positivo no ha abandonado el sistema negativo. ¿De qué otra forma podría éste, hecho de sustancia negativa, capaz sólo de destruir, reconstruirse, vale decir, hacer algo del todo opuesto a su naturaleza? Si el proceso evolutivo está realmente funcionando y produciendo el bien, he allí que el mal debe estar en disminución. Con el vivir se desgasta y tiende a morir. El bien con el vivir se nutre y tiende a la génesis. El mal puede parecer en aumento en un particular punto del universo, como por ejemplo la Tierra, debido a la ascensión y a la llegada de elementos inferiores. Pero en conjunto, el mal con el existir se devora a sí mismo, porque dada su naturaleza y estructura, solamente con esta condición él puede existir. El mal así como el bien, en el universo como también en la Tierra, no está uniformemente distribuido y la apariencia local del fenómeno, puede darnos otra impresión de su real suerte, está inevitablemente señalada.

Y entonces nos surge en la mente una última pregunta: ¿Cuál es el destino final de los espíritus malvados? Su sistema los lleva naturalmente al aniquilamiento, que es el triunfo de ese sistema, a la muerte del alma, verdadero infierno eterno, porque para el ser, la pena máxima es el no existir. Y la criatura que reniega de Dios no puede tener otro destino. ¿Pero, es realmente posible que un ser libre quiera para su perjuicio, hacer tan desastroso uso de su libertad? ¿Es posible que él quiera actuar tan locamente, que sepa resistir a la tortura creciente del dolor máximo y que la agonía espiritual, sin ser constreñido a invertir su ruta?

El universo es un organismo donde, como en el cuerpo, una solidaridad de todos los elementos componentes impulsa a las células sanas y más evolucionadas a tratar por todos los medios de conseguir la cura o salvación de las células patológicas del sistema, que hacen de él un ser enfermo de rebelión. ¿Será posible, entonces, que el ser pueda resistir a todos los amorosos llamados y amparos, a través de los cuales los espíritus buenos y elegidos se prestan a sacrificarse por amor a la redención de aquellos seres que se desviaron? ¿Será posible llegar a tamaño absurdo?

Si esto sucediera, entonces el ser que así lo quiso, quedará en el infierno eterno de la negación de la existencia en que el “yo” desaparecerá consumido en polvo, y será repudiado en el sistema del bien. Y entonces, como habíamos concluido que no existe en la realidad dos sistemas contrarios, sino uno solo, Dios, así también, podemos concluir que el infierno eterno existe como posibilidad, pero que, como dijo un santo, no

podemos estar seguros de que en él pueda haber alguien. El existir, pues, como una posibilidad teórica del sistema, sin que estemos en capacidad de saber si esta puede transformarse en realidad. Este asunto será desenvuelto mejor en el capítulo X: “La Teoría del Desmoronamiento y sus Pruebas”. Sabemos solamente con seguridad, que Dios es la absoluta potencia del bien. Debemos de allí deducir que es imposible que al final, el bien no supere todo el mal, convirtiéndose en señor absoluto. Si del mal quedara aunque fuese un átomo, el plan de Dios no tendría éxito. Sabemos con seguridad que Dios es bondad y que la creación es un acto de su Amor y que, pues, si un solo átomo se escapara, su plan fallaría. Sabemos así que es imposible que al final de su Amor no venza a todo y a todos, envolviendo en su abrazo a todo lo creado.

\* \* \*

A esta altura puede surgir una objeción. Es verdad que el universo está destinado a la reconstrucción y se reconstruirá. Sin embargo, si el Sistema es perfecto, ¿qué garantía nos ofrece él de que la caída no se repetirá? Observemos: la parte caída está, entre tanto, ligada al proceso evolutivo. Quien quiera involucionar en vez de evolucionar, se expondría al aniquilamiento como individualidad propia. Estaría, pues, eliminado. Pero hemos visto (y lo veremos mejor todavía en el cap. X.), cómo el egocentrismo de cada “yo” debe llegar a la comprensión de que este camino es contraproducente y perjudicial, ya que el ser está destinado a la salvación.

Además, también está la parte de los espíritus no decaídos que, si permanecieron puros por obediencia aplicando en su beneficio la sabiduría de Dios que los guiaba, están ahora asistiendo al calvario del ser decaído. Ellos están viendo las consecuencias del desmoronamiento y tienen delante ese ejemplo, una experiencia propia adquirida indirectamente. Dadas estas duras confirmaciones, es imposible que puedan pensar en repetir, para su perjuicio, una tan terrible prueba, bajo la cual han caído estos espíritus, sus semejantes.

Al término del proceso reconstructivo de la evolución, la parte de los espíritus decaídos, ahora redimidos, vuelve al estado anterior a través de la experiencia del bien y del mal que sirvió de ejemplo para todos, inclusive para los espíritus no decaídos.

Todos, pues, terminaron adquiriendo la misma experiencia. Ahora, la parte redimida se cuidará de nuevas desobediencias, porque probó sus consecuencias. Ella conserva un conocimiento directo. La otra parte, los no decaídos, tienen un conocimiento indirecto, reflejo. Es imposible que haya nuevas caídas, aunque todos permanezcan enteramente libres. Se llega así, a un determinismo superior: el de ser convencido, a quien el

conocimiento enseña que sólo hay un camino, también libre, que se puede seguir y es el de la adhesión a la Ley.

Podemos comprender todo esto reduciendo el fenómeno, que se sitúa para nosotros en planos inconcebibles, a las dimensiones exiguas de la razón humana. Se nos presenta, entonces un nuevo aspecto de la maravillosa perfección del Sistema: el del que el mal causado por la rebelión se transforma en bien, lo que constituye una experiencia vital también para los no decaídos, destruyéndose definitivamente “para todos” cualquier posibilidad de nuevas caídas.

## VIII

### SOLUCIÓN ÚLTIMA DEL PROBLEMA DEL SER

Poco a poco nuestra descripción progresa, la visión se hace más completa, también en el intelecto del lector, para el cual estamos aquí haciendo una exposición racional. No le quisimos dar a ésta una forma sistemática, como suele suceder cuando se presenta un proceso psicológico de quien escribe cristalizado en sus resultados finales, sin demostrar su desenvolvimiento genético. Preferimos aquí comenzar a descubrir la visión a medida que la observamos, de modo que el lector pueda seguir su desenvolvimiento, según el cual ella, aunque instantánea en su naturaleza, apareció progresivamente en nuestra mente. Procedemos así, no solamente para facilitar la comprensión, sino también para facilitar al lector acompañar igualmente el fenómeno psicológico del registro de la visión, como en la realidad ocurrió. No obstante, todo esto no significa que, por no ser sistemática, la exposición no posea un encadenamiento lógico, porque toda la visión es sustancialmente un proceso lógico.

Ciertamente, la psicología racional, que es la forma de la mentalidad actual y, por consiguiente, de la mayoría de los lectores, está muy distanciada de la forma mental intuitiva, por medio de la cual las visiones son percibidas. Por eso mismo, tratamos siempre de reducir todo a los términos de la psicología racional, a fin de colocarnos en el plano mental del lector. En verdad, el crítico extremado podría objetar que los dos principios fundamentales –amor y libertad- sobre los cuales se eleva el edificio conceptual atrás expuesto, son absolutamente incontrolables. Ellos aquí son aceptados como axiomas no demostrados, consecuencia del método intuitivo. No es preciso demostrar a quien ve, que la luz existe. Pero nosotros queremos aquí colocarnos de acuerdo con la psicología corriente. Nos limitamos, pues, a aceptar la intuición apenas como hipótesis de trabajo. No importa si se trata sólo de forma. Lo importante es conseguir la exposición de un cuadro completo y pormenorizado que resuelva todos los problemas del ser.



Continuando actuando con esta psicología, podemos decir que únicamente cuando los hechos confirman las hipótesis, es que los aceptaremos como verdaderas. Habremos así asumido la actitud que coincide con la psicología actual, y el lector podrá, entonces, leer estos capítulos con esta mentalidad, sin que nada se altere. Permaneceremos, de esta manera, obedientes a los requisitos científicos de la investigación. El lector que ama y escoge esta forma mental, deberá sin embargo, admitir que, si este camino hubiera sido seguido por el escritor, nada habría visto, llegando, tal vez, a unas pocas conclusiones particulares, y ¡quién sabe después de cuánto tiempo! Si él llegó luego a la visión completa del cuadro resolutivo y de las conclusiones, es necesario aceptar que esto solamente se dio en virtud del método de la intuición y las concepciones sintético-intuitivas, y no analítico-rationales. A resultados tan amplios como estos no se llega nunca con la observación y la experimentación, a través de la hipótesis y de la razón. Es necesario admitir que, aunque la solución de los últimos problemas deba aquí ser presentada en forma racional, ella sólo podrá ser obtenida por vía intuitiva.

Se puede objetar, a pesar de todo, que la intuición también está sujeta a engaños, necesitando ser controlada. Por ese motivo ella no puede ser erigida en método de uso corriente; pero es también verdad que el uso corriente muy poco descubrió de lo nuevo, limitándose, frecuentemente, a demostrar y a perfeccionar lo que fue alcanzado por la intuición. Así, solamente nos queda aceptar la intuición cuando el individuo sabe alcanzarla, sometiéndola después a control, para verificar si los resultados coinciden con la realidad. Los ejemplos que aquí aducimos, sacados del mundo de los hechos, están siempre a favor de la visión. El lector podrá buscar otros, pero cuidándose antes de comprenderlos bien encuadrados en el sistema, para verificar si tienen correspondencia. Se trata de colocar, como en el cuadro de un gran mosaico, cada pieza en su justo lugar, para obtener la imagen perfecta.

Por estas observaciones el lector podrá comprender cómo la forma racional aquí usada es una traducción de la visión en otro lenguaje, el de la forma mental racional. Podrá, igualmente, comprender que la psicología de absolutismos axiomáticos con que algunas afirmaciones son hechas aquí, no es una inconsistente pretensión de la verdad, sino que deriva de la sensación de lo absoluto verdadero que ocurre en todo aquel que contemple cualquier hecho por percepción directa. Ahora, quien aquí escribe no puede hacer sentir al lector, esta su sensación. No le queda, así, otro recurso que no sea el del raciocinio y de la demostración indirecta, como sucede con aquellos que tuvieron que explicar a un ciego un panorama que tengan delante de los ojos. El lector podrá, de esta manera, comprender cuán extraño debe parecer a quien se encuentra inmerso en una visión, tener que presentarla como hipótesis de trabajo. Entretanto, él debe saber expresarse también en esa forma, si quiere ser comprendido.

\* \* \*

Llegados a este punto podemos decir que tenemos bajo los ojos un cuadro lo suficientemente completo de la creación, para poderlo completar en su conjunto. También “*La Gran Síntesis*” nos presenta este cuadro, pero dentro de límites más restringidos. Ella no va más allá de los confines de nuestro universo, no profundiza en sus orígenes. Comprobando la existencia de una Ley cuyo funcionamiento y desenvolvimiento estudia, no explica las razones por las cuales este universo haya asumido su forma actual. Y de “*La Gran Síntesis*”, el volumen “*Ascensión Mística*”, solamente ahondó y desarrolló el estudio particular de una fase de evolución: el superconsciente intuitivo, especialmente en lo místico. En el presente volumen la visión se dilata hacia más allá de la creación actual, de la cual se pueden ver los antecedentes, sus causas y significado, en un sistema más amplio, como es el sistema de lo absoluto, el sistema del Todo, el Sistema de Dios.

Volvamos a contemplar la visión en su conjunto, en los detalles de la síntesis. El hombre racional, positivo, podrá tomarla como hipótesis de trabajo para hacer su control en los puntos accesibles al hombre, ya que se trata de una proyección analógica del esquema universal en nuestro plano de existencia.

Antes de que cualquier cosa tuviera principio, fuera del tiempo, antes de que cualquier cosa hubiera nacido después, existía Dios que fue, es y será siempre el Todo, al cual nada se le puede quitar ni agregar, incluso en su creación que no puede estar por encima o más allá, sino siempre como su emanación. Su característica fundamental era el amor, cualidad por la cual se expresa la naturaleza de Dios, principio del que derivan todos los otros, primeramente la libertad del ser, y después los otros, como el bien, la bondad, la armonía, el poder, el conocimiento, la belleza, la felicidad, etc., en suma, todo lo más bello y mejor que el ser pueda imaginar. Son principios que el hombre encuentra instintivamente en sí mismo, que acepta como axiomas y sigue sin discutir, con ardiente deseo. No hay ninguna necesidad de demostración para obedecer estos impulsos, que son inherentes a la naturaleza humana. Al final, todo esto forma parte de lo absoluto que está más allá de la razón y de lo cual sólo nos es dado controlar las consecuencias en nuestro relativo, que nos lo confirma. Admitiendo el principio del Amor, todo lo demás procede lógicamente. La razón solamente pide que se admita este principio que además es instintivo. Esto es suficiente para el desenvolvimiento lógico ulterior.

Dios, causa primera sin causa, no tiene principio ni fin y todo lo genera sin haber sido generado. Dios simplemente “es”, y todo él “es”, sin estar encerrado en el límite de ninguna dimensión. Las distintas dimensiones nacieron después, entre las cuales están el tiempo y el espacio sólo como límites del ser, en cuanto que Dios es el ser sin límites. He allí, entonces, que Dios trasciende, que está por encima e independiente de cualquier

creación suya, por encima de la actual, así como de cualquier otra posible; he allí que Dios realiza, con respecto a la actual, su primera creación hecha de espíritus perfectos. Él sacó de su seno, por Amor, seres hechos a su imagen y semejanza, para amarlos, incluyéndolos en su propia felicidad. Esto ocurrió según un sistema cuyos principios fundamentales eran los mismos que observamos en la naturaleza del Padre, que los generó. En este sistema todo estaba hecho a su imagen y semejanza: Él era único y todo lo abarcaba, no había nada fuera o más allá de él y de sus principios y perfección.

Ahora, dada la libertad del ser, innata en el sistema por ser de la naturaleza de Dios, del cual proviene, esta primera creación perfecta degeneró como consecuencia de la rebelión examinada en los capítulos anteriores. Parte de los seres permaneció íntegra, incorrupta y así se conservó siempre, manteniéndose en el Sistema perfecto originario, por haberse adherido libremente al Dios trascendente. La otra parte se rebeló y, por ello, se corrompió, dando origen a un segundo sistema derivado e imperfecto, invertido, de oposición a Dios, teniendo su centro en un punto antípoda, en el polo opuesto, en el anti-Dios, en Satanás. El Sistema único se dividió entonces en dos –Sistema y anti-sistema–naciendo el dualismo de dos sistemas opuestos, uno perfecto y el otro imperfecto, no ya en un esquema de unidad integral, como antes, sino según un esquema de unidad dividida, que solamente puede existir constituida por dos partes inversas y complementarias, opuestas y fundidas conjuntamente. Desde entonces y en adelante, la unidad no podrá ya ser obtenida a no ser a través de la lucha entre las dos partes contrarias, principio universal que encontramos por todos lados. Esta lucha es generadora del principio de unidad y dualidad sumariamente expuesto en *“La Gran Síntesis”*. Por esta razón, nuestro universo está constituido de acuerdo con ese esquema, desde el caso máximo, al caso mínimo.

Ahora podemos comprender porqué Dios es trascendente y no solamente personal, visto que es un “yo soy”, de la misma forma que todas las criaturas hechas a su imagen y semejanza, y también por qué él puede ser considerado por encima e independiente de cualquier creación suya, más allá del bien y del mal, es decir, fuera del esquema dualístico en el que se basa el universo actual. El dualismo nació con el referido desmoronamiento del Sistema en su anti-sistema y está destinado a ser sanado, representando, pues, sólo un momento en la Divinidad. Dios “está” siempre, antes del desmoronamiento y después de la reconstrucción, más allá de este período dualístico. En lo absoluto Dios “es” simplemente Uno, por encima de esta división que concluirá con la unión de las dos partes y que, por ello, constituye solamente un episodio en el divino y eterno existir.

Y entonces, fue precisamente con el desmoronamiento del Sistema en el anti-sistema que se formó la contraposición – la trascendencia y la inmanencia. Esta escisión del único aspecto, lo absoluto, de Dios en el Dios trascendente y en el Dios inmanente, representa justamente la escisión de lo Uno, que como Uno absoluto reúne en sí los dos

aspectos. Él es ambos al mismo tiempo, estando por encima de la división, sin poder ser uno solo de ellos, o sea, no es exclusivamente trascendente, ni exclusivamente inmanente. De esta forma, comprendemos que la visión dualística, la del Uno bipartido, es relativa a la posición del ser en el universo actual y en el período de escisión, no poseyendo valor absoluto. En otros términos, si es encarado desde el seno de nuestro universo, Dios puede parecer a la criatura como inmanente o como trascendente, vale decir, puede ser concebido bajo dos aspectos distintos; pero si salimos de lo relativo a lo absoluto, deberemos admitir la existencia de Dios en uno solo y único aspecto suyo, que está más allá de cualquier dualismo y creación, al cual denominaremos Dios absoluto.

El ser vive, en la actualidad, inmerso en la escisión. Si concibe trascendencia, es porque se coloca en el aspecto inmanencia, y si concibe la inmanencia, es porque se ubica en el punto de vista de la trascendencia. Una presume a la otra y ambas son complementarias, como dos mitades de lo Uno dividido. El ser es incapaz de concebir fuera de relaciones. Desaparecida la contraposición de los contrarios, su percepción y concepción se anulan. Para comprender, pues, al Todo Divino, al Dios absoluto, es imprescindible comprender ambas mitades de la unidad y después reunir las. Comprender un solo aspecto de Dios, cualquiera que sea, significa alcanzar una concepción falla y unilateral. Admitiendo a Dios únicamente como trascendencia, el ser se enfrentaría con una abstracción, de tal forma destituida de expresión, que ella se confundiría con la nada. El universo le parecería, entonces, un autómatas desprovisto de alma, un sistema estático, incapaz de reconstruirse y reerguirse hasta Dios. Admitido a Dios solo como inmanencia, llegaremos a un universo a través de un camino sin fin, no teniendo punto de partida ni de llegada, tendríamos una unidad despedazada, sin posibilidad de reconstruirse.

Es necesario comprender ese descenso del Dios trascendente en la inmanencia seguidamente al desmoronamiento del Sistema. Cuando éste, por culpa de la criatura, se escindió en dos, Dios no quiso abandonar al sistema invertido, manteniéndose presente en él (inmanencia), para poder realizar así su salvación en un trabajo constante de reconstrucción (creación continua), por el proceso que denominamos evolución. Dios, en perfecta coherencia con el principio fundamental del Amor, acompañó el edificio desmoronado en el cual permaneció él mismo, aunque en posición invertida, un Dios a lo negativo, como si él mismo se hubiese invertido. De esta manera, Dios se hizo, por Amor, inmanente, y en este su segundo aspecto descendió a las formas, a la creación, que así se tornó su manifestación o expresión. He allí de qué modo el universo es regido por el pensamiento de Dios (la Ley). En el fondo del anti-sistema está siempre el sistema; en el fondo de los espíritus decaídos está siempre la originaria chispa divina. No puede existir en el universo nada que no sea Dios. Será un Dios invertido, pero siempre será Dios.

Aproximémonos ahora a nuestro intrincado fenómeno, más controlable por la observación. El desmoronamiento del Sistema está representado por el proceso

involutivo que procede de  $\alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma$ , es decir, del espíritu a la energía, y de ésta a la materia. Así nace la materia. He allí la creación de nuestro universo dinámico y físico. Se comprende, entonces, cómo ésta no fue la creación originaria, perfecta realizada por Dios, mas sólo una inversión y una corrupción de ella, realizada por la criatura y no por Dios, en razón de su libertad. Dios, sin embargo, no abandonó al ser aberrante. Le abrió de nuevo los brazos, señalándole un camino de recuperación y redención. De esta forma, Dios lo espera en el ápice del camino opuesto, el de la evolución que se procesa de  $\gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$ , el camino de nuestro universo en el plano físico y dinámico, y de los seres más evolucionados como el hombre, en el plano espiritual ( $\alpha$ ). He allí porqué el nuestro es un universo en evolución y el motivo por el cual la ley de ascensión es la ley fundamental de nuestra existencia. No obstante, no es suficiente haber verificado el hecho, como en los volúmenes anteriores. Es necesario comprender por qué este hecho existe de esta forma. Por eso el dolor es la herencia de la criatura, siendo la redención, a través de las pruebas de la vida, su necesario trabajo fundamental. Esta es la razón por la que Cristo descendió a la Tierra, la razón por la cual él es la figura central en la historia de la humanidad.

Podemos ahora comprender nuestro universo. Él es una creación negativa, no la originaria, sino una segunda creación, derivada y corrompida, consecuencia de la primera. Aquí el primer sistema se invirtió y lo vemos al revés. Aquí el espíritu eterno y perfecto se precipitó en la materia caduca e imperfecta. El amor se volvió físico, de cuerpos preparados para entrar en descomposición. Aquí la existencia eterna se despedazó en el ciclo en que gravitan como dos mitades los dos opuestos vida-muerte, encerradas en el tiempo. La felicidad naufragó en el dolor, el espíritu infinito se enclaustró en el límite de lo finito. La medida originaria, incorrupta del ser no es el tiempo, sino la eternidad; no es lo finito; no es lo relativo, sino lo absoluto; y es así para cada cualidad humana, de las cuales sólo quedan ruinas. Se explica de esta manera, por qué el instinto más fuerte y la mayor alegría del ser sea la superación del límite. Es que esto significa la reaproximación al centro y el reencuentro con el originario infinito.

El universo que la ciencia estudia es exactamente este universo invertido, en que lo Uno está pulverizado en la infinita multiplicidad fenoménica de lo relativo.

Pretender reconstruir con esta polvareda conceptual el principio unitario y el esquema universal, la síntesis máxima, entrando en contacto con el mundo fenoménico a través de la observación y de la experimentación, es simplemente una loca pretensión. Es esto lo que desea hacer la ciencia. Ya en otra ocasión lo dijimos, pero solamente ahora podemos saber las razones de semejante absurdo.

Una de las ventajas y a la vez novedad de la presente concepción, está en que ella es una síntesis que puede fundir en un solo sistema unitario, el mundo físico y dinámico con el

espiritual, hasta ahora enteramente distintos, que se ignoran entre sí, cuando no enemigos (ciencia y fe), siendo lo espiritual negado definitivamente por la ciencia. Mas solamente con estas concepciones es posible comprender de qué manera el desmoronamiento moral pueda haberse tornado físico; de qué forma, de una cinética de conceptos (rebelión de los espíritus) haya podido nacer una cinética involucionada, la de la energía, que a su vez se congeló en la materia. El desmoronamiento es moral en cuanto permanecemos en la dimensión  $\alpha$ , conciencia. Él se torna dinámico cuando el sistema involuciona en la dimensión inferior (más apartado de Dios) de la energía. se transforma, finalmente, en físico, cuando el sistema involuciona en la dimensión materia.

He allí cómo surgen y se resuelven múltiples problemas, tanto espirituales como físicos-matemáticos, teniendo todos la misma raíz común, el mismo tronco unitario que los coliga a la misma síntesis y a un idéntico principio.

Observemos ahora las particularidades de este desmoronamiento que va del espíritu a la materia por una línea continua. De esta forma obtendremos igualmente las características de la fase actual, evolutiva, inversa de la anterior involutiva, sólo con la inversión de posición. Para comprender el desmoronamiento y el camino por él recorrido en descenso, en la demolición del Sistema, es necesario que hagamos referencia a los capítulos que tratan de la evolución de las dimensiones expuestas en “*La Gran Síntesis*”, (cap. XXXVI: “Génesis del Espacio y del Tiempo”, y cap. XXXVII: “Conciencia y Superconciencia Sucesión de los Sistemas Tridimensionales”). En nuestro universo, nuestro poder de concepción solamente abarca dos sistemas dimensionales trifásicos que, escalonados en dirección ascensional (hacia Dios) o evolutiva son:

#### I Sistema Dimensional Trifásico:

(Inicio: punto – no dimensión o nada espacial).

1<sup>ra</sup> dimensión – línea

2<sup>da</sup> dimensión – superficie

3<sup>ra</sup> dimensión – volumen.

#### II Sistema Dimensional Trifásico:

1<sup>ra</sup> dimensión – tiempo (conciencia lineal)

2<sup>da</sup> dimensión – conciencia (razón, análisis = superficie).

3<sup>ra</sup> dimensión – superficie (intuición, síntesis = volumen).

Más allá de estos dos sistemas está lo inimaginable para la mente humana. Sin embargo, como dijimos al comienzo del cap. VI (Desmoronamiento y Reconstrucción del Universo”), el desmoronamiento proviene de dimensiones superiores al superconsciente, por lo que no podemos trazar su análisis, ya que, aunque podamos en parte alcanzar la

abstracción física-matemática, el fenómeno se nos escapa, pues que de él huye cualquier posibilidad de representación.

Veamos, pues, el proceso de disgregación del Sistema, la involución, que más tarde se rectificará en el proceso opuesto, el evolutivo. Nos movemos ahora sólo dentro de los límites de nuestro universo, es decir, en el interior de los dos sistemas dimensionales trifásicos ya mencionados.

He allí que los espíritus puros rebeldes, es decir, los espíritus colocados en posición de girar hacia la izquierda en el Sistema que gira hacia la derecha, provocan una contracción o curvatura cinética en la sustancia, que estamos observando bajo su aspecto de movimiento. Se inicia, entonces, el desmoronamiento del ser a lo largo de la escala de las dimensiones. La intuición sintética (visión directa de la Ley – pensamiento de Dios), se contrae en la simple racionalidad analítica y sucesiva, a semejanza del volumen que se distendiera en una superficie. Entonces esta dimensión conciencia se contrae también en la dimensión tiempo, así como si una superficie se deshiciera en una línea. Tales son los tres primeras etapas del descenso: la superconciencia (espíritu) se transmuta en conciencia (vida), y esta en tiempo (energía). Pero por encima existirán otras fases y sistemas dimensionales, de los cuales y a través de ellos el espíritu puede haber sido precipitado, porque no nos es dado conocer. Así el sistema más elevado, el II sistema dimensional es demolido, y la conciencia, reducida a la línea en el tiempo se precipita todavía más hacia los confines del sistema dimensional inferior – el I – y se zambulle entonces en el volumen que para ella significa una no-dimensión, es decir, anulación como conciencia. El espíritu deja entonces de existir como espíritu, vale decir, pierde la conciencia, se anula como tal. Esto no significa su destrucción, sino solamente su anulación como vida y conciencia, su actual forma de existencia, en un estado de latencia en que permanece sepultado. De esta manera llegamos a la materia.

Comienza ahora un segundo período de demolición. El volumen se contrae en la superficie, ésta en la línea, y la línea se anula en el punto. Así el sistema dimensional inferior es también destruido. Con esto se anula el ser, no solamente como conciencia y vida, como se descubrió anteriormente, sino también como forma inferior de existencia, único medio que le quedaba al final del desmoronamiento del sistema superior, para continuar existiendo aunque sea en condiciones inferiores a la de la forma de vida. La materia fue el túmulo en que el espíritu se sepultó como muerto, en un letargo. Ahora también el túmulo se anuló, pues que el sistema espacial fue anulado en el punto.

Tratemos de comprender este proceso, repleto de enseñanzas en todos los campos. Los capítulos arriba mencionados (XXXVI y XXXVII) de *“La Gran Síntesis”*, nos explican cómo se construyen evolutivamente las dimensiones más elevadas, irguiéndose desde las inferiores. Este es el camino inverso al que ya fue arriba examinado; es el camino del retorno. Abordémoslo para así recorrer el proceso en todas las direcciones. El punto es la dimensión espacial nula. El universo espacial, en esta fase se encuentra en el vacío. La

primera dimensión, la línea, se obtiene elevando una perpendicular sobre el punto. ¿Qué queremos significar con esta afirmación, además de una representación geométrica? Queremos decir que cuando el centro del Sistema, en su aspecto cinético en que es aquí considerado, es decir, como movimiento, irradia un poco de sí hasta el ser, transfunde hacia esta parte su naturaleza y atributo. Entonces el punto se mueve y de ese movimiento nace la línea. Es principio general que se pasa de la dimensión inferior a la superior, en cualquier nivel, siempre a través de este mismo proceso, que geoméricamente representamos, como una elevación de la perpendicular sobre la dimensión inferior, por lo cual ésta es abandonada. Esto significa simplemente un desplazamiento, por emisión cinética, de la dimensión inferior en una nueva dirección fuera de ella, que la llevan más allá de los límites que la constituyen. Es suficiente un pequeño desplazamiento, con tal de que se procese en este sentido, para que sean superados los límites de la dimensión inferior y alcanzada la dimensión superior. Este es el significado que le damos aquí a la expresión geométrica empleada – elevación de la perpendicular – expresión que adoptamos porque es concisa y de más fácil representación.

He allí que la primera dimensión lineal alcanza la segunda – la superficie, a través del mismo proceso – perpendicular elevada sobre la línea, o también, desplazamiento de la línea en una nueva dirección fuera de la anterior y, por consiguiente, de su límite lineal, y esto siempre por emisión cinética, por irradiación del centro del Sistema, Dios, motor universal. Es fácilmente imaginable, tanto en sentido físico como moral, una semejante emanación dinamizante y que, cuando ésta alcanza al ser, cualquiera sea el plano en que esté situado, pueda imprimirle un nuevo movimiento que lo eleva a la dimensión superior. Es igualmente fácil de imaginar que, cuando por el contrario, el ser es colocado al margen de semejante irradiación (veremos después cómo), se desenvuelve el proceso inverso que denominaremos bajada de la perpendicular, es decir, contracción de dimensión, por lo cual él cada vez más se confina en los límites de su propio plano, de los cuales antes se estaba liberando. Nace así la superficie.

Se alcanza la tercera dimensión espacial, el volumen, por el mismo proceso. He allí el volumen, con el cual se completa el primer sistema.

De la misma manera, por el principio de analogía y de los esquemas de tipo único, prosigue el proceso de la construcción del sistema trifásico superior. En el volumen o materia, dimensión espacial completa, la superior primera dimensión conceptual es nula. Pero, elevando una perpendicular sobre el volumen, por la emisión del centro radiante de un nuevo potencial cinético, el volumen se mueve. Nace la energía en su dimensión tiempo, la primera del nuevo sistema trifásico correspondiente a la recta. Los esquemas se repiten analógicamente en las fases correspondientes desde el sistema inferior al superior, según los mismos principios. Llegamos así a la conciencia lineal, que no puede expandirse todavía más allá de la línea de su transformismo y solamente conoce su



aislado progresar en el tiempo. Con el mismo proceso que hemos llamado elación de la perpendicular, es decir, por emisión cinética, se llega a la conciencia (la vida), correspondiente a la segunda dimensión del sistema espacial, la superficie. Fase subhumana y humana en la cual la conciencia lineal se ha movido en nuevas direcciones laterales y puede así recorrer, además del propio, también el devenir de otros fenómenos, sabe distinguirse de ellos, aprende a decir “yo”, se proyecta hacia lo externo, observa y juzga. Estamos en la fase racional analítica. Continuando moviéndonos en nuevas direcciones por lo que hemos llamado “elevación de perpendicular”, es decir, emisión cinética y nuevo movimiento, entramos en la tercera dimensión del sistema conceptual, correspondiente al volumen. Hemos llegado al campo del espíritu, de la intuición sintética, de la visión directa de la Ley, del pensamiento de Dios. Por todo esto podemos comprender cómo es la acción de esta radiación del centro del Sistema, es decir, la inmanencia de Dios en él, quien realiza la evolución, la reconstrucción del universo, su redención. Con esto podemos ver que la originaria ley de Amor alcanza toda su plenitud y cómo el punto de partida, Dios, todo lo reconduce al punto de llegada, Dios.

El examen de este proceso claramente nos expresa el desarrollo del fenómeno. Podemos ahora, invirtiendo el camino en dirección opuesta, comprender mejor el proceso inverso, el del derrumbe, de cual queremos aquí particularmente ocuparnos, observándolo más de cerca. El Sistema es un edificio regido por la radiación dinamizante que emana del centro. Cuando en el orden universal que gira hacia la derecha se aislaron con la rebelión gran cantidad de elementos que se pusieron a girar hacia la izquierda, ellos se hicieron “centro” con pretensión de irradiar, y solamente lograron irradiar en el exiguo círculo de sus satélites o elementos secuaces. La gran emisión cinética dinamizante proveniente del verdadero y máximo centro, Dios, no podía funcionar para ellos como impulso dinamizante; mas, habiéndose hecho ellos de signo opuesto, únicamente podían actuar como roce, resistencia, como impulso paralizante, vale decir, como fuerza no constructora sino demoledora del Sistema. He allí entonces, que él comenzó a ser demolido automáticamente, plano por plano. He allí entonces, que él, en vez de expandirse, se contrae, en vez de vaporizar se congela, y las mencionadas perpendiculares en vez de elevarse, descienden. Todo se invierte a lo negativo. Mientras antes se pasaba a una nueva superior dimensión por emisión, por irradiación del centro, de nuevas cualidades cinéticas y por lo tanto, con un movimiento en una nueva dirección, ahora aquí, en la fase involutiva del derrumbe del Sistema ocurre lo contrario. Vale decir, se pasa a una nueva dimensión inferior, no por la suspensión de la irradiación del centro que es Dios, siempre benéfico, que por todas partes y siempre irradia, sino por desgaste del anti-sistema precisamente bajo el roce que entre irradiación benéfica en él sufre, por lo cual el bien para él que está en posición invertida se convierte en mal, el poder constructor en potencia destructora.

Bajo este impulso dinamizante, así invertido por los anti-sistemas en asalto destructor, (la culpa es suya por haber querido colocarse contra la corriente), ellos, para continuar

existiendo, resisten y lo logran, a través de la contracción cada vez mayor alrededor de su centro, “yo” del sistema. La universal sustancia animadora del Todo, que ahora observamos en su naturaleza cinética, queda así aislada en estos anti-sistemas encerrados en sí mismos y desconectados de la universal fuente del ser, el centro-Dios. No pudiendo ella alimentarse del exterior porque el anti-sistema está encerrado y aislado, la sustancia cinética busca alimento y vida restringiéndose cada vez más alrededor del único centro al cual puede llegar y que representa todo lo que le quedó de la divina potencia de la cual él se apartó. Pero este centro no es Dios, sino un centro menor que se agota. Así desciende progresivamente todas las perpendiculares, cuya elevación bajo la divina irradiación había permitido al ser ascender hasta Dios; el movimiento se retrae por las nuevas direcciones laterales involucionando, la sustancia tiende a perder su originaria divina naturaleza cinética para congelarse en una inmovilidad creciente. De esta manera los anti-sistemas quedan sujetos a un proceso de contracción progresiva. ¿Y qué significa contracción? Significa una siempre mayor curvatura cinética, es decir, de las trayectorias constitutivas del sistema cinético del cual todo ser, desde el plano físico al espiritual, está constituido. He allí la razón por la cual el espacio es y debe ser curvo, porque él no representa más que una fase del ser, sujeto a estos procesos. He allí por qué la ciencia puede hablar de espacio en expansión o contracción. He allí por qué también el tiempo debe ser curvo y todo debe retornar al punto de partida. Los retornos cíclicos y periódicos en todos los campos confirman esto.

Podemos comprender mejor ahora la técnica observada al final del capítulo anterior, por la cual se llega a la destrucción de los espíritus malvados en los cuales se personifica el mal. Ellos son anti-sistemas que quedaron aislados e inmovilizados cada vez más por progresiva curvatura, hasta su anulación. Ello ocurre descendiendo de dimensión en dimensión, desde la fase superconciencia, a nuestra conciencia racional, hasta la fase de conciencia lineal (tiempo). Es decir, el espíritu, reducido desde una estructura volumétrica, a una de superficie, y al final a una lineal, es definitivamente sepultado, anulado como conciencia, en la materia, su última forma de vida, sin conciencia. Puede continuar existiendo así, a lo negativo, pudiendo entonces, si lo quiere, invertir la ruta para ascender nuevamente evolucionando. La fase humana del mal, no es de los niveles más bajos. Pero en cada punto el ser está en el dilema: o invertir la ruta ascendiendo nuevamente hacia el bien y al centro-Dios, o continuar descendiendo hasta la anulación. Y entonces, en este último caso, con el acostumbrado descenso de la perpendicular que había llevado la línea a la superficie, esto, como si se achatara, se reluciera a la línea. En fin, descenderá la perpendicular que había llevado al punto a la línea y ésta, como si se aplastara, se reducirá a punto. Estamos al final del proceso, la contracción es completa, el sistema está anulado, todo el edificio se ha reducido a un punto, a una no dimensión. El núcleo, último reducto del anti-sistema, continuará todavía girando como rebelde hacia la izquierda, rotando sobre sí mismo. Pero al final, también esta extrema reserva cinética será destruida por el roce contra las dominantes radiaciones que giran hacia la derecha, y también esta última sustancia componente será retomada en la corriente del

“yo soy” positivo. De esta forma los anti-sistemas que quisieron permanecer como tales, son sometidos a un proceso de progresiva opresión hasta su destrucción, mientras su sustancia componente, quedando indestructible, es utilizada a favor del sistema Uno-Dios, pues que son las individualidades y no la sustancia las que son destruidas. He allí la técnica de la destrucción del mal y de la victoria final y absoluta del bien.

\* \* \*

Para hacer comprensible un fenómeno sustancialmente abstracto y que abarca todas las formas del ser, del puro espíritu y a la materia, hemos recurrido a representaciones geométricas, que hacen a todo esto imaginables. Pero ahora debemos darnos cuenta que ellos no son la realidad, mas de ellos son tan solo una representación nuestra. Y entonces nos preguntamos: ¿Cuál es la verdadera fisionomía del fenómeno de la destrucción del edificio del ser, así como la fisionomía de lo inverso, de su reconstrucción? ¿Es posible para el hombre alcanzar esa abstracción que le haga sentir el fenómeno en su sustancia? ¿Qué hay de verdaderamente real detrás de la representación que le hemos dado?

En esta, para ser más comprensibles, hemos querido ver el Todo en su aspecto cinético. Desde este punto de vista el impulso  $\alpha$ , representa un dinamismo libre en cada posible dirección, la energía  $\beta$ , representa un dinamismo encarcelado en la transmisión lineal por onda, la materia  $\gamma$ , un dinamismo completamente encerrado en trayectorias retornantes sobre sí mismas. Notamos, pues, también en la realidad un proceso de curvatura del sistema. En las grandes dimensiones, la energía sigue líneas curvas retornantes al final al punto de partida, e igualmente el espacio es curvo, como lo es la estructura atómica y planetaria. Todo, entonces, es curvo, pero no de una curvatura estática y constante, sino en expansión o contracción, con trayectoria espiraloidal. He allí la trayectoria típica de los movimientos fenoménicos (V. “*La Gran Síntesis*”, fig. 4, cap. XXV). Todo, pues, tiende a expandirse y a contraerse; ese es el respirar del universo en dos tiempos opuestos. Y todo esto confirma y explica nuestra anterior representación fenoménica. Pero el fenómeno en su sustancia debe poder asumir infinitas formas y su susceptible de infinitas representaciones. Sin embargo, una de ellas que escojamos, es suficiente para hacernos comprender su andamiaje y su fisionomía. Cualquiera que sea el punto de vista, se trata siempre de una inversión a lo negativo que puede parecerse como congelamiento o solidificación cinética, como contracción o curvatura del sistema, como el hundimiento del espíritu en la materia, una destrucción de conciencia, y así sucesivamente.

Es cierto, entre tanto, que aquí hemos podido fundir en unidad cada fenómeno, desde el moral de la caída de los ángeles, al de la progresiva demolición del espacio hasta el punto; desde el de la involución o creación, al de la evolución. Ahora, el común

denominador de fenómenos para nosotros tan lejanos los unos de los otros, solamente puede ser un concepto que para tener valor universal, debe ser de naturaleza estrictamente abstracta, por encima de lo humano imaginable. He allí lo que hoy realmente por detrás de la representación que del fenómeno hemos dado, vale decir, una abstracción que para el hombre actual se pierde en lo súper concebible. La ciencia se encuentra en las mismas condiciones en el definir la sustancial última estructura del átomo, y no puede darnos más que una ecuación matemática.

De este modo, limitándonos a la demolición del espacio (volumen), hasta el punto, el concepto de progresivo achatamiento de dimensiones es puramente representativo. Ciertamente que es más fácilmente imaginable para nuestra psicología concreta y sensorial, un fenómeno expresado en términos geométricos espaciales. Pero en la realidad la sustancia del fenómeno es abstracta, es un pensamiento reducible a cinética que puede involucionar en el dinamismo lineal de la energía y aprisionarse en el dinamismo cerrado de la materia. Entonces, lo que se contrae en las demoliciones del espacio no es el volumen o la materia, sino la construcción creada por otra idea abstracta que en ella se proyecta. Lo que se contrae no es solamente el movimiento constitutivo de la forma, sino su principio abstracto directivo, el pensamiento que allí preside. Como se puede ver, caemos en una terminología que suena muy extraña para nuestra mente adaptada a otras medidas y conceptos. Nos encontramos frente a lo imaginable, vale decir, a la progresiva demolición del espacio por demolición del concepto directivo del fenómeno espacio, como si la fórmula matemática que lo rige fuera gradualmente perdiendo sus elementos constitutivos, simplificándose cada vez más desprovistas de sus elementos hasta transformarse en 0. El cero sería la nada conceptual y matemática, el momento final y conclusivo en la anulación, del derrumbe del sistema que gira hacia la izquierda. Una más concreta representación del fenómeno es imposible. Tal vez esto es una prueba a favor de la tesis aquí sustentada, pues que nos dice que estamos absolutamente fuera del antropomorfismo hacia el cual tendemos a reducirlo todo para nuestra comodidad de concepción. Y las visiones del universo es lógico que sean tanto más verdaderas, cuanto menos ellas sean antropomorficamente imaginables. Es lógico que en relación con la demolición del espacio, ya que esta ocurre fuera de la fase donde vive nuestro universo, sea en consecuencia una realidad imaginable, distante de cualquier posibilidad de experiencia y observación. De las cosas, nosotros no podemos concebir la absoluta realidad, a no ser en relación a nosotros mismos.

Concluyendo. A pesar de ser a través de representaciones de valor relativo, hemos podido darnos cuenta de la real íntima estructura, funcionamiento y devenir de nuestro universo y de nuestra posición en él. Nosotros, seres humanos, estamos a mitad del camino, suspendidos entre el abismo de la anulación y el de la perfección. Siendo libres, marchamos hacia donde queremos. Naturalmente vemos el universo desde el punto donde en él nosotros estamos. Por esto le damos su importancia al universo físico, pues que sobre él apoyamos nuestros pies, pero poco vemos del universo espiritual que, si

queremos evolucionar, él representa nuestra vida del mañana. Pero ahora, después de todo lo que hemos dicho, podemos con esta visión tener el panorama completo del Todo. Observémoslo.

Saliendo de la restricta visual del solo universo físico y dinámico, veremos el Todo como un sistema bipolar que puede moverse hacia uno o hacia el otro de sus polos, repitiendo como todo lo que allí existe el esquema máximo, existiendo solamente en cuanto oscila entre sus dos extremos opuestos. El sistema del Todo tiene, entonces, dos polos hacia los cuales tiende, uno en el cual alcanza la existencia plena, el otro en el que logra la anulación. Los podemos definir como positivo y negativo, del “ser” en Dios, o del “no-ser” en Satanás. Hacia el primero se asciende evolutivamente de  $\gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$ ; hacia el segundo se desciende involutivamente desde  $\alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma$ . El sistema negativo no es más que la contraparte del positivo con el cual forma una unidad. El primero, por su naturaleza, está destinado a la anulación a favor del otro, que por su naturaleza, está destinado a la afirmación y al triunfo final. El ser puede oscilar, pero al final debe tomar una dirección y sufrir las consecuencias de su libre escogencia. Los dos polos son dos extremos a los cuales todo debe llegar. Quien asciende, sigue una curva que se abre, en expansión, que debe dilatarse tanto, hasta alcanzar el infinito en Dios. Quien desciende sigue una curva que se cierra, en contracción, que debe restringirse tanto, hasta alcanzar la nada en Satanás. Sea en lo positivo, como en lo negativo, el sistema sigue el mismo principio de la curvatura cinética. Aunque la representación geométrica no nos dé la sustancia del fenómeno, ella así nos lo hace claramente imaginable, tanto, que podemos hacer de él un esquema gráfico. Le debemos al principio de los esquemas de tipo único, el hecho de que podamos reproducir en nuestro plano, en nuestro imaginable una estructura universal de otro modo, fuera de este su reflejo, para nosotros inalcanzable, pues que penetra en lo inconcebible.

Por un lado tenemos, entonces, una cinética en apertura; por el otro una convergente en sí misma, para encerrarse. Por un lado el ser se dinamiza, se potencializa y se libera. He allí el progreso, la superación de dimensiones (la técnica que progresivamente supera el límite espacio-tiempo). Esto está en el instinto, es la alegría y el triunfo de la vida. Por el otro lado la vida se contrae, se congela, se inmoviliza. He allí por qué los anti-sistemas que giran hacia la izquierda se debilitan, ya que no pueden, por ser negativos, aprovechar de la divina radiación positiva, quedan aislados en el Sistema e inmovilizados por progresiva curvatura cinética, en fin, debido al roce contra la corriente, son anulados por desgaste y reducidos a punto, a la no-dimensión. He allí la sanación de la fractura y la reabsorción del dualismo en lo Uno: el triunfo final del Sistema sobre el anti-sistema. He allí la visión completa del universo Uno, regido por un principio único que se ha invertido por rebelión de la criatura, solamente para enderezarse de nuevo; que se ha quebrado tan sólo para reunificarse, o para anularse allá donde el ser no quiera aceptar la existencia. Con esto se encuadra y se completa la concepción de “*La Gran Síntesis*” y la visión del Todo está completa.

\* \* \*

Tratemos ahora de resumir en síntesis los conceptos hasta aquí expuestos, expresándonos esta vez con símbolos, con fórmula matemáticas. Podremos así completar con una sola mirada toda la visión de la existencia, desde el principio hasta el fin.

Todo el proceso involutivo-evolutivo se podría representar con un círculo, cuya mitad derecha expresa el período o fase de ida en descenso o derrumbe del Sistema, y la mitad izquierda expresa el período o fase de retorno en ascensión, o reconstrucción del Sistema. En este que es el ciclo del devenir, el punto de partida y el de llegada coinciden. Este punto es el polo positivo del Sistema, desde el cual se parte y al cual se retorna atravesando en sus antípodas el polo negativo.

En las figuras 1, 2, 3, etc. de “*La Gran Síntesis*” se analiza en particular solamente la segunda mitad, la evolutiva, del ciclo que va desde  $-\infty$  hacia  $+\infty$  y que es el que ahora nosotros vivimos, y se dejó a un lado el estudio de su primera mitad, la involutiva, que va de  $+\infty$  hacia  $-\infty$ . Pero el semicíclo evolutivo está compuesto de varias creaciones,  $\omega_1$ ,  $\omega_2$ ,  $\omega_3$  etc. o universos, expresándose en el símbolo  $\Delta$  su conjunto ordenado u organismo de universos (cfr. Cap. XXIII de “*La Gran Síntesis*” y sus figuras).

Teniendo presente dichas figuras y conceptos, tratemos de desarrollarlos con fórmulas matemáticas. Indicando con  $S$  la sustancia y con el índice numérico colocado abajo el estado en el cual ella se encuentra, sustituyamos los símbolos usados en “*La Gran Síntesis*”, quedando de la manera siguiente:

$$-y = S_{-2}; \quad -x = S_{-1}; \quad \gamma = S_0; \quad \beta = S_1; \quad \alpha = S_2; \quad +x = S_3; \quad +y = S_4; \quad \text{etc.}$$

Entonces el proceso involutivo en el tiempo (tiempo que ya definimos como el ritmo del devenir o del transformismo fenoménico) para un elemento aislado, podrá ser representado así (leyendo la expresión de derecha a izquierda, expuesta de esta forma para poderla comparar mejor con la semejante de las líneas siguientes:

$$S_{-\infty} \leftarrow \dots \leftarrow S_{-2} \leftarrow S_{-1} \leftarrow S_0 \leftarrow S_{-1} \leftarrow S_0 \leftarrow S_1 \leftarrow S_0 \leftarrow S_1 \leftarrow S_2 \leftarrow S_1 \leftarrow S_2 \leftarrow S_3 \leftarrow S_2 \leftarrow S_3 \leftarrow S_4 \leftarrow \dots S_{+\infty}$$

Con esta expresión se quiere significar que el elemento sustancia se transforma desde el estado de máxima evolución ( $S_{+\infty}$ ) al estado de máxima involución ( $S_{-\infty}$ ).

En el otro lado el proceso evolutivo puede ser representado, en cambio, de la manera siguiente:

$$S_{-\infty} \rightarrow \dots \rightarrow S_{-2} \rightarrow S_{-1} \rightarrow S_0 \rightarrow S_{-1} \rightarrow S_0 \rightarrow S_1 \rightarrow S_0 \rightarrow S_1 \rightarrow S_2 \rightarrow S_1 \rightarrow S_2 \rightarrow S_3 \rightarrow S_2 \rightarrow S_3 \rightarrow S_4 \rightarrow \dots S_{+\infty}$$

Como ya se dijo en “*La Gran Síntesis*” y aquí hace unos momentos, en nuestro universo ( $\omega$ ) y nuestra fase que es evolutiva (de  $-\infty$  a  $+\infty$ ), los tres estados sucesivos de la sustancia (S), son: materia =  $\gamma$ , energía =  $\beta$ , espíritu =  $\alpha$ , que corresponde a los siguientes símbolos adoptados aquí:  $S_0$ ,  $S_1$ ,  $S_2$ .

El conjunto de los universos  $\omega_1$ ,  $\omega_2$ ,  $\omega_3$ , etc. forman  $\Delta$ , es decir, en símbolos  $\Delta = \Sigma\omega$ . Naturalmente todo esto no se relaciona con la parte que quedó íntegra del Sistema, no derrumbada por la rebelión y caída de los ángeles. Aquella parte quedó en su perfección, sin tomar la vía del devenir (transformismo involutivo-evolutivo).

Ahora, por el principio de libertad ya admitido, que aquí es de libertad de movimiento en el transformismo en un instante genérico, encontraremos en  $\Delta$  todos los estados posibles desde  $S_{-\infty}$  hasta  $S_{+\infty}$ . Pero existe entre ellos esta diferencia: que en la primera fase de descenso involutivo, los estados de la sustancia se transforman según la ley mencionada de  $S_{+\infty}$  hacia  $S_{-\infty}$ ; y en la segunda fase de ascenso evolutivo, los estados de la sustancia se transforman de  $S_{-\infty}$  hacia  $S_{+\infty}$ .

Hemos visto que en términos de dinámica, la rebelión consistió en introducir en el sistema de fuerzas originario que gira hacia la derecha (positivo), vórtices de fuerzas que giran hacia la izquierda (negativos), funcionando como anti-sistemas menores en el Sistema. Entonces en la primera mitad del ciclo (fase involutiva, de derrumbe) actúa y domina el elemento negativo tendiente al estado  $-\infty$  (caos, completa realización del anti-sistema); lo que quiere decir que es este anti-sistema, constituido por vórtices que giran hacia la izquierda, el que consume en su beneficio el sistema de fuerzas que gira hacia la derecha, enriqueciéndose con el desgaste de éstas. Sin embargo, alcanzado en el ciclo el punto crítico de saturación en lo negativo, el proceso se invierte, y en la segunda mitad es activo y domina el elemento positivo opuesto tendiente al estado  $+\infty$  (orden, completa realización del Sistema); lo que quiere decir que es el Sistema que gira hacia la derecha el que consume para su beneficio al anti-sistema hecho de impulsos que giran hacia la izquierda, enriqueciéndose con el desgaste de éstos. Y así, después de haber alcanzado en el ciclo el punto crítico de saturación a lo negativo, aquí se alcanza el correspondiente a lo positivo, punto que, como vemos, coincide con el de partida, por lo cual el Sistema derrumbado llega al final a encontrarse en un estado en el cual todo es perfectamente sanado y reconstruido. Es natural que las dos fases, la de desgaste y la de progresión, deban ser inversas y, en esta inversión, complementarias como las dos

mitades que se equilibran y se compensan en un sistema único, dividido en dos períodos equivalentes, uno de ida y el otro de retorno. Esto responde también a una necesidad lógica y, además de resolverlo todo, satisface a la razón.

Todo el proceso reduce a una elaboración íntima de  $\Delta$ , que desde el estado de  $+\infty$ , a través de su transformación por el derrumbe, hasta el estado de  $-\infty$ , supera a éste auto reconstruyéndose, hasta retornar al estado de origen  $+\infty$ . Y sabemos que  $+\infty$  significa el estado orgánico de perfección, de orden, de la creación originaria, en la cual Dios, el bien, la felicidad, el amor, triunfa; y que  $-\infty$  significa el estado desorganizado, de imperfección máxima, de caos, del universo derrumbado, en el cual Satanás, el mal, el dolor, el odio, triunfa. Y como la creación originaria fue una construcción orgánica de Dios realizada en su seno (el Todo en el Todo), así esta elaboración del derrumbe y reconstrucción, del orden al caos y del caos al orden, ocurre siempre en el seno de Dios (el Todo en el Todo), es decir, está comprendida en el ámbito de la circunferencia que cierra el ciclo de ida y de retorno. En otros términos, es siempre la misma sustancia del Todo-Dios que en los varios estados de  $\omega$ , nuestro universo, asume las formas de  $\gamma$ ,  $\beta$ ,  $\alpha$ , presentándose en cada uno de ellos, la sustancia, según el estado de su devenir que nosotros consideremos.

Es así, pues, que todo el proceso se ejecuta, aumentando siempre en el semiciclo involutivo la transformación de  $S_{+\infty}$  hacia  $S_{-\infty}$ , y en el semiciclo evolutivo la transformación de  $S_{-\infty}$  hacia  $S_{+\infty}$ . De este modo, al final del semiciclo de involución, la sustancia de  $\Delta$  ha asumido todo el estado  $S_{-\infty}$  (caos); y al final del semiciclo de evolución, la sustancia de  $\Delta$  ha asumido todo el estado de  $S_{+\infty}$  (orden).

Analizando entonces  $\Delta$  en los instantes extremos (máximo y mínimo) del ciclo, en un instante genético situado en el semiciclo de su involución, y en uno situado en el semiciclo de su evolución, y representando con los símbolos:

$\Delta (tp)$  = instante inicial (principio) del ciclo de delta.

$\Delta (tgi)$  = instante genérico del semiciclo involutivo de delta.

$\Delta (t \max i)$  = instante máximo final del semiciclo involutivo e inicial del semiciclo evolutivo de delta.

$\Delta (tge)$  = instante genérico del semiciclo evolutivo de delta.

$\Delta (t \max e)$  = instante máximo final del semiciclo evolutivo y final también de todo el ciclo de delta, instante en el cual todo retorna al estado inicial de perfección, y



tendremos que los estados de la sustancia de  $\Delta$  en los varios instantes mencionados serán:

$\Delta (tp) = S_{+\infty}$ , es decir, toda la sustancia se encuentra en el estado de  $S_{+\infty}$ .

$\Delta (tgi) = S_{+\infty} \rightarrow \dots \rightarrow S_4 \rightarrow S_3 \rightarrow S_2 \rightarrow S_3 \rightarrow S_2 \rightarrow S_1 \rightarrow S_2 \rightarrow S_1 \rightarrow S_0 \rightarrow S_1 \rightarrow S_0 \rightarrow S_{-1} \rightarrow S_{-2} \rightarrow \dots S_{-\infty}$ , es decir, en  $n$  un instante genérico de involución de la sustancia, encontramos contemporáneamente todos sus estados que se transforman hacia  $-\infty$ .

$\Delta (t \text{ máx } i) = S_{-\infty}$ , es decir, toda la sustancia del Sistema derrumbado, se encuentra en el estado  $S_{-\infty}$ .

$\Delta (tge) = S_{-\infty} \rightarrow \dots \rightarrow S_{-2} \rightarrow S_{-1} \rightarrow S_0 \rightarrow S_{-1} \rightarrow S_0 \rightarrow S_1 \rightarrow S_0 \rightarrow S_1 \rightarrow S_2 \rightarrow S_1 \rightarrow S_2 \rightarrow S_3 \rightarrow S_2 \rightarrow S_3 \rightarrow S_4 \rightarrow \dots S_{+\infty}$ , es decir, en un instante genérico de evolución de La sustancia, encontramos contemporáneamente todos sus estados, que se transforman en  $S_{-\infty}$ .

$\Delta (t \text{ máx } e) = S_{+\infty}$ , es decir, toda la sustancia del Sistema derrumbado ha completado su ciclo, alcanzando el estado final de  $S_{+\infty}$ , para refundirse, porque se ha vuelto idéntica a ella, con la parte del Sistema que, no habiéndose rebelado, no se derrumbó.

En otros términos, la conclusión de todo el proceso, su último resultado, es que toda la sustancia corrupta es sanada, de un estado  $S_{-\infty}$ , en un estado  $S_{+\infty}$ . Esto significa el triunfo final del bien sobre el mal, de Dios sobre Satanás y la anulación del aspecto negativo con la afirmación absoluta del aspecto positivo de la sustancia.

En términos matemáticos todo el proceso puede ser formulado con dos expresiones límites:

$$\lim_{t \rightarrow \text{máx } i} \Delta = S_{-\infty}$$

$$\lim_{t \rightarrow \text{máx } e} \Delta = S_{+\infty}$$

La primera nos representa El universo en el polo Satanás y La podríamos llamar la fórmula del derrumbe, que el proceso sólo atraviesa. La segunda nos representa el universo en el polo Dios y la podríamos llamar la fórmula resolutive del universo, momento en que el proceso, que tuvo un comienzo, tiene un final, y todo es reintegrado

al estado perfecto de origen. Así el principio y el final se reúnen en un ciclo que se cierra sobre sí mismo. De esta manera el Todo, lo infinito, Dios, permanece siempre como lo que fue y será, y simplemente siempre “es”.

## IX

### CONFIRMACIONES EN NUESTRO MUNDO

“Portae inferi non praevallebunt”<sup>(1)</sup>. Justo. ¿Pero por qué? Solamente ahora podemos comprender las razones. La ya mencionada concepción dualística nos indica, junto a las fuerzas buenas del Sistema, las satánicas del anti-sistema que tratan de invertirlo para arrastrarlo también a él, en su propia fatal destrucción. Pero esto es en vano. La estructura del Todo nos dice que el mal está condenado sin remedio, en virtud de la posición asumida por él en el Sistema y por la misma naturaleza de éste. Su reino es periférico, está en la forma. Puede ensañarse contra los efectos, pero las causas primeras están más allá de su asalto. No es él, sino solamente Dios el que dirige el timón de la gran nave del universo.

En la estratósfera del pensamiento existe, pues, la gran paz de las cosas eternas. Allí Satanás no llega, y mientras más ascendamos, más de él nos escaparemos. Y también en el reino de la materia su victoria está encerrada en el tiempo. La eternidad supera y vence al tiempo. Pero, por ahora, la Tierra es uno de sus reinos. Nuestro mundo forma parte del universo derrumbado, por eso la vida aquí se desenvuelve en una atmósfera de rebelión, de mal y de dolor. Aquí las fuerzas satánicas pueden manifestarse, vale decir, pueden actuar girando hacia la izquierda. Y así las vemos expresarse en la pulverización del Todo en lo relativo. Dividir la unidad, fraccionada cada vez más hasta destruirla, ese es el impulso de Satanás: demoler el Sistema que gira hacia la derecha, unificador, rectificador, tendiente a la plenitud de la vida. Y he allí que en la Tierra se levanta la barrera del límite a cada paso, sofocando al alma anhelante de infinito, del cual ha nacido y del cual está hecha. He allí el espacio dividido que nos hace rivales. ¡Y el espacio en sí mismo no tiene límites! He allí el tiempo seccionado, reducido a medida del esfuerzo y de la ganancia (¡el tiempo es dinero), y el temor de que nos falte! Y nuestro espíritu está hecho para la eternidad. He allí la lucha por la riqueza y el infinito respirar del alma ligada a las efímeras alegrías de un cuerpo caduco, cuando la riqueza y las alegrías son infinitas en Dios. ¡He allí a un paso, al alcance de la mano, una abundancia sin par, y estar separados de ella por la incapacidad de conquistarla! ¡Dios allí está, nos espera, y no sabemos alcanzarlo por fuerza, por ignorancia, por incapacidad de comprender! ¡Qué tremenda barrera es nuestra involución!

---

<sup>(1)</sup> Las puertas del infierno no prevalecerán (N. del T)

Estamos en el reino de la inversión de los valores. Todo lo colmado, lo eterno, lo pacífico se hace agitado, fraccionado, inseguro. Todo se torna calculado, pesado, disputado. Así nace la miseria y el dolor. He allí el atosigamiento de lo contingente, el afán de subdividir la atención en lo particular, en el análisis sin fin de lo relativo; he allí el torbellino de la civilización moderna que con espíritu satánico intenta triturar al espíritu entre los engranajes de sus máquinas; por el espejismo de obtener alguna ventaja material, destruyendo la más grande riqueza del alma que es la bondad. Se vive así en el temor de que falte todo, mientras que todo es infinito. Si fuéramos capaces de comprender que somos criaturas de Dios, vale decir, hijos del Padre, que el universo está construido para nuestra vida, principal necesidad, y que en consecuencia esta es sumamente protegida por nuestro Creador que nos ama, no habría razón para tantas e inútiles aflicciones.

Es lo Uno íntegro lo que aterroriza a Satanás. Y no consiguiendo destruirlo, tarta de demolerlo hasta donde pueda, lo más que pueda, subdividiéndolo. Se percibe en esto una íntima voluntad de pulverización para llegar a la destrucción. Fragmentar, triturar, dividir y armar al uno contra el otro, la guerra, la disensión, la contradicción, la angustia y el tormento, he allí el ideal invertido de Satanás.

Si descendemos desde las grandes visiones sintéticas hasta la cotidiana realidad de nuestro mundo, en éste también veremos que ellas son verídicas y que las teorías arriba expuestas encuentran continuas confirmaciones. Es más, nuestra realidad cotidiana solamente se puede explicar y comprender en función de ellas. ¿Por qué, por ejemplo, el hombre mientras más involucionado es, más destructor es? ¿De dónde deriva el instinto vandálico de los primitivos? Precisamente del hecho de que mientras más involucionado es el individuo, más cerca él está del polo negativo del ser, y más lejos del polo positivo. Mientras más involucionado sea el ser, más en la periferia del Sistema se encuentra, más lejos del centro genético que es Dios, más invertido en el principio opuesto, la destrucción. Así se puede comprender cómo era inevitable que Cristo encontrara en la Tierra el martirio. ¿Qué otra cosa puede encontrar, quien proviniendo del centro, se lanza hacia la periferia, sino el anti-sistema. Aquí la manifestación del ser es la agresión y la destrucción. Con ellas tuvo que encontrarse el Amor de Cristo, y con el Amor tuvo que vencerlas.

Que el principio de la destrucción sea propio de la periferia del Sistema, y el principio genético propio del centro, lo constatamos también en el hecho de que las formas de la vida para sobrevivir, deben continuamente resistir a los asaltos, a la lucha, a un ambiente hostil en el cual se manifiesta el principio destructivo a ellas externo, mientras que esas formas son continuamente abastecidas y reconstruidas desde lo interno (defensas orgánicas, reparación de tejidos, etc.), donde está el principio genético, íntimo a cada ser. La vida se manifiesta, efectivamente, desde lo interno hacia lo externo; esa es la

dirección del fenómeno. Él se nos presenta como un continuo florecer por obra de un impulso proveniente de un imponderable en lo íntimo del ser, que hace presión para manifestarse en el plano físico. Una vez en éste, queda sujeto a continuos choques y asaltos (sistema que gira hacia la izquierda) que envisten al conjunto, el cual así se desgasta lentamente hasta la muerte, pero que es sustentado por un íntimo impulso vital (sistema que gira hacia la derecha) que le permite, no obstante todo lo demás, una dada sobrevivencia en la individualidad; con la reproducción, la inmortalidad. Por todo esto, esa lucha y esfuerzo de vivir son necesarios, porque de esa experiencia nace aquella evolución que precisamente lleva al ser por encima de este estado. Nos encontramos en el punto de roce (dolor) entre los dos sistemas, debiendo ser nuestro trabajo el de reconstrucción con el desgaste del sistema que gira hacia la izquierda (el mal) a favor del sistema que gira hacia la derecha (el bien). Debemos restaurarlo, porque nosotros lo destruimos. Y la justicia de nuestro dominio sobre los seres inferiores se explica por el hecho de que, con nuestro esfuerzo, más hemos avanzado en el camino de la reconstrucción.

Este arduo trabajo solamente puede ser realizado por el espíritu en las zonas periféricas de la destrucción, donde la materia ofrece más resistencia y el ambiente es más hostil. Él allí tiene que someterse al esfuerzo y al dolor para realizar la evolución, es decir, aquella elaboración para la cual las zonas más colmadas en el centro no podrían ofrecer ni oportunidad, ni el material. Pero existe otra razón para este hecho. La caída fue en el estado materia y el ser debe resurgir de ella, arrastrándola consigo como su cuerpo. Y el peso solamente podrá aligerarse a través de la purificación y reespiritualización, realizada por medio del dolor de todo el ser. Decaído en la materia, él debe retransformar esta decaída parte de sí mismo, llevándola nuevamente con su esfuerzo al primitivo estado de pureza y perfección espiritual. Por este motivo la evolución del ser se proceso en la materia. Sin embargo, aunque sea triste, esta proyección hacia la periferia tiende y sirve para elevar al ser hacia el centro. El Sistema, contra todas las resistencias del anti-sistema, es siempre constructivo.

Esta evolución procede del caos al orden en todos los planos. La primera creación de espíritus fue un estado orgánico perfecto, en el cual reinaba un orden jerárquico. El derrumbe trastornó este orden en una jerarquía invertida, una anti-jerarquía del anti-sistema, contrapuesta a la jerarquía del Sistema. En la anti-jerarquía el dios es Satanás y el bien es dado por el mal, la perfección está en el caos. La gran lucha en nuestra fase es entre los dos principios y jerarquías, para la reconstrucción del estado orgánico, partiendo del estado inorgánico caótico en el cual caímos y desde el cual evolucionamos. Por eso nuestras jerarquías humanas son falsas y ficticias, no responden a los valores intrínsecos, porque la mayoría de las veces ellas expresan más la antijerarquía del anti-sistema, que la jerarquía del Sistema.

Pero también en otros campos la evolución procede del caos al orden. En el plano social el legislador humano repite el gesto de Dios que encuadra su creación en la Ley. Legislador en principio armado de sanciones feroces y del terror del castigo, para después apoyarse cada vez más en la convicción y menos en la fuerza, siempre más en la conciencia de la utilidad de seguir la Ley. Así se avanza hacia la espontánea y libre observancia, que sustituye la coacción. Mientras más comprensivo se hace el individuo y menos severa se hace la disciplina, el legislador se transforma cada vez más en un amigo que ayuda, en vez de ser un opresor. Así también la idea de Dios legislador se suaviza en tal sentido, con el progresar de la conciencia de los pueblos. Igualmente se comprende cómo el terror de un infierno atroz y eterno, incluso si esto en Dios ofende el principio fundamental del Amor, haya sido y sea una necesidad psicológica para lograr disciplinar al involucionado.

La visión del Sistema expuesta arriba, nos explica también otro hecho, el cual ya habíamos señalado a mitad del Cap. III: "Egocentrismo" ¿Por qué el método del mal es el de ofrecer primero la alegría para después hacerlo naufragar en la traición del dolor, mientras que el método del bien es el opuesto, darnos primero el esfuerzo honestamente, para después, con seguridad compensarnos con una justa y proporcionada recompensa? Todo ahora se torna lógico, pues que se trata de posiciones opuestas, en los dos polos contrarios del Sistema. Los métodos son, en verdad, el uno lo inverso del otro. El primero consiste en tomar a crédito un goce sin la intención de pagar, método desequilibrado, deshonesto, irresponsable, adaptado a la inconciencia del involucionado que, en su ignorancia, es llevado a cometer fraude, pues que él lo cree posible y útil. En el segundo se antepone el esfuerzo a la alegría para que todo sea merecido, método equilibrado, honesto, de quien se siente responsable, método adaptado a la conciencia del evolucionado, llevado, por haber comprendido, a actuar con justicia, pues que él sabe que solamente esto es útil y que lo contrario es perjudicial. En el primer caso se genera el enredo tanto en el ser como en el Sistema; en el segundo caso la sinceridad está en todas partes. Cada quien se coloca, según su naturaleza, en un dado punto del Sistema. Si es involucionado queda en la periferia con un trato a esto relativo; si es evolucionado asciende al centro con resultados opuestos. El Sistema tanto más se invierte, cuanto más periférico es el ser.

Acercándonos al polo negativo del ser, la libre ley moral del evolucionado de tal manera involuciona, que se precipita en el determinismo de la materia. Hemos ya señalado, al final del Cap. V, que Satanás fue colocado por Dante en el fondo del infierno, en el centro de la Tierra. Aquí la condensación física es máxima, como lo es la presión gravitacional, mientras el purgatorio se eleva por el lado opuesto utilizando, como en la técnica reconstructiva del Sistema, el material producto de la acción del mal para elevarse hacia el Cielo, hacia el bien, espiritualizándose, cada vez más lejos de la materia. Así también en la concepción dantesca el hundimiento de Lucifer ha sido un medio para la formación del purgatorio, instrumento de bien, medio de expresión. De

esta manera el mal, en último análisis, se convierte en un medio utilizado para la liberación del mal mismo, los productos de la acción del mal que han cavado el abismo en la Tierra, sirven para la edificación de un monte fuera de la Tierra en el cual se prepara la realización de los fines del bien.

Si pudiéramos ver en profundidad, podríamos muy bien darnos cuenta de este hecho que se repite también en muchos eventos de nuestra vida, por lo cual el mal termina generando el bien. Nuestros juicios sobre la acción de Dios se detienen en la superficie y se limitan al momento, y pretendemos con ellos llegar a conclusiones sobre problemas que no conocemos. A menudo ciertas construcciones solamente se pueden obtener por reacción, pues que al del mal es el impulso al cual el involucionado más responde. Entonces la fuerza movilizada no puede ser el bien sino el mal. De esta manera las guerras que parecen tan inútiles y mortales, son frecuentemente útiles para producir en los enemigos, que de otro modo se odiarían, la necesidad de una coalición con un fin de defensa, y así se progresa hacia la unificación que es una de las grandes vías evolutivas que nos llevan a Dios.

La sabiduría de la Ley a menudo se muestra al excitar nuestras probabilidades latentes para que el bien, que está dentro de nosotros, pueda aflorar por nuestro esfuerzo. Por ello los asaltos exteriores del mal y del dolor actúan sobre todos, sin discriminación. Pero el efecto en gran parte depende de la reacción que es establecida por la naturaleza del individuo. Entonces, si éste es un involucionado, todo para él puede convertirse en instrumento de perdición y, si él es un evolucionado, todo para él puede transformarse en instrumento de elevación. El primero, viéndose atacado por el mal, reacciona con el mal, descendiendo cada vez más; el segundo reacciona con el bien, ascendiendo cada vez más. La misma fuerza quiere así producir dos efectos opuestos según con cual ser ella choca, pero en cualquier caso poniendo al descubierto la naturaleza del individuo. Esto significa una tendencia a acentuar sus cualidades, cualesquiera ellas sean, tendencia que con esto resuelve el dualismo de la existencia, sea hacia el bien volviendo a Dios, sea hacia el mal donde el ser se anula lejos de Dios. Esto nos muestra cómo la fractura dualística del Sistema tiende en verdad a sanarse, fundiéndose en el Uno originario que se reconstruye íntegro en su unidad. Es verdad que el Sistema está resquebrajado, pero en lo hondo de él ha quedado la inmanencia de la Causa primera que lo generó, la cual representa un impulso siempre actuante para reconstruirlo en toda su integridad.

Es así que todo, incluso las fuerzas negativas, son puestas a cooperar por el Sistema en la reconstrucción positiva. ¿Qué mayor prueba que ésta, de la solamente aparente corrupción del Sistema y de su sustancial integridad permanente? Si en su forma exterior nuestro universo está dañado, en su estructura íntima él es muy sano y poderoso, tan equilibrado y sabio, tan incorruptible y perfecto, que incluso sus elementos negativos, que parecen funcionar con resistencia, al final funcionan en cambio como elementos positivos que colaboran a su manera, con su naturaleza invertida, pero colaboran para la

reconstrucción y triunfo del Sistema. ¡H allí qué función creadora se le ha encargado a un error que podía parecer irreparable! La íntima divina potencia creadora no se ha apartado y sabe crearlo todo de nuevo. En este sentido decimos que en nuestro universo la creación es continua, vale decir, que Dios en su aspecto inmanente siempre está activo en él, en la obra de su reconstrucción.

¿Qué mayor maravilla que un Sistema invertido en lo exterior, en la forma, pero que en su íntimo todavía tiene un alma representada por Dios y por sus criaturas espirituales no rebeldes, la cual sabe enderezarlo de nuevo y volverlo a sanar, haciendo ahora de un orden decaído en el caos, un caos que se reconstruye en el orden de un Sistema orgánico? ¿Qué mayor maravilla que un universo en el cual todo está despedazado y dañado, y que sin embargo, de tantos escombros sabe hacer un excelente material de construcción, para extraer de un montón de ruinas, un espléndido edificio? El bien es tan central y fuerte en el Sistema, que se mantendrá siempre como Señor. Y aquel pobre mal rebelde, creyéndose victorioso, es reducido a banco de prueba en la fragua del bien; reducido, o a anularse espontáneamente reconociéndose un error para adherirse al bien, o a desgastarse hasta su propia anulación, cediendo toda su sustancia constitutiva a su enemigo, el bien. Es una rivalidad que solamente tiene un anhelo: la pacificación. De esta manera el error de la criatura es benevolentemente guiado hacia su automática superación. La creación se derrumbó en las tinieblas, pero en el fondo de éstas quedó mucha luz. El espíritu decayó en el mal, pero en lo profundo de él ha quedado el bien. Satanás ha arrastrado muchas almas de Dios, pero en el fondo de ellas Dios está siempre vivo y las agita para traerlas de nuevo hacia él.

¿Qué ocurre, podríamos ahora preguntarnos, cuando un hombre hace el mal?

La técnica del Sistema, como hemos observado arriba, nos dice que él, incluso si en su ignorancia cree hacerlo para su beneficio, en realidad se está perjudicando. Hacer el mal significa querer ir en contra de la corriente del Sistema para introducirse en la corriente invertida, es decir, encausarse por la vía de la autodestrucción. La ventaja inmediata puede ilusionarnos con una victoria, pero es necesario tener presente lo que se paga por ello, lo que esto nos costará, nuestra ruina espiritual, vale decir, la demolición de nuestro “yo”. Y esto significa inversión de todos los valores de la vida, ser expulsados y quedar aislados fuera del Sistema. Entonces en éste, del cual no se puede salir porque lo es todo, del cual ni siquiera Satanás ha podido escapar, se asume una posición invertida en la cual la riqueza se hace miseria, el conocimiento ignorancia, la libertad esclavitud, la alegría dolor, etc. Y en verdad los triunfos del mal son efímeros, no obstante que las apariencias del momento nos ilusionen. No nos detengamos solamente en el presente. La vida eterna es larga y allí todo se paga. Quien entra en la corriente que gira hacia la izquierda, por muy poderoso que él pueda ser como centro autónomo, es siempre una corriente que gira hacia la izquierda y que, por lo tanto, tiene contra sí todo el universo. ¿Y también Satanás, el máximo rebelde, cómo puede triunfar contra Dios?

Victorias encerradas en el tiempo, rasgadas por la traición y listas para derrumbarse, porque ellas forman parte del sistema de la rebelión y del derrumbe. “Portae inferi non prevalebunt”. Quien hace el mal se aísla en el Todo y es cercado por el Sistema para sanarlo nuevamente, o combatido para su aniquilación, a semejanza de un tumor patológico. Cualquiera que sea la ventaja aparentemente obtenida, esta posición es el mayor daño para el ser, ¡y hay de quien la escoja! He allí como el mundo moderno, por no haber comprendido nada de la estructura del universo, está trabajando solamente para su daño. Y tendrá que pagar por sí mismo, como es lógico en el Sistema. Todavía no hemos aprendido ni comprendido que toda infracción a la Ley es una parcial inversión del Sistema, que cada culpa que se repite establece la inversión de las corrientes de las fuerzas del bien en las del mal para nuestro daño. No sabemos todavía comprender que así nos ligamos cada vez más al dolor, colocándonos en una posición de la cual solamente es posible salir enderezando con nuestro propio esfuerzo nuestra posición invertida. De esta forma se explican tantos destinos cargados de impulsos negativos que no pueden dejar de atormentarnos, hasta que ellos no sean completamente agotados.

El conocimiento de la estructura del Sistema y nuestra posición en él, nos explica el por qué de la forma en la cual existe en nuestro mundo aquel hecho fundamental que es el amor. Es lógico que en un sistema corrupto todo sea contrastado por el mal y por el dolor. Del eterno y divino Amor, al cual se debe la génesis de todas las cosas, en el gran naufragio del ser, no ha quedado más que un pobre escombros, aquí en la periferia donde nosotros estamos. Su producto se ha hecho caduco, la vida que él genera no es la vida eterna generada por Dios, sino una vida quebrada, pronta a precipitarse en la muerte, la vida del cuerpo, en la carne. Del amor humano que es una corrupción, una derivación involucionada del Amor divino, solamente puede salir una génesis imperfecta y continuamente contrastada por el mal y por el dolor. Pero no olvidemos que íntima a la forma quedó la originaria chispa del ser proveniente de la génesis divina, aquel espíritu “que no nació de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios”, (Juan I, 13). Ahora, el amor puede aproximarse nuevamente a su incorruptibilidad originaria cuanto más evoluciona desde la materia, vale decir, sabe ascender desde la forma corruptible al espíritu. Sólo los productos del amor hecho en el alma más que con el cuerpo, pueden resistir a la destrucción que el ser encuentra en la periferia, ya que ellos son el resultado de un proceso genético menos periférico como es la carne, y más central como el espíritu, que está más cerca de Dios. Sólo el amor hecho con el alma puede sobrevivir a la muerte del cuerpo.

La misma forma que en la criatura ha tomado el amor nos habla de un universo derrumbado. Con la caída todo se resquebrajó, incluso el amor. De esta manera el individuo quedó incompleto, es una mitad. El ser completo está formado por los dos sexos, las dos mitades que reuniéndose reconstituyen la unidad dividida. Por sí solo, el “yo” se siente despedazado y perennemente sometido a la búsqueda del término opuesto



en el cual únicamente puede completarse, volviendo a ser uno. Solamente así se puede llegar a la recomposición de la unidad quebrada, alcanzando a través del amor la génesis creadora. Y mientras más periférico es el ser, más está dividido, es decir, más egoísta es el amor, que así es siempre menos amor. Y mientras más el ser es central, más está unificado, vale decir, más altruista es en el amor, que así es siempre más amor. ¡Pues que el Amor es el centro del universo!

Así el amor evoluciona desde el egoísmo al altruismo en amplitud, profundidad, potencia y goce. Él debe hacerse cada vez más semejante al Amor de Dios, y cuanto más se le aproxima, mucho mayor es su poder creador. El amor egoísta por el goce propio, es un amor separatista, es la contradicción de sí mismo, es un amor que se derrumbó y se encerró en sí mismo, en un mar de odios, un amor que, alejándose de Dios, se hace cada vez más destructivo e involuciona hacia su misma autodestrucción. Mientras más la criatura en sí invierte el modelo que debería imitar, más se coloca fuera de la Ley. Ésta entonces, si se abusó del placer, se contrae y niega el amor. Se queda, entonces, fragmentado y el otro término se hace inaccesible. Nacen, entonces, en ambos sexos los invertidos cuya personalidad tiene los signos opuestos a los de su cuerpo. De esta forma la Ley se rebela contra ellos, como ellos se rebelaron contra la Ley.

Cualquier violación de cualquier género, nos coloca en ese punto en posición retrógrada, condenados a la carencia correspondiente al abuso. El ser se deforma, no la Ley. Y él queda estropeado patológicamente y por tanto, vulnerable: Quién hace el mal se lo hace a sí mismo, no a los otros, a quien pretende hacérselo. Querer gozar demasiado e ilícitamente, significa privarse y tener después que proporcionalmente sufrir para recuperarse. Es necesario después reconstruirse en la Ley en la cual nos hemos demolido: reconstruirse con nuestro propio dolor, que no es otra cosa que la originaria alegría de existir del ser rebelde, pero invertida. La vía de la desobediencia a la Ley es la vía de la autodestrucción. Pues que la Ley es la atmósfera de Dios, sin la cual al ser le falta el respiro de la vida. Y el hombre, al ser más evolucionado y, por lo tanto, más libre que el animal, mucho más puede pecar y por lo tanto sufrir, porque mientras más conozca, más todavía debe aprender a conocer; se hace, entonces, cada vez más activo y responsable delante de la Ley, para convertirse cada vez más en autopiloto de su nave.

La muerte y el dolor son la herencia de todas las formas periféricas de la vida, en consecuencia también de todas las terrestres, y no existe otro modo para salir de estas extremas trayectorias del sistema, que restringiendo sus órbitas aproximándose nuevamente al centro, vale decir, tomando de nuevo una posición correcta. En nuestra zona de vida, la corrupción del sistema lleva a no poder alcanzar la afirmación del “yo soy” que constituye el existir, a no ser a través de su continuamente retornante negación del existir que es la muerte. Solamente se puede llegar a “ser”, recorriendo las etapas del “no ser”, inexorablemente ligados a nuestra propia inversión, como así lo quisimos. Pero persiste el “ser” que no puede morir, porque es eterna chispa de Dios. No puede

definitivamente morir como tal, pero si tiene que vivir, solamente lo puede hacer en forma fragmentada, periódicamente sometido a la retornante agonía de la muerte y a la angustia del nacimiento. Vida originariamente Una, ahora despedazada. Labilidad de la vida, que sin embargo, es la cualidad que le permite evolucionar, único medio para reconstruirse perfectos. El daño es al mismo tiempo el remedio. He allí el doloroso ciclo incesante de la vida y de la muerte, de las sucesivas reencarnaciones, del cual únicamente la evolución en el espíritu podrá librarnos. En la Tierra el principio del “yo soy”, (la vida), se ha mezclado con el principio del “yo no-soy” (la muerte), y la ley es que fatigosamente se deba reunificar la unidad quebrada a través del doloroso trabajo de la vida: nacer y morir, para renacer y volver a morir. Esta es nuestra ley actual.

También el amor en esta zona del ser ha tomado el color dominante. Como se ve, existe una razón profunda para que el parto sea doloroso, una razón no solamente fisiológica, es decir, que la génesis creativa no solamente debe dar lugar a una vida quebrada, sino que únicamente se puede realizar en posición negativa de dolor, es decir, a la inversa de aquella originaria en Dios en la cual la génesis es alegría. Y aquel poquito de goce que ha quedado en el amor sexual, no es más que un escombros, un fragmento, una muestra de la originaria felicidad de crear en Dios. Y la alegría es dada primero y el dolor después, precisamente porque en esto continúa repitiéndose el originario motivo de la inversión, por el cual a la alegría divina de crear sucede el dolor de la caída. El dolor viene después como una traición, como ocurrió con la rebelión, y como ya vimos que es la regla en la periferia, reino de la ilusión, donde el mal primero nos seducen con el espejismo del placer, para después abandonarnos en un cuerpo que, sostenido únicamente por este último rayo de la divina emanación, se corrompe y no resiste. Nuestro mundo tan ávido de placeres, pero tan ignorante en el arte de saberlos encontrar, no imagina en verdad que el místico, en sus amores espirituales hacia Dios y hacia las criaturas, sea el más sabio y el menos engañado entre los gozadores.

Ha allí la gran condena del ser decaído: no poder participar de la divina alegría de crear, a no ser en el dolor. “Creced y multiplicaos”, pero no para gozar como cree el mundo, si no para atravesar el dolor y con esto recorrer el duro camino de la ascensión. ¡Que crezca, que se desarrolle la vida! Esta es la ley que ha quedado, pero corrompida en el dolor. Sois falanges atadas a la ruta de la vida y de la muerte; que cada ser acepte la alegría sexual que lo invita a soportar todo lo demás. Dios bendice la unión de los sexos, pero, existe el gran “pero”, por el cual el hombre inconsciente no debe de creer que al casarse va al encuentro de una vida y alegría completas, sino únicamente al encuentro del esfuerzo de evolucionar y de hacer evolucionar. He allí el verdadero contenido del matrimonio: llevar el amor a evolucionar de su forma egoísta, que sólo pide placer, a la altruista que, en el dolor y en el tormento, da por amor no a sí mismo sino a los demás. Es de esta manera que el amor se acerca a Dios, elevándose desde el plano animal a la función evolutiva de reconstrucción espiritual del ser. Quien crea solamente para su propio placer, se hundirá cada vez más en el dolor, cada vez más rechazado hacia la

periferia del Sistema. Quien usa su propia inteligencia, centella de Dios, para estafar a la naturaleza, creyendo que con su astucia le puede robar placeres, se invierte todavía más en el sistema, y ahora sabemos lo que esto significa. He allí cómo del gran movimiento de la creación arriba examinado, hemos llegado a los casos de la vida que de más cerca nos tocan. Así hemos podido ver desde qué lejanos orígenes cósmicos desciende la ley moral que regula nuestra conducta de cada día.

Repetimos en estos libros, hasta lo infinito, la utilidad del lector, único elemento de redención. Él es nuestra herencia incluso en el amor, que sin embargo, es la más grande alegría. El fundamental instinto del ser es crear, lejano eco del primer impulso de Dios dado a todos los seres, y por éstos repetido y continuado, rodando siempre en el mismo ciclo o esquema fundamental del universo. Instinto irrefrenable y que sin embargo termina en el dolor, y tanto es así, que se podría decir que no es un instinto que lleva a la alegría, sino una fatalidad que lo que trae es sufrimiento, pues que esto es lo que hoy en el fondo de la taza de todos los placeres humanos. Somos movidos por un impulso irresistible hacia la vida y a generar, para después solamente nutrir a la muerte. ¿No es este el final de todas las génesis humanas? En esto podemos ver claramente que ella es una génesis que se agota, que se cansa, pues que se ha derrumbado su originaria potencia divina de la indestructibilidad. Todo se desgasta en la Tierra y es necesario regenerarlo continuamente. Nos ilusionamos con revivir en nuestros hijos y en nuestros nietos, y después el tiempo todo lo destruye, tanto a los individuos como a su descendencia, y todo se deshace en la polvareda de todas las cosas, hasta el último recuerdo.

El ser atemorizado por este esfuerzo de vivir en una existencia despedazada, donde el originario instinto del ser es continuamente traicionado, podría renegar de la vida. Pero no existe evasión posible ni siquiera por este lado. Este caso se asemeja al de una persona muy hambrienta que, no pudiendo tener el magnífico banquete que desea, rechaza un trozo de pan para saciarse, y prefiere morir de hambre. Un rechazo a la vida para sí o para la génesis de otras vidas, significa distanciarse cada vez más del centro del Sistema, hacia el anti-centro, hacia lo negativo. Y esto significa encaminarse hacia el aniquilamiento. Es culpa, entonces, una castidad egoísta, cuyo objetivo es el de evitar molestias y obligaciones, pero es santa una castidad física que sacrifica las alegrías del sexo para entregarse a la génesis espiritual en la cual la creación no está en los cuerpos sino en las almas, elevándolas hacia el centro-Dios. Solamente con esta condición es lícito retirarse de la vida, pues que a ella se retorna a una mayor medida. Entonces un hombre puede tener millones de hijos y su renuncia puede ser prolífica en una amplitud y duración que la naturaleza no conoce. Entramos, entonces, en una trayectoria más cercana al centro, en la cual las posiciones invertidas comienzan a enderezarse, el sacrificio viene primero y la alegría después, la génesis produce frutos que no temen a la muerte, continuando ellos generándose en el tiempo. El hombre que lanza una idea para

el bien del mundo, es un padre en el espíritu, con una potencia genética desconocida en el plano material.

Estas son las leyes de la vida. Violarlas solamente puede producir daño para el violador. La vida es irrefrenable impulso de Dios. El suicida es el más grande negador de Dios; aquel que atenta contra la Ley, es el asesino también de su alma. La vida quiere expandirse para volver a ser como era, infinita. La vida quiere retornar a la unidad. La unión de los sexos tiene su rito y celebra, aunque sea en una forma espantosamente reducida, la reunificación final en la unidad de los dos semicírculos del gran ciclo del ser, el involutivo y el evolutivo, el momento supremo de la reconstrucción, el triunfo final de la génesis de la vida. De esta manera los seres por instinto de unidad se atraen. La soledad es espantosa. Por eso la vida busca la vida, las multitudes atraen a las multitudes. El aislamiento del consorcio humano, como en la cárcel, es castigo y dolor. Y mientras más involucionado es el ser y en consecuencia despedazado, más se siente solo cuando está solo, y más busca compañía. Pero mientras más espiritualizado es el ser, vale decir, evolucionado, más siente la vida universal en todas partes, y menos él se siente solo en cualquier aparente soledad.

\* \* \*

Al concluir este capítulo, tratemos de comprender el gran alcance de las consecuencias prácticas a las cuales nos lleva la concepción de este volumen. Todo nos demuestra la verdad de cuanto aquí arriba dijimos, vale decir, que si el Sistema se derrumbó, quedó en el fondo de él la inmanencia de la causa primera que lo generó, la cual está en nosotros siempre presente y activa, para reconstruirlo.

En el plano físico, ¿qué es en último análisis la “vis sanatrix naturae”<sup>(2)</sup>, sino la expresión de Dios inmanente? Él está en nuestro interior, siempre atento a la restauración de la forma, que por eso está protegida, porque es la expresión de la vida en el plano donde debemos elaborarnos para volver a ascender. Al final del Cap. XV “En Busca de Dios”, concluiremos descubriendo lo divino en las profundidades de nuestro “yo”. Y sabemos que solamente se puede existir en nuestro universo como un devenir. La creación no es un fenómeno estático, sino de incesante formación, que no puede regirse ni explicarse sin esta continua, operante presencia de Dios en su aspecto inmanente. ¿Quién más podría de otro modo reconstruirlo todo? Es verdad que la muerte atenta siempre contra la vida, pero es verdad también que quien triunfa es la vida, y de

---

<sup>(2)</sup> La fuerza creadora de la naturaleza (N. del T.)

esta manera la muerte es reducida a un medio de renovación, que es precisamente lo que lleva a aquella evolución que marcha hacia la superación de la muerte.

Esta presencia de Dios la vemos no solamente en el campo físico, sino también en el campo moral. Nos referimos a impulsos reactivos de la Ley por nuestro error que llamamos culpa. La idea del pecado nos lleva a concebir que éste implica un castigo, casi como una venganza por parte de un Dios que con esto egoístamente defiende únicamente su orden violado, la justicia que él representa, en suma, más a sí mismo que a su criatura. Y así nos explicamos el dolor. Pero esto no basta. Debemos ahora completarlo más a fondo, es decir, como una medicina para curarnos y una escuela para instruirnos. Reacción de la Ley significa la saludable intervención del Dios inmanente, que nos inflige un dolor proporcional y adecuado al objetivo, para que a través de él el Sistema pueda reconstruirse precisamente en el punto violado y así el ser pueda volver a entrar por el carril de su salvación. Todos nuestros males no son, entonces, más que expedientes correctivos para enderezar posiciones erradas asumidas por nosotros y para enseñarnos a vivir en el orden divino, que es el único lugar donde está la felicidad. Así en todos los campos este resanador impulso divino interior continuamente nos acompaña para curarnos. La enfermedad misma es su reacción para curar nuestro cuerpo. Y cuando el daño ultrapasa los límites permitidos y el orden (salud) no se puede ya rápidamente restablecer, esa misma fuerza que denominamos naturaleza, resuelve igualmente el mal de modo más radical a través de la muerte, lo que permite comenzar de nuevo la vida con salud en otra forma.

De esta manera en el campo moral todo exceso o abuso es compensado por una proporcional y específica carencia. Pero no basta decir que esto es justicia y reconstrucción del orden. Es necesario decir también lo que más nos interesa, vale decir, porqué el dolor agota, y la razón está en que es también una operación de sanación de nosotros mismos, para hacernos así entrar nuevamente en ese orden, donde solamente podemos ser felices. Con el error no hemos solamente violado una Ley que pertenece a Dios, y Dios al hacernos sufrir no piensa egoístamente en la reconstrucción de su orden violado, sino que con el error hemos demolido en nosotros aquel orden, es decir, nuestra felicidad, y Dios con el dolor nos obliga a reconstruir lo uno y la otra.

Una consecuencia práctica importante de todo esto es la siguiente. Es verdad que debemos nacer y vivir, como hemos dicho, casi siempre para sufrir, pues que esta es la escuela de la necesaria reconstrucción que nos corresponde. Es verdad también que este dolor es lección y no venganza, querido por un Dios bueno para nuestro beneficio y no solamente para el suyo, sobre todo para nuestro bien. De todo esto se sigue que él deba ser dosificado, es decir, moderado y detenido cuando supere nuestras fuerzas, pues que la vida que es sagrada, jamás debe ser amenazada. Esto porque el dolor no es reacción ciega, castigo que oprime, sino constricción para el esfuerzo que educa y endereza. Tengamos presente en nuestros dolores, que no estamos tratando con fuerzas enemigas e

inconscientes, sino con fuerzas buenas, justas y sabias. El dolor, por el contrario, si se sabe comprender, debe hacernos sentir más cerca la presencia actuante y salvadora del Dios inmanente, y debe unirnos más a él, en vez de dividirnos. ¡Qué maravilla para el intelecto y qué confort para el corazón, el lograr comprender que el dolor es un acto de amor que Dios nos entrega generosamente para inducirnos a retomar el camino que extraviarnos, para nuestra felicidad!

Entonces el intelecto comprenderá porqué efectivamente las pruebas jamás deben superar nuestras fuerzas, y como todo desaparece, apenas en verdad se ha aprendido la lección. Comprenderá porqué la Providencia suele tardar tanto, salvándonos solamente en el último momento, cuando caemos bajo el peso de la cruz. Pero esto se debe a que es necesario primero exprimir de nosotros todo el esfuerzo para aprender toda la lección. Una providencia que nos ahorrara este esfuerzo, traicionaría nuestro restablecimiento y nuestra evolución. En fin, el corazón encontrará en medio del dolor el inmenso confort del amor, sintiendo junto a sí a Dios, que en su aspecto de Hijo, Cristo, sin más toma nuestra cruz y con nosotros la arrastra, haciendo suyo nuestro dolor. Pues que el Dios inmanente descendió a sufrir en la forma, en lo interno del “yo” de la criatura decaída, para subir nuevamente en ella a su aspecto originario y perfecto de Dios trascendente.

## X

### **LA TEORÍA DEL DERRUMBE Y SUS PRUEBAS**

Tratemos en este capítulo de resolver nosotros mismos algunas posibles objeciones al sistema arriba expuesto. Esto es un control racional que nosotros mismos hacemos a los productos de la intuición o visión. Propongámonos por un momento no aceptar ésta que podríamos ahora llamar simplemente “la teoría del derrumbe”, como explicación de nuestro universo.

Debiendo axiomáticamente admitir que Dios no puede ser imperfecto ni malvado, sino solamente perfecto y bueno, y que, por lo tanto, creó por Amor y no por odio, ¿cómo se puede explicar la presencia del mal y del dolor en nuestro universo? Y si absolutamente no se puede atribuir a Dios-Creador esta realidad, es necesario encontrar su causa en otra parte, que no puede ser Dios. Y aquí el dilema es inevitable: o estas tristes realidades se deben a la criatura y entonces debemos admitir la teoría de la caída, o si un Dios-Creador fue la causa de todo esto, él es imperfecto y malvado. Una muy triste secuela de males pesa sobre el mundo. Este hecho es indiscutible. Queremos buscar su causa, al responsable. ¿Podríamos nosotros llegar a la monstruosidad de hacernos acusadores de Dios como causa de todos nuestros males? ¿Podríamos sentirnos así autorizados a maldecirlo como inconsciente y malvado? Esto lo podría hacer quien sigue a Satanás,

inmerso en el polo negativo de la ignorancia y del mal. Jamás lo podrá hacer una mente iluminada que ha visto la sabiduría, la perfección y la bondad que reinan en el funcionamiento orgánico del universo.

Pero incluso si la teoría del derrumbe estuviera errada, ¿qué significa la leyenda tan difundida en el mundo de la “caída de los ángeles”? ¿Puede ella, en verdad, haber nacido de la nada? Y con su pasión, Cristo, ¿a quién quería redimir, si la culpa era más de Dios que del hombre? Por aquella pasión, entonces, la humanidad fue sanada más de las maldades de Dios que de las suyas propias. Esto si que nos parece, en verdad, el derrumbe del buen sentido, vale decir, el tener que admitir que la humanidad tiene que sufrir tanto, sólo por la ignorancia o maldad de un Creador irresponsable y perverso. Este sería el más escandaloso triunfo de la injusticia. Así pondríamos un concepto negativo en el centro del Sistema positivo del ser, así todo resulta invertido, la venida de Cristo a la Tierra no tendría ya sentido. Así, donde todo es orden, nosotros colocamos el caos de un universo enloquecido. Pero, entonces, el primer pecado original habría sido de Dios y no del hombre. Y precisamente, el rebelarse a un Dios imperfecto, injusto y malvado, habría sido virtud y no culpa. Y la redención que es un enderezamiento de posiciones invertidas, ¿qué habría enderezado? ¿La justa rebelión de Adán contra un Dios-Creador del dolor y del mal? Como se ve, se cae en una cadena de absurdos, en la cual todo se invierte en una horrenda concepción satánica.

Debemos axiomáticamente admitir en Dios también la unidad. Ahora, el universo es innegablemente dualístico. ¿Cómo se puede explicar esta estructura dualística en un universo que en sus raíces debería ser unitario, a no ser con la teoría del derrumbe? ¿Quién despedazó lo Uno, cómo y por qué? Es absurdo un universo dualístico desde su primera esencia, desde el centro. Si así fuera, por lo menos los dos términos del dualismo, bien y mal, deberían ser iguales. ¿Cómo se explica, en cambio, que el bien es más fuerte, triunfa y el patrón es uno solo: Dios? También aquí, si excluimos la caída, todo se confunde en el caos. De esta manera Dios se convierte en el artífice de una obra diabólica y se confunde a Satanás con Dios.

Abolviendo la teoría del derrumbe no se sabe ya justificar el origen y la presencia de Satanás. ¿Quién es él entonces? ¿Qué significa en el sistema del Todo? ¿De dónde ha nacido, a qué tiende y cómo terminará? En un sistema lógico, ¿cómo puede existir este anti-Dios? En una construcción equilibrada, ¿qué significa la enemistad de este continuo roce demoledor? ¡Y qué imperfecto universo sería este, siempre sujeto a los asaltos de un principio destructor que se anida en su seno! Ciertamente el sistema debe parecer algo muy pobre y mal hecho a los ojos de quien solamente sabe concebir así. Sin embargo, él está cargado de obras que nos revelan una sabiduría tan grande, que ni siquiera sabemos comprenderla toda.

Repugna absolutamente a un instinto fundamental connatural en todo ser sano de mente, atribuir en Dios la creación del mal. La contaminación solamente pudo sobrevenir después, por otros hechos. No pudiendo admitir dos creaciones, si la creación fue única, ¿cómo explicar que no encontremos todo perfecto y bien, o todo imperfecto y mal, sino perfección y bien mezclados con imperfección y mal? Es evidente esta duplicidad de principios, y precisamente el uno inversión del otro. Esto solamente se puede explicar con la inversión de una parte del sistema. ¿Y cómo es que en el fondo de la imperfección encontramos la perfección, es decir, una sabiduría que tiene la fuerza de salvar la imperfección de la autodestrucción y de sanarla llevándola nuevamente al estado de perfección?

Evidentemente debe haber ocurrido este hecho: Dios creó espíritus puros, sacándolos de sí mismo. (La técnica de la creación será progresivamente expuesta en este volumen y después definitivamente precisada al principio del Cap. XX: "Visión-Síntesis". Este era el Sistema perfecto. Pero una parte, como vimos, se rebeló formando el anti-sistema del dualismo. Ahora, la parte incorrupta siguió siendo la más fuerte, porque con ella quedó Dios al cual ella está adherida. La otra parte no tiene a Dios consigo, en el sentido de que su inmanencia no puede funcionar, ya que el ser renegó de ella. Por ello el mal no puede triunfar, ya que es menos poderoso. La victoria final, es lógico, solamente puede pertenecer al solo y único jefe del Sistema, Dios. No importa si en el Todo giran fuerzas opuestas. El Sistema resultó contaminado, para sanarse sufre, pero permaneció el Sistema. Él, en verdad, no se derrumbó en su totalidad. Solamente una parte de él, en su interior, ha decaído.

Pero, entonces, se podría objetar: ¿Por qué Dios si ha siempre el más fuerte, el patrón del Sistema, no lo cura de un golpe y anula el mal? No es suficiente que una cosa sea cómoda, para que sea lógica y justa. Existe la necesidad de que quien ha errado, comprenda. Ninguna fuerza puede ser destruida, solamente corregida. Existe la ley de equilibrio y justicia sobre la cual se basa el Sistema, la cual exige la reconstrucción. No es con la psicología de la propia ventaja inmediata, relativa y utilitaria, que se pueden resolver estos problemas. Recordemos que nosotros no somos castigados por nuestras culpas por un Dios vengativo, si no que somos automáticamente castigados por nuestras culpas, es decir, por las fuerzas que nosotros movimos y por las posiciones que quisimos asumir en el Sistema. En él, el mal no se puede extinguir por un acto arbitrario, ya que la omnipotencia de Dios jamás es arbitraria, mas es su misma Ley. El mal puede extinguirse solamente por reabsorción, vale decir, por enderezamiento, por reconstrucción de lo que se derrumbó. Solamente así se explica cómo el dolor pueda redimir. Se trata de un proceso de sanación. He allí por qué la lucha contra el mal es virtud, es decir, es cualidad reconstructora del bien. Si nuestro universo estuviera en el estado actual sólo como consecuencia del primer acto creativo de Dios, él debería ser perfecto. No lo está porque la criatura en él introdujo otras fuerzas. Ahora, está en la lógica, en la justicia y equilibrio del Sistema, que la corrección sea realizada por las



mismas criaturas que representan dichas fuerzas. Es justo que el trabajo de la reconstrucción deba ser suyo, , como suya fue la rebelión al orden. Solamente así ellos podrán en verdad aprender a conocer la Ley que han demostrado no querer comprender. Como se ve, todo se desenvuelve con plena logicidad. Muchos quisieron a Dios como su servidor y se lamentan porque él no les ahorra la incomodidad del trabajo, de la lucha y del sufrir, y por eso lo acusan. Pero es fácil comprender lo absurdo que es poner nuestras pobres comodidades humanas en el centro del Sistema. No es con estas medidas que se puede medir, ni con esta psicología que se puede comprender.

\* \* \*

Continuemos con el control racional que aquí nosotros mismos le hacemos a los productos de la intuición o visión.

Nos hemos alguna vez preguntado, ¿por qué el estado primordial del universo es el caos? Si él hubiese sido obra de Dios, debería ser una obra perfecta y no caos. Y con la evolución, este caos es el punto de partida de un largo camino que se dirige hacia el orden. Únicamente con la teoría de la caída todo esto se hace comprensible. Satanás está en las antípodas de Dios; el caos está en las antípodas del orden, y el universo actual va del primero al segundo de los dos polos del ser. Sólo con la presencia de un precedente derrumbe, es decir, de la inversa y complementaria otra mitad del ciclo, todo se puede comprender. Lo que implica que, si una parte se derrumbó, no se derrumbó todo el Sistema. En lo profundo del caos continúa estando presente Dios, que es la única fuerza que puede extraer del desorden nuevamente el orden. La reconstrucción es realizada por el dolor redentor de la criatura, es guiada por Dios, y esto lo prueba la encarnación de Cristo en la Tierra. Sólo así se explica el por qué y la dirección de la evolución. Se explica también así “La Gran Ecuación de la Sustancia” (“*La Gran Síntesis*”, Cap. IX).

Ahora podemos comprender mejor la fig. 4 de “*La Gran Síntesis*”, que indica el desarrollo de la trayectoria típica de los movimientos fenoménicos. Este diagrama sintetiza también el actual camino evolutivo para reconquistar, entre dolores y pruebas, el paraíso perdido. Este es el diagrama de la ascensión. El derrumbe fue desde  $+\infty \rightarrow -\infty$ . La reconstrucción aquí sintetizada se da por  $-\infty \rightarrow +\infty$ , aunque para nuestro concebible ella ahora está limitada al trayecto  $\gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$ . en dicha fig. 4 el derrumbe de las dimensiones ha reducido al Todo a la nada, al punto, a una no-dimensión. Es este  $-\infty$  (infinito negativo) el punto de partida de la evolución, segunda mitad del ciclo, la actual. El punto de llegada es  $+\infty$  (infinito positivo), y todo el proceso es dado por la dilatación del punto, no dimensión, en la dimensión máxima, el infinito. He allí el más profundo significado del abrirse de la espiral.

Pero la manera como se procesa su desenvolvimiento, nos dice algo más. En su tendencia periódica a enrollarse recayendo hacia el centro (ver dicha fig. 4 “*La Gran Síntesis*”), expresada también en la fig. 2 por el descenso periódico de la quebrada hacia abajo, vemos como un rítmico, aunque parcial, retorno de derrumbe, como su recuerdo o tendencia a repetirse, que nos lo muestran en acción impreso en el funcionamiento del universo desde la primera rebelión o derrumbe. Esta señal que ha quedado indeleblemente, nos habla como un testimonio. Sin embargo, se toma nuevamente, en su conjunto, logra ascender, pero confortado y luchando con el descenso. No obstante logra subir, es decir, la evolución triunfa, ganando en cada ciclo un tramo de terreno, aunque en cada ciclo hace eco el primer derrumbe y retorna un asalto del mal, pero que después es vencido y superado. Esto porque el sistema, en su conjunto, no es el sistema de Satanás, sino que es el sistema de Dios. Éste, como vimos, permaneció como centro de todo, mientras que el sistema de Satanás tiene por centro solamente -  $\infty$ , la nada, el punto no-dimensión; y por ello, existir allí, solamente puede significar anulación. El Sistema positivo de Dios, a pesar de contener el sistema negativo de Satanás, es el más fuerte. El otro sistema está contenido y es más débil, es irremediabilmente minado por su negativismo. Por eso se puede decir que el bien debe triunfar y: “portae inferi non praevalent”.

\* \* \*

El motivo del derrumbe de esta manera se ha impreso profundamente en el Sistema, lo vemos resurgir por todas partes y a cada momento. Un estigma dualístico contamina y fragmenta toda nuestra vida. La vida Una, integral, se derrumbó en un ritmo alterno vida muerte; a cada paso al día se contrapone la noche, a la luz las tinieblas, a cada afirmación su negación. La vida solamente se puede prolongar en el tiempo invirtiéndose continuamente en lo negativo que la mata: una vida continuamente despedazada, efecto de la caída. Bastaría este solo hecho para probar la reencarnación. Pero en el fondo de la muerte (Satanás), queda siempre Dios que es la vida, el principio por el cual ella jamás se apaga. Como lo inmutable absoluto se ha derrumbado así en lo mutable contingente, que precisamente por esto nos hace presumir la existencia del primero, así la existencia eterna se ha corrompido en la existencia en el tiempo que la mide y la pulveriza en un ritmo interrumpido por pausas opuestas.

He allí sin embargo que Dios, la fuerza resanadora presente en la evolución, tiende a la corrección del derrumbe. La vida, evolucionando, se transfiere cada vez más desde el plano físico al plano espiritual. Con esto tiende siempre más a desaparecer el lado negativo, la muerte, así como el mal y el dolor, con el retorno a Dios en la reconstituida unidad integral de la vida que no contiene ya a la muerte.

Pero todo se derrumba en la Tierra, cada alegría está preparada para invertirse en el dolor y pareciera que naciera envenenada por este recuerdo del primer derrumbe. Para continuar, la vida debe rehacerse desde el principio, en la semilla, en el hijo; todo nos da la idea de quien sube una montaña sobre un terreno resbaladizo que obliga a dar dos pasos hacia atrás cada tres pasos hacia delante. Se retrocede, pero se gana un paso cada tanto y esto forma la evolución que a pesar de todo avanza y se aproxima así, aunque lenta y fatigosamente, cada vez más a la liberación. Prolongado y doloroso es el trabajo evolutivo. Pero es un hecho que el elemento negativo es sometido a un continuo roce, en cuanto hace las veces de resistencia contra la más potente fuerza, Dios, motor de la ascensión. El elemento negativo así se desgasta, autodestruyéndose y, ya lo vimos, cediendo su sustancia constitutiva a favor de la parte positiva. La sensación de este roce dado por el choque de fuerzas opuestas, se llama dolor. Pero por esto él redime, mata el mal, ilumina las tinieblas, lleva nuevamente a la alegría, a la unidad, resolviendo el dualismo, enderezando lo negativo invirtiéndolo en lo positivo. Es este roce que se llama dolor, el que reconstruye el lado derrumbado del Sistema, y por ello él es la base de la evolución, de la ascensión hacia la felicidad.

\* \* \*

De todo esto resulta evidente la necesidad de aceptar la teoría del derrumbe. Solamente ella puede explicar el dualismo del árbol del bien y del mal, el pecado original como continuación de la rebelión de los ángeles y su caída; pecado en el que se engolfa rápidamente Caín contra Abel, primera personificación de la división y de la lucha. Solamente así podemos comprender a Cristo y su obra de redención, destinada a sanar ese dualismo, podemos comprender la inversión realizada por el Evangelio, que es una rectificación de los valores. Podemos explicarnos también cómo la Tierra sea un reino donde el mal triunfa y los buenos sufren, cómo la selección allí se realiza con los criterios salvajes del más fuerte. Con la teoría del derrumbe se explica todo, de otro modo todo queda en el caos y el misterio.

Sin embargo, todavía se le puede levantar una objeción. Pretendemos aquí completar los conceptos expuestos al final del cap. VII: “La Perfección del Sistema? Admitida la libertad individual y la rebelión, se debe admitir también que un espíritu pueda permanecer eternamente rebelde. Él tendría entonces el poder de contaminar definitivamente el Sistema, frustrando su sanación y toda la obra de salvación de Dios y de los redentores por él enviados. La obra de Dios no sería entonces sanable, y en último análisis sería un fracaso. Todo esto es lógico. Si esto se verificara en el caso de una sola criatura, el mal, anidándose definitivamente en el Sistema de Dios, no sería vencido y se mantendría en parte vencedor. Conclusión absurda. La solución del dualismo debe ser completa y, por lo tanto, para que todo el sistema sea reconstruido y todo retorne a lo

Uno, exige la destrucción final del mal. La anulación es la única expulsión posible de un Sistema que es el Todo y fuera del cual nada puede existir.

Ahora, aquí nace la objeción, dada por la imposibilidad de admitir una destrucción, una evolución del espíritu. A esto respondemos que, como ya vimos (cap. VII), la mecánica de esta destrucción se realiza por un proceso de choque y roces de fuerzas, por lo cual lo que parece no es la sustancia divina indestructible, que forma al espíritu, sino solo su forma de individualidad como “yo” distinto, y esto a favor del sistema del bien, que se enriquece con esa sustancia. Lo que se anula es la individualidad, la personalidad rebelde, el tipo de forma revestida de la sustancia y no propiamente la sustancia que la constituye. Se trata, pues, sólo de una destrucción relativa al individuo y no en sentido absoluto; es decir, destrucción de su individualidad y no como sustancia. Esto hace posible la anulación en el caso extremo de una rebelión indefinidamente prolongada.

A esta altura podemos preguntarnos, ¿Cuál será la suerte de Satanás y sus demonios? Después de haber tratado del problema del mal en el cap. X. del volumen “La Nueva Civilización del III Milenio”, lanzando allí la semilla de los primeros conceptos desenvueltos mejor en el presente volumen; después de haber precisado la técnica de la destrucción del mal en general en el Cap. VII: “La Perfección del Sistema”, de este volumen, podemos proponernos ahora el problema específico de la suerte de Satanás, a propósito de la anulación de los espíritus rebeldes.

En el cap. II de este volumen: “El yo soy, esquema del ser”, hemos señalado a Satanás como la personificación de las fuerzas del mal. ¿Pero es él solo una individualización fenoménica cualquiera entre tantas en las cuales todo es individualizado, o Satanás es una verdadera personalidad? Entendemos personalidad en el sentido que ella puede tener en el ser humano. El lector que ha comprendido los elementos constitutivos de nuestro sistema del cual la lógica no nos permite salir, puede responder por sí mismo. Nosotros simplemente se los exponemos. La verdadera creación fue única, la de los espíritus puros, es decir, la que Dios realizó en su seno distinguiéndose internamente en muchos “yo soy” hechos a su imagen y semejanza. La de nuestro universo físico no fue creación. Fue un derrumbe de la creación. Ahora, los espíritus puros eran innumerables “yo soy” semejantes al tipo originario Dios, es decir, individualidades personales como es el hombre mismo, todos los espíritus eran así, no había razón para que fueran distintos los que después decayeron con la rebelión. El hombre mismo estaba entre estos, y teniendo una personalidad propia distinta, nos muestra lo que significa personalidad. El tipo fundamental de su ser, cual “yo soy”, no podía cambiar solamente por la caída, como no ha cambiado para el hombre que es precisamente un espíritu decaído, y que llegó a veces hasta el grado de demonio. El derrumbe del Sistema podía alterar la disposición y posición de los elementos del edificio, pero los ladrillos siguieron siendo los mismos, sin lo cual el edificio no se podría reconstruir. Se podía ofuscar, pero no alterar la forma personal del ser, pues que esto habría significado destruir el tipo modelo, hecho

fundamentalmente por la creación. No es concebible que la caída pudiera haber producido una despersonalización, pues que esto significa anulación de la personalidad, vale decir, de la individualidad “yo soy”, lo que solamente puede ser el resultado último de una liquidación final de un rebelde indefinidamente en estado de rebelión. No se puede anticipar su destrucción sin comprometer todo el proceso de la reconstrucción y redención. Es absurdo, a parte del caso de esta liquidación final, un disolverse de este núcleo “yo soy”, de este centro entorno al cual se desenvuelve todo el proceso del derrumbe y de la reconstrucción. Únicamente un “yo” personal, definido en sus cualidades, puede involucrar y después evolucionar, puede reconstruirse si quiere, o ser reabsorbido en el Sistema por su progresivo desgaste por el roce del anti-sistema contra el Sistema, como ya explicamos en el ya citado cap. VII de este volumen. Solamente un “yo” personal puede ser sujeto de salvación u objeto de necesaria anulación del mal, sin que Dios en ello sea vencido. Sin un centro personal, un “yo”, no puede haber mérito o desmérito, culpa responsabilidad, experimentación, evolución y retorno a Dios, o anulación en el caso contrario. Sin un “yo” todo se disuelve en lo vago y nebuloso. Dado todo, el lector podrá responder por sí mismo ahora a la pregunta formulada anteriormente. Pero es evidente que una solución concluyente de cualquier problema no se puede alcanzar afrontándolo aislado, sino únicamente cuando se es lógicamente encuadrado en todo un sistema del cual vine a formar parte y en el cual todos los otros problemas del ser resultan armónicamente resueltos.

Procuremos, sin embargo, precisar los elementos del problema. Como en un espejo fragmentado cada fragmento reproduce la naturaleza de todo el espejo, llevando también en sí las señales de la fragmentación, así en el sistema derrumbado cada unidad individual lleva en sí las señales del divino principio del bien, así como del principio satánico del mal. Bastaría este hecho, que en nosotros podemos cada día constatar, tan profundamente impreso en nuestra conciencia, para demostrarnos que, en la raíz de este nuestro estado y como explicación de esta nuestra estructura, solamente puede haber una originaria caída, de la única que pudo haber nacido este modelo de tipo dualístico, que todas las individualidades menores van después repitiendo. Es así que el principio de la caída ha quedado presente en cada ser decaído. Y es lógico y justo que cada ser, siendo él un momento del sistema derrumbado, lleve en sí los estigmas del derrumbe y de la estructura del sistema derrumbado. Es por esto, entonces, que ocurre que toda personalidad esté dividida en dos partes opuestas, activas por un dinamismo inverso, uno divino y el otro satánico, disputándose el campo del “yo”. De esta manera la indivisible personalidad del “yo soy” originario, se ha dividido en su íntimo dualismo, y es en esto que precisamente que se anida Satanás.

Observemos todo esto para poder comprender mejor qué cosa realmente debemos entender por personalidad de Satanás. Él está personificado en el sentido de que él existe en cada ser como principio negativo que, equilibrándose contrasta al principio positivo, con el cual está siempre en lucha para de él desvincularse y liberarse. Esta lucha es la

base de la evolución. La personalidad de Satanás está presente en cada ser como principio de tiniebla, mientras que Dios está presente como principio de luz. Tiniebla significa: inconsciencia, materia, prisión en la forma, estado involutivo. Luz significa: conciencia, espíritu, liberación, estado evolutivo. En otros términos, no existe solamente la presencia de Dios inmanente, que ha descendido a él desde su trascendencia para salvarlo, mas existe también el principio opuesto, hijo de la caída, vale decir, la presencia del mal o Satanás inmanente, operante allí para perderlo y destruirlo todo.

En cada ser ellos contrastan, el divino principio del bien para hacer evolucionar y ascender, y el principio satánico del mal para insistir en el derrumbe y en el descenso. De esta forma este último hace las veces de resistencia a la evolución. Es esta resistencia la que trata de destruir cada conquista nuestra, es lo que nosotros debemos vencer con nuestro esfuerzo, escogiendo libremente a recorrer en subida ese camino que libremente escogimos recorrer en descenso. Solamente con la caída se puede explicar cómo el principio del mal se haya anidado en lo íntimo del ser y esté allí vigilante para impedirle la ascensión. Este principio omnipresente en nuestro universo y personificado como lado de sombra en cada personalidad, es lo que entendemos por personificación de Satanás, principio que puede revertirse de una forma suya y asumir consistencia real. No se trata de una vaga abstracción, sino de algo concreto que encontramos como fuerza individualizada en el ser que, por lo menos en la Tierra, siempre presenta una cierta dosis de ella, sea mayor o menor. Es cuestión de porcentaje. El que contenga lo mínimo o nada será un santo. El que contenga un cien por ciento será un demonio. En el caso máximo de este tipo, quien sabe en qué forma de vida cósmica, tendremos la personificación concreta y real de Satanás.

De hecho, de él se puede hacer un verdadero tipo biológico incluso en la Tierra, y así lo ha hecho el hombre que se ha representado al demonio con las características de los animales más enemigos, dañinos e involucionados para él, agresivos, con cuernos, garras o picos, traidores como serpientes venenosas, negros y peludos como el oso, con dientes de lobo, ojos feroces y cola de bestia, lanzando llamas y azufre, como su más antiguo y elemental enemigo, el volcánico fuego de la tierra. Todo esto es perfectamente lógico y está justificado, pues que el demonio representa la involución que es nuestro pasado, es decir, la bestia; representa la materia y el caos, de hecho su reino es subterráneo, donde él cada vez más se hunde, también en las representaciones que nos hacemos de él. Como enemigo de la evolución, que es progreso hacia Dios y la felicidad, él es enemigo de la vida y representa todo lo que existe de agresivo y malvado.

¿Dónde está este enemigo? Está en todas partes como Dios, junto a Dios como su negación, como la sombra está al lado de la luz, y sin la cual no sabríamos qué es la luz. Satanás es la tiniebla que está anidada en cada rincón, en la cual se esconde el mal y el dolor, para golpearlos a traición. Satanás es el veneno que hay en el fondo de toda copa, es el dolor que está siempre listo para aniquilar toda alegría nuestra; es la enfermedad

que asalta a la salud, es la muerte que espera el paso de la vida, es la traición que está en lo profundo de la amistad, es el odio en que está listo para invertirse el amor. Es el principio de destrucción, es el principio del mal que siempre busca contaminar toda obra de bien. Es un principio que puede asumir forma concreta en actos y personas.

Los dos últimos milenios que abarcan a la tenebrosa edad media, correspondientes a las dos noches del cuerpo de Cristo pasados en la tumba, son estados dominados, incluso en el terreno religioso (inquisición, guerras santas, hogueras y brujería) por este principio de negación, que fue como un dominio de Satanás. Por dos milenios él ha reinado con el terror del infierno, su construcción. Todo esto, escrito en la hora histórica para todos, la misma Iglesia lo ha sufrido, pues que en su lado humano ella no puede estar fuera del tiempo y por encima de los tiempos. Y hasta hoy, incluso en Cristo, lo que se ha visto sobre todo es el lado negativo y destructivo de lo humano, en la crucifixión como un triste espectáculo de carnicería, en vez del lado positivo y constructivo realizado por lo divino en la resurrección, eterna vida del espíritu. Esto demuestra cómo Satanás vive entre nosotros, personificado en corrientes, acciones y personas. Satanás, aunque como fuerza invertida y negativa, está presente entre nosotros, como lo está Dios, y ellos se enfrentan y se debaten en nosotros, su campo de batalla. Incluso si Dios, por la naturaleza misma del Sistema, solamente puede ser el vencedor, esta batalla existe y nosotros la vivimos, en nosotros, sin saber que ella es la máxima batalla del universo, la cual repercute en nosotros. En cada acto nuestro, a través de la elección que sepamos hacer, madura nuestro ser y avanza un poco la gran marcha de la evolución. A través de los actos y las elecciones de todos los hombres se realiza el rescate y la salvación, o la involución de la humanidad. A través de este intenso trabajo en el cual se afanan todos los seres se realiza el retroceso o estancamiento, o la redención del universo. Satanás exige que le paguemos en moneda sonante de dolor el tributo de nuestro rescate, pues que Satanás debe ser demolido por nosotros, en nosotros, donde él reside, porque quisimos caer y con la caída lo hemos construido dentro de nosotros.

Satanás está en cada punto del sistema derrumbado, es la enfermedad que todo lo acomete y a todo hace sufrir, en unos más y en otros menos. Incluso la parte incorrupta no puede dejar de tomar parte de este dolor, y de hecho, como hizo Cristo, ayuda también con su sacrificio. Pero es la parte divina, es la originaria chispa de Dios que no se apagó del todo y que quedó en nosotros, la que debe luchar para sanar nuevamente la parte enferma o satánica, así como en el organismo humano la parte sana lucha con sus recursos vitales provenientes de Dios, para recuperar la salud y reconstruir el equilibrio. Cuando en nosotros se enfrentan en acción dos motivaciones opuestas de bien y de mal, en que se pesa la ventaja en alegría y la pérdida en sacrificio, es el más grade drama del ser, aquel en que se da forma a nuestro tipo de existencia, que se repite, es el caso menor que retorna, en el cual hace eco la apocalíptica lucha del universo entre bien y mal.

Pero una ley de inercia que es verdadera también en el campo moral, por la cual una masa como una idea continua avanzando en la dirección en la cual fue lanzada, hasta que encuentre otra fuerza que la desvíe o un choque que la detenga, por esta ley en nosotros Dios continúa gritando “yo”, como grita “yo” Satanás. De modo que cada uno de nosotros puede más o menos personificar al uno o al otro, según su grado de evolución. Y cuando el hombre desciende, baja hasta el delito, he allí que en él encontramos una siempre mayor personificación de Satanás, cuanto más ese hombre haya querido descender. Es fácil así imaginar una jerarquía gradual de los valores invertidos a lo negativo en el mal, así como existe una jerarquía gradual de los valores positivos en el bien. Podemos, entonces, imaginarnos bien en la cima de la pirámide invertida un Lucifer, sublimación del mal elevado a la enésima potencia, así como en la cima de la pirámide positiva está Dios, sublimación infinita de las potencias del bien. Esto explica racionalmente la idea apocalíptica tan difundida del anti-Cristo.

Nos parece, por ahora, lo suficientemente claro este argumento de la personalidad de Satanás y sus demonios, y lo concluimos constatando que hemos encontrado una nueva maravilla y perfección del Sistema. En él, de hecho, el principio negativo del mal y del dolor que parece atentar contra todo, es utilizado, se convierte en algo útil y rentable, como dificultad a superar, como una escuela para aprender y ascender. La realidad es que, aunque Satanás y su poder parezcan tan espantosos, nuestro universo está todo compenetrado por la presencia de Dios inmanente, de modo que la victoria está garantizada y “las puertas del infierno no prevalecerán”. Todo el gran asalto de Satanás se reduce a un examen de las fuerzas del bien, a un sangriento baño de purificación, del cual el espíritu saldrá triunfante. No sólo así encontramos una justificación del mal y del dolor, sino también el secreto para demolerlos y transformar una desgracia en un medio para conquistar la felicidad. De esta manera el tremendo principio del anti-bien y del anti-Dios, se pulveriza en nuestras manos donde, si somos inteligentes, en medio de tanta ruina se convierte en instrumento de salvación.

Llegados a este punto podemos plantearnos otra pregunta: ¿Una rebelión eterna y definitiva sería posible? Ahora podemos comprender qué significa esto, vale decir, contaminación de la personalidad en sentido negativo, hasta el punto de que el porcentaje de los elementos componentes positivo se reduzca a cero y el de los elementos componentes negativos llegue al cien por ciento. Cuando el “yo” queda reducido así totalmente a lo negativo, él es = 0, vale decir, se ha autodestruido. Cuando, en cambio, todo el “yo” se ha hecho positivo, él entonces ha alcanzado la salvación. En el primer caso se llega a la muerte total por la completa negación de Dios; en el segundo caso se llega a la vida total en Dios.

De todo esto encontramos un paralelismo en la vida de nuestro organismo, lo que es lógico en un universo regido por un principio unitario. Antes que todo, la tan difundida presencia del principio satánico del mal, no nos debe asustar más que la presencia de los



microbios patógenos en nuestro organismo, los cuales, cuando éste está sano, de hecho no lo perturban. Como ellos solamente pueden entrar cuando encuentran la puerta abierta, vale decir, un punto vulnerable en el organismo porque es débil, así Satanás solamente puede entrar cuando encuentra una puerta abierta, es decir, en el espíritu un punto vulnerable porque es débil. Si nosotros estamos sanos y fuertes tanto en el campo orgánico como en el moral, podremos movernos sin peligro entre los microbios patógenos, así como entre las fuerzas del mal. La vida en todos los campos nos quiere sanos y, por lo tanto, fuertes, para que se realice la evolución y se cumpla la Ley que quiere que el ser avance hacia la perfección y la felicidad. Quien debe tiene que pagar, y el dolor lo remite al camino correcto, el de su salvación. Sea en el terreno orgánico, como en el espiritual, la Ley acude para salvar, impulsando con sus reacciones doloríficas al individuo hacia su salvación. La Ley indirectamente empleará todas las constricciones compatibles con el respeto absoluto por la libertad individual. Pero cuando, no obstante todo esto, el enfermo del cuerpo así como el enfermo del espíritu no quieren de ninguna manera salvarse, ellos que han querido fijar en su personalidad una permanente violación a la Ley que es inviolable, por ella son eliminados. En otros términos, tanto en el terreno orgánico, como en el espiritual, la vida mata a aquellos que se vuelven contra ella.

Si así están las cosas, entonces nos preguntamos: ¿Qué probabilidades existen de que en el Sistema se pueda verificar, no para el Sistema que es invulnerable, sino para el individuo, un desastre de esta magnitud, como es su anulación por rebelión definitiva? Respondamos rápidamente: si la destrucción de un espíritu es posible, la posibilidad de esta destrucción es prácticamente sólo teórica. Es verdad que el Sistema está construido de modo que se podría llegar hasta allí, pero no está en la lógica de las cosas que un espíritu allí se deje arrastrar hasta el fondo. Las razones son las siguientes: ser destruido va contra el interés y la felicidad del ser, es un marchar contra el principio del “yo soy” que pertenece a la vida. Es verdad que el rebelde se coloca en lo negativo, tendiendo precisamente y automáticamente a esta anulación. Pero el arma de la rebelión él la lleva clavada en sus propias carnes, y mientras más la utiliza, más se intensifica su propio dolor. Él debe soportar un esfuerzo, una lucha cada vez más feroz para insistir por este camino de dolor, para contradecir su propio instinto de felicidad, para alejarse de aquello que será siempre el centro para todos y también para él, vale decir, Dios. Lo podrá ayudar en este camino de perdición su originario orgullo, el espíritu de rebelión, la fuerza de inercia como masa lanzada en retroceso, el mal y el odio del cual él está hecho. Pero el fenómeno deberá alcanzar igualmente su punto de saturación por el cual el interés egoísta deberá prevalecer, el dolor agravándose cada vez más superará el límite individual de tolerancia, y una existencia de odio y de mal, cada vez más lejos de Dios, centro de la felicidad, terminará con hacerse imposible. Este será el momento crítico del cambio de ruta, de la dirección involutiva a la evolutiva. Entonces el ser entonará en el camino de la reconstrucción, y al recorrerlo el dolor disminuirá y no aumentará como en la vía opuesta. Además de todo esto, como dijimos, la presencia de

Dios permanece, incluso en lo íntimo de la parte derrumbada del Sistema. Esta presencia es una fuerza en acción que envía todos los llamados, las ayudas, los esclarecimientos. Y en tan ilimitados períodos de tiempo, por la convergencia de tantos impulsos, es imposible que el ser no comprenda lo absurdo de trabajos solamente para el perjuicio propio, al cual nadie, por muy malvado que sea, puede desear.

En fin, existe otro hecho. La unidad en los involucrados, en la zona corrupta del Sistema, mientras más se desciende, más es obtenida en forma negativa, es decir, no como amor purificador, sino como odio disgregante, como lucha recíproca y división, y no como paz y fusión. Mientras el sistema de Dios es centrípeto, el anti-sistema de Satanás es centrífugo. Por lo tanto él no es centralizador, sino auto-dispersador. Todo esto es una debilidad que mina cada vez más al individuo aislado y acelera la llegada inevitable de aquel límite en el cual se impone la inversión de la ruta.

Por todo esto podemos concluir que en realidad, tarde o temprano, todos deberemos salvarnos. Los más rebeldes sufrirán más, pero ellos también llegarán a los brazos salvadores de Dios porque, si uno solo no llegara, la obra de Dios habrá sido imperfecta y sus fines de amor quedarían frustrados.

\* \* \*

Retomemos una vez más en examen la teoría del derrumbe, para discutirla bajo la observación de todas las posibles objeciones, con el objetivo de esclarecer sus más recónditos significados, observándolas desde los más diversos puntos de vista y focalizándola en todos sus pormenores. Solamente así podremos llegar a la más clara visión de esa teoría y a la sincera convicción de su verdad.

Si para algunos la teoría de la rebelión y caída repugna, probemos eliminarla. ¿Qué queda entonces? El semiciclo involutivo, sin el cual faltaría el necesario y lógico complemento inverso semiciclo evolutivo que nosotros vivimos, permanece. El mal y el dolor son realidades indiscutibles como características del ser decaído a planos inferiores de vida. Es una necesidad lógica que su causa no pueda estar en Dios, y por lo tanto, solamente en la criatura. Sin la teoría del derrumbe habría sido Dios quien determinó el semiciclo involutivo, es decir, la inversión del espíritu en la materia, de la libertad en la esclavitud, de la luz en la ilusión, de la felicidad en el dolor, etc. ¿Cómo podría Dios mismo llegar a esta espantosa contradicción de querer la inversión del Sistema por él mismo deseado? El universo es también un organismo lógico, en el cual no hay lugar para lo absurdo.

¿Desde el punto de vista de la criatura, no sería entonces injusto y malvado (dos cualidades que Dios no puede poseer) haber sido ella condenada al esfuerzo de la ascensión, sin ni siquiera la justificación de su error inicial? A las mentes que se rebelan a la idea de una reacción de la Ley y derrumbe en el dolor a causa de un error de origen, les preguntamos si no se rebelarían todavía más contra el concepto de un Dios que quiso una creación imperfecta y progresiva, imponiendo al ser inocente el tremendo esfuerzo de construirse a través del dolor su felicidad, imponiendo un tan duro precio, cuando el principio de Dios al crear es el Amor, es decir, el dar por acto de bondad. Podemos desilusionarnos con todas las hipótesis, rechazar escandalizados la una o la otra, pero quedan los hechos positivos que no se pueden discutir o eliminar, como la presencia del mal junto al bien, el dolor al lado de la alegría, de la imperfección junto a la perfección, es decir, de un lado estropeado y enfermo del universo, de algo corrupto que absolutamente repugna atribuir a Dios, que no puede ser ni incapaz ni malvado. Es absurdo que la primera causa del mal esté en el bien, que del dolor esté en la felicidad, que de la imperfección esté en la perfección de Dios. La causa debe estar en la misma naturaleza del efecto. De los dos términos que aquí estamos confrontando, a uno de los cuales podemos achacarle la responsabilidad, sólo la criatura puede errar, no el Creador. Podrá disgustarnos el considerarnos culpables. Pero no hay otra hipótesis para explicarnos las causas.

En la ecuación de la cual buscamos la incógnita, muchos términos los conocemos como puntos fijos inamovibles, y son los siguientes: la sabiduría y bondad de Dios, pues que él solo podía querer y de sus manos únicamente podía salir una obra perfecta. La existencia del dolor y del mal y el contrastante dualismo de principios opuestos. En fin, la actual fase de evolución que en un sistema de equilibrio implica la lógica necesidad de una complementaria, inversa, precedente fase involutiva. La única teoría que concilia y resuelve todo, es la de la caída. Si la abolimos, se termina en un mar de contradicciones y nada se resuelve. Es evidente que a la incógnita de la ecuación no se le pueda dar otro valor que este: la causa fue la rebelión y el nuestro es un universo derrumbado. El lector que desee eliminar la teoría de la caída, que encuentre una que resuelva todo igualmente, sin dejar dudas. Nos parece lógico que demos preferencia aquí a la teoría que resuelve, dejando a un lado los que no resuelven: teoría que aceptamos por la fuerza de los hechos y no por la influencia de una escuela o religión.

La primera vez que en estos nuestro escritos comenzamos a plantearnos estos problemas, fue en los dos capítulos: “*Dios y Universo*” (cap. XV y XVI) del volumen: “*Problemas del futuro*”. Y allí comenzamos a explorar el terreno, escuchando las teorías contrarias. Pero era más un planteamiento de interrogantes, que un dar respuestas resolviendo. Allí los problemas solamente fueron esbozados, para orientarlos bajo un aspecto general, como germen de conceptos que serían desarrollados en el presente volumen, al cual aquellos dos capítulos, del mismo nombre, pueden servir de introducción. En aquellos dos capítulos comenzamos a plantear y a remover el problema

en la forma psicológica con la cual muchos lo plantean. Allí decíamos que el mal parece una fuerza negativa que atenta contra Dios, una imperfección debida a un error suyo que él en un dado momento encuentra en el Sistema y al cual se apresura a remediar. ¿Existe, entonces, otro Dios que limita al primero? Se derrumba el concepto de un Dios absoluto y perfecto. Y para el hombre queda el dolor, castigo de un Dios vengativo. Y ese dolor se debe a la culpa del primer rebelde, que ciertamente no podía tener conciencia completa del bien y del mal, pues que si la hubiera tenido, no habría con la rebelión generado su daño, zambulléndose en el dolor. ¿Y cómo puede un inconsciente ser responsable y castigable si sólo está probando, creyendo ganar su bien y, sin saber, se equivoca? ¿Y en nombre de qué justicia Dios que lo sabe todo, que tiene la presciencia de todo, incluso de este error, puede condena a este ser que por ignorancia ha errado, a pagar con el dolor? Cuando un niño inexperto cae la culpa es de los padres, que sabiendo más, debieron proveer lo que el inexperto no podía; es de los padres que tienen el deber de educar, antes que el derecho de castigar, y esto únicamente en proporción a la experiencia poseída por el hijo. Cuando el hijo no tiene conocimiento, el padre no puede castigar. ¿Y entonces, qué debemos pensar de un Dios que, contrariamente a sus principios de amor, de bondad, lógica, justicia, se comporta de esta manera para con la criatura?

Así decíamos en aquellos dos capítulos. Es este un primer y elemental planteamiento de la cuestión. Pero ya allí se veían las conclusiones, demasiado absurdas, en cuanto que apuntaban contra Dios. Esto es un asalto a la lógica, algo que el evolucionado no puede aceptar. Pero la mayoría de la humanidad es presa de ilusiones de óptica psíquica y perspectiva mental, pues que en ella más que la lógica y el raciocinio domina el instinto de la autodefensa en la lucha por la vida. Ahora, en la búsqueda de la responsabilidad del mal, de la causa del dolor, a este tipo biológico le repugna admitir y confesar su culpa, pues que su vida se mueve toda alrededor de la selección animal del más fuerte, que es aquel que con cualquier medio sabe vencer. Y allí, confesarse culpables es perder, defenderse es necesidad, incluso si en un plano más elevado esto se reduce a lo absurdo. Y así, con tal de no acusarse jamás a sí mismo, se llega a acusar a Dios. Es solamente la falta de capacidad de razonar lo que permite imaginar tan increíble absurdo, como es el error y la culpabilidad de Dios.

Es aquí el caso de preguntarse, en cambio, si esta actitud mental no será más bien una prueba de la caída, si ella no venga dada por la naturaleza rebelde y por la persistencia del originario espíritu de rebelión. Todo esto revela y confirma el perpetuarse de una corriente, de una fuerza que continúa manifestándose en su dirección inicial. Este imaginar la posibilidad de la culpa de Dios, es un continuar rebelándose a favor del propio “yo” contra Dios, lo que es la culpa de origen, el punto de partida, que torna y retorna en la normal psicología humana del atropello.

Se dice: “Sí el hombre ha errado. Pero la culpa es de Dios que lo ha creado así. Él debió crear un ser que no pudiera errar”. Pero como se ve, persistimos siempre en la actitud de quien quiere darle clases a Dios para enseñarle a obrar, sobre todo, según sus propias conveniencias, que son gozar y no sufrir. Esta es una concepción antropomórfica de exclusivo uso y consumo del hombre. Estamos aquí en las últimas raíces del dolor, en sus causas más profundas. Y al hombre el dolor lo quema, no quiere saber nada de él, y para liberarse, sin nada haber comprendido, trata de lanzarlo lejos de sí, echándolo sobre todos, hasta sobre Dios, culpándolo de él. ¡Qué raro es encontrar al hombre que reconoce en sí las causas de sus propios dolores y que no los busque en los demás! La causa por la cual a muchos le repugna la teoría de la caída es que ella humilla y nos induce a reconocer nuestros errores.

A medida que se desbrozan las causas accesorias y se asciende a las causas últimas, el problema se concentra todo en el momento psicológico de la rebelión. Y como el hombre propone comúnmente la cuestión, parece que no podremos escapar de los dos términos del dilema: “O los espíritus eran sabios y entonces no podían caer porque sabían las consecuencias, o eran ignorantes y entonces no eran culpables de la caída y no se les puede hacer responsables”. En otros términos: “O Dios creó espíritus que sabían y entonces no podían caer, o creó espíritus que no sabían y entonces no los puede castigar”. Igualmente se dice: El mal existe de hecho como fuerza enemiga de Dios. Si ella no fue creada por Dios y no es capaz de extinguirla, él no es omnipotente; si él la creó, hizo una obra muy imperfecta. Entonces, Dios no puede ser perfecto. En realidad el mal no fue creado por Dios y él lo vencerá.

En el fondo, todo se reduce a comprender la psicología de este error. ¿Será nuestra psicología humana suficiente para comprender una psicología tan distante de nosotros? Podemos admitirlo, ya que los hombres se incluyen entre los espíritus que hicieron la rebelión (no son sus inocentes descendientes), y por el hecho de que el universo está regido por principios únicos que se repiten a todas las alturas. Ahora, ¿quién puede establecer que las posiciones de los primeros espíritus solamente puedan haber sido los expresados por el dilema? Se podría decir: o es blanco, o es negro. Pero también podría ser, por ejemplo, verde, es decir, ni blanco, ni negro.

Entonces las causas también pueden haber sido muy distintas a las arriba expuestas. Nosotros podemos representarnos el conocimiento de los primeros espíritus limitado, lo que es también lógico, en comparación con el conocimiento ilimitado de Dios. De hecho, los espíritus nacidos de Dios como por un orgánico dividirse en su interior, no podían tener el conocimiento del Todo que solamente Dios podía poseer, porque únicamente él era el Todo, mientras que ellos eran sólo momentos del Todo. Ellos ciertamente eran perfectos, pero dentro de los límites dados por el hecho de que ellos eran parte y no el Todo. Solamente el Todo formado por ellos, es decir, el conjunto orgánico del Todo del cual ellos eran parte en el Sistema, podía coincidir, incluso como

conocimiento, con el Todo-Dios. Es así que cada uno de ellos no podía ser omnisciente, porque la parte puede tener un conocimiento perfecto dentro de los límites del propio ser, sin poder alcanzar el conocimiento del Todo. Es obvio entonces que, para seres perfectos pero limitados en comparación con Dios que, como es lógico, era más que ellos, pudiendo existir una zona que su conocimiento no podía alcanzar. Esta zona de ignorancia fue el terreno de la caída.

Esta zona desconocida no solamente formaba parte de la lógica y de la estructura del Sistema, sino que también desempeñó un papel específico en relación a la libertad del ser. Su función fue la de servir como medio de prueba de aquella amorosa obediencia a Dios y a la espontánea y libre adhesión al orden de la Ley, como era deber de la criatura demostrar frente a su Creador. Es lógico que la célula que forma parte de un gran organismo y en él y de él vive, como ocurría con los espíritus puros en el seno de Dios, es lógico que la célula deba aceptar y poner en práctica las leyes del organismo, incluso si, por ser más limitada, no los pueda conocer y comprender todas. Y de hecho, las células de nuestro organismo humano, aún teniendo su vida autónoma, obedecen a la ley del conjunto orgánico, ley superior a la suya de células individuales, y en ella se coordina en obediencia: una anarquía que haría derrumbar todo el Sistema. La coordinación en el orden es indispensable en un todo orgánico.

Esta comparación que aquí hacemos no es al azar, pues que, efectivamente, la estructura de nuestro cuerpo físico repite un tipo de modelo originario como fue el de la primera creación y nos muestra su estructura, además de explicarnos porqué todos los organismos, precisamente porque derivan de aquel primer modelo, están constituidos según el mismo esquema y responden al mismo principio. Es el principio universal de las unidades colectivas, que ya examinamos en *“La Gran Síntesis”*. Este motivo originario o tipo constructivo fundamental de la creación va repitiéndose como un eco en todos los niveles evolutivos en las creaciones menores, que son la consecuencia de la primera, a semejanza de la desintegración atómica en cadena. Es así que las unidades mayores están formadas por la agrupación de unidades menores, y esto explica el instinto de vivir en sociedad y el espíritu gregario tanto en los hombres como en los animales, para vencer en la lucha por la vida. Es de esta manera que en las unidades mayores, las menores tienen funciones menores en las cuales ellos se especializan.

Fue así, pues, que para los espíritus puros quedó una zona situada más allá de su conocimiento, zona reservada a Dios y en la cual ellos no debían, no podían penetrar sin formar un estado de anarquía que habría atentado contra el Sistema mismo. Esta era una zona en la cual se debía solamente creer y obedecer. Tenía así la función de constituir como un examen, una prueba exigida y hecha por Amor, libremente, un examen en el cual el Creador interrogaba a la criatura para que ésta declarara su aceptación. Esto sin constricción, pero intercambiando Amor por Amor. He allí la zona donde podía nacer y nació el error.

Algunos espíritus respondieron con obediencia aceptando por Amor y por fe, y permanecieron fieles a Dios, en su orden. Otros, todos siempre libres, quisieron sobrepasar el límite prefijado, entrar, usurpando poderes, en el dominio prohibido, reservado solamente a Dios. Ellos quisieron usar la libertad, poder y sabiduría recibidas de Dios, para dilatar todavía más el principio del “yo soy”, que Dios había colocado como base de los seres, a su imagen y semejanza. Ellos quisieron crecer todavía más, en vez de coordinarse en obediencia en el orden del Sistema, quisieron crecer más allá de los límites de su ser y naturaleza que Dios les asignara. ¿Y qué sucedería si una célula del cuerpo humano quisiera equipararse con nuestro “yo” y usurpara los poderes celulares, asumiendo la dirección de todo el funcionamiento orgánico? La verdad es que donde hay desorden, el sistema se derrumba.

¿No ha quedado como instinto fundamental de la vida el de crecer más allá de los límites, invadiendo, usurpando, imponiéndose? Es así que éste se explica. ¿Y no ocurre siempre lo mismo, vale decir, que es la Ley, que expresa el pensamiento y la voluntad de Dios, la que mantiene a Todos los seres dentro de los debidos límites? Todo quisiera crecer hasta lo infinito, casi quisiera escalar hacia Dios, y la Ley lo frena, lo rechaza hasta sus límites, le disciplina su desarrollo, guía su acción a través de los instintos, lo mantiene en su puesto asignado en la estructura orgánica del Sistema. ¿Y la cotidiana realidad de la vida no repite delante de nosotros las mismas cosas? También nosotros le decimos a los niños, ávidos de romper el freno del límite: no hagas esto, para evitar su daño allá donde es desorden, y muy a menudo los niños no obedecen y pagan después con su dolor, que es la saludable lección que, cuando erramos, nos reconduce al orden. Así automáticamente deben caer nuevamente en los espacios vitales que les corresponde, todos aquellos que trataron de evadirse de allí violando la Ley. Esperando ganar el juego sin esfuerzo, es decir, fuera de la Ley, una ganancia no merecida, se pierde y se paga. De esta manera, por gozar fuera del orden en el vicio, se sufre después el daño y se paga. Y así en adelante.

Ahora, los espíritus entonces sabían sus límites y que no debían sobrepasarlos, sabían que formaban parte de un Sistema que había que respetar, con cuya Ley era necesario armonizarse, sabían que no debían sobrepasar los límites que les fueron asignados y que no podían invadir la zona reservada a Dios. Todo esto lo sabían muy bien y no fue por ignorancia que ellos erraron. Su acción fue una rebelión consciente, realizada, por lo tanto, con plena responsabilidad. Los espíritus podían ver escrito en el pensamiento de Dios esta norma, que a ellos, siempre libres pero responsables, se les pedía aceptar espontáneamente. Ellos no la aceptaron. Oyeron la palabra de Dios y no quisieron creer. Y en ese punto ellos debían creer, pues que no conocían todo el Sistema, conocimiento total que correspondía solamente a Dios. Ellos conocían, en cambio, su comando, la norma a seguir; pero una cosa ellos no sabían al menos por propia experiencia: que la desobediencia haría derrumbarse a los rebeldes, generando el dolor que ellos todavía no

conocían. Se podría objetar: “Pero Dios entonces, debió darles ese conocimiento”. Mas existe una imprescindible necesidad lógica que impide que en el Sistema encuentre lugar lo absurdo. Dios de su interior no podía sacar tantos dioses iguales a sí mismo, pues, como tales, serían señores de todo el conocimiento. Él solamente podía sacar de sí mismo, que era el Todo, momentos menores del Todo, dotados entonces de conocimiento menor y parcial en comparación con el suyo, que era el único que podía ser total. Todo esto está implícito en la lógica del Sistema, y constituye, entonces, también una necesidad para Dios, visto que así él no cae en lo absurdo y en la contradicción, respeta su lógica y, en consecuencia, a sí mismo.

No siendo entonces posible, sin violar el orden del Todo, dar un conocimiento directo y total, que abarcara aquella zona desconocida, Dios comunicó a los espíritus un conocimiento indirecto, es decir, advirtió en relación a lo que podía suceder. ¿Por qué los rebeldes no obedecieron, por qué no creyeron en la palabra de Dios? He allí la culpa. Pues un conocimiento completo habría anulado la posibilidad de escogencia, la prueba, el examen, la aceptación por acto de obediencia, mientras que la lógica del Sistema exigía una libre espontánea aceptación por obediencia y por amor, pues que era precisamente sobre estos fundamentos que se elevaba todo el Sistema y estas eran las condiciones necesarias para que se mantuviera. El ser era libre y sabía, pues que había sido advertido. Él deliberadamente no quiso creer y obedecer. La elevación no estaba vinculada a ninguna fuerza, porque lo primero que quería Dios era la libertad del ser, no a un autómatas o esclavo. No era posible que de su seno saliera una criatura a él semejante, si no era libre. Con la rebelión al edificio le faltaron las bases de la obediencia, del amor y del orden, y allá donde éstas faltan, el edificio se derrumba. Entonces, aquella zona de conocimiento que, siendo directamente inaccesible, había sido indirectamente comunicada en la forma de advertencia para que fuera aceptada a través de la fe, aquella zona que los espíritus obedientes conquistaron al creer y obedecer, los espíritus rebeldes fueron condenados a conquistarla a través del dolor con el duro trabajo de la subida por medio de la evolución. De esta forma el error es reabsorbido en el dolor, el mal es sanado y el edificio derrumbado es reconstruido.

¿Por qué resulta difícil para nosotros comprender este acto de rebelión, si nosotros continuamente violamos la Ley, aún sabiendo que tendremos que pagar? Sabemos, y a pesar de todo, nos ilusionamos, porque nos vence el instinto dominador y expansionista del “yo”. Siempre, como la primera vez, el mismo acto hace eco y retorna en nuestra experiencia cotidiana. ¿Y no constatamos en nuestra vida que del error nace la necesidad de remediarlo, nace un dolor con el cual se expía, y expiando, se aprende a no cometerlo más? ¿No vivimos nosotros estrechados entre las mallas de una Ley por la cual cada violación es un error que hay que corregir, pagando con la penosa experiencia de su contrario? Sin embargo, continuamos violando la Ley y así el dolor es nuestra herencia. La Ley es perfecta y quien la cumple siempre será feliz. Si el dolor es un hecho real injertado en nuestra vida como elemento irrevocable y fundamental, esto solamente se



puede explicar con un proporcionado error y fundamental violación inicial del orden divino.

El dolor es un hecho innegable y tremendo que sacude a todos, porque tarde o temprano es inevitable. Sin la caída este dolor sería una cadena inmerecida. ¡Qué bello regalo de un Dios que creó por Amor! Sería un presente de odio, incluso si puede servir para pagar una futura felicidad. La evolución es el necesario esfuerzo para volver a subir, si no queremos empeorar nuestro estado descendiendo. Solamente en este esfuerzo de ascensión está la salvación. Sin la caída, ¿por qué este esfuerzo? ¿Tal vez para pagarle a Dios el don de la vida? ¿Y dónde está la libertad y el amor cuando se es obligado por la fuerza, pues el espíritu no le ha pedido a Dios la vida, cuando se tiene que pagar tan cara? ¿Y qué Dios sería éste que solamente sabe generar dolor y luego es obligado a intervenir con la redención, y que únicamente sabe darle dolor a la criatura? Como se ve, si rechazamos la teoría de la caída, entramos en una insoluble trama de contradicciones y de absurdos, de la cual nace una muy triste idea de la divinidad. El hombre puede muy bien tratar de justificarse haciendo del error de la criatura un error de Dios, pero no existe quien no vea lo absurdo de este concepto. En la vida debemos remitirnos al error para explicarnos el dolor, pues que él es esencialmente un estado de desarmonía en el orden de la Ley de Dios. Ahora, ¿podemos nosotros admitir un error en Dios? No, es absurdo. Entonces, ¿dónde podría él estar sino en la criatura? Es inútil buscar más, porque no hay escapatoria.

¿Qué queda, entonces, del dilema mencionado arriba: “o los espíritus eran sabios y en consecuencia no podían caer, o eran ignorantes y entonces no pueden ser culpables”? ¿Qué queda del otro dilema, por el cual Dios no podía ser ni omnipotente ni perfecto? Que Dios nos salve de los dilemas que parecen una tenaza de acero, pero que en realidad nada comprimen, porque al final se descubre que uno de sus brazos era ficticio. Nos corresponde mostrar la lógica de los hechos. Los espíritus sabían que la zona ignorada era una zona destinada a la obediencia. Ellos sabían, no eran ignorantes; por lo tanto, eran responsables y culpables. Sabían lo que bastaba para obedecer y no quisieron, porque no creyeron. Todo fue merecido según la divina justicia. Solamente así podía quedar intacta la libertad. Y quedó el Amor de Dios, que en su aspecto inmanente descendió con la criatura para ayudarla a subir. Únicamente así es esfuerzo de la evolución se comprende y se justifica. Solamente así el dolor nos muestra su génesis lógica. Sólo así a todos los términos de la creación se le da un valor lógico y se coordinan en un principio unitario y sistema orgánico. Se derrumbaron solamente los rebeldes y así se explica la génesis del universo físico, la evolución de las dimensiones, el espacio curvo en expansión, el proceso evolutivo; se explica todo, de otro modo no se explica nada. Y el gran derrumbe es un desastre, pero el Sistema es tan perfecto que lo sabe sanar. Todo se reduce a una lección instructiva para aprender a no errar más. Entonces se comprende el significado del dolor, que es la amarga medicina que cura al enfermo y elimina el mal, para sanar al ser en aquel punto donde se hirió errando, para

fortalecerlo donde se ha demostrado débil e insipiente. ¿No es éste el proceso correctivo de cada error nuestro, en cada reencarnación nuestra? Ninguna venganza, castigo o condena, sino escuela para la reconstrucción de la felicidad.

Hemos querido agregar todo esto, incluso repitiendo algunos conceptos ya mencionados, para que todo sea concluyentemente controlado por la lógica y claramente demostrado para todos.

\* \* \*

Las pruebas que aquí hemos dado se basan en la lógica. Que las cosas están así no hay ninguna duda. Nuestro problema aquí es hacer comprender a la psicología moderna, tal cual como ella está constituida, es decir, en términos que ella pueda aceptar, que las cosas están así. Ahora, no hay razón que nos pueda hacer creer que el universo sea una obra ilógica, y que el pensamiento de Dios, que lo guía todo y sin el cual nada se explica, no deba ser un proceso lógico. Esto es lo que la más avanzada ciencia materialista admite. Esto es lo que resulta de toda la presente obra. Podríamos preguntarnos: ¿Qué lógica? ¿La lógica de Dios no podría ser otro sistema de lógica? El hecho es que en nuestro universo comprobamos que existe un solo tipo de lógica, que es también la humana, y es este hecho el que nos hace comprensible el universo. Sí él respondiera a un distinto tipo de lógica, no serían aplicables a él nuestros sistemas matemáticos, a los cuales, en cambio, responde perfectamente. No existe, pues, razón alguna para creer que la lógica del pensamiento de Dios deba obedecer a leyes distintas a aquellas a las cuales obedece la lógica humana. Entre el pensamiento del hombre, como función primera del espíritu (que hemos visto que solamente pudo originarse del Dios-espíritu), y el pensamiento de Dios, aunque lejano y profundo, debe existir un denominador común, dado por la misma sustancia que los constituye. Existen ideas axiomáticas, no demostradas, en las cuales por instinto toda la humanidad concuerda, conceptos metafísicos que no son el resultado de la experimentación biológica. El hecho es que en lo profundo del pensamiento del hombre, mientras más correcto, evolucionado e inteligente sea, mucho más habla el pensamiento de Dios con su lógica. Es verdad lo que se dice, que el hombre se representa a Dios a su imagen y semejanza, creándolo de esa forma. Pero aquí se trata de una de las aproximaciones sucesivas, las cuales solamente son posibles, cuando debajo de ellas existe precisamente una realidad que las hace posible. Y esta realidad es que el hombre está realmente hecho a imagen y semejanza de Dios, porque es su hijo, de origen divino, y aunque sea hijo degenerado, siempre es hijo semejante al Padre.

Ahora, todo lo que ocurrió con la rebelión y la caída queda probado también por el hecho de que, como es también lógico, continúa sucediendo cada día de nuestra misma

vida, en una serie de modos de actuar dados por motivaciones de un cierto tipo, que de otra manera quedarían sin explicación. ¿Por qué la conducta humana ha tomado esta dirección? ¿Por qué responde a este orden de principios conocidos por todos, se podría decir, como por ejemplo el bien y el mal, el dolor, el progreso, la idea de Dios etc.? ¿De dónde nació este sistema, que siendo lógico, es así también para la humanidad entera? ¿Cómo explicarnos la génesis y el profundo significado de todo esto? La costumbre nos hace olvidar estas preguntas y por eso los simples no se las proponen, encontrándolo todo muy natural, solamente porque siempre lo han visto así. Pero esto no es suficiente para satisfacer a quien piensa. Es solamente por este conjunto de lejanísimos antecedentes, que se marcó el camino y la dirección a un particular movimiento o desarrollo de fenómenos, que hoy por inercia continúan marchando precisamente según el tipo con que nacieron. Únicamente así podemos explicarnos por qué ciegamente continuamos errando y sufriendo, cuando la felicidad está allí lista, en la adhesión a la Ley. Lo continuamos haciendo porque somos hijos del error.

Error y dolor están conectados en la lógica de hierro. El dolor es un hecho real. Existe, entonces, una necesidad absoluta de admitir su término paralelo y complementario, el error, sin el cual el dolor no se explica, sin el cual en un universo lógico caeríamos en un flagrante e inconcebible absurdo: un absurdo de tal magnitud, que demolería la lógica de todo el sistema y lo haría derrumbar, llegando hasta manchar de absurdo y maldad el rostro de Dios. Es tan enorme la contradicción, que ningún ser razonable la podría jamás introducir en sus propias conclusiones. Y si allí se llega, esto quiere decir que los términos con los cuales fue planteado y desarrollado el problema están errados. La lógica tiene sus necesidades matemáticas, de las cuales nuestro pensamiento no puede escapar, porque él se mueve en un universo regido por las necesidades matemáticas de esta lógica.

Se comprende, sin embargo, que algunos se rebelen contra esta teoría de la caída y del desmoronamiento. Para impresionarlos menos se podrían crear términos nuevos, pero sería trabajosa para el lector una terminología nueva. A pesar de todo, el concepto se mantiene. Se rebelan con razón, porque esta teoría fue presentada, hasta hoy, sólo como enunciado de revelación, no analizada racional y lógicamente, no explicada y demostrada. Ella permaneció así como un acto de fe, como una leyenda envuelta en el misterio. El problema, para su explicación, fue enfrentado con las ya citadas objeciones, con las dudas que todos dejaron sin resolver, con investigaciones hasta la mitad, hasta la fase de preguntas, sin completarse jamás con la fase de respuesta. Es natural que de esta forma la teoría de la caída resulte en un esbozo incompleto, del cual las mentes racionales se retraigan con fastidio. Es natural, entonces, que a ellos les repugne aceptar una teoría que se presenta vaga, incontrolable y contradictoria. Como respuesta se dice: es un misterio. Pero el hecho es que la mente racional moderna abandona en el vacío de lo incierto todo lo que todavía esté sin solución, aceptando y tomando en examen solamente lo que es positivamente comprensible porque es racional. Y aquí debemos

hablar este lenguaje, si queremos interesar a la mente moderna. Es lo nebuloso, el disgusto por lo ilógico lo que hace nacer el fastidio y la rebelión, cuando se escucha hablar de la caída de los ángeles. A algunos les choca la referencia a los viejos conceptos tradicionales.

Pero aquí se trata de otra cosa. Nosotros no repetimos ideas de ninguna religión o escuela. Con el método de la intuición hemos encarado los hechos, hechos trascendentales, pero siempre hechos. Que, sin buscarlo, concordemos con los enunciados sumarios de la revelación, es una prueba a favor y no en contra. Ya que no es posible dar al lector la sensación de esta visión, tratamos de mostrársela con los únicos medios que tenemos a disposición, la lógica, los argumentos, como sólo se puede hacer para explicarle la luz a un ciego. Y esperamos haberlo logrado. Pero, incluso si así no fuera, repetimos: los hechos siguen siendo los hechos.

Muchos enfrentan estos problemas con simplismo. Sienten el dolor que quema y le atribuyen a Dios la causa de todo, culpándolo también por el dolor. Se rebelan porque creen ver en todo esto un castigo, una venganza de Dios. Pero la caída no fue ni venganza ni castigo. Dios siempre es Amor. Dios jamás castiga. El castigo se lo inflinge el mismo ser. Dada la estructura del Sistema, él con su rebelión laceró sus carnes con sus propias manos. Quien ha comprendido la estructura del Sistema, no puede hablar de venganza. Esta es una concepción antropomórfica, es como explicar que el trueno es la ira de los dioses. Si perdemos el equilibrio y nos rompemos la cabeza, no es porque las leyes del equilibrio y de la gravedad no han querido castigar o vengarse de nosotros. En el campo moral es la misma cosa. El universo está regido por un orden, por una Ley, y quien la viola, no violenta o altera el intangible orden divino, sino que genera solamente un desorden en sí mismo; no subvierte a la Ley, sino que se invierte a sí mismo dentro de la Ley. Es necesario comprender que la criatura es libre, pero dentro de límites; es libre de alterarse a sí misma, pero no al orden universal. La criatura deberá después sufrir las consecuencias de esa alteración que tiene que ver solamente con ella, y sufrir por la desarmonía querida por ella, hasta que con su esfuerzo se reintegre en su zona, por ella violada, al orden por ella alterado.

Hemos dicho que la Ley reacciona. Pero lo que llamamos reacción es una resistencia a la deformación, una resistencia elástica que se puede comparar con la de la goma que cede pero resiste y, cuánto más cede, mucho más se tensa para llevar todo al estado regular anterior. Así, como la Ley, la norma es inviolable, determinística, absoluta voluntad de Dios. Pero esa Ley está dotada de una cierta elasticidad, lo suficiente para contener un dado ámbito de arbitrio o latitud de movimiento, que representa la libertad humana, vale decir, aquella posibilidad de escoger y por lo tanto de errar, que es necesaria para experimentar, y equivocarse, aprender. Se comprende que la perfección no puede dejar de ser determinística, en el sentido de que solamente lo mejor absoluto puede ocurrir. Y así es el Sistema incorrupto de los espíritus que no erraron y no cayeron. Puede, pues,

desde este punto de vista, parecer incluso que el arbitrio humano, además de ser un residuo de la libertad originaria, sea un producto de la caída, visto que la elección significa una inseguridad y una búsqueda de lo mejor absoluto que se perdió y que todavía no se ha reconquistado. Los términos de nuestro estado de decaídos, son en este orden de sucesión: inseguridad, elección, experiencia, error, dolor, prueba, escuela, conocimiento. Estos son los términos del derrumbe y de la reconstrucción de conciencia, términos que no pueden existir en el estado de perfección y que la evolución misma, es decir, nuestro retorno a Dios, va realmente reabsorbiendo y eliminando, con la progresiva conquista de conciencia. En el estado de perfección de los Espíritus que se adhirieron a la Ley, existe sólo una libertad posible: la de la absoluta adhesión a la Ley que es la voluntad de Dios, adhesión libre y espontánea, querida y consciente. Por este motivo los espíritus rebeldes debieron haber obedecido, y como desobedecieron, cayeron. En esas alturas, nuestros conceptos antropomórficos de libertad, arbitrio o capricho, no pueden subsistir.

Pero aclaremos todavía mejor. Cuando Dios creó al ser puro espíritu, dejó sólo un punto incompleto en su Obra, para que éste fuera completado por la libre adhesión del ser, el cual debía, con la aceptación, armonizándose en el Sistema ubicándose libremente en su propio puesto, dar prueba de saber hacer buen uso de su inteligencia que Dios le daba para comprender cual era su lugar en el orden de la Creación. Fue un acto de Amor elevar al ser al grado de colaborador de la Obra de Dios, acto paralelo al don de la libertad, porque la criatura no podía ser un autómatas, aunque perfecto. La prueba era un examen lógico y necesario.

Se puede objetar: Dios que sabía con anticipación que algunos faltarían en la prueba, debió impedirla. Pero ella solamente se podía evitar violentando la libertad del ser haciéndolo un autómatas, incapaz de comprender y conscientemente dirigirse. Esto significaría alterar todo el Sistema, sacudiendo sus bases. El razonamiento del hombre se ocupa sobre todo, del cómo haber podido evitar el dolor que tanto lo escarmienta, pero no toma en cuenta muchos otros elementos necesarios. ¿Cómo podía Dios lógicamente impedir esta experiencia sin una constricción? Mas la prueba era precisamente la de una libre adhesión por fe y obediencia, una correspondencia al Amor. ¿Y si en la lógica del Sistema no cabía la posibilidad de esta constricción, Dios que sabía de la caída de algunos espíritus, tal vez no debió crearlos? Pero el Sistema es un organismo compacto de férrea logicidad y en ésta no podía entrar ni siquiera esta posibilidad, que hubiera sido un acto de flagrante injusticia. ¿Por qué quitarle a los candidatos a la caída el don máximo de la existencia y la posibilidad de redimirse y, aunque sea a través del dolor, de alcanzar una felicidad eterna? ¡Qué castigo y qué injusticia hubiera sido ésta, ya que condena con anticipación a inocentes, antes de haber cometido cualquier error! Es lógico que Dios dejara a estos espíritus la libertad y la vida, y esto fue siempre un acto de bondad y de amor, porque la escogencia solamente era entre la vía corta de la felicidad en una obediencia al orden de la Ley, y la vía larga de la redención en el dolor después del error de la redención.

Dios permitió el error precisamente porque sabía. Y sabía que él no era un mal irreparable; era únicamente una vía más larga para alcanzar la felicidad eterna. Hemos visto que el mal o se transforma en bien, o está destinado, en la férrea lógica del Sistema, a la autodestrucción. Dios sabía que su criatura, cualquiera que fuera la vía que escogiera para recorrer, llegaría a la felicidad. He allí que el Amor, la bondad, la justicia, la lógica de Dios resalta cada vez más evidente en todos los casos. Los hombres ciegos hablan de venganza, y no ven que el Amor de Dios fue tanto que, como Hijo, descendió a nuestro mundo para sufrir con nosotros y redimirnos enseñándonos a ascender. El Amor de Dios es tanto, que él quiso descender desde los cielos de la trascendencia a la inmanencia, para permanecer en nuestro duro contingente. De esta manera el médico vigila y ayuda al enfermo desde cerca, hasta que éste se cure. ¿Qué más se le puede pedir a este Dios que algunos pretenden acusar de injustos castigos? ¡En cambio, cuánta sabiduría, cuánto Amor y bondad! Solamente una gran ignorancia puede llegar a una conclusión distinta.

Es el antropomorfismo lo que traiciona al hombre y le hace aplicar a Dios los principios de su plano biológico. Repetimos: Dios nunca castiga. Lo que nos parece castigo no es la resultante de una actividad positiva de Dios contra la criatura, concepto absurdo, sino que es la automática consecuencia de la ausencia de Dios, rechazado por la criatura. La causa motriz es el rechazo voluntario por parte de la criatura. Dios no aplica castigos, pero cuando la criatura lo niega y lo rechaza, él respeta la libertad que le Dios, entra en acción la voluntad del ser y ocurre el alejamiento de Dios, como si él se hubiera retraído. Ahora, dado que Dios es vida, este es el castigo máximo, porque es privación de vida. Y con la rebelión la criatura cortó el flujo de la vida que es dada por el espíritu, hasta convertirla en materia, pero con la posibilidad de resurgir de su tumba.

Todo esto demuestra que era lógica e inevitable la caída después de la rebelión, pues que ésta significaba un apartarse de Dios, es decir, de la vida; era entonces un suicidio, la muerte, aunque la bondad de Dios dejaba la posibilidad de resurgir a la vida corrigiendo con el dolor el error. Todo esto nos podrá hacer comprender mejor lo que ya referimos en el presente capítulo, vale decir, la anulación de los espíritus rebeldes, aquellos que insistan definitivamente en dicha rebeldía. El espíritu que persista en la rebelión es anulado (aunque sólo como individualidad y no como sustancia, que siendo de Dios es indestructible), porque todo alejamiento de Dios es muerte, mientras que Dios es la vida. Negar a Dios significa negar la existencia. Porque solo Dios es y fuera de Dios nada puede existir. Dios es el Todo, y salirse del Todo es caer en la nada. Fuera de Dios que es el Todo solamente puede existir la nada. Es la naturaleza de Dios y la estructura misma del Sistema que automáticamente, sin ningún acto o intervención de Dios, implica la muerte de quien de él se aleja. Solamente en Dios se puede existir, en su seno y Ley, y volviendo a él si la criatura de él se ha alejado. Quien no está con Dios no vive, y quien de él se aleja sin regresar, pierde la existencia.

La esencia de la caída no es, por lo tanto, un acto de castigo, mas es el alejamiento de Dios querido por la criatura, quien después tendrá la inevitable necesidad de subir nuevamente hasta él, si quiere reencontrar la vida. ¿Cómo se puede dirigir el edificio hecho por Dios, sin Dios, sin principio animador? ¿No es lógica la caída para los seres que se alejaron de este principio? La rebelión contra Dios significaba rebelión contra la propia vida del ser, contra su propia existencia. ¿Qué podría resultar de ese comportamiento sino la muerte, un no-ser, como es para la conciencia, cualidad del espíritu, la inconsciencia, cualidad de la materia? Así la caída fue un derrumbe de dimensión hacia planos de vida inferiores, es decir, involucionados, en los cuales todos los dones de Dios se contrajeron en un estado potencial, de latencia, desde el cual solamente nuestro esfuerzo de ascensión podrá retirarlos, despertándolos nuevamente a la actualidad. Ahora, el ser para curarse de la desobediencia, debe compensar el orden con una equivalente obediencia a la Ley, para que el equilibrio sea restablecido. No se puede restablecer la armonía de otro modo en un Sistema de esta naturaleza. El hombre debe así experimentar el aspecto duro de la Ley, pero ésta se mantiene siempre lógica, buena y justa. En el fondo del descenso está el infierno; en la cima de la subida está el paraíso. De hecho, mientras más se descienda, más aumenta el egoísmo separatista, la desarmonía, la lucha y la agresividad entre los seres, dedicados a despedazarse mutuamente. Mientras más se asciende, más la vida se armoniza en paz y amor.

He allí, pues, todo esclarecido hasta en sus orígenes. Así se explican las razones y las causas de este proceso evolutivo, del cual en "*La Gran Síntesis*" solamente se hizo un examen objetivo, una constatación de hecho. A muchos podrá desagradar esta necesidad de tan fatigosa ascensión para la conquista de la felicidad. ¿Pero no es ahora todo lógico? Nuestra miseria actual no es un defecto de la creación, una culpa de Dios. Es una mancha, una llaga nuestra que Dios está curando. El dolor permanece, pero con una interpretación tan optimista, que adquiere un gran significado positivo y un gran poder constructivo en nuestra vida. Y la Creación, que decimos y comprobamos que es continua, es así en sustancia una obra de sanación continua con la cual Dios ayuda al hombre a reconstruir el edificio derrumbado. De esta manera todo se explica con perfecta lógica de bondad. Si en esta lógica del Sistema nosotros colocamos los conceptos fuera de su debido lugar, es natural que de ello resulten cuadros horribles, monstruosos, como en un mosaico en el cual las distintas piezas fueran ubicadas al azar. Pero respetemos la lógica (el Sistema está saturado de ella), y entonces nos aparecerá la maravillosa belleza y perfección de los planos de Dios.

¿Qué mayor maravilla que el surgimiento del aspecto "inmanencia" de la Divinidad, que así queda presente en el universo derrumbado y a él desciende para animarlo, curarlo y salvarlo? ¿Qué perfección en el Sistema, el hecho de que un error, la rebelión, resulte en un proceso de sanación semejante al que la potencia renovadora de la naturaleza (inmanencia de Dios) realiza en un organismo enfermo, en vez de en un irreparable

error? No. No hubo ningún defecto de origen. Por el contrario, el Sistema era tan perfecto en su estructura orgánica, que la rebelión no afectó solamente su perfección, y todo se salva. Al final desaparecerá todo rastro del error y sus consecuencias, el mal y el dolor serán eliminados del Sistema. La cruz que Cristo tomó sobre sus hombros inocentes fue el efecto del derrumbe; y la toma para que todos con él reabsorban en el dolor esa consecuencia del error. ¿Qué mayor Amor podía tener para su criatura un Dios que, después de haberle dado vida, desciende para sufrir con él, para dársela nuevamente, cuando ella ya la había perdido?

Es lógico, es bueno, es satisfactorio reconocer en el Amor el centro del Sistema. Es este principio de Amor el principio de cohesión que mantiene “Una” a la Divinidad, incluso si para crear ella se tuvo que dividir en su interior. (Decimos “interior” porque nada se puede agregar al Todo, y solamente Dios puede ser el Todo). Es este principio de Amor el que aún mantiene unido al edificio derrumbado y lo lleva a su salvación, aunque sea a través del dolor. Mientras más se desciende hacia los planos de la caída, más áspero y arrollado por el odio es el dolor. Mientras más se asciende evolucionando, más dulcificado por el Amor es el dolor. Por eso el dolor de Cristo en la redención se basó en el Amor, mientras que el dolor de Satanás no tiene esperanzas de ascensión y se basa en el odio. ¡Amor invencible que resiste a la rebelión de la criatura! ¡Amor que permanece, incluso en el universo decaído, como el divino principio positivo de la reconstrucción! Amor que lucha y vence contra el satánico principio negativo de la destrucción! Amor que se mantiene, incluso si la rebelión por parte de la criatura fue su negación! ¡Amor que continúa cimentando en conjunto las partes del edificio derrumbado, haciendo de él todavía, un sistema orgánico como es nuestro universo.

La criatura rebelde pretendió atentar contra el Sistema para alterar sus planos jerárquicos, y el Sistema, basado en una férrea lógica de Amor, resiste y salva a la criatura rebelde. Y la pena por la rebelión es una lección de Amor porque, aún si es dolor, es también impulso y presión para reconquistar la felicidad. Mucho tendrá que sufrir el ser hasta que aprenda la gran lección: el Amor. Mucho deberá sufrir mientras no aprenda, como debió hacerlo espontáneamente al principio, a retribuir a Dios el Amor que Dios demostró por la criatura. Sin el Amor el Sistema no se mantiene, y de hecho él rápidamente se derrumbó allá donde faltó el Amor. Sin el Amor la Creación hubiera sido una división de Dios en partes, y el Todo no podría conservarse en Dios como un organismo “Uno”. De allí la necesidad absoluta en el Sistema de esa libre correspondencia de Amor que era el contenido de la prueba que los espíritus rebeldes fallaron. Todo esto, repetimos, porque sin el Amor el Sistema no se mantiene. He allí lo que existe en su centro y constituye su sustancia.

Hemos observado el problema desde todos los puntos de vista y bajo el fuego de todas las objeciones. De ahora en adelante el diseño de la Obra de Dios está claro. De ese diseño, como nuestra mente lo exige, ha sido alimentado todo lo que es negativo y



absurdo, como el error, la imperfección, el desorden, la injusticia, la maldad, que no pueden ser cualidades de Dios. Solamente ha quedado lo que es positivo y lógico, como la perfección, el orden, la justicia, la bondad, el Amor. Un sentir intuitivo nos dice que es así, que únicamente puede ser así. Sólo así nuestro espíritu se siente satisfecho, saciado, y acepta. Él exige que la idea de Dios se salve y quede perfecta. Lo demás no es explicación. ¡Es blasfemia! El principio del Amor está en el vértice de la Creación, fue su motor, es la fuerza que la sostiene. Desde este vértice el Amor todo lo anima y sostiene. Si en Dios existe el aspecto justicia, sabiduría, bondad, lógica, orden, poder, etc., la última síntesis del pensamiento y voluntad de Dios es dada por el Amor.

\* \* \*

Creemos que con esto agotamos el argumento y nada más se puede agregar. Queremos, sin embargo, esclarecer todavía mejor cualquier duda, especialmente en relación a la teoría en la cual muchos creen, en la cual se admite, en vez de la caída de los ángeles, una creación progresiva, evolucionista, en el sentido de un universo creado imperfecto y en vía de continuo perfeccionamiento. Después de haberla examinado con seriedad, sin preconceptos, hemos tenido que rechazar esta hipótesis, ya que ella nos haría caer en una serie de absurdos que a continuación aquí examinaremos. Dios, que siendo perfecto, solamente puede crear de forma perfecta, realizaría entonces una creación imperfecta. Dios, que es espíritu y orden, habría sacado directamente de su esencia la materia y el caos que son el punto de partida de la evolución. Dios, que es el Todo y fuera del cual nada puede existir y que representa el existir, hace derivar a partir de la materia hacia arriba, todo de la nada (es decir, de su negación, pues que Dios es el “ser”), y su gran Obra creadora no es más que una inversión, un enderezamiento o reconstrucción de su contrario. Esto presume un antagonismo, una división y una lucha de dos principios contrarios en la misma esencia de Dios, independientemente e incluso, anteriormente a la creación. El punto de partida de ésta habría sido no en Dios, sino en las antípodas de Dios, no en lo absoluto, en lo inmóvil, en el espíritu, en la perfección, todas estas cualidades de Dios, sino en lo relativo, en el devenir, en la materia, en la imperfección, que son lo opuesto a Dios. Es evidente que todo esto no puede ser obra suya, dado que él no puede errar, sino únicamente obra de una criatura que podía y libremente quiso errar. Todo esto no podía nacer directamente de Dios, sino solamente en un segundo tiempo, posterior a la primera creación, por obra de otro “yo” y como consecuencia de otra causa. Y cómo esto ocurrió, ha sido en este volumen lógicamente demostrado según otra teoría, la teoría de la caída de los ángeles, la única que nos salva de esta cadena de absurdos.

Continuemos examinándolos. Según la teoría de la caída, Dios desciende a nuestro universo solamente por amor, para salvarlo. Según la teoría de la creación progresiva, Dios que es perfecto, Dios que es el Todo, se coloca él mismo a través de sus criaturas en un estado de derrumbe del ser, vale decir, en un estado en el cual la conciencia,

primera cualidad de Dios, se anula en la materia. El punto de partida de la creación progresiva sería un estado en el cual Dios se ha auto-destruido en sus cualidades más esenciales. Todo esto para establecer su propia negación en la inconsciencia, en el dolor y en el mal, como punto de partida de un tremendo esfuerzo de ascensión, cotidianamente impuesto a la criatura ciertamente inocente de todo esto. Los elementos fundamentales del Sistema, es decir, el Amor, la bondad de Dios, la libertad de la criatura, vendrían a faltar completamente. Y no se podría imaginar más absurda violación de la justicia en el seno de Dios, que solamente puede ser esencialmente justo. El mal y el dolor serían, entonces, obra directa de un Dios, y en consecuencia, de su naturaleza malvada. Entonces la obra de la creación se convierte en una maldición para la criatura, en una condena de la cual el ser inocente, con su ilimitado tormento, debe después redimirse, por cuenta suya. Entonces no se debería decir como San Juan: “En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios”.... Sino que se debería decir: “En el principio estaba el mal y el dolor, y ellos estaban con Dios”. Su gran obra sería así la creación de un infierno y a la criatura solamente le quedaría la dura tarea de redimirse de él con su dolor. El Todo sin libertad de elección, sin ninguna culpa, como una fatalidad sin salvación. Para condenar así a la criatura, Dios no le ha pedido permiso, ni le ha dado facultad para escoger. De esta manera ella nace en el infierno, automáticamente, sin saber por qué. Si lo desea y aprende con su esfuerzo a ascender para salir de allí, saldrá. De otro modo, allí quedará para siempre.

Pero he allí que un día, al darse cuenta de esta horrible obra exclusivamente suya, Dios se arrepiente y para remediarla, visto que el hombre por sí solo de allí no puede subir, manda a Cristo, a su Hijo amado, también él inocente, para que pague a un Dios injusto, un débito que nadie ha contraído, ni Cristo ni las criaturas, todos inocentes. ¿Cómo se le puede quitar la razón al hombre que blasfemia contra este Dios, cuando a él se le han presentado revestido de estos absurdos? Si el mal y el dolor fueron creación directa de Dios, ¿cómo se le puede echar la culpa a la criatura? ¿Y qué de bueno se puede pretender, y qué le puede exigir el Evangelio a un ser así, malamente creado, cuando la vida es una condena y la creación un delito? No. Si nosotros hoy comprobamos en verdad que es la criatura la que con su dolor paga, si tenemos algún sentido de lógica y de justicia, debemos admitir que ella paga algo de lo que es culpable, un error y una culpa que sería absurdo atribuir a la perfección de Dios. El efecto lo tenemos bajo nuestros ojos. Su naturaleza nos debe indicar la naturaleza de la causa que lo ha producido. Si fue el Creador la causa, debería ser él y ningún otro el que tendría que pagar con el dolor. ¿Y cómo podría el Omnisciente tener necesidad de la escuela del dolor para aprender? Como se ve, mientras más reflexionamos sobre esta teoría de la creación progresiva, más opresor se hace el cúmulo de los absurdos. Si a alguien, por concepto de grupo le puede desagradar la teoría de la caída de los ángeles, solamente porque ella es aceptada por la Teología Católica, debemos responderle que aquí nos preocupamos únicamente de conocer la verdad y que la aceptamos dondequiera que ella

se encuentre, porque persuade y satisface, sin ningún preconcepción de religiones, escuela filosófica o grupo humano.

Es oportuno, entonces, preguntarse cómo puede haber surgido esta teoría de la creación progresiva, evolucionista, de un universo creado imperfecto y en camino de continuo perfeccionamiento. Esta teoría nació debido a que en parte responde verdaderamente a la realidad y nos da una primera explicación superficial del hecho indiscutible de la evolución, que realmente lleva al universo de un estado de imperfección, caos, materia, a un estado de perfección, orden, Espíritu. El hecho existe. El error está en su interpretación. Nadie puede discutir este hecho, pues que él es la realidad. Solamente que, si no queremos caer en los absurdos arriba examinados, es necesario explicarlo, no como consecuencia de la Obra de Dios, sino como consecuencia del derrumbe del Sistema, es decir, la caída ocurrida por obra de la criatura. El fenómeno de la evolución no puede ser un absurdo, incomprendible camino en una sola dirección, un semiciclo desprovisto de su complementario inverso semiciclo, sin el cual el semiciclo completo no se forma y el fenómeno no se verifica ni se explica en el equilibrio divino. El fenómeno de la evolución existe y se acepta, pero solamente se puede comprender y admitir como contraparte de un inverso proceso involutivo causado por la criatura, que tenía que ser libre y que, no pudiendo ser igual a Dios, podía errar y, no obstante de ser advertida del peligro, por desobediencia, “quiso” errar. Es cierto también que la creación es progresiva, pero no en el sentido de creación nueva, pues todo “era” y “es” siempre en Dios, y a Dios nada se le puede agregar, ni creando ni destruyendo. La creación es en verdad progresiva, pero en el sentido de reconstrucción de un edificio derrumbado, del cual se están juntando las partes disgregadas y reedificando los planos que se hundieron.

Es absurdo en nuestro universo un fenómeno unilateral, desequilibrado por falta de su contraparte compensadora, un fenómeno que avanza en una sola dirección, vale decir, un semiciclo, un semicircuito, lo que quiere decir un semifenómeno. Todo fenómeno debe volver sobre sí mismo y así encerrarse, manteniendo siempre la misma sustancia incluso si cambia la forma, pues que él es solamente un estado de vibración interior teniendo como finalidad la elaboración evolutiva, y no como desplazamiento real. La movilidad es así sólo aparente, situada en lo relativo de un vaivén cíclico, mientras que en lo Absoluto todo se mantiene inmóvil. Sabemos que el devenir es hijo de la caída, mientras que en Dios no existe transformismo ni evolución, sino que todo simplemente “es”. Todo, pues en el universo debe completarse en su semiciclo y con el volver al punto de partida, aunque con un pequeño desplazamiento que constituye la evolución. Todos los fenómenos caminan con dos piernas inversas y complementarias, sin lo cual, en el devenir, no podría existir fenómeno. De hecho un fenómeno se puede definir como un particular momento del transformismo evolutivo. Por tal razón, el fenómeno no puede existir en lo Absoluto.

La misma teoría de la reencarnación, implicando continuas inversiones entre vida y muerte, entre error y expiación, nos prueba el principio fundamental del ciclo completo compuesto por los dos semiciclos: caída y resurrección. Existe absoluta incompatibilidad entre la teoría de la creación progresiva y la teoría de la reencarnación. La una excluye a la otra. Si admitimos la reencarnación, es necesario abandonar el concepto de creación solamente progresiva y aceptar la teoría de la caída. Si admitimos la creación solamente progresiva, es necesario abandonar el concepto de reencarnación. Esto porque, según el principio de la creación progresiva, que se mueve sólo en sentido evolutivo, sin el precedente semiciclo involucionista, lo creado debería moverse en una única dirección, y en el Sistema el principio del ciclo debería ser desconocido y no aparecer jamás. Si este principio aparece en el caso particular, en un universo que sabemos construido con un tipo único de sistema, que se repite luego a todas las alturas y dimensiones, esto quiere decir que dicho principio del ciclo está también en el caso general del tipo base del Sistema. Si el fragmento que recogemos refleja, esto nos dice claramente que la unidad de la cual ese fragmento deriva era un espejo.

Concluyendo, hemos tratado de preveer en este capítulo todas las posibles objeciones. Pero ellas pueden ser tantas, cuantas son las formas mentales humanas, lo que es un número prácticamente infinito. Para las que aquí no pudieron ser imaginadas, podemos asegurarle al lector que las cosas ocurren como realmente están expuestas en este libro y que, sobre estas bases, cualquier dificultad puede ser lógicamente resuelta. El lector inteligente que ha agarrado la llave del Sistema, podrá hacerlo racionalmente por sí mismo, siempre y cuando piense sin preconceptos y puntos fijos inmóviles. Entretanto, dado que una de las primeras condiciones para la aceptación de una teoría es su claridad de exposición y facilidad de comprensión que le permitan penetrar en la psiquis humana, aquí hemos tratado de traducir en la forma más transparente y evidente posible el pensamiento recibido por intuición, proveniente de otros planos y difícilmente traducible en palabras humanas.

## XI

### HACIA LA SUBLIMACIÓN

En los capítulos anteriores hicimos algunas observaciones en nuestro mundo, para comprobar allí, según el plano del universo, su posición periférica. Los pocos hechos escogidos no son más que ejemplificaciones particulares. Muchos otros podrían ser señalados para confirmar la concepción de la cual partimos y que presentamos a los racionalistas sólo como hipótesis de trabajo. Tratemos ahora, después de haber observado el Sistema en su posición periférica, de recorrerlo en dirección ascensional. Esto es importante porque ésta es la única vía de corrección del anti-sistema y de

evasión de sus dolorosas consecuencias. Nos aproximamos así al problema central de la presente III trilogía: el problema de la sublimación (v. la introducción del volumen: *“Problemas del futuro”*)

Para poderlo enfrentar y resolver es necesario primero encuadrarlo aquí en nuestro actual más amplio esquema del universo, como sería necesario también orientar cualquier problema, sin lo cual él resultaría difícilmente comprensible y soluble. Y el fenómeno de la sublimación espiritual resulta ahora aquí lógicamente encuadrado en un sistema completo y armónicamente proporcionado en todas sus partes, convincente para todo hombre de buen sentido. El fenómeno se puede ahora lógicamente ubicar en el seno de un edificio conceptual, del cual él forma parte, que lo sostiene y lo demuestra. Esto no impide que él resulte poco adherente a la dominante psicología moderna, pues que esta es una forma mental situada en una particular fase de destrucción en el final de un ciclo, mientras que aquí se anticipa la fase reestructora que inevitablemente le seguirá. El hombre actual es analítico, ve las cosas desde la Tierra, desde el plano físico que él confunde con la realidad y que cree que es todo el universo. Él es periférico y ve el Sistema desde una posición periférica. Las cosas desde este punto de vista naturalmente aparecen invertidas. Hoy, en verdad, la superación a menudo es tildada como algo patológico. Todo depende del punto de referencia que, en este caso, parte del tipo biológico corriente, vale decir, involucionado. Es natural, entonces, que la catarsis biológica, en vez de superación y sublimación, vista así desde abajo, desde una posición invertida, pueda parecer deformación y regreso, en vez de su formación y progreso de la vida. Ya examinamos el problema en el capítulo: “Sexualidad y Misticismo”, al final del anterior volumen: “Ascensiones humanas”.

Para ahondar más en él, comencemos aquí a orientar el fenómeno de la sublimación espiritual encuadrándolo en el esquema del universo ya expuesto, que aquí asumimos nuevamente en relación a dicho fenómeno, ahora observado desde este punto de vista, con el acostumbrado método de la intuición.

Por creación entendemos aquí el proceso  $\alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma$ , vale decir, la transmutación de la sustancia única “Dios”, eterna, increada e indestructible, desde su estado de puro pensamiento, al estado de energía y, al final, al de materia. Ya hemos examinado este fenómeno por el cual Dios se manifiesta en la forma, el pensamiento en la materia, lo inmutable en el devenir, lo Uno en lo múltiple, y al cual se debe la existencia de nuestro universo. Asistimos a un movimiento centrífugo que desde el centro se proyecta a la periferia, en la materia, invirtiendo todas sus cualidades de Espíritu. Los aspectos del proceso son muchos, pero todos reducibles al concepto de inversión de lo positivo en negativo, de subversión de los valores, concepto que se puede resumir en una sola palabra: involución. Ella puede presentársenos como un derrumbe del perfecto universo originado por la primera, la verdadera creación perfecta, y esto por obra de aquella

rebelión y caída de la cual ya hemos hablado. De este modo el universo pierde e invierte su cualidad de origen, en la actual. Podemos ahora así comprenderlo mejor.

Todo esto ocurrió en una primera fase de ida. El universo actual en el cual nosotros estamos, se encuentra en la fase opuesta, la de retorno, es decir, no involutiva sino evolutiva, de modo que la verdadera creación de Dios en ella quedó inmanente y va lentamente realizando, a través de la evolución de la cual todos los seres somos los obreros, la verdadera creación que es la actual y no la anterior que resultó más bien en una destrucción. Sin embargo, esta última, vista desde nuestra posición periférica en la cual la existencia es material, puede parecer creación. Todo depende del punto de vista. El mismo proceso  $\alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma$ , si es visto desde  $\alpha$  puede parecer destrucción, y si es visto desde  $\gamma$ , puede parecer creación. Y viceversa para el proceso inverso. Y verdaderamente nuestro universo construido así en la forma física, puede definirse como una creación, pero en sentido físico. No obstante, lo cierto es que él, si es observado desde otro punto de vista, desde un punto de vista central en el Sistema, es una demolición como espíritu, del cual representa la inversión.

Es bueno esclarecer todo esto para evitar malos entendidos. Nuestro habitual concepto humano de creación es, como todos nuestros conceptos, relativo a nosotros. La primera y única verdadera creación fue, no una creación a partir de la nada, sino una emanación del seno de Dios, de espíritus puros, en los cuales Dios, el “Yo Soy”, Uno, Creador, quiso reflejarse a sí mismo, amando en ella su diversa individualización en miríadas de “yo soy”, sus criaturas.

Lo que después nosotros hemos llamado “creación”, fue el derrumbe en la forma-materia, de aquella parte de estos “yo soy” criaturas que se rebeló. Y lo que nosotros llamamos evolución sería, en cambio, la verdadera creación, en el sentido de reconstrucción de la originaria integridad espiritual que a su vez fue emanación, más que creación de la nada. Todo esto está más allá de nuestras habituales concepciones, todas en función de nuestro relativo. Por estar apegados a ellas, es que aquí a menudo llamamos a nuestro universo manifestación de Dios. Esto puede ser verdad para nuestros sentidos, relativamente a nuestra posición periférica en la forma-materia, que “para nosotros” es lo que significa existir. Pero para quien está en el opuesto polo del Sistema, en la posición central de “puro espíritu”, nuestro universo no es un manifestarse sino un ocultarse, pues que es el “espíritu” el que se hunde y sepulta en lo que nosotros llamamos manifestación. Si él se exterioriza, pareciendo entonces tornarse verdad, esto es sólo para nuestros sentidos, mientras que para sí el espíritu entra en la “gran maya” o ilusión de la vida corpórea. Lo que para quien es exterior es verdad, para quien es interior es mentira. Todo es relativo. Lo que para nosotros es vida, para el espíritu es prisión en el límite. Para él nuestro tiempo es el fragmentarse de lo eterno; el espacio, el fragmentarse de lo infinito; lo relativo, el fragmentarse de lo Absoluto; lo múltiple, de lo

Uno. La inestabilidad del devenir, que debe siempre perfeccionarse evolucionando, es el derrumbe del originario perfecto e inmutable existir.

Esclarecidos de esta manera estos conceptos, retomemos nuestro camino. Si en la primera mitad del ciclo tenemos el derrumbe en la materia, en la segunda mitad, en la cual él se cierra volviendo a Dios, el punto de partida, tenemos el proceso inverso al anterior, es decir,  $\gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$ , vale decir, no de materialización sino de espiritualización. Estamos en la fase de la reabsorción de la forma en Dios, de la materia en el pensamiento, del devenir en lo eterno, de lo múltiple a lo Uno. Asistimos al movimiento centrípeto que de la periferia se proyecta hacia el centro, invirtiendo en el espíritu todas las cualidades de materia. Aquí los valores invertidos se tienen que enderezar, según la Ley, de la cual el Evangelio es el código. Los aspectos del proceso son muchos, pero todos reducibles a la inversión de lo negativo en lo positivo, concepto que se puede resumir en una sola palabra: evolución. El devenir tiende a la reconstrucción según el principio de las unidades colectivas. Ocurre el retorno a la unidad de todos los fragmentos en los cuales lo “Uno” se había pulverizado, el estado de materia se transmuta en el de energía, y éste en el estado de pensamiento, para retornar al punto de partida.

Es en el plano de este segundo recorrido que el ser ahora realiza, que lógicamente encuentra ubicación el fenómeno de la sublimación espiritual o catarsis biológica. El espíritu no está muerto. Solamente está prisionero. Quiere reconquistar la conciencia para retornar al estado de origen. Por un instinto fundamental de la vida, él odia la prisión y quiere la libertad. Con este impulso y para este fin él fue generado: esta fue su primera cualidad. Todo quiere crecer, expandirse; toda nuestra vida triunfa únicamente en este sentimiento. Este instinto primordial del ser se debate contra todos los obstáculos que su posición a lo negativo, en un sistema invertido, le impone. Pero he allí que el Amor proveniente del centro positivo, ayuda al ser en el esfuerzo de su reducción. Dios desde el centro le tiende los brazos, diciéndole: “vamos, coraje, sube, sube, yo te espero”. Y los espíritus no rebeldes e incorruptos, como sus mensajeros descienden en sacrificio, hermanándose a los seres inferiores sepultados en el dolor, abrazándose con ellos por Amor. He allí entonces que la reconstrucción del edificio derrumbado es un proceso creativo de reabsorción del mal y del caos que nacieron del derrumbe, y esto a través del sacrificio. El Amor se mantiene, pero invertido en el sacrificio que es Amor en el dolor. He allí porqué la redención realizada por Cristo solamente se pudo efectuar a través de la pasión, y porqué ninguna redención se puede realizar de otro modo.

Existe, pues, una gran puerta para escapar de todos los sufrimientos del anti-sistema. Puerta grande, pero por la cual nadie quiere pasar, porque ella está hecha de dolor, lo cual repugna, porque es precisamente la inversión de la felicidad por la cual el ser fue generado y hacia la cual él se siente irresistiblemente llevado. ¿No es el nuestro un Sistema invertido? Es natural, entonces, que en él también la felicidad esté invertida en

el dolor. Entonces el hombre se lanza sobre las últimas chispas de alegría y de amor que el sistema derrumbado aún contiene, pero esto lo único que le ofrece es un pan traidor que no puede saciarlo. Y el pobre ser despedazado busca en el amor físico de los dos sexos la unión de los dos semicírculos en los cuales la unidad se ha fragmentado, pero en vano. El místico, en cambio, que no ha tenido miedo de pasar por la puerta del dolor al menos a través de la renuncia, puede celebrar más en lo alto sus nupcias de amor con Dios, vale decir, una reunión mucho más completa de las dos semicircunferencias del círculo. Llegando él con esto, a través del dolor a subir mucho más cerca del centro, llega también a una alegría mucho mayor. Los pobres seres periféricos, apegados a la forma porque no saben sentir la vida más profunda, y con esto apagados a una existencia llena de penas, alimento demasiado amargo para un alma sedienta de felicidad (alimento que ellos se disputan ásperamente), estos pobres seres huyen de la sublimación y la condena, porque debido a su posición periférica, situados en la materia, la sublimación se les presenta como anulación y no retorno a la vida. Es natural que para el ser invertido, todo parezca invertido, un espejismo traidor. Para ver la verdad es necesario subir, pasando por aquella puerta del dolor.

He allí, pues, cuál es la posición del ser en el actual universo. Él yace despedazado entre las ruinas de sí mismo. Pero en lo profundo de él, la originaria chispa de Dios, el alma, no está apagada y conserva en el estado de intuitiva e irresistible ansia, todas las características originarias. Sin embargo, entre esta ansia y su realización, existe la barrera del dolor, interpuesta por la distancia que ahora existe del centro a la periferia, adonde el ser ha venido a caer. Esa irresistible ansia se estrella continuamente contra esta barrera al querer escapar, pero es precisamente solamente a través de la barrera, es decir, a través del dolor, que se puede escapar. He allí el gran drama del ser, y todos lo vivimos todos los días.

Entonces Dios, que no nos ha abandonado viene a nuestro encuentro para ayudarnos y nos envía, igual en nuestra forma concreta, para que podamos tocarlo con nuestras manos, el ejemplo viviente del método que hay que usar para escapar. Es inútil debatirse. No hay otro camino que el calvario para alcanzar la redención y cada quien debe recorrerlo por sí mismo. ¿Quién vencerá? ¿Las seducciones del mal, el horror al sufrimiento, o la gran ansia del alma, su instinto a la ascensión y a la vida, y la poderosa ayuda de Dios que quiere la salvación final? El camino es largo, la criatura está presa entre los engranajes de dos ruedas inmensas y es triturada por el roce de sus dos movimientos contrarios. Pero las dos fuerzas no son iguales, en la balanza no son dos pesos idénticos. Y la rueda de Dios es la más fuerte, y girará tanto en la eternidad, que desgastará toda la rueda de Satanás que terminará siendo polvo.

La sublimación espiritual es el fenómeno por el cual la evolución desde la fase biológica humana, a través de la catarsis de todo el ser, lleva a la vida a la fase super-humana. Hemos visto que esto es un momento del gran proceso de toda la ascensión que va de



$\gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$ . He allí lo que significa volver a subir. Estas son las grandes etapas, los grados de la escala que lleva al trono. Volver a subir significa, entonces, transformarse de la materia en energía y después en espíritu, vale decir, un proceso de espiritualización. He allí a qué se reduce sustancialmente todo progreso. He allí la fase que actualmente está viviendo la humanidad. Es verdad que todavía está inmersa en la noche profunda, pero estamos en un gran giro de la Historia que anuncia la inminencia de una aurora nueva. El hombre hoy por primera vez sabe transformar la materia en energía. Con esto él interviene en los procesos creativos de una forma que se podría llamar “espiritualización de la materia”, que se volatiliza en energía. Proceso que implica lo inverso de la creación de la materia a partir de la energía. Paralelamente la superación de los límites de espacio y tiempo significa una ascensión de la vida hacia dimensiones más evolucionadas. Además de esto, el tipo biológico se dinamiza y su lucha de física se hace nerviosa y psíquica, las leyes del ser son comprendidas, los misterios se clarifican, aumenta el dominio sobre las fuerzas naturales y sobre la materia, el individuo se funde en el engranaje de grandes unidades colectivas. El hombre, pues, aun siendo recalcitrante, está inmerso en el tormento de ascensiones nuevas, está empeñado en el momento crítico de una catarsis biológica.

La lucha por la vida ha sido siempre, incluso en las feroces fases animales de la selección del más fuerte, una lucha para ascender, y todavía sigue siendo así. Es la gran batalla de la liberación de la involución, para retornar a Dios. Si en los más bajos grados biológicos esta batalla por la ascensión es impuesta por la necesidad de tener que vivir en un mundo que dice: “o comes, o eres comido”, en los más altos niveles la Ley, hacia un ser que se ha hecho más consciente, puede endulzarse y así, en cambio, realizarse por los caminos de la comprensión. Y he allí que es la evolución la que nos libera de tantas duras necesidades y sanciones. Aquí nosotros andamos explorando todas las vías de la liberación, que en la sublimación mística se abre completamente hacia el Cielo. La lucha es un medio para que se despierte la conciencia, para que el ser sujeto a una vida continuamente amenazada con ser perjudicada, agudice la inteligencia; las pruebas y los desastres nos adiestran y nos hacen realizar las más grandes conquistas, aquellas que nacen de la experiencia y que se fijan en el espíritu. Tanto abajo como en lo alto, para cada ser, la existencia en formas más o menos feroces, o espirituales a él proporcionadas, es siempre una elaboración evolutiva. Elaboración evolutiva es el trabajo de la materia perturbada en el caos y presa en los fenómenos cósmicos, así como, en el extremo opuesto, es el trabajo espiritual del genio o del místico para desvincularse de los instintos de la carne y aprender a formar otras más espirituales. Todo el universo está preso en esta fatiga macerante de su maduración evolutiva, que lo debe llevar nuevamente a Dios.

Hoy en la Tierra la vida experimenta nuevas formas de expresión en su tipo más evolucionado: el hombre. Actualmente la lucha humana no está ya encerrada en el tradicional plano animal-humano como hasta ayer, sino que se agita, en cambio, por salir

de él. Hoy la lucha no es ya la victoria de un grupo humano sobre otro, quedando siempre en el mismo plano y sistema de vida, sino que es la victoria de un principio sobre otro principio, para salir del actual plano y sistema de vida. En otros términos, estamos no en período de quietud, sino de transformación; el esfuerzo de la vida no está hoy en sistematizar y consolidar sus posiciones, sino que está todo en tentar nuevas posiciones. Por eso actualmente su dinamismo es febril y todo pareciera derrumbarse. Pero es precisamente porque la vida tiene ansias de construir mucho más en grande, que ella tiene prisa de liberarse en todos los campos de las restringidas fórmulas del pasado de las cuales ahora, por haber crecido así, se desborda por todos lados. Hoy todo tiende a la superación, se marcha en todos los campos en busca de fórmulas nuevas para dar expresión a una vida que no puede ya encontrar espacio en la vieja. Nunca ella fue tan férvida de creaciones. Cualquiera que tenga ojos para ver y oídos para escuchar, siente que el mundo está hoy vertiginosamente lanzado hacia un transformismo evolutivo de una intensidad y rapidez sin precedentes. Y la vida va cada vez más quemando las etapas para concluir, pues que tiene prisa por resolver el problema que la agita y la atormenta.

Vemos, entonces, en esta hora histórica la realización, no solamente del transformismo  $\gamma \rightarrow \beta$  con la desintegración atómica y la génesis de la energía desde la materia, sino también un paralelo transformismo  $\beta \rightarrow \alpha$ , en el cual la vida, aunque todavía bárbaramente, tiende a hacerse cada vez más nerviosa y psíquica, vale decir, a espiritualizarse. Asistimos, pues, a un proceso universal de espiritualización intenso en sentido lato. La plena realización está todavía muy lejos, pero allí está el germen. Muchos no son capaces de ver un árbol en la semilla y solamente saben percibir su existencia cuando él está plenamente desarrollado. No importa. Ellos llegarán más tarde a comprender, pero llegarán. Toda semilla es un explosivo de la vida, en el cual ella se ha concentrado a la espera, el cual quiere explotar, y es ley que explote. Y en las profundidades del ser humano está en espera para despertar aquel divino “yo soy” que viene de Dios. Los nuevos grandes continentes del espíritu esperan a los pioneros que los exploren, los conquisten y los colonicen para la propia nueva grandeza. El esperado “Reino de los Cielos” no es una vana promesa que deba quedar siempre en utopía. Él está en lo profundo de las conciencias y se realizará cuando éstas se despierten, cuando nosotros podamos comprender de qué maravilloso universo somos ciudadanos.

Se trata de movimientos de grandes masas. Hoy en la Tierra no es ya una clase social, una aristocracia la que se mueve para conquistar el dominio sobre estratos sociales inertes y pasivos. Actualmente el trabajo evolutivo enviste a toda la raza humana. Se podría decir que hace eso desde el plano  $\beta \rightarrow \alpha$ , vale decir, vida hacia espíritu o espiritualización de la vida, hasta el plano  $\gamma \rightarrow \beta$ , con la desintegración atómica. Pareciera que los dos fenómenos se han movido paralelamente, obedeciendo al mismo impulso del Dios inmanente que, haciendo presión desde el centro, impone a la vieja forma que ceda el paso a una nueva que exprese estados íntimos nuevos; que aquella continua presión, a

través de los milenios de silencioso trabajo, hoy ha madurado. Todo deriva del principio de la vida íntima a los seres y hoy este principio nos lanza sobre nuevas rutas.

Bástenos aquí por ahora, antes de proceder más allá, haber encuadrado el fenómeno de la sublimación en este proceso de universal espiritualización  $\gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$ , que es el proceso evolutivo. La sublimación mística no es más que la fase más alta de las espiritualizaciones sobre nuestro planeta. Pero ésta es un fenómeno que, como vimos, es universal en la vida. Es por eso que el mineral se eleva hasta el vegetal, éste hasta el animal, éste hasta el hombre, y éste hasta el superhombre. Se trata de un proceso de sensibilización que en los grados superiores se llama conciencia, y que va desde la existencia privada de sentidos y encerrada en sí misma como la de la materia, a una existencia que cada vez más se expande en una vida primero únicamente vegetativa, después sensitiva, después racional, y luego intuitiva. Se trata de un gradual florecer del espíritu que se reencuentra a sí mismo, expandiéndose bajo la irradiación del centro "Dios". Ahora se puede comprender cómo, si la involución consistió en la formación de involucros cada vez más densos alrededor de la chispa del espíritu, en los cuales él ha quedado sepultado, la evolución, en cambio, consista en la progresiva destrucción de estos involucros para emerger desde allí cada vez más conscientes, vale decir, sutiles, hasta la completa liberación. El "yo" eterno, con el derrumbe del Sistema, no fue destruido, solamente envuelto en el principio opuesto, en el cual se invierten todas las divinas cualidades de origen. La evolución es el proceso de maceración que consume los involucros, es un arder lento para quemar su materialidad y poder así escapar de su prisión. He allí lo que entendemos por espiritualización.

Pero el fenómeno se puede observar también desde otros puntos de vista. Si concebimos al Centro en su fundamental aspecto cinético, podemos decir que involución es progresiva inmovilización en el límite, y evolución es desvinculación del límite. Y el aspecto de estado cinético puede significar sobre todo estado vibratorio, y a esto se puede reducir aquel estado del espíritu que se llama conciencia. El estado opuesto de inmovilidad, de congelamiento de la vibración, significa entonces aquel estado del espíritu que se llama inconsciencia. ¿Qué puede significar el precipitarse en las tinieblas a no ser el decaer de la sensibilidad, hasta convertirse en ciegos? He allí que el derrumbe del ser consiste en la inversión del estado cinético o vibratorio, de la conciencia y del conocimiento, máximos en el centro-Dios, en un estado opuesto de inercia, inconsciencia o ceguera. He allí que en la periferia se apagan las cualidades dinamizantes y vivificantes, propias y máximas del Centro. ¿No ha sido definida la materia como energía congelada? Y la energía es pensamiento congelado. Lucifer es congelado por Dante en el centro de la Tierra, inmerso en las tinieblas, encerrado en la inmensa prisión de la materia, inmovilizado por el hielo, negación de la movilidad y del calor, elementos de vida. Para volver a subir el espíritu tiene que volver a arder a fin de fundir ese hielo, para quemar en el fuego de su dolor las escorias de la forma que lo

aprimonian. Así, debe él, como primer elemento de vida, por sí mismo reencenderla, después que en él se había apagado.

Hemos primero observado el gran derrumbe del universo para encontrar allí la génesis y la explicación del estado actual. Pero esto no es suficiente. Dado que este es un estado muy doloroso, lo que más le interesa al hombre es sobre todo saber cómo salir de él. He allí por qué es importante, en el seno del universal proceso de la espiritualización, conocer el proceso humano de la sublimación, pues que él representa para el hombre la única solución del problema del dolor.

¡Despertad, oh hombres en el espíritu, porque en él, en lo profundo de ti, está el infinito! Sepultado en todas las cosas, hace presión el pensamiento de Dios que los rige. Pero en ninguna criatura como en ti, oh hombre, ese pensamiento se potencializó tanto en la ascensión, al punto de querer dar hoy un nuevo paso hacia delante. Desde  $\gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$ , el proceso evolutivo es una reconquista y una reconstrucción del estado cinético, vibratorio o de conciencia y conocimiento, perdidos. Nunca como hoy la batalla entre materia y espíritu fue tan feroz. Pero el espíritu es el principio del movimiento y del poder. Y él, en el ser, solamente está adormecido. Bendigamos los grandes dolores de nuestros tiempos que lo despiertan.

## XII

### LOS TRES ASPECTOS DE LA SUSTANCIA

Orientémonos antes de seguir adelante. Comenzamos con el estudio de la trayectoria del concepto central, esquema del universo: el “yo soy”. Esto nos llevó a observar el fenómeno del egocentrismo del cual quisimos aclarar su significado. Por este camino llegamos a las puertas del gran drama de la caída de los ángeles, debida precisamente a la rebelión del “yo” por excesivo errado egocentrismo. Nos detuvimos entonces a contemplar sus consecuencias, estudiando los orígenes del mal y del dolor. Pero esto nos colocó frente al problema inverso de su finalidad. Entonces así en la visión del gran ciclo constituido por el derrumbe y la reconstrucción del universo, ciclo reconstructor de la unidad con la conjunción de sus dos fases inversas y complementarias, involución y evolución. Nos adentramos de esta forma en la visión de la estructura del Sistema y de los íntimos procesos de su devenir, admirando su perfección. Hemos podido de esta manera seguir este universal devenir hasta en sus últimas consecuencias, las cuales hemos sintetizado en dos expresiones límites, una resolutive del sistema positivo y una resolutive del sistema negativo, con el triunfo final del bien sobre el mal y la reconstrucción del sistema derrumbado. Pudimos así encontrar la solución última del problema del ser. Descendimos después a nuestro mundo para encontrar allí

confirmaciones y demostraciones, y al final, aplicaciones en la sublimación. Con ésta, como conclusión moral de las anteriores visiones, es indicado al hombre el camino de las ascensiones espirituales, el de la reconstrucción del universo derrumbado, el único que lo puede guiar en la conquista de la realidad perdida. Este es el camino que hemos recorrido hasta aquí.

Llegados a este punto y completado el precedente orden de visiones y de conceptos, vemos que se nos aparece delante una distinta perspectiva de los mismos fenómenos, debido a lo cual observaremos el Todo, no en relación al destino de la creación y de las criaturas, sino en relación a Dios y a su obra. Sintetizamos atrás la última conclusión del anterior orden de conceptos en dos expresiones solamente del universal devenir: una en la destrucciones del ser,  $0 = 0$ , el infierno eterno, la pena máxima para quien así lo quiera no aceptando la existencia; destrucción del “yo” como individualidad espiritual, la muerte del alma que, negando a Dios, se niega a sí misma hasta anularse. La otra expresión indica el polo opuesto, la plenitud del ser,  $\infty = \infty$ , la felicidad eterna, la alegría máxima, el triunfo de la vida, la afirmación del “yo” en Dios. Iluminados por estas precedentes visiones, tratemos ahora de penetrar todavía más en lo íntimo del fenómeno “universo”, más que en su devenir, contemplándolo en su real esencia, en su más profunda sustancia.

\* \* \*

San Juan comenzó su Evangelio con palabras extrañas, llenas de profundos significados generalmente incomprendidos. Ciencia y filosofía, no consiguiendo alcanzarlas, las ha omitido y resolvieron el problema ignorándolas. Sin embargo, ellas contienen las llaves del universo. Juan, ciertamente iluminado por Cristo, las comprendió. Tratemos de comprenderlas nosotros también.

¿Qué significa Verbo? Estamos en alturas vertiginosas. Buscaremos una respuesta en el próximo capítulo. Para llegar hasta allí es primero necesario aquí, entre tanto, acercarnos a ellas por grados. Partiremos, pues, de nuestro concebible, en relación a nosotros mismos.

Por el principio de la unidad del Todo y de los esquemas de tipo único según los cuales está constituido el universo, principio en otro lugar ya aclarado, no es absurdo el ver también en nuestro pequeño contingente reflejados los grandes esquemas del ser, escalonados hasta el máximo, Dios. Observemos entonces al hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios y, observando cómo actúa, podremos hacernos una cierta representación aproximativa de cómo Dios obra. Todo esto nos es confirmado por la inscripción que tenía el templo de Delfos en su frontispicio, que se completa en la frase:

“Conócete a ti mismo y conocerás el universo”. Por lo demás, la correspondencia entre el microcosmos y el macrocosmos es un viejo concepto, que existe desde la antigüedad.

¿Cómo actúa el hombre, con qué proceso, cuando él, a imagen y semejanza de Dios construye algo? Toda obra humana es extraída de lo íntimo de quien quiere crearla, es decir, él la extrae de sí mismo, de su pensamiento, de su alma. Cualquiera puede observar en sí mismo el fenómeno. Existe una primera fase en el proceso creativo, incluso en la más pequeña obra realizada por el hombre, la cual consiste en la formulación en la mente de la idea abstracta que después se realizará en la forma. Todos sabemos que nada se crea y nada se destruye como eterna sustancia, pero no como forma en la cual la idea abstracta es expresada. Cuando la eterna indestructible sustancia es por el pensamiento de un “yo soy” plasmada en una dada forma, entonces tenemos una creación que, en sentido relativo, como lo es todo en nuestro mundo, es una creación de la nada. Esto en relación a su estado anterior de no existencia en aquella su dada forma que no había nacido todavía como tal. En este sentido nuestro universo fue creado de la nada, como anunció la revelación.

Es aquí necesaria una observación para prevenir dudas en relación a lo que hemos dicho, comparado con lo que fue expuesto al principio del cap. XI: “Hacia la Sublimación”. Allí se aclaró el valor, siempre en relación a nosotros, que puede tener el concepto de creación de la nada, cuál fue la verdadera creación, cómo ocurrió su posterior derrumbamiento, qué es a lo que nosotros llamamos creación y cómo la verdadera reconstrucción está representada por la actual fase evolutiva. Esto se dijo para hacer comprender cómo en realidad sucedieron las cosas. Pero aquí, en este capítulo, solamente para facilitar la comprensión, volvemos a colocarnos en el normal punto de vista humano, en el punto de vista bíblico de nuestro relativo. Llamamos, pues, creación en el sentido corriente, a lo que en cambio fue un derrumbe, a lo que en vez de ser una manifestación, fue un ocultamiento. El lector sabe ahora el verdadero significado de estos términos de uso común. Podemos, entonces, retomar la psicología normal, tal como ella es expresada en la concepción bíblica. La presencia de Dios creador, en esta creación dada por el derrumbe, se explica en cuanto que Dios permaneció siempre como el “Señor” del Sistema, no lo abandonó a sí mismo en la caída, sino que continuó dirigiéndolo y guiándolo con su inmanencia. Aunque sea, entonces, a través de los espíritus decaídos, la así llamada creación fue siempre regida por Dios, que allí quedó presente en todas partes, siendo siempre el Creador. Ocupémonos aquí de focalizar, sobre todo, el proceso creativo, pasando por alto la rebelión y la caída, en otro lugar focalizada sobre todo para explicar la génesis del mal y del dolor, observando ahora aquel proceso directamente en relación con aquella que permaneció siempre como su primera fuente, Dios.

Tratemos ahora de aproximarnos a la comprensión de la íntima naturaleza del, así llamado, proceso creativo, también en su caso máximo, Dios, el cual el hombre, aunque

sea a muy grande distancia, va imitando con el obrar en el seno del mismo sistema y según el mismo esquema. La materia prima de la creación, ya lo explicamos en otra parte y lo aclararemos en las páginas siguientes, es una eterna e indestructible sustancia de su naturaleza pensante, es decir, que tiene como su cualidad fundamental la inteligencia y el conocimiento. Este es el estado originario del cual derivó el universo (de la mente de Dios), así como toda obra humana deriva de la mente del hombre.

¿Cuán era el estado del Todo antes de la Creación? Por Todo debemos entender “Dios”, porque nada puede existir más allá de Dios. Tal vez sería bueno crear otra palabra de más preciso significado y no ligada a esta, Dios, por tradicionales significados. Pero se correría el riesgo con esto de ser menos comprensibles. El Todo estaba, pues, en un estado de quietud, el estado en el cual se encuentra el hombre antes de emprender cualquier obra suya. Este es el estado contemplativo, el estado de la concepción, sin forma de expresión todavía, un estado abstracto, hecho de puro pensamiento. En él tan sólo se diseña la idea madre, el esquema o modelo de la forma, el cual en ella se podrá después reproducir, haciéndole eco al primer impulso conceptual en una infinidad de ejemplares. Esta es la primera fase de la génesis, conceptual, la que se denomina “concepción”. En esta fase la creación todavía no ha nacido; solamente ha sido concebida.

¿Cómo nacerá ella? Pasemos a su segunda fase, el segundo momento del proceso creativo. Hasta este punto la eterna sustancia pensante del Todo está todavía en estado de quietud, inmóvil, sin expresar nada de sí, vale decir, no ha manifestado sus posibilidades cinéticas que en ella están todavía en estado de latencia. Una de las cualidades fundamentales inherente a la naturaleza de la eterna sustancia pensante que constituye el Todo, es la de poderse transformar, pasando con esto al estado actual, cualidades propias antes adormecidas, latentes en el estado de quietud. Este puro pensamiento, existente no en el momento del principio, sino antes de él, representaba el caso máximo del principio de la semilla o germen, esquema según el cual ha continuado después, continúa y continuará generándose el universo después de la primera génesis creativa. Sabemos que este es un sistema que resuena, que repite procedimientos y esquemas. En este estado de puro pensamiento existía, entonces, en germen la posibilidad latente de todos los futuros desarrollos cuales existieron, existen y existirán.

He allí, pues, que se inicia la segunda fase del proceso creativo. La sustancia pensante del Todo que se desarrolla a partir de su seno, expresa desde su latencia y pone en acción sus cualidades cinéticas. En otros términos, después de la fase de concepción abstracta, de la formulación espiritual de los esquemas que deberán después guiar la acción, ésta comienza y con esto la idea, primero solamente abstracta, empieza a realizarse expresándose en la forma. Esta es la hija del movimiento. Aquí se puede comprender mejor el significado de muchas de nuestras referencias en anteriores escritos, al estado cinético del Todo. ¿Qué expresa el “Verbo” en nuestra psicología

corriente sino una idea abstracta que se pone en movimiento dirigiéndose hacia su realización? Cuando decimos “Verbo”, decimos acción, la cual es la segunda fase, la de actuar, que presume la primera, la idealización. Cuando decimos: “yo miro, yo hablo, yo voy, yo trabajo”, nosotros realizamos la transformación que va desde la primera a la segunda fase, pasando del estado inmóvil de la concepción, al estado cinético de la acción.

Él está estrechamente ligado al primero como su consecuencia. Es el mismo acto en su segundo aspecto. Representa un segundo modo de ser, una transformación en la cual se desarrolla lo que antes estaba latente en estado de quietud, poniéndose en movimiento. La sustancia pensante del Todo contenía ya en sí estos impulsos que una vez lanzados por el primer motor, vemos que se transmiten en nuestro mundo según los principios de la dinámica. Nos ayudará a comprender el gran fenómeno de la creación, el observar lo que ocurre en nuestra mente cuando ella desarrolla por sí misma impulsos semejantes, así como su manifestación, expresándolos en el mundo exterior, pues que ella no es más que un momento de la sustancia pensante del Todo, que se aisló en un sistema menor, en un “yo soy”, Dios. Antes de actuar, cada quien piensa la acción a seguir, y este es el primer movimiento, el de la construcción del esquema directivo, por el cual se expresan en las formas nuevos deseados estados cinéticos.

Cada forma del ser se reduce a un distinto estado cinético. Así, Dios ha creado por transformación de la sustancia pensante (el espíritu,  $\alpha$ ) primero, en energía,  $\beta$ , la fase cinética de la acción que nosotros expresamos con los verbos, el querer y el ponerse en movimiento, para llegar al final a la tercera fase del proceso, la materia,  $\gamma$ , la forma, la creación, la obra realizada. En este sentido podemos decir que lo creado contiene y expresa el pensamiento de Dios, así como podemos decir que toda obra humana contiene y expresa el pensamiento del hombre que la ha hecho.

De esta manera Dios, a través del dinamismo  $\beta$  por él mismo desarrollado, ha podido extraer de la fase concepto,  $\alpha$ , la tercera fase conclusiva del proceso, la forma en la materia,  $\gamma$ . En ella el libre estado cinético de la fase energía se ha concentrado en las trayectorias cerradas del átomo constitutivo de esa materia, en la cual así el primer pensamiento puede encontrar su expresión. De manera semejante actúa el hombre con una acción menos interior, más de superficie y secundaria, modelando las cosas solamente en su estructura exterior y no en su íntima sustancia constitutiva. Existe naturalmente una inmensa distancia, pero el tipo del esquema creador es el mismo. Para obrar en cualquier forma el hombre, una vez concebido su plan, se pone en condiciones de ejecutarlo, lo dinamiza en acción, pasando de esta forma del  $\alpha$ , el estado espiritual de la concepción, a  $\beta$ , el estado cinético creativo. De esto deriva al final, en la última fase del proceso, el acto realizado, resultado de los dos anteriores momentos, la obra concreta que en la forma expresa la idea originaria. Nuestro universo, la creación, representa esta



tercera fase. De todo esto él conserva trazos, siendo guiado por el pensamiento, movido por la energía, constituido por la materia. Y es igual también para nuestro organismo, hecho de espíritu (funciones directivas), después de un metabolismo y movimiento (dinamismo de la vida), y al final de un organismo físico (basado en la materia). Y así como el universo se desarrolló desde su causa primera, Dios, así el feto, el cuerpo y todo el hombre se desarrolla desde su causa primera, primer motor de todo, el espíritu.

\* \* \*

Esta concepción de la estructura del Todo y del proceso creativo, encuentra confirmación no solamente en la constitución de nuestro universo, en la naturaleza del hombre y de sus procesos creativos, sino también en algunas de las más recientes teorías científicas, como la del espacio-dinámico, en la cual se concibe al espacio, no como una extensión geométrica, sino sustanciado de una densidad propia y dotado de una movilidad, como un fluido. El hombre ha atribuido al espacio de manera completamente arbitraria los dos atributos de vacuidad e inmovilidad, sin saber si ellos efectivamente responden a la realidad física. Existe, en cambio, una sola y única realidad constitutiva del universo físico: el espacio fluido y móvil, y su movimiento. Los movimientos circulares de esta sustancia constituyen los sistemas atómicos y astronómicos que forman la materia. Sus movimientos ondulatorios constituyen la energía. de esta forma todos los fenómenos son reducibles a una mecánica universal, dada por el movimiento del espacio; reducibles a este fenómeno fundamental, único y basilar del cual todo deriva en el universo, el estado cinético del ser, en el cual siempre hemos visto la génesis de todas las cosas.

He allí, pues, un espacio sustancia que no es, ni vacío ni inerte, sino que por su naturaleza es genético de la materia, vale decir, posee las cualidades aptas para la formación en su seno de aquellas sus condensaciones y concentraciones de sustancia, que se denominan materia. Ahora, una de las conclusiones a las cuales llegamos al final del volumen: "*Problemas del futuro*", fue que la ciencia misma, penetrando en las íntimas profundidades de la materia, ha encontrado que ésta se disuelve en energía, perdiéndose al final en el campo abstracto del puro pensamiento. De hecho el electrón, el último elemento al cual hoy se ha llegado en la descomposición de la materia, según las más recientes investigaciones físico-matemáticas, no tiene ya ningún contenido en sentido físico, sino que es solamente un haz de ondas. El último término de la realidad no es, pues, más que una concentración de energía ondulatoria, tanto más fácilmente y exactamente localizable, cuanto más las frecuencias componentes del haz de ondas difieren entre ellas. He allí, entonces, que el extremo corpúsculo material, el electrón, se disuelve en ondas. La sustancia fundamental, material de construcción del edificio de las cosas, es un puro campo electromagnético, desapareciendo con esto toda idea de sustrato

materia. Cae todo significado físico real y queda solamente lo lógico de representar la probabilidad matemática que el electrón se encuentre, en ese instante, en un determinado punto del espacio. Y si el electrón mismo es concebido como una concentración de energía, ¿en qué se convierte la materia que de él resulta, si la energía misma es concebida hoy como una abstracción matemática: “la constante de integración de una ecuación diferencial”?

Todo esto para demostrar cómo la misma ciencia tiende hoy a conducir el material constitutivo del universo físico a su última realidad, que es la de ser una sustancia pensante. De hecho, el universo no puede ser explicable si no es dirigido a su término extremo, entendiendo a este su término como un puro concepto, el cual es el único que puede expresar la esencia de las cosas. He allí que la investigación científica ha recorrido el camino inverso seguido por Dios para llegar con la creación a la manifestación de su pensamiento. Así la ciencia de la materia ha vuelto a Dios y en lo profundo de ella ha visto su pensamiento animador, es decir, la presencia del Dios inmanente. Todo esto confirma el proceso expuesto arriba de la creación, y además nos ayuda a comprender la mencionada concepción, encuadrándola en un sistema cósmico, vale decir, la concepción de un espacio-sustancia de por sí genético de la materia.

He allí, pues, cómo en el físico-dinamo-psiquismo, concepción fundamental de “*La Gran Síntesis*”, se pueden orientar en un plano más amplio alcanzable solamente por intuición, las últimas parciales conclusiones de la ciencia moderna, que de la dispersión analítica, son reconducidas a la unidad, en estrecho monismo. Podemos de esta manera lógicamente llegar al concepto de espacio-sustancia, derivándolo del concepto de energía sustancia, y este del de pensamiento-sustancia. Es decir, tenemos una eterna indestructible sustancia que desde su estado de puro pensamiento (espíritu,  $\alpha$ ), puede pasar al de energía,  $\beta$ , y finalmente el de materia, y, involutivamente, y viceversa, evolutivamente, permaneciendo ella siempre como la sustancia del Todo, el último irreductible elemento de la realidad que solamente puede ser Dios, centro del ser, principio y fin de todas sus transformaciones.

Podemos así comprender cómo la Sustancia, que ahora escribimos con S mayúscula, desde su fase o aspecto de puro pensamiento, concepto abstracto, a, pueda cambiar en su segunda fase al aspecto de energía,  $\beta$ , y cómo con este cambio dirigen al espacio-cinético (la sustancia-pensamiento que se pone en movimiento dirigiéndose hacia la acción), del cual deriva el espacio-materia, fase conclusiva del proceso creativo. Únicamente así podemos abarcar todo lo que existe en solo principio unitario, máxima aspiración instintiva del alma. Solamente así podemos reunir en un mismo y único ciclo los dos antagonistas: el espíritu y la materia opuestos sólo porque están situados en los dos polos del mismo sistema. La necesidad de contraponerlos con una finalidad evolutiva en la batalla de nuestra ascensión, no debe infringir la concepción unitaria del

Todo y precipitarnos en el dualismo de un universo despedazado, hecho sólo de fragmentos. Esto sería satánico.

De esta manera la Sustancia pensante puede mutarse en espacio fluido-dinámico cuando, para manifestarse, la Idea entra en el estado cinético de la acción, involucionando desde la dimensión superconciencia y conciencia ( $\alpha$ ), a la de tiempo ( $\beta$ ) y al final en la de espacio ( $\gamma$ ). Este último deriva de la Sustancia pensante que ha asumido su posición cinética, a fin de que después, en el seno del espacio así formado, fluido-dinámico, se forme la materia. Y no solamente ésta, sino todos los fenómenos que derivan del movimiento de este espacio, es decir, de este fundamental estado cinético de la Sustancia.

Se puede de esta manera reconducirlos todos a un fenómeno único, encaminándose hacia el monismo universal de *“La Gran Síntesis”*, reencontrando de esta forma finalmente también la ciencia, más allá de las infinitas modalidades de lo contingente, la fundamental unidad del Todo. De esta manera se puede reunir en un único principio los fenómenos físicos, los fenómenos biológicos y los psíquicos, pues que todo nace de este espacio-cinético, que no es más que el estado cinético de la originaria Sustancia-pensamiento que con la creación se pone en movimiento en la incesante universal marcha del devenir, esencia de todo fenómeno y existencia.

Podemos así, en un cierto modo, hacernos una representación mental de la técnica de la creación. Podemos también comprender, cómo en su fase de espacio-dinámica, a partir de la Sustancia colocada en estado cinético, pueda haber tenido origen todo fenómeno, sea como energía, sea como materia, sólo debido a una distinta aceleración de este espacio. Es siempre el estado cinético el que construye la génesis de toda forma en la materia. Así los sistemas galácticos, planetarios o atómicos, están constituidos por campos de espacio fluido-dinámico, girando en torno a un centro, es decir, por vórtices de energía cuya rotación es determinada por el estado cinético, según el esquema universal por el cual todo, en cualquier nivel del ser, tanto en lo espiritual como en lo dinámico, gira en torno al centro-Dios. El núcleo del átomo repite en el plano y, el esquema universal del “yo soy”, pero variando de caso en caso el sistema único, hecho del cual depende la variada estructura de los distintos átomos. Y todo el sistema material, desde el atómico al planetario, al galáctico, es generado como campo centro-giratorio, repitiendo de esta manera el esquema de la génesis del universo, que puede concebirse como el máximo campo centro-giratorio, en el sentido de que tiene por centro a Dios. Si para el universo es su aspecto espiritual, Dios es el sol del sistema que todo generó y todo irradia, como el sol en nuestro sistema planetario, así en la formación de la materia la esfera central de espacio centro-giratorio, forma el núcleo central que genera y rige todo el sistema.

He allí, pues, cómo a, por su exteriorización cinética, dirigiéndose a la acción, puede generar  $\beta$ , o sea, el espacio fluido-dinámico, que contiene en sí los elementos para determinar en su seno aquellos vórtices de los cuales nace la materia (ver “*La Gran Síntesis*”, cap. LIII: “Génesis de los Movimientos Vortiginosos”). He allí en qué sentido se puede decir que de la nada nació nuestro universo. Éste, aunque existiera todo como Sustancia en Dios, no existía en la forma de materia, pues que la Sustancia estaba en estado de pura Idea, en quietud, en consecuencia, en consecuencia no cinética, no fenómeno, no forma, no ser cual nosotros lo concebimos desde nuestro relativo hecho de materia. Para el hombre lo que no es perceptible con una sensación o registro cualquiera, no existe. La creación de la nada en el plano físico ocurre cuando la Idea dinamizada enciende centros-movimiento de potencia variada, por lo tanto vórtices o condensaciones físicas de variada densidad, según el tamaño del los impulsos transmitidos.

He allí en qué consiste el proceso creativo. Sus tres fases están conectadas por filiación, son tres momentos de un mismo fenómeno, tres aspectos de un único principio, indisolubles, sin sentido si asumen aisladamente, tres modos de ser del Todo-Uno que no se pueden dividir sin destruir todo el ser, así como en el hombre no se puede dividir el pensamiento idealizador, de la actividad operante y de la obra realizada. Cada momento está en el otro y es el otro. Los tres momentos son iguales y distintos. Cada uno es el Todo y el Todo es cada uno. Uno descende del otro por génesis como el hijo del padre. Quizás hemos llegado así a la solución del problema máximo del conocimiento, vale decir, a la comprensión del misterio de la Trinidad. Tratemos ahora de confirmar esta visión con las palabras de San Juan, con lo cual éste, al comienzo de su Evangelio, demuestra haber alcanzado la misma solución.

Ignoramos si todo esto corresponde a las concepciones teológicas y filosóficas aceptadas. Sin embargo, lo cierto es que la mente no puede dejar de quedar satisfecha por la espontánea logicidad de todo el procedimiento, como por la concordancia de estas concepciones con las últimas orientaciones de la ciencia. No puede también dejar de persuadirse por el evidente paralelismo entre ellos y el caso tan cercano y comprensible para nosotros de nuestra humana actividad creadora. Quien ha comprendido la estructura unitaria que jerárquicamente escalonada del universo, encontrará lógicos estos paralelismos. Todo esto constituye una confirmación convincente, incluso porque satisface el instintivo deseo de unificación. De hecho, por instinto el hombre siente una misteriosa potencia en las grandes concepciones unitarias, pues que ellas nos dan el sentido del Dios-Uno, elevándonos hasta él. Se podría objetar que es presunción y profanación tratar de levantar los velos del misterio. Pero el misterio es tiniebla y el hombre está hecho para la luz y para la comprensión. Dios nos ha dado la inteligencia para que la usemos para acercarnos a él, y no para ignorarlo. La ignorancia se debe a la obnubilación del espíritu originariamente nacido en la luz y decaído después en la sombra. El ser decaído está hecho para evolucionar emergiendo en el conocimiento. El

progresar es Ley y el hombre no puede quedar eternamente en la ignorancia, incluso de las cosas sublimes, de las cuales también depende su vida y su conducta. También se ha dicho que investigar puede significar orgullo. Pero se puede investigar con humildad y se puede comprender con respeto y a la vez progresar siempre en veneración, no con espíritu de rebelión, sino para llegar a una cada vez más demostrada evidencia y, por lo tanto, convencida obediencia. Es en este estado de alma que aquí asistimos a estas visiones, palabra esta que por sí misma significa una respetuosa recepción conceptual, que está en las antípodas de una orgullosa y egocéntrica investigación racional. Aquí el alma no desafía los misterios de Dios, sino que delante de ellos se arrodilla en oración, dando gracias por el concedido don de la comprensión.

En la actual gran encrucijada histórica el involucionado está por convertirse en evolucionado. Él debe conocer la Ley que es el código del Reino de Dios, que también debe realizarse en la Tierra; debe conocerla completamente porque desde ahora es necesario realizarla. Para llegar a esto, ella se ha hecho racionalmente comprensible, para que después sea una necesidad para todo ser racional realizarla. La fase del terror ha sido superada y la obediencia a la Ley ya no se puede obtener con estos medios adaptados únicamente para el involucionado irracional. Aquel que despierta en el espíritu, como el inminente nuevo tipo biológico humano, solamente sabe obedecer ya por comprensión y convicción. Al involucionado no se le puede revelar el misterio, no solamente porque él es incapaz de comprender, sino también porque él está preparado para abusar de todo. En cambio el evolucionado, mientras más conozca, más pequeño y humilde se sentirá en el gran universo, frente a la infinita potencia de Dios. Mientras más se avanza conscientes en la Ley, más se es tomado por un sacro temor. Mientras más progresamos en el conocimiento, menos sentimos que hemos llegado, menos creemos poseer la verdad, menos nos presentamos delante de Dios con el orgullo de los fariseos, que cree poder juzgarse a sí mismo y a la Ley. No. La verdad no es una cómoda paralización en una posición ya hecha, mas es el propio fatigoso e incesante caminar ascensional hacia Dios.

### **XIII**

#### **EN PRINCIPIO “ERAT VERBUM”.**

“In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum. Hoc erat in principio apud Deum. Omnia per ipsum facta sunt; et sine ipso factum est nihil quod factum est”<sup>(1)</sup>.

---

<sup>(1)</sup> “En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios.

Tratemos ahora de responder a la pregunta que nos planteamos al comienzo Del capítulo anterior. ¿Qué significa verbo? Solamente ahora, después de las premisas desenvueltas en ese capítulo, podemos comenzar a comprender. Veamos si las palabras de Juan en verdad confirman la precedente visión, si ésta que hemos visto es la clave para explicar el misterioso sentido de esas expresiones. Esto nos dirá si el pensamiento de Juan en el Evangelio, coincide con nuestra propia orientación. Pero la verdad es, como luego veremos, que si partimos de esta nuestra concepción, he allí que la oscuridad de aquel incomprensible lenguaje rápidamente se ilumina y adquiere un significado evidente. Y entonces, si las dos visiones se sobreponen y si coinciden aclarándose y confirmándose mutuamente según las líneas de un mismo sistema, he allí la prueba que demuestra que ellos se originaron en una única fuente de pensamiento, de modo que, o se aceptan ambas, o se rechazan en conjunto. Y si la concepción de Juan expresa la realidad, cosa que debemos admitir si no queremos negar la revelación, entonces también nuestra visión deberá concordemente responder a la realidad.

Hemos visto que para el hombre “Verbo” significa concepto que se convierte en acción, vale decir, significa la idea abstracta, el esquema hecho de puro pensamiento que se dinamiza y así se transforma en acto, dirigido hacia la forma en la cual él se manifiesta y que lo expresa en la realidad sensible y concreta. Toda cosa hecha por el hombre existe en un primer momento en estado de esquema abstracto, que en su modelo ideal, la concepción que antecede la génesis, la idea madre. Así, toda cosa ya existe en germen en el pensamiento del hombre que crea, pero todavía no ha nacido. Y he allí que en un segundo momento ella comienza a aparecer tomando forma a través del proceso constructivo de su génesis debido a un estado cinético asumido por el “yo” pensante que ha pasado a la acción. Cuando en este proceso constructivo o estado cinético se ha extrinsecado completamente la idea madre, el modelo ideal alcanza su completa expresión en la forma que es el tercer momento que contiene los primeros dos y que en ellos está conectado.

Hemos visto que este es el mismo esquema que reencontramos en el caso máximo límite de Dios que crea el universo. El “Verbo”, pues, del cual habla Juan, es el segundo momento del proceso creativo, el de la génesis en el cual el concepto se convierte en acción, el esquema abstracto formulado en la mente de Dios, se dinamiza y se transforma en acto. Que Juan se refiera a la génesis lo prueba la primera palabra: “in principio”, rápidamente repetida. Ella se convalida así como punto de referencia, como exige el ingreso en lo relativo donde todo existe de esa forma en relación a otros puntos, y sólo es concebible en esa forma. Entonces, en efecto, se entra en el tiempo, cosas todas estas inexistentes en el primer momento de la concepción abstracta,

---

Todo fue hecho por él y nada de lo que fue hecho, fue hecho sin él. (Juan, 1-3). (N. del T)

precedente a la de la génesis, momento situado en lo absoluto y en la eternidad. Y Juan rápidamente precisa: “Omnia per ipsum facta sunt; et sine ipso Factum est nihil quod Factum est”. Este “Factum” repetido tres veces, nos proyecta rápidamente hacia la obra realizada que, si en un primer momento estaba solamente en estado de concepto en la dimensión conciencia, y en un segundo momento en estado cinético de actividad constructora, en la dimensión tiempo, llega ahora al tercer momento del proceso en el cual esa obra asume la forma concreta en la dimensión espacio con la génesis de la materia. He allí lo que significa “Factum”.

Juan sabe que le habla al hombre. Se preocupa, entonces, sobre todo por el universo en el cual éste desenvuelve su vida, que es lo que más está relacionado con él. Para hacerse comprender establece rápidamente su razonamiento sobre este punto de referencia. Y porque desea hacerse comprender, Juan dice prontamente: “In principio” y “Factum”. Pero apenas vuelve a subir a las causas, he allí que es obligado a referirse al concepto que las expresiones aludidas implican y del cual ellas solamente pueden derivar, el Verbo. Él representa el segundo momento, el de la acción creadora, es el sujeto natural del discurso. Aquí tenemos, entonces, tres conceptos lógicamente conectados: “Verbum, principium e Factum”. Por esto aquí los encontramos reunidos en la lógica de un mismo discurso.

Sin embargo, Juan no puede dejar de hacer algunas rápidas referencias a orígenes más lejanos, encuadrando el acto creador del “Verbo” en el esquema máximo que abarca los tres momentos mencionados. Así, mientras nos dice que al inicio de nuestro universo, para nosotros inicio del ser, existía el “Verbo”, acción creadora, y que todo es hecho por él, nos dice también que el “Verbo” estaba junto a Dios.... “et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum”. Hoc erat in principio apud Deum: He aquí los tres momentos:

1. La formulación conceptual del modelo: la idea
2. El proceso constructivo de la génesis: la acción
3. La expresión de la idea en la obra realizada: la creación.

El Verbo representa el segundo momento, el de la acción y de la génesis. El tercer momento es dado por la creación, la que vemos: “Omnia per ipsum facta sunt”. Las citadas palabras de Juan arriba se refieren al primer momento y solamente pueden ser comprensibles en este sentido.

Y Juan explica, efectivamente, que como el tercer momento deriva del segundo, así el segundo deriva del primero. Está claro que la creación deriva del Verbo, la acción; pero el Verbo, la acción, deriva de la acción, deriva de la idea, madre de la acción. El Verbo estaba, de hecho, junto a Dios, vale decir, la acción estaba junto a la idea, el proceso constructivo de la génesis estaba todavía latente en el estado de formulación conceptual del modelo. Y la “idea” era la “acción”, pues que la conserva en sí en germen. Y “in

principio”, cuando la “idea” se mueve en acto, todo estaba junto a la “idea”, que contenía en sí los tres momentos en germen, como cotidianamente ocurre también en nuestro humano obrar. Por lo tanto, si al principio de nuestra creación estaba el Verbo, la acción, antes del principio existía Dios, la Idea, junto a la cual estaba el Verbo, la acción; y la idea era la acción. De esta forma las expresiones de Juan son claramente comprensibles. Él aquí, en pocas líneas, magistralmente encuadra el problema Dios-Universo. En otros términos, establece el concepto base, su punto de partida, el concepto de la Trinidad de lo Uno, en sus tres momentos constitutivos.

En estas primeras líneas de Juan tenemos, efectivamente, tres conceptos: 1.) Dios, 2.) El Verbo, 3. ) El Todo hecho a través de él. Estas tres unidades están así conectadas: el Verbo, que estaba junto a Dios, hace el Todo. Hay en esto un concepto de derivación, de descendencia, de filiación en el seno de lo Uno, que se transmuta en estos sus tres momentos. Así él permanece invariablemente Uno, aunque existiendo en tres aspectos distintos que son siempre suyos, en los cuales él continúa siempre idéntico a sí mismo. Expuesto de esta manera y presentado así a la común forma mental humana, ciertamente ese principio del Uno-Trino permanece incomprensible y sólo puede ser considerado como un misterio. Pero si sustituimos los tres mencionados conceptos por su equivalente valor según nuestra forma mental racional, entonces todo se hace evidente. Sustituyendo la palabra “Dios” por la de “concepción”, idea; la palabra “Verbo” por la de “dinamismo”, la acción; la palabra “Todo” por la de “obra realizada”, lo creado, entonces el proceso de la íntima distinción de lo “Uno”, Dios, en tres momentos a los cuales se debe la creación, es comprensible. Esto mucho más, en cuanto que el proceso se repite cotidianamente en el hombre que actúa y crea, y todo lo que existe queda perfectamente explicado en su génesis. Dios sigue siendo Dios en cada momento suyo. Es Dios en su primer momento de la concepción abstracta, como idea. Es Dios en su segundo momento de la acción, la génesis, como Verbo. Es Dios en su tercer momento de obra realizada, el Todo creado.

He allí cómo encontramos en Juan la confirmación de la verdad del principio fundamental de *“La Gran Síntesis”*, de la trinidad de la sustancia. De esta forma el misterio queda explicado, como también la génesis de nuestro universo, remontándonos hasta sus primeros orígenes. Esto de acuerdo con la lógica de nuestra mente y con los procesos de nuestro obrar, así como con las conclusiones de la ciencia. Más allá de la confirmación de Juan que representa la “Revelación”, el sistema se presenta racionalmente concluyente y persuasivo. No quedan fuera residuos y la creación física no es excluida, aislada fuera del sistema, lo que significaría desequilibrio, una desarmonía inadmisibles. La creación permanece en el sistema como su último momento, así como el cuerpo queda en el sistema del hombre, también él compuesto, Uno y trino, a imagen y semejanza de Dios, por los mismos tres momentos: 1.) alma, idea, 2.) vida, la energía creadora, 3.) el cuerpo físico, la última expresión concreta, el momento final del proceso derivante de los primeros dos. En todo el camino recorrido hasta aquí, la



comprensión de la estructura del universo tan orgánica y armónica, claramente nos indica que nuestro recurrir al principio de analogía no es arbitrario, por el contrario, su concurso es probatorio.

Solamente así se puede comprender cómo, cuando las religiones dicen que el universo fue creado de la nada, están en lo cierto. Y cómo, cuando la ciencia dice que nada se crea y nada se destruye, ella también está en lo cierto. Las religiones han visto el problema antropomórficamente refiriéndose al segundo momento, la acción creadora del Verbo, por lo cual el universo físico tiene un principio como tal, porque “como tal”, él antes era la nada. La ciencia ha tenido, en cambio, que escuchar la voz de la realidad, como la indicaba la experiencia, y que dice: indestructibilidad de la sustancia. La ciencia que no es intérprete antropomórfica de la revelación divina, sino que se adhiere a los hechos en los cuales está escrito el pensamiento de Dios, ha tenido que ver más a fondo. De esta diversidad de puntos de vista, derivaron estas disensiones. Y mientras más la ciencia progresa, desantropomorfisándose, más profundamente deberá encontrarse con este divino pensamiento. Él es el Dios inmanente, que es el alma de las cosas y representa la sobrevivencia del primer momento hasta el tercer momento, vale decir, de la idea en la obra realizada, lo creado, su derivación. Quitad de todas las cosas este su íntimo pensamiento animador, el Dios inmanente, y ellas cesarán de existir.

Así, aquí se puede comprender cómo la inmanencia de Dios en lo creado sea una necesidad lógica de todo el sistema, dada su estructura trino-unitaria, es decir, que no sea más que la presencia del primer momento, la idea, hasta el tercer momento, la forma. No podría ser de otro modo, tratándose de un único proceso en el cual la subdivisión en tres aspectos de ninguna manera puede quebrar la unidad del sistema, en el cual la Sustancia, aunque cambie de modo de ser, no deja de ser siempre la misma Sustancia. Y por ello la ciencia ha tenido que constatar, incluso en nuestro mundo físico, la indestructibilidad de la Sustancia, lo que es una característica de lo eterno y de lo absoluto.

A este punto nos ha llevado inexorablemente la lógica y no hemos podido desmentirla, a menos que renunciemos a resolver el problema y a comprender el misterio. Así todo está claro. De otro modo todo se confunde en las tinieblas. Ahora, es fácil ver cómo estos conceptos hasta aquí expuestos, sean los que se esconden bajo las tres expresiones: 1.) Espíritu, 2.) Padre, 3.) Hijo, usados en las religiones. El espíritu representa el primer momento de la Trinidad de lo Uno, el puro pensamiento, la idea que todavía no es acto. De él deriva el segundo momento, cuando la idea, dinamizándose, se dirige hacia la actuación. He allí el Verbo generador, el Padre, del cual han nacido todas las cosas. Del Padre deriva el tercer momento, la obra realizada, la forma concreta en la cual la idea madre encuentra su expresión final, el Hijo. Cada momento está en el Todo y el Todo está en cada momento. He allí las tres Personas iguales y distintas, componentes de lo Uno y cada cual siendo también el Uno.

Pero continuemos leyendo el Evangelio de Juan para encontrar allí nuevas confirmaciones. Para facilitar la comprensión traduciremos al español, repitiendo desde el principio también las palabras que ya habíamos ilustrado: “En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba al principio junto a Dios. Todo fue hecho a través de él y sin él nada hubiera sido hecho de lo que está hecho. En él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres; y la luz resplandece en las tinieblas y las tinieblas no la han comprendido”.

Dios como Verbo es, pues, el principio de la vida, lo que la medicina en vano busca anatomizando los cuerpos y que cree que es efecto, cuando por el contrario es causa de éstos. Pero el principio de la vida es el espíritu, origen del ser, de cuya naturaleza el alma humana, que es una chispa suya, ha conservado sus características: el pensar y el concebir. Del Espíritu derivó del Verbo, es decir, el dinamismo vital, el irrefrenable poder creador de las formas.

Estamos todavía al principio de la creación: ...”todo fue hecho a través de él... en él estaba la vida”. Pero he allí que apenas se determinó en el seno de Dios este impulso dinámico como segundo momento de su ser, Juan habla de pronto de luz y de tinieblas. ¿Por qué? Aquí el ser, apenas salido del regazo de la concepción madre, comienza a vivir, es decir, a existir como individualidad autónoma. Y este vivir expresa su ser y es luz, visto que con la génesis, el espíritu que se tornó distinto en el seno de Dios (cada uno distinguiéndose de sus espíritus hermanos), cual “yo soy”, es decir, como individuo en sí, adquirió una conciencia propia. He allí que, apenas esto ocurrió, al lado de esta luz que apenas se ha encendido, surge la sombra, lo opuesto, lo negativo que se contrapone a lo positivo. “La luz resplandeció y las tinieblas no la comprendieron”. Nace en el Sistema el anti-sistema, la división, la caída de los ángeles arriba descrita, el dualismo que de sí dará la huella fundamental a esta vida que ha nacido. Apenas el Verbo entra en acción, el Sistema se fragmenta en el dualismo, luz-tiniebla, bien-mal, verdad-error, etc., y nace nuestro universo corrupto.

He aquí encuadrados en la visión mucho más amplia, expresadas por las palabras de Juan, las anteriores visiones de la rebelión y del derrumbe. Las tinieblas son los espíritus rebeldes que no han comprendido la luz. La palabra “comprender” nos envía nuevamente al primer momento, al del puro pensamiento, el del Espíritu, cuando los seres eran puras chispas de Dios en su primer aspecto: la idea. En este primer momento, anterior al segundo, el Verbo, ocurre la inversión de la comprensión en incompreensión. Y entonces podemos aquí finalmente alcanzar el más íntimo significado del cap. XVI: “Dios y Universo” (2ª parte) del volumen: “Problemas del futuro”, en el cual la presente y más profunda intuición se encontraba apenas en forma embrional. Allí recordamos que la Eucaristía, instituida con el partir el pan en la “Última Cena”, representa la génesis. Este distinguirse de lo Uno en tres momentos, por el cual el

Espíritu, la idea, desciende en la acción, y ésta en la forma, puede conectarse al partirse del pan con lo cual Cristo, el Verbo hecho forma, el Padre en su aspecto de Hijo, se da en sacrificio; y puede representar el más vasto sacrificio de la Divinidad que, siguiendo en el derrumbe a los espíritus rebeldes, entre ellos queda, injertándose en su trabajo de redención, amparándolos y uniéndose a ellos, dejándose derrumbar en la forma (inmanencia), para reconstruirse, volviendo a evolucionar, es decir, reconstruyéndose en unidad a través de ellos. Entonces la “Pasión de Cristo” no sería más que un momento de esta muchísimo más grande pasión.

Pero aclaremos todavía mejor. Ya vimos que sin la inmanencia de Dios en todo lo que existe, nada podría existir. Y en el cap. “A la búsqueda de Dios”, llegaremos al descubrimiento y a la conclusión de que, en lo profundo del propio “yo”, el ser posee lo divino. Ahora, la presencia de Dios en su aspecto de inmanencia, como alma de las cosas, representa la sobrevivencia del primer momento, la idea, hasta el tercer momento, la forma. Sin la idea que define, sin la energía que construye (segundo momento), no puede haber forma. La existencia solamente se puede dar y sólo se puede regir por esta íntima, última sustancia, por este “yo soy” menor, chispa del gran “Yo Soy”, vale decir, emanación de Dios.

Ahora, esta necesaria inmanencia de Dios, esta continuación de su presencia en todo lo que es, y sin lo cual no puede ser, prueba que Dios descendió con la criatura y en la criatura, cuando ella se derrumbó. Incluso permaneciendo invulnerable e intacto en su aspecto trascendente, Dios se derrumbó en la inmanencia con el ser decaído, con el cual él se fusionó y que representa casi un aspecto suyo de destrucción, debido a la destrucción de la criatura, su emanación, dado que a pesar de todo, en ella él continúa existiendo.

Tal es la íntima afinidad entre quien es generado y quien genera, que el derrumbe por la rebelión no pudo romper esta unión sustancia. El ángel rebelde es siempre hijo y no quedó ni huérfano ni abandonado. Los vínculos entre hijo y padre se ofuscaron, pero no fueron destruidos. A la rebelión, arbitrio de la criatura, no podía serle permitido alterar el principio fundamental del Sistema: el Amor. Y el Amor quiso que Dios siguiera a la criatura en su caída para ayudarla a resurgir de ella.

Solamente así se puede comprender por qué Cristo encarnó en la Tierra, y su pasión para redimirnos. Él, espíritu puro que no conocía el pecado, hijo de Dios como nosotros, pero no rebelde, emanación de Dios como todo espíritu, quiso seguir a la criatura en su derrumbe para redimirla y hacerla ascender hasta Dios. Y él, Cristo, quiso partir el pan para sintetizarnos con este acto su sacrificio de “Ser” perfecto que sigue a la criatura derrumbada en la imperfección, en el caos particular de nuestro planeta y humanidad. Pero también ha querido partir el pan para darnos en síntesis la clave de un misterio todavía más grande, para señalarnos un sacrificio más vasto del cual el suyo no es más

que un momento: el sacrificio cósmico de la divinidad entera que quiebra su unidad en sus tres momentos; que desde el trono de su trascendencia, desde la perfección en lo absoluto, se precipita en la inmanencia, en el devenir de lo relativo (ver comienzo del cap: “Visión Síntesis”), desde su aspecto de puro espíritu se hunde en la forma, porque solamente esta su inmanencia puede realizar allí, con su evolución, la redención. Santa, bendita inmanencia que muchos niegan, fruto de un infinito amor, sacrificio cósmico al cual la criatura debe su salvación. Todo nos indica junto a ese acto de partir el pan un poco antes del sacrificio, una pasión en la cual, más que Cristo en la Tierra por la humanidad, es Dios el que se clava sobre una cruz cósmica para redimir el universo derrumbado. “El universo entero es la inmensa cruz sobre la cual está tendido el Padre”. (G. Papini, “Cartas del Papa Celestino VI, pág. 79).

Esta idea del derrumbe en el cual la criatura arrastra consigo la caída también la divina chispa que la anima, puede parecer que lógicamente no se pueda conectar, que sea inconciliable con la idea de la creación realizada por Dios. Pero es necesario comprender que este derrumbe que tantos efectos nos confirman, implica, en cambio, precisamente la idea de creación realizada por Dios, en el sentido de que este derrumbe no fue un abandono a sí mismo, sino que fue más bien guiado y es siempre dirigido por Dios con su inmanencia. En él subsiste la obra de Dios, salvadora por Amor. Dios ha permitido este derrumbe según una ley que es su inmanencia, su presencia salvadora. Es este hecho el que permite que el ser decaído pueda del caos ascender hasta el orden, reconstruyendo el edificio derrumbado. Sin esta inmanencia de Dios en lo creado, el caos seguiría siendo caos, ignorando el principio de la evolución representado por la presencia de Dios en él, ignorando el principio de la redención en el sacrificio, como nos fue enseñado por Cristo. Lo maravilloso es que en el fondo de este caos está latente el principio del orden, está presente la Ley de Dios, sin la cual nada podría alcanzar la salvación. El derrumbe no ocurrió al azar y la criatura no quedó sola; mas Dios ha guiado el derrumbe con infinita sabiduría y permaneció al lado de la criatura para hacerla ascender hasta él. Y todo esto es la Obra de Dios, es la más grande maravilla de su creación.

## **XIV**

### **LA ESENCIA DE CRISTO**

Henos aquí en nuestro largo camino, que hemos llegado hasta esta gran figura central en la historia del mundo. Siento que en estas páginas la visión se aproxima a la concepción de la esencia de Cristo en un primer acercamiento, preludio de una más profunda comprensión que madurará en el último volumen que coronará toda la presente obra. Los escritores comunes de muchas vidas de Cristo que se detienen en las vicisitudes de su existencia física, sin ocuparse del drama cósmico que existe detrás, del cual esta no es

más que una pequeña emersión en nuestro sensible, no pueden imaginar que, hablar de Cristo solamente como documentación histórica u obra literaria o filosófica, es permanecer en la superficie de abismos oceánicos. Para llegar a comprender un poco el íntimo significado de la figura y de las vicisitudes terrenas de Cristo, nos ha sido necesario observar aquí primero la estructura del universo a través de diez volúmenes, recorrer en síntesis el concebible humano y resolver los mayores problemas del ser. Es decir, fue necesario el esfuerzo de toda una vida ayudada por particulares estados de intuición. Y todavía estamos en el umbral, y deberemos aún recorrer primero otro volumen para poder entrar en el templo. Y ya el alma tiembla asustada frente a la potencia titánica del argumento, y se abate en el terror de quedar por él aplastada. Existen visiones supremas que podrían fulminar al ser, sin embargo, es necesario aceptarlas a la hora que Dios quiera.

He allí, pues, que nuestro proceso lógico nos ha llevado hasta Cristo. Y también Juan hasta allí llegó. Escuchemos sus confirmaciones. Desde lo absoluto hemos llegado hasta el plano humano: “Hubo un hombre enviado por Dios cuyo nombre era Juan; él vino como testimonio, para dar testimonio de la luz, a fin de que por medio de él todos creyeran. Él no era la luz, pero vino para dar testimonio de la luz. Existía la luz verdadera, la que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Él estaba en el mundo y el mundo fue hecho por medio de él, y el mundo no lo reconoció. Vino a su casa y los suyos no lo recibieron. Pero a cuantos lo recibieron, él les dio el poder de convertirse en hijos de Dios, se lo dio a aquellos que creyeron en su nombre: que no nacieron de la sangre ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino solamente de Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Y vimos su gloria, gloria como la del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.... Nadie jamás ha visto a Dios; es el mismo Unigénito que está en el seno del Padre, quien lo ha revelado.

Aquí entramos en el tercer momento y los hechos se desenvuelven en el plano humano, en lo concreto sensorial perceptible, en la forma que todos ven y tocan, y que al menos en superficie pueden comprender. Aquí llegamos al plano de la ejecución material, último momento derivado de los anteriores y comprensible solamente si es visto en esta su cósmica preparación en lo imponderable. El Sistema ya se quebró en el dualismo y el espíritu ya se derrumbó en la forma material. En relación a todo esto y sólo en relación a este comprensible, aparece la figura de Cristo. Y he allí que después Precursor que no era la luz, sino que solamente había sido enviado por Dios para dar testimonio, he allí que aparece en nuestro mundo para llegar hasta la criatura, hasta el fondo de su derrumbe, para alcanzar al espíritu aprisionado en la materia; he allí que aparece en la Tierra la luz verdadera, Cristo. Vino al mundo que fue hecho a través de él, a la forma que es su casa, y esa luz no fue reconocida ni escuchada. Pero a cuantos lo recibieron les fue dado el poder de convertirse en hijos de Dios. Es decir, los espíritus que no nacieron ni de la sangre, ni de la voluntad de la carne del hombre, sino sólo de Dios, pudieron así redimirse y enderezarse de su posición invertida y, desde el anti-sistema al cual habían

caído, retornar al Sistema por la vía de las ascensiones espirituales, trazada por Cristo. “Et Verbum caro Factum est, et habitavit in nobis; et vidimus gloriam eius”<sup>(1)</sup>.

Llegamos así al nudo central de una cuestión tremenda: ¿Quién era Cristo?

Todos más o menos conocemos su figura humana, históricamente trazable. ¿Pero que hay detrás de ella? He allí el gran problema. Ciertamente que estas cuestiones no se pueden ni siquiera plantear a la forma mental de la ciencia moderna, pues con sus métodos de concebir, ellos no son solubles. Las religiones no dan explicaciones racionales concluyentes y se ven obligados a recurrir al único modo con el cual estos problemas se pueden presentar al involucronado actual: el misterio y la fe. Tratemos, entonces, de comprender.

La luz verdadera es “aquella que ilumina a todo hombre que viene a este mundo”. Es el espíritu, la chispa de Dios que se manifiesta como conciencia, el saberse “yo”, la fundamental cualidad y sensación del ser. Las tinieblas son la inconsciencia, la ignorancia que se hace cada vez más densa a medida que se precipita en el anti-sistema involucronado en la materia. ¿De dónde proviene la luz verdadera? De Dios, centro del Sistema que lo anima todo. Ella es sinónimo de conciencia y de vida, es el espíritu, es la sustancia del ser, que sigue siendo Sustancia en cada uno de sus tres aspectos o momentos. Cristo es, pues, la luz irradiada por Dios, está conectado a Dios y proviene del centro del Sistema. Él mismo repetidamente se declara “Hijo de Dios”.

Pero no basta establecer este origen y descendencia, pues que todos los espíritus tienen el mismo origen y la misma descendencia. Lo difícil es precisar cuáles eran las relaciones entre Dios y Cristo. Pero Juan lo precisa: “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”. Más todo espíritu se hace carne y habita un cuerpo, sin el cual no tendría sensibilidad ni conciencia, y sería un cadáver. Y todos los espíritus son hijos de Dios, visto que fueron por él generados y de él provinieron. Entonces, ¿Qué diferencia hay entre la naturaleza de un espíritu común y el espíritu de Cristo?

Juan habló claro: “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”. El espíritu de Cristo era, pues, el Verbo. Ya vimos que este es el segundo momento de la Trinidad, en que la idea (espíritu), dinamizándose, se encamina hacia la acción, el momento de la génesis, del Padre, del que nacieron todas las cosas, es decir, del que deriva el tercer momento, la obra completa en la forma. Pero Cristo, aquel que el hombre vio en la Tierra, era el Verbo hecho carne, es decir, el Verbo no ya como segundo momento, sino como tercero; o sea, era el Padre inmerso en su manifestación en nuestro plano físico, ya no solamente dinamismo, sino también forma concreta, revestido de materia. Él es, pues, el Hijo derivado del Padre, el Unigénito del Padre, como lo llamó Juan. Todo esto

---

<sup>(1)</sup> Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros; y vimos su gloria (N. del T.)

corresponde perfectamente a la estructura del Sistema, como está descrito arriba, y representa su fase más periférica, más distante del centro-Dios; aquella en que el espíritu proveniente del centro, se sumerge en las antípodas, en la materia.

Juan agrega: “Nadie jamás vio a Dios; el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, fue quien lo reveló”. Se trata, pues, de una manifestación de Dios, de su primer aspecto, del espíritu que, a través de su segundo aspecto, el Padre, se proyecta en la forma, haciéndose sensible al hombre, que así puede tener una imagen concreta del invisible Dios. Si, entonces, Cristo, visto desde el centro, puede representar una inmersión del espíritu en las tinieblas y en la imperfección de la forma física, visto desde la periferia, donde está el hombre, representa una revelación de Dios. Se trata, así, del sacrificio del Espíritu que se encarna en lo relativo, agraciando al hombre con el don de una puerta abierta hacia el Cielo, como una vía de comunicación con Dios. El descenso de Cristo a la Tierra representa, por consiguiente, la penetración de un intensísimo rayo de luz en las tinieblas, que se disipa ante su ofuscante resplandor. ¡Efectivamente, cuántos espíritus no se propusieron después de seguir las pisadas de Cristo, en el camino de la ascensión hacia Dios!

Quien haya comprendido el proceso arriba descrito del desmoronamiento del Sistema en el anti-sistema, y la reconstrucción de este Sistema, podrá darse cuenta de la capital importancia de la intervención de la Divinidad en la salvación de la humanidad. Sólo así podemos comprender el significado de la redención. La historia del mundo no está hecha solamente de guerras y de imperios, sino también de imponderables impulsos espirituales. El Cielo y la Tierra se tocan. Muchos se preocupan con definir si Cristo es Dios o solamente un profeta. Se trata posiblemente sólo de palabras, detrás de las cuales se oculta únicamente la preocupación por la supremacía absoluta del propio jefe espiritual sobre todas las otras jerarquía y religiones. Preocupaciones humanas. Bástenos por ahora haber establecido el principio de la proveniencia de Cristo. Estamos en un mundo en que no sabemos si nuestros pensamientos egocéntricos de personalidad subsistirán y si, a estas alturas, no sea probable que de todos nuestros conceptos no quede más que un principio abstracto irreductible a nuestras formas mentales.

Se hace, pues, cada vez más inadmisibles, con el progresar de las ciencias que nos señala a nuestra Tierra sólo como un mínimo grano del polvo cósmico, el antropomorfismo que quisiera hacer de ella el teatro de los más grandes acontecimientos de la creación. La vida no puede estar toda aquí. Y si Dios ha enviado a Cristo como su representante, se hace cada vez más difícil imaginar que él se ocupe únicamente de nuestra humanidad, ese Dios que innegablemente debe serlo no sólo para nosotros, sino para todo el infinito universo que escapa a nuestra medida y comprensión. ¿Por qué es necesario creer que Cristo sea la única intervención de Dios para salvar al ser decaído quien sabe en cuántas y en qué formas? ¿Por qué hay que pensar que Cristo sea el único rayo del Centro enviado para reanimar y reconstruir el universo derrumbado? ¿Y cómo se puede creer

que Cristo no haya podido eventualmente desenvolver también en otro lugar su misión de salvación, o, si el campo por él escogido se limitara a la Tierra, que él no haya tenido otros colaboradores, enviados como él por Dios para todo el universo, que también debe estar lleno de vida, si le queremos dar un significado? ¿Cómo reparar las vicisitudes de la vida de la Tierra, de las vicisitudes de la vida del cosmos?

En el Evangelio de Juan se hace referencia (cap. XVII – 1-2) a las palabras de Cristo al pobre: “...A fin de que el Hijo te glorifique, pues que le has dado poder sobre toda la humanidad...” “Yo te glorifiqué en la Tierra, realizando la obra que me confiaste hacer...” también en el cap. XIV, 9-11, Juan hace referencia a las palabras de Cristo: “Quien me ve a mí, ve al Padre”... “Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí”... El Padre que mora en mí, realiza estas obras. ¿No creen que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?” En el cap. XIV, 24, tenemos: ...”El Padre que me ha enviado”...., ídem, 30,..... “obro así como el Padre me ha ordenado.... (cap. X, 30) “Yo y mi Padre somos uno”.

De todo esto se podría deducir que se trata de un encargo recibido de parte de Dios en relación con la humanidad, y que la identidad con el Padre es dada para representar un momento distinto de la misma Sustancia. Sin embargo, todo lo que es forma, constituye este tercer momento o aspecto, es la expresión del pensamiento de Dios, sin el cual nada puede existir. Y entonces, la diferencia entre el ser común y Cristo encarnado en la misma forma, solamente podrá ser ésta: Que el primero representa la imperfecta expresión del pensamiento de Dios, con un espíritu que por el derrumbe se ofuscó y se corrompió en su posición periférica, que es su debido y merecido ambiente natural; mientras que Cristo representa la expresión perfecta del pensamiento de Dios, con un espíritu perfecto, incorruptible, que se proyecta solamente por Amor y misión de bien en la periferia, que está en las antípodas de su posición natural. Y decir “expresión perfecta de un espíritu perfecto”, es siempre aproximar a Cristo al Centro-Dios, de tal manera que, indagar si él se identifica o no con Dios constituye una sutileza superior a nuestro concebible, que no puede alcanzar la esencia de Dios. Bástenos, entonces, ver en Cristo a nuestro padre encargado de nuestra evolución. Para nosotros él representa la aproximación máxima que las humanas fuerzas intelectivas pueden alcanzar de la infinita perfección de Dios; representa, para nuestras posibilidades, el máximo concebible límite de altura de cualquier modelo que al hombre pueda ser propuesto, más allá del cual nuestra mirada no sabe ya indagar. Y si queremos indagar, nos perderemos en el abismo de los cielos, en el vértigo de lo súper concebible. Cristo viene de un centro que es luz tan enceguedora, que el ojo humano allí no puede percibir distinciones.

Hay otro problema que igualmente nos perturba. Nos preguntamos: ¿Por qué Cristo descendió a la Tierra, por qué nos ha querido redimir con su pasión? Es evidente que Cristo estando en el Sistema, proviene del centro. ¿Por qué quiso precipitarse en el anti-sistema? ¿Por qué quiso descender al reino de la criatura decaída, del espíritu



involucionado en la materia, proyectarse así a las antípodas en lo relativo, en el límite y en el dolor? Quien haya comprendido la estructura del sistema, puede concebir la inmensidad de la distancia recorrida. ¿Por qué este invertirse con los invertidos, este dejarse derrumbar en lo infinito, hasta nosotros, hijos destruidos por la caída? ¿Y por qué el Padre manda a este su enviado que tan íntimamente lo representa, lo manda al martirio, con un encargo preciso, y por qué Cristo tan plenamente y espontáneamente lo atiende? ¿Qué representan estos cósmicos movimientos espirituales en la economía del sistema y en la obra de reconstrucción del anti-sistema? ¿Eran ellos necesarios y útiles según la lógica estructural del Todo?

Hace poco, arriba, señalamos un concepto, el de la partición del pan en la Eucaristía. Y hemos entrevisto una pasión más grande que la de Cristo en la Tierra solamente por la humanidad, una pasión cósmica por la cual la Divinidad, siguiendo en el derrumbe a todos los espíritus rebeldes, con ellos se deja arrastrar por su salvación. En el fondo Dios mismo era el Sistema y co el Sistema, en un cierto sentido, él mismo se derrumbó, en el sentido de que él estaba en su obra. Pero esto no es suficiente para explicarnos un tan tenaz adherencia a ella. Ésta era algo más que su Obra. En la primera creación espiritual, la verdadera, Dios se dio a sí mismo, y este sí mismo quedó en el sistema corrupto, en el fondo, latente, sepultado pero siempre inmanente, única chispa sin la cual no hay vida. En la Obra Dios se dio a sí mismo como el padre en el hijo, y el universo derrumbado continúa conteniendo en sí a Dios que es su vida. El Todo está vivo solamente en cuanto Dios está en él. Es indispensable comprender cómo Dios crea a los espíritus, para poder después comprender todo lo demás. Dios, siendo el Todo, únicamente podía crear sacando de sí mismo. Los espíritus puros de la primera creación, provienen, entonces, del seno de Dios, derivados como hijos de Dios. De allí se sigue un hecho sorprendente: que cada espíritu es de la misma naturaleza de Dios, como el hijo de la misma naturaleza del padre: naturaleza incancelable. Ella se podrá haber estropeado, puede haber decaído, se puede haber ofuscado, aprisionado en el límite y en el dolor, inmersa en la ignorancia y en la inconsciencia. Pero su cualidad originaria de chispa divina, chispa en comparación con un incendio cósmico como es Dios, esta su cualidad de origen indeleble. Y ella ha permanecido.

Ahora, esta divina naturaleza del espíritu no ha sido destruida, solamente porque ella se ha rebelado convulsionando al Sistema. De modo que el derrumbe del Sistema es un poco también el derrumbe de Dios, no ciertamente en su absoluta trascendencia que es inviolable, por encima de toda creación suya, sino en su aspecto de inmanencia. Si esto significa la presencia de Dios que permanece en el universo derrumbado, esto en un cierto sentido puede entenderse como un derrumbe de Dios. Y esto a semejanza de lo que puede ocurrir en el hombre en el cual, aun estando el espíritu por encima de las vicisitudes del cuerpo, si éste se enferma, también el alma por ello sufre.

Y he allí, entonces, que surge una todavía más formidable pregunta: ¿Si Dios todo lo sabía, porqué se expuso a semejante peligro? Se trata, así parece, del fracaso de toda su obra, naufragada en el dolor y en el mal. No. Todo es lógico y perfecto. La ecuación será insoluble, mientras que nosotros no sepamos dar a la incógnita X, clave del sistema, su justo valor. Y este valor está representado por la palabra: Amor. Él fue nuestro punto de partida al comienzo de estos capítulos. Él es ahora nuestro punto de llegada. Al principio hemos tenido que asumir este concepto como un axioma, no demostrado. Ahora él ha sido demostrado completamente. Él es el vértice hacia el cual todas las líneas del edificio convergen.

Dios sabía que la criatura podía derrumbarse y él, que en ella se había dado, tendría que seguirla en el derrumbe, pues que ella es sustancia de su Sustancia. Lo sabía bien. Pero Dios amaba a la criatura que había sacado de sí, y que, por lo tanto, tenía que quererla libre como él. Una creación de espíritus que no aceptaron la existencia por el mismo Amor, y que libremente no se adhirieron a Dios, por sola espontánea comprensión, hubiera sido una creación de inferiores, de siervos y esclavos, delitos que únicamente nuestra mente hundida en el mal puede imaginar. ¿Qué sucedió entonces? Que cuando el ser rebelde se precipitó, el Amor de Dios ni siquiera entonces desmentido y siempre coherente consigo mismo, siguió a la criatura decaída y con ella descendió en la materia, para sufrir con ella su redención. He allí el Amor, siempre el Amor, llevado hasta sus últimas consecuencias: el Amor que por el error del ser que tenía que ser libre, en Dios se convirtió en sacrificio.

La Eucaristía en la cual el pan es partido, la pasión de Cristo, su sacrificio por la redención de la humanidad, nos hablan claro. Todo esto nos indica que Dios siguió al ser decaído, se adosa a él bajo el peso de la cruz en la subida del monte de las perfecciones desde el cual se precipitó. Sólo así se comprende la pasión de Cristo, encuadrándola en una más grande pasión que relaciona a todas las humanidades del cosmos, pasión de la cual la de Cristo en la Tierra no es más que un caso particular. Es verdad que el de la criatura decaída es el reino del mal y del dolor donde impera Satanás. Estas son las naturales características de un universo decaído. Pero en él existe también como motivo fundamental lo de partirse por Amor, lo del sacrificio, y que él en todas partes posee aquella divina virtud reconstructora que se llama redención. En esta más grande pasión de todo el universo no está solamente Cristo que muere en la cruz, sino que está cada espíritu en el cual Dios vive, que, aprisionado en los dolores de una existencia inferior y corrompida, se somete a una crucifixión cósmica en la cual también el gran centro sangra y sufre.

He allí hasta qué punto llega el Amor de Dios, hasta qué punto ha querido respetar en el ser la libertad. Es decir, hasta el punto de querer intervenir para sanar a costa suya, así como de sí había dado al crear. Altruismo máximo que coincide con el egocentrismo máximo, en el sentido de que Dios es todo lo que es. Pues que él, a pesar de ser un

decaído, en sus profundidades espirituales no puede dejar de sujetarse a Dios, el Padre, su origen. Así todo lo que él siente y vive debe estar conectado con Dios. El sistema implica conexión y relaciones entre centro y circunferencia. La criatura se comunica con Dios a través de la oración, transmitiéndole sus aspiraciones, incluso sus alegrías y dolores, todo lo que siente y se registra en la profundidad del espíritu, donde Dios está. Dios, que se encuentra en nuestro íntimo, vive tan junto a nosotros, que comparte con nosotros nuestras alegrías y sufre nuestras penas. Nuestra inconsciencia, tiniebla del espíritu, nos impide percibir esta realidad. Es suficiente, sin embargo, el despertar del alma para sentirse invadida por la universal presencia de Dios.

Somos, pues, pobres seres decaídos en el mal y en el dolor. Triste tributo este, que es justo porque fue deseado. Pero Dios está junto a nosotros. Él está junto a nuestra humanidad en su aspecto de Cristo, que con nosotros colabora en la reconquista del paraíso perdido. En la inmensa obra de reconstrucción, todo el universo está empeñado bajo el comando de Dios, en el curso de este largo camino trazado por la Ley, y que se llama evolución. Dios se coloca al lado del ser sepultado en el dolor y, con él, empieza a subir. En la profundidad solamente existe un dolor en el que Dios y el alma sufren conjuntamente en una unión que dulcifica cualquier sufrimiento. Pero de esto únicamente los espíritus despiertos tienen conciencia. En el esfuerzo de la reconstrucción no estamos solos, sino que colaboramos con Dios, que asume el gran encargo de este difícil trabajo.

En el Sistema debía existir para el ser también una gran fuerza de cohesión, en él injertada desde su nacimiento, que en cualquier caso y a cualquier costo impidiera su degradación, fuerza ésta que ligaría al Creador y a la criatura, por la cual Dios vendría a colaborar directamente en la reconstrucción y, en el caso de la Tierra, enviaría a Cristo a encarnarse en la involucionada forma humana, asumiendo todas sus miserias. ¿Y cuál podría ser esta fuerza sino el Amor, del cual nos habla el universo entero y al cual nos reconduce cada momento suyo? Si es verdad que hay tanto mal y tanto dolor, es porque tales son las cualidades del anti-sistema. Pero éste, con la ayuda continua de Dios, se está reconstruyendo en Sistema. Este mal y este dolor van siendo reabsorbidos por obra del Amor, del cual, no obstante todo, el universo está saturado. Es verdad que Satanás se mantiene rebelde, en lucha. Pero él está en la superficie, en la periferia. Y es verdad también que Dios está todavía más activo y está presente en todas partes.

Cristo vino a la Tierra a fin de sacrificarse por Amor. Su pasión es completamente un misterio de Amor. La Eucaristía está hecha de Amor imperecedero. Sus últimas palabras fueron de Amor. “Esto os ordeno: amaos los unos a los otros”. Juan 15:17.

“Así como el Padre me ama, también yo os he amado; permanece en mi Amor. Juan 15:9.

“El Padre os ama, porque me habéis amado” Juan 16:27.

Este Amor es el rayo de Dios que ilumina y vivifica el universo. Por Amor Cristo descendió al mundo, reino de Satanás, que hizo de esto un tormento. Pero Cristo venció en espíritu.

El hecho de que Cristo nos haya traído Amor, demuestra que él proviene del Centro y que es un reconstructor. El Amor en la periferia, donde nos encontramos, se fragmentó en odio, quebrándose en las rivalidades egoístas que Cristo nos enseñó a reconstruir en unidad, amándonos los unos a los otros. Con este su mandamiento fundamental, Cristo quiso fundir los fragmentos de lo Uno, así desmoronado con la caída del ser. Con el Evangelio, la Buena Nueva anunciada a los hombres de buena voluntad, Cristo representa para la humanidad el toque de poner manos a la obra bajo su dirección, en la reconstrucción de un nuevo y más elevado plano del edificio desmoronado del Sistema. ¡Fenómeno biológico, pues, que se relaciona con toda la vida, en marcha evolutiva! Cristo vino, así, a revelarnos una nueva vida, vino a manifestarnos un más profundo y, consecuentemente, un más real aspecto de Dios – el del Amor – verdad antes ignorada por el hombre que no sabía concebir a no ser lo feroz, aunque fuera justo, como al Dios de los ejércitos de la Biblia. En la época de la venida de Cristo, la humanidad comenzaba a evolucionar un poco, o por lo menos se preparaba para ella. Estaba, así, a la altura para recibir principios más amplios, inaccesibles antes por su inconsciencia demasiado involucionada. Luego que el terreno quedó preparado, una nueva semilla fue lanzada para fecundarlo. Hace dos mil años que ella yace sepultada, dos grandes días de la Historia. Y está próximo el despuntar del tercer día, el de la resurrección, en el cual la semilla, madurada bajo la tierra en la elaboración de las almas, deberá germinar y el Evangelio, solamente pregonado, deberá ser vivido. Y así el templo será realmente reconstruido en tres días.

Cristo, que proviene del primer motor central, el Amor, dinamiza el esfuerzo del ser en nuestro planeta, acompaña su maceración, auxilia al hombre para que suba desde su grosero involucro material, hacia la vida del espíritu, repleta siempre de alegrías. Así Cristo penetra en nuestra vida terrena, como el más poderoso factor de evolución, obrando en nuestros más elevados planos biológicos. Él nos da la mano en la exhaustiva subida hacia el centro, del odio al amor. Él quiso enseñarnos alegrías mayores, más reales, liberándonos de la trampa ilusoria, propia del anti-sistema en que nos encontramos. ¡Coloquémonos al lado del Reconstructor, colaboremos! Nos interesa subir hacia la alegría y deshacernos del dolor, herencia natural de las regiones inferiores. Este trabajo de reconstrucción del Sistema se revierte completamente en nuestro beneficio, porque significa la evasión del anti-sistema y de todas sus aflicciones. El Sistema somos nosotros mismos y, reconstruyéndolo, reconstruimos nuestro poder, nuestra felicidad. La Ley es nuestra vida. Conocerla y ponerla en práctica cada vez mejor, redundará en vivir más intensamente siempre. Enderecemos nuestra posición

invertida, es decir, amoldémonos a la voluntad de Dios, con plena y espontánea adhesión, invirtiendo, así, la primera rebelión del ser. Dios quiere nuestra libre aceptación de su Amor; la quiere por comprensión y no por la fuerza. Enderecémonos, rebelándonos al contrario, contra la voluntad de Satanás, que es la ley del anti-sistema.

No nos olvidemos de que Dios está con nosotros, por más malvados que seamos.

Con esto se cierra esta visión, primer germen de visiones más vastas de la esencia de Cristo. Él nos aparece ahora definido en relación a Dios y al hombre en este cuadro cósmico. Su venida a la Tierra representa el enderezamiento del hombre, que debe retornar a la posición erecta después de la caída del pecado original. He allí lo que significa redención. Pero el pecado original no fue más que la consecuencia y continuación de la caída de los ángeles, fue el caso particular de nuestro planeta y de nuestra humanidad. Entonces, como detrás del pecado original había un derrumbe mucho mayor, así detrás del descenso de Cristo a la Tierra para el enderezamiento del hombre decaído, debe haber un descenso y una redención mucho más grande, la de Dios por la salvación de todo el universo. Y, como el pecado original fue la consecuencia y continuación de la caída de los ángeles, así el descenso, la pasión de Cristo y la redención de la humanidad, ha sido la consecuencia de aquel más grande descenso y pasión de Dios por la redención de todo el universo derrumbado. He allí con qué obra inmensa se coordina Cristo. He allí lo que significan sus palabras que Juan en su Evangelio nos presenta, dirigidas al Padre (XVII, 2): "...a fin de que el Hijo te glorifique, pues que tu le has dado poder sobre todos los hombres, para que le de vida eterna a todos los que les confiasteis". (XVII, 4): "Yo te he glorificado en la Tierra, realizando la obra que me confiasteis hacer"...

He allí cómo desde el punto de partida, el Amor, todo necesariamente se desenvuelve con plena lógica, hasta el descenso de Dios que queda inmanente en la forma, como su espíritu animador, pues que ésta todavía posee en sí un poco de la luz originaria para poder ascender. He allí que, en el trasfondo del cuadro de la pasión de Cristo, está la cósmica pasión de Dios que abarca no solamente a la Tierra, sino a todo el universo; está la crucifixión de toda la divinidad que no abandona al ser decaído, sino que lo sigue en el desastre, se mantiene en el fondo de él, incluso en el plano físico, con él en las tinieblas y en el dolor, pues que ella sabe que solamente su íntima presencia que es vida, puede salvarlo, redimirlo y reconducirlo a la vida. Únicamente así será lo posible la reconstrucción del Sistema desde el anti-sistema. Solamente así el derrumbe no habrá sido una derrota sino una victoria. He allí porqué Dios lo ha permitido: porque él sabía que en cualquier caso el Sistema vencería. Y la victoria final de Dios en todo el universo, estará representada por el triunfo de su principio fundamental: el Amor.

## A LA BÚSQUEDA DE DIOS

“Et multum laboravi, quarens Te extra me, et Tu habitas in me”<sup>(1)</sup>.

San Agustín

Fundimos en un estrecho monismo, en un solo sistema, el Todo, desde su polo espíritu, hasta su polo opuesto, la materia. Así Cielo y Tierra se tocan y se fusionan en un único universo en el cual lo espiritual y lo material solamente son distintos momentos o posiciones de la misma Sustancia. Podemos decir ahora al hombre inmerso en las tinieblas: despierta y sentirás que Dios está junto a ti, que está dentro de ti, que es tu vida, la vida del Todo. Este es el gran descubrimiento que desplaza el eje del ser y que la ciencia ni siquiera sabe concebir: descubrir nuestra propia inmortalidad, lo divino que está en nosotros y con ello aprender eternamente a vivir. Despertar nuestra conciencia adormecida para comprender que somos hijos de Dios, inmensamente amados por él. Comprender que la causa de todos nuestros males no está en la errónea construcción del Sistema, sino en nuestra incomprensión de su perfecta construcción. Entender que el tremendo destino de dolor que a todos nos grava, depende sobre todo de nuestra ignorancia, y que eso puede ser superado por un destino de alegrías, solamente si sabemos superar nuestros bajos instintos y escapar de nuestra baja naturaleza animal. Comprender que, dado que la vida no puede dejarnos apoltronarnos como quisiéramos, sin avanzar, la guerra no podrá terminar hasta que el hombre no aprenda una forma de lucha y selección más evolucionadas. Entender que Satanás, al que nos gusta seguir porque nos halaga, es el primer enemigo de nuestra felicidad, y que Dios, al que no queremos seguir porque exige de nosotros primero el justo trabajo para ganarnos la alegría, es nuestro primer amigo que lo único que desea y busca es darnos felicidad.

Hasta aquí hemos claramente ilustrado cual es el final del mal: su autodestrucción. Teorías no nuestras, sino que las hemos leído en el libro de la vida y que el Evangelio nos confirma cuando nos dice (Lucas XI, 17-18): “Todo reino dividido contra sí mismo será devastado, y las casas caerán unas sobre las otras. Entonces, si Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo podrá durar su poder? El mal, entonces, por provenir del anti-sistema, por lo tanto fuerza negativa, está auto condenado, por su misma naturaleza y cualidad, a la aniquilación. El espíritu de separatismo y disgregación que anima a Satanás, lo disgregará también a él, por la misma ley fatal de las cosas. Y con Satanás se derrumbará el dolor y la muerte, y la vida vencerá, la vida cuyo centro está en el espíritu, chispa a través de la cual Dios se manifiesta en todo lo que es. ¿No debe la comprensión

---

<sup>(1)</sup> “Y mucho me fatigué, buscándote fuera de mí, cuando te encontrabas en mí”. (N del T.)

de todo esto llenarnos de alegría, de un férreo optimismo, en medio de cualquier dolor? He allí la psicología de la superación que va más allá del miserable contingente y nos da la paz de las cosas eternas y la seguridad del mañana.

Todo esto está largamente expuesto en el Evangelio, y en estos esquemas estamos tratando de ilustrarlo racional y científicamente, para llegar a comprender esta “Buena Nueva” ya proclamada por Cristo y que aquí repetimos de forma idéntica, porque ella es la más grande alegría del alma. Dios está con nosotros. Cuando una espiga de trigo se multiplica en cientos de espigas y las mieses maduran para darnos el pan, Dios está con nosotros. Cuando los rebaños se multiplican y los animales, que de sí nos dan alimento, se desarrollan y todo en la tierra germina y crece fecundo, Dios está con nosotros. Cuando nuestros hijos crecen, Dios está con nosotros. Dios es ese irrefrenable impulso de la vida, incluso si él puede ser feroz en los grados inferiores, porque los seres todavía no han aprendido lecciones más refinadas. Sin embargo, se avanza en el camino ascensional. Ya muchos hombres tienen terror de esta vida inferior en la que otros se sienten bien. Es inevitable que la evolución avance y produzca un nuevo, más civilizado tipo biológico humano. Tal vez en principio él estará, como hoy, representado apenas por uno en un millón. Mañana lo estará por uno entre mil, después entre cien, luego entre diez, y así en adelante, hasta que el hombre nuevo sea mayoría y se afirme. La naturaleza marcha por grados, y antes de intentar lo nuevo en grandes series, lo experimenta en pocos casos, explorando el terreno.

Cuando los judíos querían lapidar a Cristo, cuenta Juan (XI, 33 y sig.), la acusación fue por blasfemia... “Te lapidamos por blasfemia, porque siendo hombre, te haces Dios”. (Id. XI, 35): “Jesús les respondió”: ¿No está escrito en vuestra ley: yo he dicho: Vosotros sois dioses? ¿Cuándo descubriremos la grandeza de esta nuestra naturaleza divina que nos une a Dios? Cuando los místicos hablan de unión, prueban que hasta allí llegaron, o por lo menos que están muy cerca. En lo íntimo de nuestro ser, en el espíritu existe una profundidad de infinito, hacia la cual la evolución progresivamente nos despierta. Es en este infinito que nuestro pequeño “yo soy” se funde con el “yo soy” del Todo, Dios. ¿Cuándo descubriremos que somos dioses, que estamos, en nuestra originaria chispa, hoy decaída en las tinieblas, formadas de la misma Sustancia de la cual Dios está formado? ¿Cómo no puede estarlo un hijo del Padre? ¿Y qué otra cosa, si no ésta, puede significar la inmanencia?

El Evangelio es una continua lucha por hacerse comprender por seres inferiores. Y los judíos pensaban, como muchos todavía hoy piensan, en un Dios déspota al que hay que obedecer porque es más poderoso que nosotros, y que nos hace pagar la desobediencia; un Dios de otra raza que nos domina, que no tiene nada en común con nosotros. Existe, en cambio, un común denominador, un último, aunque muy lejano, fondo común entre Dios-Padre, Cristo y el hombre, y es esta naturaleza divina. Solamente que en el ser humano esa íntima Sustancia se hundió tanto en la inconsciencia, después de la caída,

que el ser de ella ya no sabe nada, y solamente consigue imaginarse a Dios, su Padre y amoroso amigo, antropomórficamente, como un amo feroz, como él sería, si por ventura pudiera convertirse en Dios. No le es posible al ser formarse una imagen de Dios superior a la que el grado de comprensión alcanzado por su evolución le puede permitir. De manera que esta no es solamente la psicología de los judíos, sino del tipo humano involucionado que todavía hoy impera.

Cuando profundizamos la mirada en la esencia de las cosas, vemos que se nos revela un mundo del todo distinto al que comúnmente nos aparece en la superficie. Son estos nuevos continentes del espíritu lo que vamos descubriendo en estos volúmenes, traduciendo lo que tan natural y evidente aparece a la vista de la intuición, en un lenguaje racional y científico, reduciendo todo a la forma mental corriente, para hacerlo comprensible también para quien no sabe ver más que con la mirada de la razón. Nos encontramos frente a las mismas dificultades que en la Tierra encuentra el Evangelio, frente a su misma lucha por hacerse comprender. El actual hombre común está tan habituado a concebir cada manifestación del ser, sólo en su última forma exterior y sensorial, está tan convencido de que esta es la realidad y toda la realidad, que cuando quiere orar a Dios proyecta hacia lo exterior una imagen material, la que él puede hacerse de Dios, y la adora. Esto no es una mentira consciente. Es una traducción del lenguaje espiritual para él incomprensible, a lenguaje concreto, para él accesible. Él puede así ver y tocar las imágenes de Dios. Esto es una ingenua necesidad de involucionados que solamente saben pensar y orar con el cuerpo y con los sentidos. Pero lo cierto es que para quien siente a Dios en su universal presencia y poder, esto puede parecer una profanación, incluso si algunas veces en los mayores casos, esto pueda encender la chispa del arte.

\* \* \*

He allí que desde la visión de los grandes problemas cósmicos, estamos llegando a la visión del problema espiritual del hombre en las revoluciones de su alma con Dios. Y entonces podemos hacernos una nueva y tremenda pregunta: ¿Dónde encontrar a Dios? Y si es verdad que Dios está en lo íntimo del ser, entonces, ¿por qué no buscarlo dentro de nosotros y no afuera? ¿Y cómo se puede alcanzar a Dios por esta vía? Dispongámonos ahora a resolver el problema de la búsqueda de Dios, uno de los más arduos e importantes para el ser. ¿Cómo ascender hasta el Padre que nos ha generado y ponernos en comunicación con Dios?

Para comprender, reportémonos a los primeros orígenes, concepto que después desenvolveremos (cap XVII: Inmanencia y Trascendencia). Dios, antes de realizar el acto creativo era el TODO-UNO, que tendría, seguidamente, que sacar todo de sí.



Ocurrida la creación de los espíritus, viene el derrumbe del Sistema, como ya vimos, y con él, en un cierto sentido, también el derrumbe de Dios que, siendo su íntimo animador, no podía y por Amor no quería separarse de él, ocurriera lo que ocurriera. Con esto nació de Dios el aspecto inmanente, que lo hace estar presente en el anti-sistema o Sistema derrumbado, como vimos. Pero en su aspecto trascendente él está más allá de cualquier creación suya y sus relativas vicisitudes. Y sus fragmentarse en estos dos aspectos, representa precisamente el fragmentarse del Todo en el dualismo que será después la característica de aquel Todo, dividido ahora en Sistema y anti-sistema, entre Dios y Satanás que entonces nació como tal, el antagonista. El partir el pan en la Eucaristía, ya vimos que significa precisamente el partirse de lo Uno en el dualismo, preludio de la inmanencia, por lo cual el principio fundamental y originario del Amor, solamente puede subsistir con sacrificio. He allí la lógica concatenación que liga el partir el pan con la pasión de Cristo, cuyo descenso a la Tierra en un cuerpo humano es un caso y una prueba fulgurante de la inmanencia de Dios en el anti-sistema, donde nosotros estamos. Sin inmanencia no podría existir aquella más grande pasión y redención que Dios realiza por todo nuestro universo, como vimos. Y la Eucaristía, para el caso particular de nuestra humanidad y de Cristo que la preside, significa precisamente esta inmanencia. Es decir, Cristo no quiso descender a la Tierra solamente por pocos años, sino que quiso quedar continuamente presente en espíritu en la Eucaristía, que representa la inmanencia de Dios en nuestra humanidad, con una finalidad generadora (Redención).

Ahora, ésta que es la vía del descenso, representa también el canal de la subida, el hilo de comunicación con la Divinidad. ¿Qué significa inmanencia sino que Dios quedó en el fondo de nuestra forma como espíritu para animarla y hacerla evolucionar, reconduciéndola hasta él? El espíritu es, como ya dijimos, el fondo común entre Dios-Padre, Cristo y el hombre; y nosotros solamente podemos comunicarnos a través de este fondo común. Esto, entonces, confirma que Dios solamente se puede alcanzar realmente, descendiendo nosotros conscientes a lo profundo de nuestro espíritu. Veamos ahora qué significa: conscientes.

Escuchemos seguidamente las confirmaciones de las almas grandes que más han recorrido esta vía del retorno. San Agustín nos dice: “Est Deus superior summo, interior intimo meo”<sup>(1)</sup>. Y agrega, hablando de Dios: Er multum laboravi, quaerens te extra me, et tu habitas in me” San Agustín, por tanto, da testimonio de que Dios es íntimo al ser y que no hay que buscarlo afuera, sino dentro de nosotros. San Pablo afirma con respecto a Dios: “In ipso vivimos, movemur et pumus”<sup>(2)</sup>. (San Pablo en Atenas, Hechos, XVIII, 28).

---

<sup>(1)</sup> “Dios está en las supremas alturas y también en mi íntimo”

<sup>(2)</sup> En el vivimos, nos movemos y existimos.(N. del T.)

La Beata Ángela di Foligno oyó a Cristo que le decía: “Yo soy más íntimo a tu alma, que ella a ti misma”. Los místicos cristianos, expertos en semejantes investigaciones, dicen que: “Dios es nuestra superescencia”, es decir, algo tan íntimo y profundo, que parece nuestra propia sublimación.

He allí la palabra que nos traza el camino de retorno: “Sublimación”, es decir, purificación y elevación de nuestra personalidad. He allí la vía que reconduce al ser al punto de partida, allá donde, después de determinantes períodos, la ascensión alcanzará la meta que es el punto de llegada. Entonces el Dios inmanente, invirtiendo el Amor gozoso en sacrificio, estará al lado de la criatura, llevando con ella la cruz, habrá ascendido nuevamente por todo el camino del descenso. Entonces el ciclo estará completo, el Dios del aspecto inmanente habrá alcanzado al Dios del aspecto trascendente, lo imperfecto se habrá tornado perfecto, podrá fundirse en él, lo Uno se reconstituirá y la división del dualismo será sanada.

Es evidente que actualmente el Todo está dividido en dos partes: lo perfecto que quedó como recuerdo en el fondo del “yo” como su fundamental ansia e instinto; y lo imperfecto que evoluciona hacia su perfección. Ahora, si lo imperfecto camina siempre hacia lo perfecto, progresando hacia lo infinito, deberá reducir las distancias a cantidades cada vez más infinitesimales, hasta sobreponerse y coincidir con lo perfecto. Pues que si en un cierto sentido Dios está derrumbado en su aspecto inmanente, de hecho no lo está en su aspecto trascendente que permaneció perfecto. Este es el punto de llegada que espera a lo imperfecto. Este es el eje que permaneció íntegro de todo el sistema, aquel que debe salvarlo también en su momento negativo de anti-sistema.

Como se ve, el problema de la ascensión espiritual o sublimación tiene raíces en el cosmos y solamente es soluble en función del gran problema del ser. Existe, entonces, un gran hilo conductor para la subida y es la inmanencia de Dios, que se conecta con su trascendencia, lo imperfecto que se conecta con lo perfecto. Ahora, este último término del ciclo en el cual el dualismo se sana y las dos mitades de lo Uno se vuelven a unir, está en el fondo de nosotros mismos, es en esa dirección que debemos caminar para alcanzarlo. ¿Cómo se hace para caminar hacia lo profundo de nosotros mismos? Esto significa lo que primero habíamos dicho con otras palabras, es decir: “descender conscientes a lo profundo de nuestro espíritu”. Palabras igualmente sibilinas que no sabemos cómo traducir en el mundo de aquella ilusión que nosotros llamamos realidad. Se trata de pasar de un lenguaje verdadero, donde todo se hace con el espíritu, única realidad, a un lenguaje falso donde todo se hace con el cuerpo y con sus sentidos, constructores de la ilusión. Sin embargo el lector puede ver cómo vamos asediando y arrinconando la fortaleza en la cual el problema se atrinchera, para llegar finalmente a penetrarla. Lo hemos enfrentado desde lo alto, desde las máximas posiciones del ser. Afrontémoslo ahora desde abajo, partiendo de nuestro cuerpo físico.

La primera cualidad de aquel existir que nosotros llamamos vida, es el sentir. La insensibilidad es característica de la muerte, ausencia del espíritu. La sensibilidad es característica del espíritu, que es el existir. Espíritu significa “lo que es”. Donde falta el espíritu no hay existencia. Esto, porque Dios es espíritu, es decir, la plenitud del ser. La sensibilidad, vale decir, la aptitud de percibir como nosotros la poseemos, es cualidad solamente del alma. Si la apartamos del cuerpo, éste ya no siente, incluso si sus órganos están intactos. El místico arrebatado en éxtasis, no percibe a través de los sentidos, porque su alma está ausente de ellos. Cuando estamos distraídos, el mensaje sensorial regularmente llega al alma, pero ésta no lo registra: entonces vemos no viendo, oímos sin oír. Sabemos que nuestros distintos órganos sensoriales no son más que aparejos de captación y transmisión de ondas, y nada más. Esto significa que existe un punto de llegada de la transmisión al cual se conectan estos aparejos. El sistema central (cerebral) hacia el cual converge el periférico, es sólo un órgano de selección y coordinación, todavía situado en la dimensión espacial, mientras que el “yo” tiene la facultad de juicio y de síntesis, propias de otras dimensiones, a las cuales ni el sistema periférico, ni el sistema central pertenecen. Se trata de un “yo” principio unitario de todo el organismo y que como tal permanece inalterable, no obstante el crecer y el envejecer de este organismo, que está inmerso en un continuo transformismo. En ese principio está lo abstracto, lo supersensorial, algo cualitativamente distinto a la vibración transmitida: algo que piensa, quiere y luego reacciona, a través de otros órganos. He allí el espíritu, lo que está conectado con Dios. Él entra en comunicación con el mundo externo a través de los órganos de su cuerpo, los cuales le transmiten señales que el espíritu interpreta y que le permiten registrar una limitada gama de vibraciones, las necesarias para su vida terrena, más allá de las cuales no percibe nada del mundo externo. Es esta su interpretación que hace de las distintas vibraciones que fuera de él no son ni sonido, ni luz, ni sabor, etc., sonido, luz, sabor, etc. El resto del universo tendrá, ya que él también está animado de vida, es decir, de espíritu, Dios inmanente, tendrá también su sensibilidad. Pero de qué tipo ella sea no sabemos. No podemos saber si la materia, quien sabe de qué modo, sienta su estructura atómica, un cristal su orientación molecular, la célula su metabolismo, una planta el mundo externo. No podemos penetrar en éstas para nosotros lejanísimas formas del ser, más solamente en aquellas biológicamente para nosotros más cercanas y parecidas.

Ahora, la evolución es espiritualización, es decir, un despertar a la vida del espíritu que es interior; es un agudizarse, un precisarse y perfeccionarse de la sensibilización. Esto es marchar hacia la vida, sintiendo vivir cada vez más intensamente. Es un acentuarse de la vida, vale decir, una cada vez mayor revelación del espíritu. Son cualidades que no pueden nacer de la nada, son solamente un despertar consciente de lo que estaba adormecido en el inconsciente, son un progresivo revelarse de aquella capacidad sensitiva que constituye la divina esencia del espíritu, que por esta vía del despertar se conecta con Dios. Ciertamente, entendemos aquí sensibilización en sentido lato, no

solamente sensorial en cuanto puede recibir nuevos mensajes desde el exterior, sino también espiritual, sensibilización sobre todo en el campo moral, por lo cual se imponen normas de vida cada vez más adherentes a la Ley de Dios.

Es a través de este proceso que se logra sentir en sí y en las cosas la presencia de Dios. Comprendida en diversísimas formas en lo contingente, esta es la Sustancia y último significado de la evolución: despertar en sí el Dios inmanente oculto en las profundidades del espíritu; convertir de nuevo en consciente y vivo, lo que debido a la caída se invirtió, haciéndose inconsciente y muerto. Todo el trabajo del vivir, el éxito o el fracaso, la alegría o el dolor, a través de infinitas pruebas, todo se reduce a esto. Se llame “catarsis” o “sublimación”, sensibilización sensorial, psíquica o moral, maceración o maduración evolutiva, superación de las tinieblas o ignorancia con la luz o conocimiento, se trata siempre del mismo fenómeno de infinitas formas. La jerarquía de los seres viene dada por el grado de este despertar, que es lo que establece su valor, representado por la capacidad conseguida de vibrar, por el grado de conciencia alcanzado, que es lo que los acerca más o menos a Dios.

Así las almas se van lentamente despertando, impulsadas por la Ley que expresa la inmanencia de Dios entre nosotros. Los involucionados no son más que pobres adormecidos. ¡Sin embargo, Dios está tan cerca que realmente es el “interior íntimo meo”! ¿Cómo hacer comprender esto a seres que lo sienten, en cambio, tan lejano, al punto de llegar al ateísmo? ¿En qué consiste esta proximidad y lejanía? En verdad ella tiene un sentido de interioridad espiritual y no espacial. No es en kilómetros como para la Tierra, o años-luz para las estrellas, que se pueden medir estas distancias. El espíritu no vive en la dimensión espacio, no obstante que en él se manifieste.

Para comprender es necesario referirse a la naturaleza del espíritu el cual no es materia espacial, sino un imponderable según otras medidas. La presencia de Dios en el universo viene dada por aquel estado cinético que vimos que es la nueva posición que desde lo absoluto inmóvil Dios asume, proyectándose en la génesis. La vida del universo se manifiesta como estado más o menos complejo y evolucionado, pero siempre con esta íntima naturaleza. La vida del espíritu está representada, entonces, por un estado vibratorio, y la vibración, más o menos compleja y evolucionada, es también la medida que lo define. Ahora, la proximidad o distancia entre un alma y Dios viene dada por el grado de afinidad de vibración alcanzada por ella en relación a él. En otros términos, la cercanía es una sintonización, una vibración del mismo tono, aquellas que para los místicos termina en la unificación. Ahora, el involucionado no vibra de modo alguno con la vibración de lo divino, es decir, no está fundido con toda el alma en la Ley y, si vibra, vibra ignorando a Dios, incluso contra Dios. He allí en qué consiste la inmensa distancia.

He allí por qué los místicos sienten su personalidad deshacerse en Dios, en el cual se anulan como egocentrismo separado: porque asumen siempre más la vibración del centro. Y entonces, mientras más se progresa, más difícil se hace distinguirse como “yo”; pero en compensación el “yo” se siente vivir más como Dios, es decir, como vastedad, poder y unidad. Por eso San Pablo pudo decir: “Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí”. He allí cómo la divinidad puede despertarse en nosotros. He allí los resultados de la evolución. Mientras más ésta progresa, más el egocentrismo separatista del “yo”, hijo del fragmentarse de lo Uno, se fusiona hermanándose en unidades colectivas cada vez más amplias, más se reconstituye la gran armonía unitaria del Sistema que se quebró con la caída.

He allí lo que significa el despertar de Dios dentro de nosotros. Su vibración, estado cinético de la vida, calla en el involucionado y con esto la verdadera vida está solo latente, en estado de inercia, a la espera de desarrollo, como un instrumento musical cuyas cuerdas están en silencio. La vida del involucionado es una vida animal, inferior, que a cada paso es detenida por el dolor y por la muerte. Esta no es la verdadera vida. Se trata aquí de un despertar de conciencia, que es precisamente el estado cinético, cualidad del espíritu; se trata de entrar cada vez más en este estado cinético, lo que significa desmaterializarse (de la inercia de la materia) y espiritualizarse (en el dinamismo del espíritu). Y retornar al espíritu significa retornar a lo divino, nuestro estado originario, haciéndonos nuevamente conscientes, vivos, vibrantes, hasta lo profundo donde está Dios. He allí cual es el camino para reencontrar a Dios. Cuando el hombre se haga consciente de la presencia de Dios en él, el camino de la evolución estará completo, la naturaleza rebelde habrá vuelto a Dios.

El hombre común está en poder del juego de sus ilusoria sensaciones de superficie e ignora los maravillosos tesoros que yacen inexplorados en la intimidad de su ser. Pero he aquí narrados en forma racional los profundos cambios que pueden ocurrir en el alma cuando un hombre se hace santo. Pocos los admiten porque la mayoría vive de sensaciones de las que escapan estas interioridades. Ellos no pueden, en absoluto, comprender y admitir una distancia cualitativa, evolutiva, de naturaleza propia, de tipo de vibración, una inmensa distancia que, sin embargo, nos es tan íntimo. Es inútil, pues, hablar de una incomprensible inmanencia de Dios en todas las cosas y sobre todo en lo profundo de nuestra alma. Quien no tiene medios para registrar una vibración, la cree inexistente y la niega. Pero esta incomprensión se explica fácilmente. Es difícil moverse a la búsqueda de Dios desde la periferia, donde se está situado en posición invertida. La ciencia, en último análisis, lo que hace es intentar esta búsqueda. Ella no lo sabe, embelezada como está en los habituales espejismos; pero este es su más verdadero y sustancial trabajo. En la periferia, en el fondo de un sistema que se fragmentó en una infinita polvoreda fenoménica, ella se pierde en lo particular y la ausencia de una síntesis total es todavía su condena. Para reencontrar a Dios es necesario poder reconstruir en lo Uno esta infinita polvoreda del ser, algo imposible. No es, pues, a la

ciencia que podemos pedir estos resultados. Para alcanzarlos es preciso pasar por otras vías.

Así, todo lo que existe, incluso los seres humanos, se escalonan por grados a lo largo de la escala evolutiva, representando la reconstrucción de los distintos planos del sistema derrumbado. La escala de lo que nosotros conocemos, va de la materia al superhombre, y todo está en marcha. El término fijo de comparación, lo absoluto que en la relatividad del Todo permite establecer las distancias, es Dios. En el mineral lo divino existe profundamente sepultado en estado de inconsciencia, no pudiéndose hablar, en verdad, de conciencia, o espíritu, que allí están como anulados. Sin libertad de elección, ni luz de comprensión, allí el ser se mueve en el determinismo que la Ley, completamente ignorada, impone. Sin embargo, el individuo atómico, molecular, químico, planetario o galáctico, tiene sus características inequívocas que le forman como una personalidad. Expresa una estructura tan compleja, que el hombre todavía no la ha disipado. Existe, por lo tanto, también allí un gran pensamiento que solamente puede ser el de Dios inmanente, porque, en verdad, esas individualidades de él no saben nada. No podemos admitir que el átomo sepa calcular su velocidad interior y sus trayectorias. Él está ligado a una ley de hierro de la cual no tiene conciencia. Estamos en las antípodas del centro-Dios, donde existe la plenitud de la libertad y de la conciencia. El ser debe reconquistar esta plenitud, que en este caso extremo se ha invertido en una carencia completa; debe, evolucionando, reconstruirse. Y así se asciende poco a poco. En la progresiva conquista de movilidad y sensibilidad, existe una liberación. La conciencia, cualidad divina, cada vez más se revela, por grados, hasta el plano del hombre y del superhombre. Pero la inteligencia de Dios, vemos que existe también en los grados inferiores del ser. Solamente que hay una diferencia en comparación con las formas más evolucionadas: que éstas, mientras más ascienden, más se hacen partícipes de aquella inteligencia que ya existía, pero de la cual, aún existiendo ella dentro de ellos, esos seres estaban excluidos. ¿Y qué significa esto sino hacerse conscientes, es decir, el despertar en el ser de aquel Dios que en el derrumbe quedó inmanente, pero sepultado en la inconsciencia?

Grave e impresionante es la conclusión de este capítulo, especialmente para quien la siente con fuerza, porque la ha alcanzado por sí mismo, a través de su propia maduración y visión. Representa un descubrimiento revolucionario, el pasar a saber que en las profundidades de nuestro “yo” se posee lo divino y que Dios, que el animal ignora y el ignorante niega, está así, tan cerca. Es impactante sentir que nos convertimos en ciudadanos eternos del universo. Es una conclusión de inconmensurable alcance, pero también peligrosa si no se sabe manejar, por lo tanto no es revelada a todos, y no se deja que sea manoseada por el involucionado. A quien no está preparado, no se le puede entregar la luz de verdades demasiado deslumbrantes. La verdad debe estar siempre proporcionada a quien la recibe. Estos conceptos puestos en la mente del involucionado, son tergiversados, pueden ser entendidas al revés, como es su posición, vale decir, no para fundirse en Dios, anulando con esto el propio egocentrismo, sino para

potencializarlo erigiéndose en anti-Dios. La primera rebelión está siempre preparada, en el anti-sistema, para repetirse. De esta manera, el individuo puede creer que es Dios. Esta es una interpretación invertida de nuestras conclusiones, es decir, satánica. Es por esta razón que el conocimiento de un hecho de tal magnitud, como es la presencia de lo divino en nosotros, es vedado a la mayoría; al menos hasta que ellos evolucionen. ¡Ay de quien entienda de forma invertida esta presencia de Dios en nosotros! Entonces todo sirve, no para ascender, sino para descender todavía más. El místico jamás se jacta de este su descubrimiento, más bien toma la vía de la obediencia y de la humildad, jamás el camino de la rebelión y del orgullo. Es necesario hacer nacer a Dios en nosotros, no al revés, al “yo”. Dios está en nosotros como principio de Amor, porque nosotros hacemos nuestro centro en él, y no porque hacemos de nosotros un centro contra él. Si hacemos de nosotros un centro contra él, entonces se negará cada vez más, en lugar de darse, y el ser se precipitará en vez de ascender.

Estamos en la Tierra, en un periférico reino del anti-sistema, donde es fácil invertir la verdad en error. Así es fácil en este reino dar a nuestra fe e intuición de la inmanencia de Dios, un significado de panteísmo impersonal, confundiéndolo con aquello unilateral que excluye de Dios el aspecto personal y trascendente. Esta fue la interpretación que se le dio a volúmenes anteriores, especialmente a *“La Gran Síntesis”*, de la cual éste y los otros sólo son desarrollo y explicación. Ahora, que Dios está en nosotros así como está en todos los seres, porque sin él nada puede existir, es algo comprobado, una realidad que quien la ha alcanzado por intuición jamás podrá negar. Si se entiende esto correctamente, no lleva en verdad a una soberbia deificación de nuestro “yo” o de la naturaleza, sino sólo a una unión de nuestra alma con lo creado, con el Creador allí inmanente, sin lo cual todo quedaría huérfano. Los conceptos arriba expuestos no elevan al “yo” contra Dios, sino que tienden a disminuir al “yo” para dejar que Dios en él se despierte y viva en lugar de ese “yo” separado, hijo del derrumbe. Ya no es el “yo” rebelde el que debe triunfar, sino el “yo” en sacrificio, a los pies de la Ley. “Lo primeros serán los últimos”, vale decir, que quien quiera ser el primero en el seno del Sistema, debe ser en el anti-sistema el último, servidor del prójimo, no de forma soberbia, sino en obediencia y humildad. De esta forma no se aumenta la división, sino la unificación, no se marcha hacia el triunfo del “yo”, sino de Dios. Es evidente que la vía arriba trazada no lleva a Satanás, sino que nos lleva a Dios.

Es así evidente también lo que dice el Evangelio, vale decir, que es necesario decidirse en la escogencia, porque no se puede servir a dos señores, es decir, prosperar al mismo tiempo en el Sistema y en el anti-sistema. Si queremos realmente vencer, es de nuestro interés seguir las vías del primero y no del segundo. De esta forma es natural que Cristo y el mundo sean inexorablemente enemigos, pero también que Cristo, señor del Sistema, venga al anti-sistema. Cristo no sufrió por debilidad o por ser un vencido, como creyeron en su estupidez los que lo crucificaron, sino por libre y aceptado sacrificio de amor. La pasión de Cristo se sitúa lógicamente en el plano de salvación del universo, en

el plano de reconstrucción del Sistema desde el anti-sistema en el cual se derrumbó. Señor de este plano, desdeñando los pobres medios humanos de ataque y defensa, Cristo, el cordero pacífico e indefenso, venció al mundo.

## XVI

### LA ORACIÓN

Es natural que para quien llegó al gran descubrimiento del: “Tú habitas en mí”, la vida espiritual se transforme. En los volúmenes anteriores hemos contrapuesto, en los campos más dispares, las manifestaciones del tipo biológico evolucionado, con las del involucionado. Observemos ahora, cómo este más progresado ser humano, al cual pertenece el futuro, se conduce en sus relaciones con Dios. Nuestro mundo y su ciencia no se ocupan de esto, que, sin embargo, es el problema central del ser: ponerse en contacto con la fuente y alcanzar los manantiales de la vida. Y nos preguntamos: ¿Las formas de manifestación espiritual practicadas por las grandes masas, son aptas para quien siente a Dios como hemos descrito arriba?

Es evidente que la vida del espíritu, que se conecta con lo infinito y, por lo tanto, sea susceptible de evolución, la gran mayoría haga de ella un tipo de expresión que indica su nivel de desarrollo, y a este nivel se adapte. Así es para todas las cosas. Por ejemplo la guerra, asesinato legalizado, subsistirá hasta que el hombre, evolucionando, pase a una forma de trabajo biológico constructivo superior. La Ley nos da siempre según nuestro grado de evolución lo que merecemos. Ahora, el evolucionado, biológicamente más avanzado, no puede expresar su vida espiritual en aquellas formas que la mayoría se ha hecho para sí. Apartando la mala fe de los pseudo-superhombres que, asumiendo la actitud de iluminados pretenden evadirse de las formas comunes, incapaces en su interior de cualquier vida espiritual, la discrepancia en el caso mencionado puede nacer. Sin embargo, mientras más se avanza, más se penetra en las realidades espirituales y más la forma pierde importancia, en beneficio de la Sustancia. Mientras más se avanza más se comprende, haciéndonos, por lo tanto, más tolerantes con nuestros hermanos menores que algo más no saben concebir. En estos casos, entonces, jamás hay lucha, ni siquiera como polémica.

Surge, por el contrario, en el pleno respeto de las formas, aún cuando se sabe que éstas sólo sirven para los seres menos evolucionados, una nueva vida espiritual que se les da como contenido una nueva sustancia que los vivifica, llenando aquel vacío sustancial que ellos generalmente revelan en el alma de quien no sabe pensar, sentir y manifestarse,



a no ser con los sentidos y con el cuerpo. En otros términos, surge el culto interior, dirigido también en el rito al espíritu y que huye de las manifestaciones religiosas rumorosas y profanas que más atraen a las masas. El culto interior es un estado de alma que puede subsistir en cualquier forma, incluso en las comunes, pero que no se agota en ejercicios físicos, vocales o impresiones sensoriales, sino que tiende a alcanzar en lo hondo del espíritu la sensación de la presencia de Dios.

Entonces ocurre un hecho extraño: caen los absolutismos, la intransigencia, la convicción de que el propio pueda ser el único punto de vista desde el cual juzgar al infinito. Entonces de la verdad se obtiene un concepto nuevo: que es algo no codificado o codificable, sino infinita, hacia la cual cada día se trabaja y sufre para aproximarnos. Se concibe entonces la verdad, no como una cómoda butaca sobre la cual sentarse para reposar porque así lo hicieron nuestros abuelos, sino como una escarpada subida que es necesario conquistar con nuestra propia buena voluntad. Y no se está solo, pues, mientras más nos encontramos llenos de sustancia, se puede comprender mejor el valor relativo y transitorio de las formas y ver en ellos cada vez menos una razón de disensión, de antagonismo, es decir, de aquella división que representa el derrumbe del sistema y que, precisamente, de hecho, es un ser que ha subido mucho hacia Dios que es unidad, ascensión que no puede dejar de implicar, entonces, unificación.

Esta ascensión implica naturalmente, también, una conquista de libertad. Está en la ley del proceso. Libertad que al involucionado puede parecer anarquía espiritual, pero que, en cambio, implica una más severa disciplina, pero no ya exterior, sino que pasa a ser interior, donde ella es mucho más severa y sentida. Así el hombre común puede creer muy bien haber cumplido con todos sus deberes espirituales siguiendo alguna práctica y practicando cualquier precepto, creyendo también, entonces, que puede volver a sus instintos más o menos animales. El evolucionado, en cambio, siente la presencia de Dios y debe vivir día y noche frente a esta presencia que él sabe lo que significa: es decir, vivir con un continuo control de sí mismo y con un dominio sobre su propia naturaleza inferior animal. Él puede, entonces, asumir libertades formales que no pueden ser concedidas al tipo común porque haría mal uso de ellas, ya que no tiene en su conciencia el sentido de la Ley. Pero quien tiene este sentido, sabe las tremendas consecuencias de cualquier error, incluso sabiéndolo astutamente esconder, sabe que Dios todo lo ve, sabe que es inútil tratar de engañarlo con adaptaciones y escapatorias, sabe que es libre pero responsable, y que de la justa sanción no se puede escapar. Si mientras más evolucionado se es, más libertades formales el individuo puede permitirse, esto es solamente porque mientras más evolucionado se es, menos libertades sustanciales él puede permitirse. Necesariamente el primitivo, que no siente las fuerzas espirituales, debe ser encuadrado en normas materiales, su única regla de vida, porque las puramente espirituales superan sus cualidades perceptivas. En la evolución de la vida espiritual ocurre aquella inversión que constatamos en el ascender de la materia al espíritu, es decir, una desmaterialización, merced a la cual, mientras más se conquista en la

sustancia, es decir, en verdadera espiritualidad, más pierde importancia la forma; y mientras más necesidad hay de la forma, menos se ha conquistado y se posee en sustancia, vale decir, en verdadera espiritualidad.

La razón por la cual las religiones no pueden y no deben conceder libertad y deben exigir observancia de disciplina aunque sea formal, está en el hecho de que la mayoría es involucionada, y para tal tipo de forma lo es todo. Suprimida la expresión material, única capacidad de manifestación, no queda nada. Todo acto del involucionado es físico, incluso si tiene un contenido moral que, sin un revestimiento concreto, para él queda en lo inconcebible. Por esto son necesarias en las religiones las representaciones sensoriales, hasta en las más fastuosas puestas en escena por el rito. Las masas exigen esto, porque, efectivamente, de ello tiene necesidad para comprender algo y para encontrar allí una expresión a su sentimiento religioso. El hombre normal no está todavía maduro para el culto interior hecho sin actos sensoriales y físicos, el cual para él podría desembocar en la anarquía del libre examen. Pero si no se pueden conceder tales libertades, nadie sufre por esto, pues que el espíritu es por naturaleza libre, y nadie puede intervenir en las relaciones directas entre el alma y Dios. Nadie puede, entonces, impedir que, apenas el individuo evoluciona, él pueda llegar a sentir y a practicar, junto al culto exterior, también, y cada vez más intenso, el culto interior, dando así una siempre más potente sustancia a la forma.

Quien en verdad siente a Dios, lo ve y lo encuentra en todas partes, incluso en lo contingente cotidiano. Quien no siente a Dios, si no es encuadrado en normas establecidas, no sabría que hacer, no habiendo encontrado, con el despertar de su conciencia, el sentido de la Ley. Es difícil establecer la medida de las concesiones, y éstas deberían ser distintas de alma a alma. Pues que dos son los escollos con los cuales es fácil chocar: por un lado el materialismo religioso, por el otro lado la anarquía del libre examen. En el primer caso se cae en el fariseísmo, formalismo y politeísmo, y hasta en un ateísmo interior. En el segundo caso se cae en el desorden espiritual, en el orgullo y en la rebelión. La regla es que una disciplina es necesaria en todas las cosas, incluso en las actividades del espíritu, dado esto, no lícito librarse de una forma de disciplina, a no ser en el caso de que se ha alcanzado otra más progresada y poderosa, como es la interior. El primitivo no puede ser dejado libre porque no sabe todavía autodirigirse, y es peligroso para él concederle cualquier autonomía espiritual. Por libertad él solamente entiende la obediencia a sus bajos instintos animales. Sólo sabe concebir a un Dios tirano al que hay que obedecer por temor a las sanciones, un Dios dotado de los sentimientos humanos de dominio y venganza. La repugnancia de muchos espíritus en admitir la inmanencia de Dios y la tendencia de concebirlo únicamente en su aspecto personal y trascendente, depende de esta forma mental por la cual la inmanencia representa una pulverización ilimitada en la nada, una inconcebible presencia allá donde los sentidos sólo ven y tocan materia bruta. Y la inmanencia mucho más parece un

absurdo, por el hecho de que en la Tierra solamente se encuentran seres constituidos por una individualidad personal.

Así, por más que las religiones destinen normas iguales para todos y todos en la forma puedan igualarse, las íntimas diferencias sustanciales que hay del alma a alma, no pueden impedir que cada quien sienta e íntimamente viva la religión de modo distinto, según su naturaleza, que va del santurrón al verdadero santo. La igualdad exterior cubre una diversísima gama de modos de sentir. Quien tiene los pulmones conformados para el medio material, no puede respirar en la atmósfera enrarecida de los ángeles. La evolución lleva a sustanciar cada vez más el culto exterior que es un vestido, con el alma del culto interior. Este es el futuro del hombre y, por lo tanto, también de sus religiones, desde el individuo se espiritualizará, preponderando el culto interior sobre el culto exterior. La evolución lleva cada vez más a sentir a Dios no sólo trascendente, sino también inmanente, y así el individuo, espiritualizándose, sentirá su presencia en él y en todo su alrededor. Se descubrirá que Dios está en todas partes, que su templo es el universo y el alma, y que su altar puede ser el corazón del hombre.

En verdad el tipo del futuro buscará y orará a Dios de otro modo y le obedecerá con más amor y convicción. Quien siente a Dios inmanente, sabe que él está siempre presente y no sólo en los templos, y que, por lo tanto, de su Ley no se puede escapar. La vida, penetrada así por lo divino en cada acto y momento suyo, se convierte en otra cosa. La guía, entonces, está siempre presente en lo íntimo y esto aleja los peligros del libre examen. El futuro está en lo interior, en el desarrollo del “yo”. Actualmente es necesario que los conceptos sean encapsulados en el involucro protector de la forma porque, por su naturaleza evanescente, ellos así se mantienen de algún modo fijados en nuestro mundo. Y a menudo ni siquiera esto es suficiente, porque la evanescente animadora espiritualidad que es lo único que justifica esa forma, se evapora y escapa. Y cuando no arde en lo íntimo aquella llama que da vida a las cosas, la forma se convierte en un cadáver. Y entonces nuevas hondas de espiritualidad deben descender del Cielo, porque las religiones se han convertido en necrópolis.

El poder de la vida interior de los santos nos muestra que la sustancia de la religiosidad está en el espíritu, en la vida interior. Cuando el hombre evolucionando alcance y haga suya esta sustancia, entonces caerán todas las divergencias que dividen, y todas las diferencias de superficie reencontrarán la unidad en lo profundo. En éste, que es el esperado Reino de los Cielos, Dios residirá en las almas y se manifestará en las obras del hombre que cumplirá consciente y espontáneamente la Ley. También las religiones evolucionan, pues que se perfeccionan las relaciones entre el alma y Dios que ellas expresan. Aunque la cristalización del fariseísmo sea la última fase de su ciclo vital, el hálito de lo divino siempre sopla desde lo profundo de los espíritus donde él está, para volver a encender aquella llama sagrada sin la cual todo se convierte en cadáver. De esta forma, si las religiones pasan, “la religión” no pasa jamás.

\* \* \*

¿Qué es la oración? ¿Qué significa orar? ¿En qué se convierte este acto para quien ha alcanzado la vida interior? Orar significa colocarse en aquella actitud interior con la cual el alma busca comunicarse con Dios. Entonces ella, dirigiéndose a él como una planta hacia el sol que le da vida, se extiende de la periferia hacia el centro. La oración es, pues, la posición espiritual orientada en este sentido, aquella que el “yo” humano asume cuando busca ponerse en contacto con el “Yo” del universo, la infinita conciencia cósmica del Todo. Y hemos visto que ella no es exterior, sino interna a las cosas y a nosotros. Con todo lo que hemos dicho, podemos comprender que la verdadera oración no se dirige hacia lo externo sino a lo interior de nosotros y que, si ella se dirige a lo externo, esto es solamente por concesión a la materialidad humana que tiene necesidad de esta vía más larga, que no obstante, mientras más evoluciona el alma, más la encuentra como irreal ilusión psicológica.

La oración es un anhelo del alma instintivamente ansiosa por reencontrar a Dios, responde a una necesidad de evasión y de ascensión, es un extender de los brazos del ciego que busca la luz, es un ansia por la felicidad y el conocimiento perdidos. Entonces la oración se hace grito de invocación en el peligro y en el dolor para que nos llegue la salvación, o es un abandono entre los brazos pródigos de la Ley que nos da paz y reposo, o es el llanto por nuestras culpas que nos han hecho todavía más descender lejos de Dios, o es el canto de gratitud por el Amor y la alegría recibidos. En cada acto de nuestra vida, en cada actitud de nuestro espíritu, ella se plasma y se configura. Entonces, cada quien a su modo, expresa todo su “yo” de pobre criatura perdida en el abismo de la caída, en el torbellino de la vida infinita, encarcelado en el misterio; nos confesamos como podemos, como lo que somos, al Único que todo lo sabe y que, por lo tanto, lo puede comprender todo.

Los modos de orar son muchos y diversos, incluso si la forma que los reviste puede ser igual para todos. Esto porque cada ser está delante de lo Absoluto solo, como un pobre relativo, que no sabe más allá de su “yo” particular y que, por lo tanto, solamente se puede decir a Dios aquello que él es. La mente del pensador penetrará en lo infinito; la de la pobre viejita pedirá protección para su casita y para su nieto. Sin embargo, no obstante la acentuada diferencia de sustancia espiritual velada bajo las mismas fórmulas de la regla, cada oración posee siempre un fondo inconfundible común con todas las otras, siempre el mismo anhelo por lo divino. Cualquiera que sea la posición del individuo delante de Dios, ella es siempre es una aspiración, débil e indistinta, o poderosa y consciente hacia la infinito. Representa siempre un llamado a la presencia de

Dios y un retumbar desde lo profundo para reconducir al “yo”, más allá de todas las ilusiones de la forma, a esta gran realidad del espíritu.

¡Dios! ¡Qué palabra tan inconmensurable! ¡Cómo es oceánica, íntima, viva! Ella tienta la Síntesis de lo impensable y los deja estupefactos y anonadados. ¡Cuán cargada de misterio está! Y en el misterio está Todo. Está el terror por las sanciones que se siguen por el mal realizado, está la alegría del bien obrado que nos da la paz del corazón; está toda nuestra infinita ignorancia que no nos espanta porque la ignoramos; está el enigma de nuestro destino cargado casi siempre más de dolores que de alegrías, y está el gran río de tantos destinos, todos en marcha hacia Dios.

Se ora de modos diversos y por muchas cosas distintas. Hay quien solamente sabe hacerlo con los labios, siguiendo una larga mecánica de repeticiones únicamente para lograr formular un poco de pensamiento; está quien sólo sabe hacerlo ayudando el vacío interior con la guía escrita de oraciones formales; existe quien asiste al profundo simbolismo del rito como a una representación de la cual no entiende el significado, pero de la cual, sin embargo, tiene necesidad para focalizar la atención y localizar el pensamiento que vaya por las imágenes del templo. Está quien únicamente sabe orar por sus pequeñas cosas, la familia, los negocios, la salud, pidiendo pequeñas alegrías y alivio a pequeños dolores. Insignificantes cosas terrenas y nada más ciertamente la mirada de Dios es tan poderosa que posee también esta visión microscópica, y en verdad, observa y provee. Pero existe también quien no sabe y no puede orar así, quien no puede pronunciar la palabra “Dios” sin sentirse invadido por una sagrada perturbación. ¡De cuántos modos distintos ella se puede pronunciar! Y existe quien la empequeñece, al punto de mezclarla con todas las menudencias de lo contingente, de igual a igual, como si todas las cosas fueran de la misma magnitud.

A medida que el alma evoluciona, esta idea de Dios se dilata y se potencializa en la multiplicación hasta lo infinito de todos los más grandes atributos concebibles. Entonces el despertar de lo divino en nosotros sepultado en lo latente, hace sentir cada vez más poderosa la presencia de Dios, hasta que ella invade todos los horizontes del ser. Así para algunas almas, esta idea se convierte en algo enceguedor como el sol, poderosa como las masas cósmicas, tronante como el primer impulso de la génesis, vertiginosa sobre todos los abismos del misterio, suspendida sobre las profundidades de lo inconcebible. La oración se transforma a medida que el ser evoluciona. Entonces ya no tiene importancia la gracia pedida, conectada a intereses terrenales, a la vida aquí transitoria de nuestro pequeño “yo”. Cuando se ha superado el egocentrismo anulándose en Dios, esta psicología ya no tiene sentido. Entonces ya no interesa ni siquiera el problema tan inquietante para todos de la propia salvación personal, el cálculo utilitario del premio o del castigo y todo lo que solamente constituye un interés egoísta, aunque sea ultraterreno. Apenas se asciende en el espíritu hasta Dios, esta psicología completamente humana queda deshecha al calor del incendio divino.

Entonces únicamente un sentimiento queda: se ama, perdidamente se ama a Dios, en sí mismo y en su expresión, sus criaturas. Esta pequeña palabra, Dios, que muchos pronuncian con indiferencia mezclándola con todo, que muchos incluso insultan y maldicen (pero con esto sólo se maldicen a sí mismos), esta pequeña palabra revela tan poderoso su profundo significado en las almas sensibilizadas por evolución, que las convulsiona como hace el torbellino y la tempestad con el pobre árbol solo e indefenso. Y el alma está sola e indefensa porque Dios es el más fuerte y, en la lucha entre el “yo” egoísta que desearía encerrarse para defenderse en la forma, aislándose, y Dios que quiere hacer suya a la criatura, vence el más fuerte. Fuerte en bondad infinita que únicamente quiere romper la amarga cáscara aislante, prisión del “yo”, para invadirlo todo, penetrarlo y saturarlo de la divina linfa vital de su Amor. Y el bien que quiere triunfar y que en beneficio de la criatura usa la violencia, la sacude y la convulsiona, para que lo divino oculto en sus profundidades se despierte en ella como su conciencia, y así el alma reencuentre a Dios.

Con tan poderosos contactos con Dios, la oración abre las puertas para las almas maduras: una oración que se convierte en algo extraño para el hombre común. Él, en verdad, no sabe concebir este acto en esta nueva forma que ofrece más de lo que pide, que escucha más que hablar, que es un estado de entrega y recepción más que una actitud de conquista de bienes futuros, un estado de expansión y anulación del “yo” en Dios, más que de egocentrismo que para sí quiere tomar a Dios. Como se puede ver, se trata de actitudes opuestas, porque pasando a un plano superior de vida, se tiene una verdadera inversión de valores. No se puede pretender que el hombre común ore de esta manera. Sin embargo, esta es la verdadera oración, la que nos pone en contacto con Dios, la única en la cual se oye la respuesta y se puede establecer el dialogo. La oración común es un monólogo, una exposición de deseos sin conocimiento de su confirmación. Ella nos deja con la sensación de estar solos delante del misterio que calla. Dios se mantiene, entonces, como un enigma, el inalcanzable trascendente que no está inmanente entre nosotros. Así se explica, como afirmamos arriba, la repugnancia de algunas almas en admitir la inmanencia.

De esta oración superior, hecha con el espíritu y no con el cuerpo, nos habla el Evangelio de San Mateo, cap. IV, 5-8: “Cuando oréis no seáis como los hipócritas que gustan orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para ser notados por los hombres: os digo en verdad, que ya han recibido su recompensa. Mas cuando tu ores, entra en tu aposento, cierra la puerta, ora a tu Padre en secreto, y tu Padre que ve en secreto, te recompensará en público. Y orando no multipliquéis las palabras como hacen los gentiles, que en verdad piensan adquirir virtudes por su locuacidad. No os hagáis, pues, semejantes a ellos, ya que nuestro Padre sabe lo que os es necesario, incluso antes de que lo pidáis”. Palabras estas que nos indican la oración interior (en secreto), con

pocas exteriorizaciones vocales y sin mucho pedir, porque Dios ya sabe lo que necesitamos.

En la oración cada quien revela su naturaleza, vale decir, introduce en este su acto hacia Dios todas las cualidades de su tipo biológico. Ahora, el involucionado solamente puede orar como involucionado. Se hace centro de todo. En este acto él trasladará, pues, su normal psicología de lucha y de interés, hecha de cálculo que espera atesorar incluso en el espíritu. Para él es inconcebible el absoluto desinterés y el no luchar para agarrar algo. Y no sabe que la ascensión espiritual consiste precisamente en la inversión de esta psicología y que el alma adelantada se reconoce justamente por esta su actitud distinta. El hombre común ora encerrado en la coraza de su egocentrismo que le parece una defensa, cuando en verdad es una prisión. El místico ora en un estado de expansión en el cual el “yo” parece deshacerse, pero solamente en el cual él puede alcanzar la sensación de Dios. El propio interés egoísta que existe en toda manifestación de la vida de la mayoría, aquí pierde todo sentido, pues que la conquista se realiza expandiéndose en Dios, que es un Padre que conoce nuestras necesidades, que es riquísimo y lo único que desea es abastecernos. El atesorar ya no tiene razón para existir cuando el “yo” expandido que es “Señor” de todo y con lo cual se viene a participar de todo.

La oración se convierte, entonces, en una vastedad cósmica de una profundidad trascendental, se transforma en un torbellino que eleva, sublimiza en alta tensión todas las potencialidades de la inteligencia y del corazón, hasta convertirse en éxtasis y arrobamiento. Entonces la oración se convierte en algo inmenso que las formas de ninguna religión logra ya contenerla, se hace algo tan universal que abarca toda aspiración superior del alma, sea la del creyente, como la del artista que crea, la del científico que investiga, la del genio que descubre el misterio, la del héroe que triunfa, la del mártir que se sacrifica, la del santo que tiene la visión de Dios. A este nivel todo se hace oración, un acercarse del alma a Dios, la más grande oración en la cual la criatura mira al Creador y le extiende los brazos, ansiosa por dilatarse y fundirse con él, desde el pequeño consciente individual, en el infinito consciente cósmico.

Si esta es la verdadera, la gran oración, la que aproxima al alma a Dios, y si puede existir una oración menor en la cual las almas menos desarrolladas hacen lo que pueden, ¿qué sucederá con aquellos espíritus tan involucionados o que han caído tan bajo, que no conocen ninguna oración? ¿Qué será de aquellos que no oran o que jamás hanorado, y que no saben ni siquiera concebir una manera para dirigirse a Dios? ¿Qué suerte espera a estos “yo” separatistas del “Yo” Central fuente de la vida? ¿Cómo podrá vivir solo, confiado únicamente a sus recursos, este fragmento rebelde expulsado del Sistema? Como tal, él es muy pobre, en consecuencia, muy ávido. Sólo quien está conectado con el centro es rico. Al rebelde se le escapa toda conciencia de vida eterna y su existir es sólo el de un cuerpo físico. Y quien solamente posee esta vida tan pobre, desesperadamente se apegaba con egoísmo feroz a ella y es capaz de cualquier delito para

defenderla. ¡Pobre ser encerrado en lo relativo y en el tiempo, sin esperanza de infinito! Siempre está hambriento, acosado por el tiempo que huye y que le roba la vida. Su reino es la forma, la ilusión, lo caduco. Sus construcciones siempre se derrumban y él, por estar tan lejos del centro genético, debe reconstruirlos siempre. Los tesoros de este reino no duran como los situados en lo eterno. Él se siente perdido porque, apartado del Centro-Dios, fuente del ser, su existencia se va disecando cada vez más día a día. En su desesperación, él no rechaza nada con tal de conservarse vivo en el cuerpo, su único medio de alegría y de vida.

Pero la extinción lo amenaza. Él está ahora tendido hacia el polo negativo del ser y con esto autocondenado. Y siente que no hay escapatoria. Para salvarse debería no solamente invertir la ruta, sino recorrer en subida todo el camino hecho en descenso y entonces, después de tanto trabajo, lograr comunicarse de nuevo con la fuente de la vida, para volver a tomar allí alimento. He allí la oración. Pero el rebelde se rehúsa a curvarse delante de Dios, no sabe y no quiere armonizarse con el Todo, no quiere reconocer esta su posición de dependencia del Centro-Dios. Así el descenso se precipita y el pobre espíritu, chispa de Dios, si no quiere invertir el camino, de delito en delito y de desesperación en desesperación, en agonía de alma, gradualmente tiende a extinguirse en la nada, porque el insistir en el error y confirmar así la rebelión, representa su voluntad de ser autodestruido. El hecho de que él se obstine en persistir, elaborando así su propio daño, es una posibilidad teórica que ya examinamos en el cap. X “La Teoría del Derrumbe y sus Pruebas”.

Negando a Dios, el ateo se niega a sí mismo. Dios no puede ser alcanzado por la negación del ateo. Solamente quien niega es golpeado. Negando la fuente de la vida en Dios, él no sabrá ni podrá ya alcanzarla. Negando la vida después de la muerte, él quedará inconsciente y no tendrá sensación de vida después de la muerte. Si no vuelve a tomar el camino opuesto que va hacia la vida, hacia el cual deberá tarde o temprano inducirlo su propio interés, recibirá cada vez menos de ella, hasta que ya no se despierte más y pase completamente al polo opuesto a Dios, es decir, del ser pasa al no-ser, pues que el vacío y la nada son la plenitud del anti-sistema. El castigo de Dios consiste en la pérdida de Dios. La expulsión del Sistema afirmativo hacia el invertido a lo negativo, hasta la anulación, es el infierno eterno, el más terrible, lógica conclusión de una voluntad tenaz que deliberadamente ha querido negar a Dios a través de una infinita serie de vidas. Existe, entonces, entre castigo y culpa, aquella proporción que no existe entre una sanción eterna y una sola breve vida, aunque fuera muy malvada. Infierno no antropomórfico, sino metafísico, el más terrible, la muerte del alma, el extinguirse del ser en el o-ser, la nada. En el extremo opuesto del dualismo, el santo va hacia el paraíso eterno. Aproximándose cada vez más cerca de las fuentes de la vida, en Dios, él cada vez más se expande en la plenitud del ser, se afirma en el Sistema positivo hasta el triunfo en la felicidad eterna en Dios.



## XVII

### INMANENCIA Y TRASCENDENCIA

Arrastrados por otros hilos conductores, solamente nos fue posible abordar en los capítulos anteriores, el problema de la inmanencia y de la trascendencia, en relación a otros problemas. Tratemos ahora de retomarlo para afrontarlo directamente y esclarecerlo con más exactitud. Quisimos antes de ocuparnos de estos puntos específicos, aplicar las anteriores concepciones, orientándolas también como aplicación en la vida espiritual de cada individuo.

Volvamos a los primeros orígenes que ya exploramos al inicio del cap. XV: “A La Búsqueda de Dios”. Antes de crear, Dios era el Todo-Uno, que todo tendría que sacar de sí. No habiendo ocurrido todavía la creación, no había nacido ni el Sistema ni el anti-sistema, vale decir, no había dualismo de aspectos, solamente lo Uno. Con la creación lo Uno se distinguió en Creador y criatura, entonces puramente espiritual y nació el Sistema. Pero con la caída él se quebró en dos: Sistema y anti-sistema, en lo cual la criatura espiritual cae en la prisión de la forma o cuerpo. Ahora, por encima de todo esto, permaneció lo Uno en su aspecto absoluto, que está más allá de toda creación o manifestación. Esto es Dios en su aspecto trascendente, sin dualismo, por encima del dualismo, invulnerable y perfecto. Dios en su aspecto inmanente, solamente podía estar en algo que no fuera él mismo, porque es obvio ser inmanente en sí mismo. Y a Dios inmanente lo encontramos en la creación, tanto en el Sistema que permaneció íntegro, donde él está en su perfección, como en el anti-sistema derrumbado, donde él por Amor descendió en la imperfección para llevarla así a la originaria perfección. Más exactamente, pues, la inmanencia y el dualismo trascendencia-inmanencia, nacieron en el acto de la creación. Solamente se suele llamar “inmanencia” a la presencia de Dios en nuestro universo decaído, porque únicamente a éste percibimos, mientras que la inmanencia abarca también el universo hecho de puros espíritus que permanecieron perfectos. En otros términos, la inmanencia no es más que la permanencia del Creador en su creación, por lo cual Dios quedó presente tanto en el Sistema como en el anti-sistema.

El coordinar estos conceptos, observándolos ahora de frente y no como en los otros capítulos en perspectivas oblicuas en función de otros panoramas aclarará mejor nuestro pensamiento. La trascendencia es, entonces, el principio de naturaleza abstracta, aquel que en el aspecto inmanencia descenderá en las formas para animarlas, pero que como aspecto “trascendencia” permanece inmutable por encima de toda creación. El hecho de que en ésta no pueda haber forma ni cualquier fenómeno, a no ser según un principio que guíe su devenir, demuestra la existencia del Dios trascendente. El hecho de que este

principio solamente puede entrar en acción tomando forma en cualquier ser o proceso fenoménico, demuestra la existencia del Dios inmanente. He allí que el trascendente dirige al inmanente. Es el perfecto el que guía al imperfecto para llevarlo a lo perfecto. He allí la razón y el íntimo significado de aquel hecho que constatamos en nuestro universo, vale decir, que él está en la evolución, que es una imperfección que avanza hacia la perfección. Así se explica cómo el universo se mantiene, y debido a su estructura, solamente se puede mantener por la presencia en él de un continuo impulso creativo. Se explica también la individualización del ser en infinitas formas preestablecidas según esquemas abstractos, que únicamente existen en lo contingente en la última fase de su expresión. ¿Dónde están ellos, entonces, antes de manifestarse, a no ser en lo trascendente que con ellos se comunica a través de la inmanencia? ¿Quién establece en el tiempo los ritmos de juventud y vejez, la duración de la vida de cada tipo, su límite de desarrollo orgánico?

Dios, pues, no solamente en principio creó su universo a partir de un estado de nada “relativamente” al nuevo estado, no sólo originó con su primer impulso la génesis, sino que después permaneció en ese universo, no de forma exterior sino interiormente, siguiendo continuamente creándolo con su presencia. Esclarecimos en el cap. XIII: “In Principio erat Verbum”, las razones y los orígenes de esta inmanencia. Ella se debe al principio fundamental de la creación, el Amor, por el cual un verdadero Padre no abandona jamás a su hijo, haga él lo que haga, y justamente para salvarlo lo sigue en cualquier desventura en que él haya caído libremente, porque así lo exige el Amor. Esta inmanencia o presencia de Dios es lo que se llama vida, pero en sentido altísimo, una vida que anima también la orientación molecular de los cristales y el funcionamiento atómico de la materia. Quitad a todo lo que existe esta vida que representa la inmanencia de Dios, y el universo recaerá en la nada, es decir, en un estado de no-ser “relativamente” al actual. Dios no creó, pues, como hace el hombre, sino de una forma más profunda, es decir, no trabajó en su obra desde fuera para después apartarse de ella, sino desde dentro para permanecer allí sin alejarse jamás de ella. Las obras del hombre son, en verdad, muertas y tienen necesidad siempre de nuevas intervenciones, lo que se denomina manutención. Solamente las obras de Dios son vivas, y si parece que ellas caminan por sí mismas, es porque dentro de ellas está el Dios inmanente que, como vida, allí actúa continuamente. Si nosotros dejamos una cosa con todo lo que hay dentro, sola, después de muchos años encontramos todo en decadencia. Si dejáramos unas plantas, encontraríamos un bosque, si dejamos unos animales, encontraríamos un rebaño. ¿De dónde viene esta capacidad de multiplicación sino del Dios inmanente? ¿De dónde viene la vida sino de esta fuente que alimenta todo lo creado? ¡Qué imperfecta imitación de la Obra de Dios son las obras de los hombres! También éstas para mantenerse necesitan de aquel alimento que se llama manutención, lo que viene a ser una especie de inmanencia del hombre en ellas.

Podemos ahora comprender todavía mejor todo esto relacionándolo con lo que se dijo en el cap. XIII: “In Principio erat Verbum”. Dios en su aspecto trascendente es el Espíritu, el primer momento de la Trinidad de lo Uno, el puro pensamiento, la idea que todavía no es acto, anterior y por encima de cualquier creación y sus vicisitudes. Dios en su aspecto inmanente es el segundo momento de la Trinidad de lo Uno, cuando la idea entra en acción y el Espíritu se hace Verbo generador, el Padre. Del Padre deriva el tercer momento, la creación, tanto la que quedó perfecta de espíritus puros, , el Sistema, como la que se derrumbó en la imperfección de la forma material, el anti-sistema. La inmanencia aparece en el segundo momento con el acto creativo que lo lleva al tercero, la obra realizada, en que ésta se revela. Y en ella vemos que el aspecto de inmanencia existe y todo lo dirige. La forma concreta de todo lo que está en nuestro universo, no es más la expresión de esta inmanencia. En otros términos, el Hijo es la expresión del Padre. No es que nuestro universo físico sea el Hijo, sino que como forma material él es la expresión y la manifestación de la actividad genética del Padre allí inmanente, la cual es un momento derivado de la “Idea” situada en el espíritu. He allí conectado en estrecho monismo el Todo, desde el Espíritu origen de todas las cosas, hasta todas las cosas por él originadas.

No se pueden entregar estos conceptos en manos de los involucionados que, juzgando todo sensorialmente, son capaces de decir que el Hijo es la materia. Nos ayudarán, en cambio, a comprender esto, las más recientes concepciones de la ciencia que, de la última sustancia del mundo físico, han hecho una fórmula abstracta. He allí que, cuando se quiere ver su esencia, la materia es reconducida al Espíritu. Es necesario recordar que ella es una pura ilusión de nuestros sentidos.

Aunque pueda parecer audaz esta concepción, los hechos hablan en su favor. La vida, expresión del Dios inmanente tiene totalmente un carácter de interioridad. Ella germina continuamente y, sólo gracias a esta inmanencia, es que el ser puede vivir venciendo el desgaste impuesto por el ambiente. La medicina solamente tiene en sus manos la manifestación de este Dios inmanente y estudia las formas construidas por su inteligencia. En el cadáver la medicina estudia los restos de una vida que se retrae de su manifestación. La vida se le escapa porque es de naturaleza espiritual, campo que la medicina ignora.

Toda forma proviene de lo interno, de un germen y se desarrolla en torno a éste por crecimiento. Todo germen es hijo de otro germen y así en adelante. El acto originario de la primera génesis se repite en el mismo modelo, en continuación. El hecho de que todo solamente puede existir por filiación, nos dice que nuestro universo es regido por el principio del “Hijo”. Pero todo este proceso genético quedaría como un enigma sin explicación, si no nos reportamos al primer acto genético obrado por el Padre. La vida es una cualidad del alma que es íntima al ser. Allí está el centro y la síntesis de todas las sensaciones. Todo va del ambiente al espíritu y del espíritu al ambiente, y esta es la base

de la experiencia por la cual el “yo” puede crecer y evolucionar. Es en el interior de la materia donde están los velocísimos circuitos atómicos que le dan la solides. El crecimiento por multiplicación celular, así como la sanación de las heridas por la reconstrucción de los tejidos dañados, proviene de lo interior. La “vis sanatrix naturae”<sup>(1)</sup> que preside la conservación de nuestro organismo y todas las sabias directrices de nuestro funcionamiento orgánico, tan automático que lo desconocemos, todo proviene de lo interno, de esta presencia del Dios inmanente. En estas profundidades ese pensamiento directivo está tan oculto, que la ciencia no ha sabido todavía encontrarlo. Sin embargo, tiene bajo sus ojos la expresión y maneja sus efectos. Está tan oculto, que se ignora su presencia, solamente porque escapa al análisis sensorial, denominado objetivo, cuando nada es tan poco objetivo como ese análisis. Y de esta forma se llega hasta el ateísmo, mientras se está inmerso en esta atmósfera divina y se respira y se vive sólo de ella.

Esta interioridad del Dios inmanente en su universo que, aún siendo inmaterial nosotros concebimos como material, porque la materialidad es una ilusión, nos hace pensar en las relaciones entre alma y cuerpo en el hombre. También este último es la expresión de un espíritu animador que se reviste de forma física. Que así sea es lógico, debido al principio de los esquemas de tipo único. Del mismo modo se podría concebir a Dios en su aspecto inmanente como el alma de nuestro universo. En ambos casos la forma-materia está en la periferia, exterior, alimentada por lo interno donde está el principio: vida. En ambos casos todo está inteligentemente orientado y guiado por lo interno. En ambos casos la forma es generada por el espíritu, vale decir, el cuerpo humano es construido por el alma, su principio vital, así como el universo físico fue construido por el Verbo, el Padre. El alma humana, así como el Dios inmanente, está tan inmerso en la forma, que el hecho de que la primera solamente puede vivir en un cuerpo, no representa más que un caso particular de la universal inmanencia de Dios, la representa y, limitadamente a su caso, la constituye. ¿Y qué es esa sustancia pensante, materia prima de nuestro universo, si no el espíritu?

Prosigamos en la observación del paralelismo. Si suprimimos en el hombre el alma tendremos un cadáver. ¿Y qué podría quedar del universo si desapareciera de él la proyección de la inteligencia directora (el Espíritu) y cesara la presencia del principio vital (el Padre)? Y de manera semejante, al final de la existencia en la forma, el alma humana se retrae hacia lo interno de su manifestación, así como el Dios inmanente, al final de la vida del cosmos, se retraerá hacia lo interno de su manifestación, para coincidir al final del ciclo, como dijimos, con el punto de partida, el Dios en su aspecto trascendente. Y como todo el universo evolucionando expresa el gradual retorno de la inmanencia a la trascendencia, así con cada muerte, si el alma evoluciona, ella cada vez más se aproximará al Dios trascendente, el perfecto, al cual la imperfección cada vez

---

<sup>(1)</sup> “La fuerza curadora de la naturaleza” (N. del T.)

más se aproxima, para alcanzar en la fuente primera, nueva energía para una nueva vida. Esto porque con la caída los espíritus se precipitaron hacia la periferia y para ellos solamente es posible una vida resquebrajada, por lo cual cada muerte, inevitablemente en ese plano, es necesario subir hacia el centro para alcanzar allí un nuevo impulso dinámico, sin el cual una nueva vida no se puede regir. Así, como ya vimos, la razón por la cual el desarrollo no supera jamás las dimensiones establecidas en el esquema de ese dado tipo de ser, así podemos ahora comprender por qué la carga vital recibida, que el espermatozoide y el óvulo contienen recibida del espíritu para su desarrollo, pero que no generan, tiene una dada duración y después se agota en la muerte.

Estos paralelismos nos pueden hacer comprender también el por qué de este cíclico retorno de la juventud y de la vejez en todas las formas de la vida, sea en el individuo, la familia, en las naciones, en los imperios, en las civilizaciones, en la humanidad. Sólo se trata de repeticiones en dimensiones menores del ciclo máximo del aspecto “inmanencia” de Dios, que vuelve a coincidir con su aspecto “trascendencia”. Mientras más pequeña es la individualidad tomada en examen, más pequeño es su ciclo y más rápido el sucederse de ellos. Pero en cada caso, del hombre a las naciones, a las civilizaciones, a las humanidades, al universo, el esquema es siempre el mismo. Vale decir, tenemos dos momentos: en el primero es el espíritu el que trabaja para hacerse una forma, para organizarse su expresión en el plano exterior (el hombre se hace un cuerpo, las naciones un gobierno, las civilizaciones un orden, las humanidades una sede planetaria, el universo un organismo cósmico); en el segundo momento, en cambio, es la forma física la que se consume en beneficio del espíritu, enriqueciéndolo con todas las agotantes experiencia de la vida. Así como es el individuo tenemos en la juventud un período de construcción física, así en el universo tenemos la formación de una estructura hecha de materia; y así como en el individuo tenemos después en la vejez el declinar de la forma en beneficio del desarrollo de la conciencia, así en el universo tenemos un período de destrucción física y de paralela expansión vital cada vez más en el plano espiritual.

Esto confirma lo que ya dijimos en otro lugar, que el universo físico terminará por desintegración atómica ( $\gamma \rightarrow \beta$ ) y el universo biológico (vida) terminará por espiritualización de la forma física ( $\beta \rightarrow \alpha$ ). Espiritualización que para el ser situado en la materia puede parecer el final. Pero todo es relativo al punto donde está situado el observador. Nosotros llamamos “existir”, el vivir en la materia, porque la nuestra es vida en la periferia. Así llamamos creación, es decir, el paso de la nada a “ser”, la transformación que va hacia nuestro tipo de existencia. Pero si nosotros estuviéramos situados en el centro, en lugar de lo relativo, en lo absoluto; en vez de en la materia, en el espíritu, concebiríamos entonces el vivir en la materia como un no-existir. Y entonces la actual creación se nos presenta como el paso del “ser” a la nada, porque no sería la transformación que va hacia nuestro tipo de existencia, sino la que va hacia su negación. Si supiéramos, sin embargo, la relatividad de estos puntos de vista, veríamos que el señalado final del universo físico, así como del biológico, no son más que cambios de

forma para retornar al originario estado espiritual, punto de partida del actual universo derrumbado. Pues que en conclusión, sólo en nuestro plano relativo se puede “ser” o “no-ser”, es decir, relativamente a una dada forma asumida por el ser en ese momento. Pero el Todo-Dios no puede en su sustancia “no-ser”. Solamente en lo relativo puede tener lugar el “no-ser”, vale decir, un “no-existir” parcial en relación con otras formas de existir. Pero en lo absoluto que todo “es”, todo únicamente puede eternamente “ser”.

El paralelismo entre la unidad alma-cuerpo y la unidad Dios inmanente-universo, nos ayuda a comprender las relaciones entre el Dios trascendente, primer origen de todo, y esta su inmensa criatura colectiva que es el universo. Aunque en este su último aspecto él sea invulnerable, por encima de cualquier creación suya y sus vicisitudes, es también a través de ese aspecto de inmanencia que él puede estar allí presente, actuar, guiar, y llevarlo así todo de lo imperfecto en lo cual el universo se derrumbó, a lo perfecto en lo cual él “es”. De esta manera podemos comprender aquella de otra forma inimaginable acción a distancia que de no ser así, nos podría llevar a pensar en un Dios ausente, que no se interesa por la suerte de una creación abandonada a sí misma. Y así se explica también la imperfección, el estado de continua formación, el fenómeno de la evolución que reina en nuestro universo. Y se comprende que este devenir es un estado transitorio, decaído, no propio del “ser” completo; y se puede ver la meta que a todos nos espera, el punto de llegada de tanto trabajo.

Se puede de esta forma llegar también a la definición de una importante cuestión: si Dios es personal o impersonal. El aspecto trascendente lleva a la primera concepción. El aspecto inmanente a la segunda. En el primer aspecto Dios es centro, un punto, un “Yo Soy”, el Todo-Uno y no otra cosa, poseyendo todas las características de la personalidad, aquellas que encontramos en el menor “yo” humano. En el segundo aspecto Dios es periferia, está inmerso en su manifestación, pulverizado en infinitos “yo soy” menores, el Todo-Uno fragmentado en el derrumbe del Sistema. Él tiene, entonces, todas las características de lo impersonal, aquellas que encontramos en la masa de células que constituyen el cuerpo humano. Todo esto corresponde exactamente con la ley universal del dualismo, por la cual toda unidad resulta constituida por dos partes inversas y complementarias. Y así sería para todo, desde Dios-Universo hasta el alma-cuerpo.

A esta altura se podría, a pesar de todo, objetar: ¿existen, entonces, dos Dioses? Respondemos: existirán acaso dos Tierras porque la nuestra tiene dos polos? ¿Existirán acaso dos seres en un hombre porque está hecho de alma y cuerpo? Y si así es la constitución del ser, no nos es permitido cambiarla. Debemos limitarnos a comprobar que así es. Se podría, con todo, también objetar: ¿pero, entonces, el universo físico es el cuerpo de Dios? De nuevo preguntamos: ¿Qué es el cuerpo para el alma sino su vehículo y medio de expresión? Se impone, a lo cierto, conferir entonces a la palabra “cuerpo” un sentido mucho más amplio que ni siquiera podemos concebirlo. Y esta fue exactamente

una de las erradas consecuencias del “inmanentismo”: perder de vista el Dios-Uno y verlo definitivamente fragmentado por el “panteísmo”, como si del “Yo Soy” central no hubiese quedado más que un polvillo de Divinidad, por lo cual ella estaría dispersa en infinitos “yo soy” menores, sin posibilidad de conquista de lo Uno y de conexión con él. Pero el lector ya vio cuán lejos estamos de semejante concepción (V. final del cap. XV: “A la Búsqueda de Dios”).

Se trata, pues, sólo de dos posiciones distintas de la Divinidad. En el polo “trascendencia” tenemos de Dios el aspecto unitario y estrictamente personal. En el polo “inmanencia” tenemos de Dios el aspecto múltiple, un panpsiquismo, una presencia dada por una pulverización en lo particular, hasta el “panteísmo”, concepción que es el resultado natural de la división de lo Uno en el derrumbe. Panteísmo, de hecho, significa presencia de Dios en la multiplicidad, vale decir, “inmanencia”. El error está en el haber querido contraponer, en vez de conjugar, estas dos verdades complementarias, hechas para completarse recíprocamente, único modo de reconstruir completamente el concepto de Dios. Resultó de allí una unilateralidad de visión, fuente de polémicas con el único sentido de alcanzar, a través de la lucha entre opuestos, la concepción de la relatividad de nuestras concepciones. Ciertamente es que el Dios trascendente, situado por encima de cualquier creación, representa la centralización máxima en el “yo” personal. Pero es también cierto que el derrumbe del Sistema, arrastrando consigo al Dios trascendente hacia la inmanencia, necesaria para regir y salvar al anti-sistema, explica y justifica el panteísmo. Éste es verdadero, pero sólo en el polo inmanencia, al paso que es un error al ser admitido en el polo trascendencia; como también es verdadero el opuesto principio de la personalidad, si es admitido sólo en el polo trascendencia, constituyendo un error cuando es concebido en el polo inmanencia. Por lo demás, el ser humano hecho a imagen y semejanza de Dios y su universo, refleja bien estos conceptos, mostrándonos el “yo” espiritual, personal y central, y el cuerpo físico, donde en cada célula, ese “yo” está inmanente, y es el origen de las sensaciones y de la vida. Y todo, desde el caso máximo al mínimo, corresponde a la ley universal de las unidades colectivas, ley por la cual todos los elementos componentes del Sistema jerárquicamente convergen hacia un único vértice, estrictamente individualizado. Se trata, pues, sólo de dos aspectos, como siempre dijimos: el trascendente o inexpresado, y el inmanente o expresado en la creación, la cual naturalmente debe contener a Dios, ya que es su expresión. Tenemos un caso semejante en el hombre que puede tener una idea en sí, sin expresarla, o proyectada fuera de sí en la acción y después en la forma, pudiendo así esa idea existir al mismo tiempo en el aspecto inexpresado y expresado. Podemos muy bien concebir a Dios no inmerso en la concatenación causal, en la sucesión de los actos en el tiempo, como es el hombre antes de traducir en acto su acción. Los dos aspectos están conectados por todas partes. Así está construido el Todo. Ellos, efectivamente, se asemejan a dos amantes separados, una unidad fragmentada, desesperadamente deseosos ambos de un recíproco abrazo, para reconstituir aquella unidad. Pareciera que el inmanente persigue al trascendente para alcanzar a través de una ilimitada carrera la inmovilidad de este

último. El primero se asemeja a una inmensa carencia, que solamente puede tener fin, cuando se complete en el segundo. Es el vacío que tiene hambre de la plenitud; es la plenitud que tiene necesidad de llenar el vacío. Es la universal complementariedad de los dos opuestos del dualismo, sobre la cual se eleva la unidad. Como en el macho y la hembra, el inmanente corre y el trascendente espera. Allí está el principio de las trayectorias espiraloidales que continuamente se restringen, hasta que, como ocurre en el correspondiente esquema en el plano físico, el inmanente se precipite en el trascendente, anulándose en la identificación en la identificación con él. Entonces el Dios trascendente habrá reabsorbido en sí su manifestación, el universo espiritualizándose habrá retornado al seno de lo Uno del cual nació, desapareciendo la distinción entre los dos aspectos.

Nada más nos queda, para cerrar el argumento, que escuchar la confirmación de todo esto en una voz completamente ortodoxa, que reproducimos de una página de la obra de Paulo Jaegher. S. J.: “Confidencia” (Meditaciones), traducción del francés, vol. I, Ed. Marietti, tipografía pontificia, de la S. C de los Ritos, 1934 (lo escrito es de 1929 con Imprimatur).

El cap. XIV, pág. 273 y siguientes dice:

“Dios crea en cada instante el mundo con su solo pensamiento.... El pensamiento de la creación nos es familiar; lo que nos es menos familiar es el pensamiento de la creación continua, que es la conservación del mundo. Pensamos demasiado a menudo que Dios ha creado este magnifico universo al principio de los tiempos, limitándose seguidamente a dirigirlo y gobernarlo, como si él pudiera subsistir por sí mismo de modo más o menos independiente de Dios. En cambio, la conservación del mundo es una creación continua que en cada instante supone un poder igual al poder que originalmente creó todas las cosas.... Medimos a Dios a nuestra medida.... Sea que realicemos una obra de arte o construyamos un edificio, una vez realizado esto, las cosas subsisten independientemente de nosotros. A lo máximo, velamos por su conservación y manutención. De la misma manera para muchos hombres el mundo existe de por sí una vez creado, y Dios no debe hacer más que conservarlo y defenderlo. En realidad, Dios hace al mundo a cada instante: crea sin parar.... ¡Qué idea mucho más exacta y benéfica tendremos del Poder infinito si consideramos al mundo bajo este aspecto! ¡Cómo sentiríamos mejor nuestra dependencia de Dios y nuestra necesidad de gratitud si tuviéramos mayor conciencia de esta acción continuamente creadora de Dios sobre todo lo que nos rodea, así como sobre nosotros mismos...”!

“...Dios ha hecho y hace sin parar todas estas maravillas sólo con su pensamiento lleno de amor. Dios piensa y ama todas estas cosas con un amor que crea. Por el hecho mismo de que él las piensa y las ama, ellas reciben el “ser”. ...Dios piensa todas estas cosas, es decir, crea con su solo pensamiento este mundo inmenso.... “Todo el universo es su pensamiento...”



“...Vos solamente, mi Dios, producís, creáis, hacéis existir con vuestro solo pensamiento... el mundo entero es un poema magnífico animado por vuestro pensamiento....”

“Él está presente en todas las criaturas... para conservarlas en el “ser”... Pero hay una cosa mucho más sorprendente todavía y muy poco conocida. El Espíritu infinito, el Ser sin límites que crea todas las cosas con el pensamiento,... No se separa de su criatura, que sin su ayuda dejaría de existir. La infinita inteligencia está y se mantiene en el fondo de cada criatura, en el fondo del pensamiento de cada una. Viene a ella, circula en ella, la empapa y la inunda de sí misma a cada instante; el Dios inmanente y trascendente al mismo tiempo está en su criatura.... Todo ser es como un tabernáculo de Dios..... “¡Muy pocos, oh mi Dios, tienen conciencia de esto!”....

“La creación entera es como el templo tres veces santo del Altísimo. Todo está lleno de Dios, todo está impregnado de él... Dios inunda todas las cosas. Como una esponja inmensa, en el océano, el universo entero está sumergido en la inmensidad del Pensamiento de Dios”.

“¡Todo lo que existe es obra maestra de Dios! ....nada de imperfecto.... El Dios que no pudo ver aquí abajo.... Sin embargo, está por todas partes. Él me circunda, me inunda.... Yo estoy inmerso en él. Es el gran oculto y el gran presente”.

No se podría describir mejor lo que es nuestro Monismo e inmanentismo, que fue confundido con panteísmo. Nuestro ya expuesto concepto de universo-manifestación, es mantenido por el Cardenal Nicola Cusano Venerabile con estas palabras: “¿Quid est mundos nisi invisibilis Dei apparitio, quid est Deus nisi visibilium invisibilitas?<sup>(1)</sup> y podríamos repetir varias citas ya referidas a mitad del cap. XV: “A la Búsqueda de Dios”.

No faltan, pues, también en el campo ortodoxo confirmaciones para nuestro punto de vista. Sin este concepto de la inmanencia de Dios, entendido sin las aberraciones del panteísmo, no se explicaría el amor de San Francisco por todas las criaturas, ni que Cristo pudiera repetir, señalado en los libros sagrados, que nosotros somos Dioses. Es toda la lógica del sistema, la que después prueba la inmanencia. Ella está escrita, solamente hay que leerla. Creación continua, que quiere decir manutención de la propia obra, no excluye, en verdad, una creación originaria, y que, en el sentido relativo arriba señalado, se la puede admitir también de la nada, sin dañar con esto el principio de la indestructibilidad de la Sustancia. Ya hemos dicho también, porqué a algunos espíritus

---

<sup>(1)</sup> “¿Qué es el mundo sino la aparición invisible de Dios; quién es Dios, sino la invisibilidad visible? (N. del T.)

les repugna admitir la inmanencia. Pero así como se mira a los ojos de una persona para escrutar su alma; así como el ser tiene un rostro que expresa el espíritu animador de su forma y nos narra la vida que lo mueve, así también mirando el rostro y los ojos de este nuestro ilimitado universo, percibiremos su principio animador que todo lo mueve, Dios.

## XVIII

### EL FENÓMENO INSPIRATIVO

Descendamos de las alturas del capítulo anterior a un terreno más cercano a nosotros, del cual podremos comprender mejor la estructura, si la vemos a la luz de los hechos más elevados arriba descritos. Queremos ahora focalizar nuestra atención en el fenómeno inspirativo, que visto de esta manera resulta más comprensible. Solamente ahora, después de estos preliminares, podíamos ahondar y resolver tan arduo problema. En general es inútil examinar una cuestión aisladamente, pues que ella queda sin resolver si no es orientada primero en el Todo, si no es precedida por la solución de los problemas fundamentales del ser.

(El fenómeno inspirativo tiene que ver con las relaciones entre el “yo” individual y el “yo” cósmico, entre el alma y Dios. En el cap. XV: “A la Búsqueda de Dios” hemos visto que la evolución es un proceso de desmaterialización o espiritualización que percibimos como un fenómeno de nuestra sensibilización: liberación de la forma física, conquista de movilidad y de conciencia, revelación de lo Divino que en nosotros yace latente. Es la vía del retorno a Dios, a la cual llamamos “sublimación”. A todos estos conceptos, aquí ya desenvueltos, está conectado el fenómeno inspirativo, y es en función de ellos que nosotros debemos observarlo. Él allí está encuadrado como injertado en el fenómeno de la sublimación, de la misma forma que éste, al principio del cap. XI: “Hacia la Sublimación”, fue encuadrado en el esquema del universo. Entonces la inspiración se nos presenta como un caso de evolución estrechamente conectado con la “catarsis” biológica de la sublimación, se nos presenta como un fenómeno ligado con la ascensión moral, con el movimiento centrípeta del espíritu hacia el centro Dios, con el misticismo. De modo que podemos decir que el fenómeno inspirativo no es más que un momento o aspecto de todo esto y que él solamente es comprensible en función de la sublimación mística. Forma parte del despertar de la conciencia y del retorno del alma a Dios.

Este nuestro planteamiento del fenómeno lo aparta definitivamente de fenómenos semejantes, con los cuales hasta ahora fue confundido con otros, al menos en nuestro caso. Vale decir, que él no tiene nada en común con la mediumnidad física, ni siquiera con la común “ultrafanía”, en la que el ser es instrumento pasivo. En nuestro caso, en su

fase actual, ya no se es inconsciente aparejo registrador de cualquier concepto, aunque él provenga de los más elevados planos de pensamiento, sino que se trata de un proceso completamente distinto. El sujeto registra por sí mismo, con sus propios medios intelectivos, visiones que alcanza precisamente a través del proceso de espiritualización o sublimación mística, o catarsis biológica, a la cual nos referimos anteriormente. Entonces el despertar de los profundos estados de conciencia, antes latentes y adormecidos en el inconsciente, como ocurre en la mayoría, lleva al “yo” a encontrarse despierto en dimensiones conceptuales superiores, menos periféricas y más centrales en el Sistema. De este modo él viene a encontrarse como iluminado más de lo normal por el pensamiento de Dios, del cual puede así percibir e ilustrar aspectos nuevos e inéditos, todavía ignorados por el hombre. De esta manera el sujeto puede contemplar en visiones sucesivas la estructura y el funcionamiento del gran organismo del universo según ese pensamiento. En otros términos, puede “sentir” la Ley. Extraño modo de explorar lo ignoto. Método aquí regularmente usado, que está en las antípodas de aquel objetivo y experimental de la ciencia, método que hasta ahora nos ha dado en cada problema aquella orientación general que la ciencia con su método jamás podrá alcanzar. Mas es de los principios generales, de la esencia de nuestro caso y del fenómeno de la intuición que aquí queremos hablar, y no de su aspecto contingente que ya fue ilustrado en la introducción del volumen: “*Problemas del futuro*”.

El fenómeno inspirativo se nos presenta, pues, compuesto por estos elementos morales y espirituales que la ciencia moderna no está en capacidad de juzgar, dado que ella ignora estos elementos en sus observaciones. La ciencia de la materia no puede admitir y comprender la ciencia del espíritu: ella se ocupa solamente de particulares fines inmediatos, sin pensar si el logro de estos sea después un bien o un mal para el progreso de la humanidad. No trabaja, entonces, por el fin supremo por el cual trabaja la vida, que es la evolución. Frente a la convergencia de toda la actividad de lo creado para ascender a Dios, la ciencia permanece agnóstica, lo que quiere decir sin orientación, pues que no ha comprendido cuál es la meta de todas las actividades del ser. En el fenómeno inspirativo culmina, en cambio, el movimiento del que la vida se ocupa, en la “catarsis” biológica de la sublimación mística, realizando una de sus más grandes creaciones. Para juzgar estos fenómenos de alma, no son suficientes los medios técnicos o matemáticos, es preciso un instrumento de la misma naturaleza del fenómeno. Vale decir, el espíritu solamente se puede juzgar con el espíritu. Para controlar un fenómeno de sublimación mística como es la inspiración, es necesario un santo, el único competente en la materia, porque solamente ha alcanzado aquel grado de purificación y, por tanto, de sensibilización necesario para poder percibir y medir las cualidades espirituales.

Ya dijimos arriba que el fenómeno inspirativo tiene que ver con las relaciones entre el “yo” individual y el “yo” cósmico, y en el cap. XV: “A la Búsqueda de Dios” explicamos cómo el grado de proximidad entre un alma y Dios viene dado por el grado de afinidad de vibración alcanzado en relación a él, es decir, de consonancia o

sintonización. Ahora, la inspiración expresa la comunicación exactamente por consonancia, que es un sintonizarse por el despertar en nosotros de aquel estado cinético de la vida que, siendo originario se congeló en la inconsciencia (no vibración) con la caída o derrumbe del Sistema. En otros términos, la inspiración es un despertarse consciente en lo profundo, donde está Dios. Entonces se alcanza la sintonización y esta es la base de las visiones que nos revelan los grandes esquemas del pensamiento divino. La visión es, pues, un problema de acercamiento cualitativo. He allí la extrema importancia del perfeccionamiento moral, de la purificación. Hablamos aquí del fenómeno inspirativo precisamente en relación al problema central de la III trilogía: “la sublimación”.

Pero este fenómeno se puede observar también bajo otros aspectos. El “yo” individual se aproxima al conocimiento del pensamiento del “yo” cósmico con el fenómeno inspirativo, precisamente porque la evolución puede concebirse también como una expansión del primero en el segundo. Este despertar de zonas interiores de la conciencia puede dar un sentido de expansión, de un dilatarse del “yo” individual en el “yo” universal. Es decir, cuando el espíritu del individuo se armoniza cada vez más en la Ley, se sintoniza y entra en consonancia con la voluntad de Dios, entonces mucho más viene él a participar del pensamiento de la Ley. Mientras más el alma se abre, más es inundada por la luz que el Centro irradia sobre todo el Sistema.

Lograr sintonizarse cada vez más, puede significar también ascender en dirección centrípeta de la periferia al centro. He allí los muchos caminos que llevan a la inspiración. En otras palabras, se podría decir que el superconsciente es movilizado, vale decir, es colocado en estado cinético (consciente) o vibratorio, aquel consciente universal que es el Dios inmanente que duerme en lo profundo de nuestro espíritu y cuyo despertar constituye la evolución que nos lleva a él, la meta. Y entonces, desde este punto de vista el fenómeno inspirativo se nos presenta como una expansión ilimitada del pequeño consciente individual, en el infinito consciente universal. Es una superación de límites, que es en lo que consiste todo fenómeno evolutivo; es un desbordarse de la forma-prisión, en la infinita libertad del espíritu. El fenómeno inspirativo se puede, entonces, definir como: “el fenómeno de la catarsis biológica, la espiritualización o sublimación mística, visto en el aspecto conciencia”.

Ahora, no todos los fenómenos inspirativos son iguales, precisamente porque ellos no son más que un índice del grado evolutivo alcanzado por cada quien. Esto porque el límite del consciente individual o forma-prisión, se rompe y su dilatación en el consciente universal ocurre sólo en proporción de la potencia que el “yo” ha reconquistado por evolución, y esta es dada por el grado de consonancia alcanzado en relación a Dios, centro de la vida. Pues si los distintos fenómenos inspirativos son diversos, sin embargo son idénticos en su principio y técnica, y todos son un momento

del universal fenómeno de la evolución. En esto podemos ver qué profundas raíces en la vida, aunque sea en sus planos superiores, tiene el fenómeno inspirativo.

Es natural entonces, dada esta su estructura, que la inspiración pueda representar un precioso método de investigación, incluso si la ciencia no lo acepta; precioso porque puede revelarnos algo que no está en el consciente individual, algo que nos permite marchar más allá de los límites de éste, que es sin embargo, asumido axiomáticamente como la medida de todas las cosas. Poder llegar hasta el consciente cósmico, que para el hombre está habitualmente sepultado en el inconsciente, y representa, pues, un inalcanzable misterio; agarrar de allí hasta donde sea posible el contenido por inspiración y traducirlo a la forma racional accesible a todos, todo esto puede asemejarse a exploraciones realizadas en las profundidades abismales de los mares o en la estratósfera. Y nunca se sabe lo que esto pueda revelarnos.

Por lo demás, las intuiciones del genio, los productos del arte, los descubrimientos del científico, cuando representan un giro del pensamiento y sus orientaciones originales, son siempre algo alcanzado, no en el consciente individual humano, sino en aquel consciente cósmico que allí está latente en estado inconsciente. De hecho, quien alcanza todo esto por inspiración, tiene la sensación de encontrarse, frente a un pensamiento de estructura y dimensión distinta a la normal, a un pensamiento que no se presenta por sucesión lógica, sino por instantaneidad como si estuviera por encima de nuestra dimensión tiempo, límite que aquí es superado. El “yo”, entonces, en la inspiración no concibe ya sucesivamente por relación consecucional, como a lo largo de una línea que, sin embargo, es libre de moverse sobre la superficie, sino que lo concibe todo conjuntamente en un relampagueo, como si se encontrara dentro de un volumen de conceptos que contemporáneamente todo lo envuelve. Y entonces él, para traducirlo en términos racionales, debe pasar de la dimensión volumétrica a la línea, y expresarse consecutivamente. Para reconstruir el pensamiento de este volumen en su primera fase inspirativa, el lector deberá imaginárselo reducido a un relámpago instantáneo que ilumina un globo dentro del cual contemporáneamente está escrito y se lee todo el volumen.

En estas condiciones, el querer investigar, reflexionar, concatenar, controlar, es imposible; lo único que se puede hacer es observar y registrar. Llevados los productos del superconsciente al consciente, habremos hecho el trabajo que hace el científico que lleva los productos de sus exploraciones abismales o estratosféricas a su laboratorio. Solamente aquí podrá comenzar el análisis. Por esto aquí sólo podemos ofrecer síntesis. Le corresponde después, al pensador racional controlar con sus procesos lógicos y experimentales estos productos. Entonces y sólo entonces pueden intervenir las facultades humanas de la voluntad y de la atención que en la inspiración tienen, en cambio, poderes negativos, inhibidores.

A esta altura podemos comprender las relaciones entre el hombre intuitivo y el hombre positivo de la ciencia. Este último, incluso cuando es un matemático, procede encerrado en una lógica férrea y solamente concibe y admite lo que puede ser aferrado con medios exactos de medida y demostración. Pero no todo el universo puede reducirse a los términos dados por esta forma mental. Existen y también tienen su valor las ideas vagas, inaferrables como la niebla en formación, que se nos escapan en lo súper concebible, que no se pueden todavía reducir y fijar en medidas exactas y fórmulas definitivas. Y es este estado intuitivo y fluido de la concepción, la primera fase de la construcción conceptual también para el científico y el matemático. Sin embargo, por su forma mental, todo esto puede parecer más visión de artista que de científico. Solamente así puedo explicarme el juicio emitido por Einstein en su última carta en relación a mi volumen de carácter científico: “*Problemas del futuro*”. “The danger in such philosophical enterprises is that the Word becomes dissociated front the whole structure impresses me more as an independent worth o art than as an intellectual interpretation of something else”<sup>(1)</sup>.

A este propósito se podría notar que el trabajo inspirativo, además de ser el más libre e independiente de la voluntad, es también el menos fatigoso. Cansa mucho menos que el trabajo consciente, obligado y deseado. En el primer caso somos como remolcados por el trabajo mismo que nos arrastra donde quiere. En el segundo caso debemos querer, imponernos, esforzarnos. Se podría concluir de allí que, para no cansarnos, bastaría trabajar con el subconsciente, es decir, adquiriendo en el campo del consciente ideas innatas, por automatismos. Esto es verdad. El problema estaría en el tener un subconsciente que sepa trabajar en un plano digno. Todos saben trabajar con el subconsciente, pero él es una sobrevivencia limitada y atávica de la animalidad y no un amplio despertar interior a través del cual el “yo” podría alcanzar el pensamiento cósmico. Generalmente se confunden en el mismo inconsciente, fuera de la conciencia normal, el subconsciente emergente del pasado, y el superconsciente anticipo del futuro. Solamente este es un despertar consciente en lo profundo, donde está Dios. Todos saben trabajar sin esfuerzo con los medios de la primera especie de inconsciente. ¿No es a él que está confiado nuestro automático funcionamiento orgánico? ¡Cuánta gente utiliza, pues, sin esfuerzo alguno, este patrimonio adquirido en los actos instintivos de la vida que todos saben realizar sin maestro! Así por ejemplo, muchos se inmiscuyen en los hechos de otros, chismean, pelean, hacen muchas cosas que resulta ser un trabajo gratuito. Pero para poder

Trabajar sin esfuerzo con los medios del inconsciente, es necesario poseerlos por haber sido primero ganados y adquiridos. Y el haber adquirido estos medios, significa el haber

---

<sup>(1)</sup> “El peligro de este tipo de reflexión filosófica es que la palabra se torna disociada del campo científico, de forma que todo su contenido me da la impresión de un trabajo independiente, más de arte, que una interpretación intelectual de algo más”. (N. del T.)

constituido cualidades. Ahora, este difícil trabajo lo puede hacer con esfuerzo y tenacidad únicamente el consciente, introduciendo con su comando en el subconsciente y fijando allí con la repetición hábitos nuevos, hasta que ellos llegan a ser asimilados como automatismos. Educar, transformar un subconsciente que resume en sí impresos impulsos atávicos consolidados por experiencias milenarias provenientes de la animalidad, no es fácil. Para algunos seres más evolucionados, como por ejemplo los santos, esto ha representado una lucha violenta y terrible. Ciertamente, en el fondo de nosotros está Dios. ¿Pero quién sabe estar despierto en estas profundidades donde todo está inmerso en un sueño profundo? Es inútil, entonces, decir que podemos ahorrarnos el esfuerzo del trabajo confiándonos a nuestro inconsciente. La mayoría debe, por el contrario, trabajar en el consciente, es decir, en las zonas de adquisición de los nuevos instintos, cualidades e ideas innatas. Zonas de voluntad y esfuerzo. No se puede gozar de los frutos del despertar interior, si no se hace primero el trabajo de realizar este despertar.

Ahora que hemos comprendido con la conclusión del “Tu habitas en mí”, de que Dios es íntimo y no externo a nosotros, podemos comprender que debemos entender por “fuente inspirativa”. En el volumen *“Las Noures”* la hemos imaginado como un “transmisor” para el cual el individuo es un “receptor”. Pero después de haber recorrido el camino hasta aquí, podemos ser mucho más precisos. Hemos hablado en los capítulos anteriores de la interioridad del Dios inmanente que está también en nosotros. Es, pues, hacia esta interioridad que la inspiración se dirige: la entidad transmisora es “espíritu” y el “espíritu” se alcanza marchando siempre hacia lo interno de la forma física que constituye la periferia, su vestidura externa. Hemos visto también que las características de la “personalidad”, de “yo-centro-uno”, las encontramos en Dios en su aspecto trascendente, en el cual él es el centro de todo; y que las opuestas características de “impersonalidad” las encontramos en el polo opuesto del ser, en Dios en su aspecto inmanente, donde lo “Uno” se ha pulverizado en infinitos “yo” menores.

He allí, entonces, lo que ocurre con nuestro “yo” humano. Si él es personal en relación a su pequeño “sí mismo”, en el mundo en el cual está sumergido, en la periferia del Sistema él representa la pulverización de lo “Uno”, apenas una chispa de Dios. Por lo tanto, cuando nuestro “yo” con el acto inspirativo se dirige hacia el centro, entonces él avanza hacia el aspecto trascendente y personal de Dios. Ahora, este centro, para él que es periférico, representa la reunificación, vale decir, la reabsorción en lo “Uno” de su personalidad distinta, de modo que en la inspiración el “yo” pierde sus cualidades que como tal lo distinguen y separan de los otros “yo”, y cada vez más tiende a fundirse en Dios-Uno. Así se explica la anulación de la personalidad propia en la inspiración, mucho más, mientras más poderosa sea esta inspiración; y se comprende cómo todas las inspiraciones, aún siendo distintas, se conectan con un transmisor único, el Centro-Dios.

Como se puede ver, el problema inspirativo tiene sus raíces en las profundidades del Todo, y solamente es soluble en función del Todo. Ahora podemos comprender por qué en las entidades elevadas es difícil, mientras más elevadas son, encontrar aquellos elementos distintivos de la personalidad como nosotros los entendemos en nuestro mundo. Mientras más se asciende hacia Dios, más aumentan sus características de personalidad (de la inmanencia = impersonal, a la trascendencia = personal), y más disminuye la distinción, es decir, la personalidad de los “Yo” separados. Entonces, por el principio de las unidades colectivas, ellos se reagrupan formando “yoes” cada vez más amplios y poderosos, cuanto más ellos se aproximan a Dios. Es entonces a aquella altura, que nosotros no encontramos ya “yoes” separados que piensan separadamente, sino corrientes de pensamiento, “Noures”, propias de espíritus sintonizados, consonantes, lo que para un espíritu significa ser de la misma naturaleza, porque lo que define al espíritu es su tipo de vibración. Y quien es de la misma naturaleza, coincide con seres idénticos y en ellos se funde en el mismo “yo”, así como dos notas idénticas hacen la misma nota. Esto corresponde a aquella progresiva unificación en la cual lo Uno que se fragmentó en el anti-sistema, se reconstruye íntegro en el Sistema.

El fenómeno inspirativo, si es la expresión de la sublimación en su aspecto conciencia, sigue este proceso de unificación que es inherente a la sublimación, culminante en la unión mística del alma con Dios. Entonces aquella expansión ilimitada del pequeño consciente individual en el infinito consciente cósmico, que constituye el fenómeno inspirativo, podemos representarlo comparándolo con el caso en que la conciencia de una célula individual, conciencia naturalmente limitada a su solo funcionamiento, pudiera expandirse ilimitadamente, más allá de este su límite natural, en la conciencia de todo el organismo humano del cual forma parte, conciencia encargada de un funcionamiento más amplio, logrando así hacerse más o menos consciente también de esto. De manera semejante en el fenómeno inspirativo, la conciencia normal humana, naturalmente limitada a las necesidades de su vida e incapaz de comprensiones más amplias de aquellas inherentes a las satisfacciones de sus necesidades humanas, traspasa más allá de su límite natural en el consciente cósmico del cual forma parte, que está encargado de un funcionamiento mucho más amplio; y puede así, más o menos completamente, tener conocimiento también de éste. He allí lo que representa el fenómeno inspirativo en las relaciones entre el “yo” individual y el “yo” cósmico, entre el alma y Dios.

Con todo esto se comprende la importancia que puede asumir para el progreso de la humanidad y para la defensa de su vida, una expansión más allá del límite de comprensión normal, y la contribución que puede dar al gran problema del conocimiento. Poco conocido u muy poco poseído y usado, la humanidad no se da cuenta de los resultados que este fenómeno puede producir para la investigación de lo inexplorado, sobre todo en el campo más difícilmente explorable, debido a que está más lejos de nuestro contingente, como es el campo de las grandes síntesis y de las supremas



abstracciones, difícilmente accesibles y alcanzables con los medios de la común racionalidad. Y la ciencia con su método no puede alcanzar estas síntesis universales, a pesar de que le son necesarias para su orientación. Una hipótesis de trabajo orientada de esta manera, tiene muchas más probabilidades de estar en lo cierto, que otra que es mera tentativa lanzada al azar. Todo esto es verdad, pues que no tenemos ningún derecho de creer que el método usado por la ciencia deba ser el único y el más apropiado para alcanzar la comprensión de la naturaleza de los fenómenos. El hecho de que la ciencia nos haya ofrecido grandes resultados utilitarios, no es suficiente para disipar la sospecha de que el dominio de la experimentación únicamente puede más fácilmente apartarnos de que nos aproximemos a la visión de la esencia de las cosas.

En fin, todo esto puede también interesar directamente a la vida. Poseer una orientación puede ser la clave para resolver problemas cuya solución, especialmente en dados momentos como el actual de la evolución, es impuesta a la humanidad como cuestión de vida o muerte. La vida en su desarrollo, coloca al ser siempre nuevas interrogantes y, del saber responder adecuadamente, puede depender la continuación o el fin, así como también la forma de continuación de su existencia. Algunas especies debieron desaparecer por no haber sabido resolver algunos problemas. El conocimiento es una de las armas más poderosas para triunfar, incluso en el terreno biológico de la lucha por la vida.

\* \* \*

Antes de cerrar este capítulo, observemos el significado y el valor del fenómeno inspirativo frente al problema del conocimiento. El hombre ha usado tres métodos para alcanzar el conocimiento: 1) La Revelación (recepción más o menos pasiva, el fenómeno inspirativo y el método de la intuición). 2) La Lógica (construcción abstracta por esfuerzo de mente, pura racionalidad y método analítico). 3) La Experiencia (control con la observación, realidad exterior y método sensorial).

El primero es el método aquí ya descrito. El segundo es el método de los procesos matemáticos. El tercero representa el único contacto directo del cual disponemos para alcanzar la realidad. Sin embargo, apartando el método de la intuición que es completamente excepcional, también con el solo pensamiento puro se puede aferrar la realidad. El conocimiento puede derivar no solamente de la observación, sino también del esfuerzo de construcción lógica del puro pensamiento. No obstante, siempre es necesario que sus resultados sean llevados y aprobados por el plano de la realidad objetiva que, aun siendo ilusión sensorial y limitada, expresa en su plano una verdad, aunque sea relativa a dicho plano. En suma, es necesario controlarlo todo, observando qué corresponde en el terreno de lo sensible, a los conceptos abstractos. Y viceversa, las

observaciones son después interpretadas, destiladas en lo esencial, por el trabajo lógico de la racionalidad; y algunas veces, superando la misma racionalidad, el Todo, para alcanzar el plano abstracto de la ley general, debe ser concebido nuevamente por relámpagos con el método de la intuición. He allí que los tres métodos, siendo contiguos, pueden fundirse y ayudarse mutuamente.

Cierto es que el experimentador no podrá jamás elevarse al campo de las puras abstracciones y generalizaciones donde trabaja el teórico, terreno casi filosófico de las formulaciones matemáticas, en el único donde aparecen las grandes leyes unitarias. Así, como en una casa de dos pisos, la teoría de Einstein de la relatividad generalizada, que abarca también a la gravitación, se eleva, desarrollándola, sobre la teoría de la relatividad restringida. De esta manera el valor de una hipótesis o teoría es dado por el saber abarcar con un mínimo de axiomas, un máximo de contenido experimental. De esta forma se asciende de lo analítico y particular, a lo cada vez más sintético y universal, hasta que, así como la experiencia debió ceder el paso a la racionalidad, esta deba cederlo a la intuición, si quiere seguir ascendiendo hacia lo sintético y universal. Sin embargo, mientras más se asciende y gana en amplitud, más en la abstracción se pierde en seguridad experimental; y mientras más se desciende a la realidad concreta, más se restringe el campo de nuestras conclusiones.

Los dos caminos son inversos: el primero va de la periferia al centro del sistema universo, hacia lo abstracto; el segundo va del centro a la periferia, hacia lo relativo. El primero, ciertamente va hacia la verdad; el segundo va hacia la ilusión. Pero mientras más se asciende aquella verdad se nos escapa inaferrables, se hace vaga, abstracta, incontrolable, por lo tanto pierde para nosotros que somos relativos la fuerza de la verdad. Y mientras más se desciende, aquella verdad se hace más verdadera para nosotros, pero también se sumerge cada vez más en el límite de lo contingente y en la ilusión sensorial. Estamos así circundados por barreras que nos obstaculizan el conocimiento, por todos lados. No nos queda más que valernos de los tres métodos tratando de coordinar entre ellos los resultados que podamos obtener, dejando que cada método dé su contribución, o sea: 1.) El método intuitivo para las directivas máximas de orden universal; 2.) El método racional-analítico para la coordinación de las observaciones y las directivas menores, como un puente entre el primero y el tercer método; 3.) El experimental para el control de los resultados de los otros dos.

Cierto es que el gobierno del universo, aquella inteligencia y poder que tienen la dirección del funcionamiento de este gran organismo o colectividad, no es exterior como los gobiernos de nuestras colectividades estatales, sino que está en lo interior de los seres y fenómenos, de donde los guía. La verdad es que lo esencial, lo que más vale para el conocimiento, es lo abstracto, mientras que la así llamada “realidad objetiva”, es de superficie y secundaria. La verdadera realidad no es exterior sino interior, y tanto más se hace verdadera y real, cuanto más es interior, cuanto más nos alejamos de la solidez de

lo concreto. La clave de los misterios está en la abstracción de las grandes síntesis y, por lo tanto, solamente se puede encontrar por intuición. Así los tres métodos se escalonan a tres alturas distintas, como tres grados de conocimiento, con funciones y resultados distintos. Cada uno necesita permanecer en su plano para dar, según su naturaleza y potencialidad, el rendimiento que puede dar. He allí el significado y valor del fenómeno inspirativo frente a la ciencia y al problema del conocimiento.

Antes de dejar este argumento, transportémonos al terreno moral, caso particular de dicho fenómeno, caso que podríamos llamar la voz de la conciencia. Fenómenos de inspiración se puede decir que se verifican todas las veces que alguien consulta su propio “yo” profundo para conocer la verdad en relación a su propia conducta. Hemos dicho anteriormente que las inspiraciones se ligan a un centro único, Dios, y que Dios es íntimo y no exterior a nosotros. Se trata de una ampliación de la pequeña conciencia individual en el consciente cósmico, por la cual el “yo” de superficie hecho de contingente, es decir, nuestra conciencia normal, trata de acercarse al “yo” cósmico, para coincidir lo más que pueda con el pensamiento y la voluntad de Dios.

He allí lo que debería ser la voz de la conciencia: lo que nos indica la perfecta adhesión a la Ley de Dios. Esta es la verdad que existe en lo hondo de nosotros. Ahora, el problema es este: ¿Quién logra despertarse más allá de la superficie en estas profundidades? ¿Quién llega a ser consciente de la verdad universal? Y entonces, esa sincera voz interior a la que llamamos “voz de la conciencia” y a la cual sentimos el deber de oír como a algo sagrado que viene de Dios, ¿qué aproximación representa y nos da de la verdad absoluta que está en Dios? Debemos ciertamente admitir que solamente se trata de mayores o menores aproximaciones y que ellos están en función de la evolución alcanzada por cada quien, vale decir, por su grado de sensibilización, que es lo que les permite vibrar consonantemente por sintonización con cada vez más profundas verdades, despertándose conscientes en su interior divino.

Sí, entonces, miramos a nuestro alrededor y observamos el nivel espiritual de la mayoría humana, debemos decir que no pudiendo ésta, dada su involución alcanzar más que escasas aproximaciones de la verdad, la “voz de la conciencia” solamente nos revelará de esta verdad pedazos, aspectos, pequeñas verdades particulares, relativas a cada quien, limitados en lo contingente y transitorios en el tiempo. Si en teoría la “voz de la conciencia” es sagrada porque tiende a dirigirse hacia el centro-Dios, en la mayor parte de los casos es muy difícil que lo logre. Esa voz puede ser solamente la de una vida particular que grita sólo por su defensa e interés. Puede ser incluso un lejano eco de la voz de Dios, porque todos tienen el derecho y el deber de vivir. ¡Pero, cuán lejos estamos de la universalidad del pensamiento central que protege toda la vida, incluso con el sacrificio de la vida individual, pensamiento que está inmensamente lejos del egoísmo exclusivista de esta última.

Es así que estas verdades individualizadas y particulares, incluso siendo sinceras “voces de la conciencia”, pueden estar en conflicto, y se puedan hacer en nombre de la verdad guerras fratricidas, cada quien actuando con plena conciencia. Muy pocos son, con el ejemplo máximo de Cristo, los que saben hacer coincidir la voz interior de la propia conciencia, con la voz del consciente cósmico, Dios. Su voz, incluso si es aquella que tiende a hacerse oír desde lo profundo cuando muchos la interrogan, permanece igualmente sepultada tan lejos de la natural conciencia de vigilia, que lo único que queda de ella es un débil susurro. De ella no nos llega más que un balbuceo tan incierto y muchas veces tan contradictorio, tan tímido y fragmentario, debido a lo sordo e involucionados que somos, que la voz de Dios apenas la percibimos y tan humanizada a través de nuestra conciencia, que no sabemos ya ni siquiera reconocerla y la confundimos con nuestros deseos, que calificamos como “voz de la conciencia”. Y estos deseos saben gritar mucho más fuerte y saben hacerse oír muy bien. De allí cierta legítima desconfianza de las autoridades religiosas contra una voz interior que, si como principio es y debe ser sagrada, en la práctica puede ser solamente un puro producto del “yo” particular.

Difícil es juzgar en estos casos. Pero lo cierto es que si existen almas superiores capaces de oír en sí la voz de Dios, es decir, una voz que se identifica, más allá del propio egoísmo, con la vida universal, estas almas deben saber superar todas las resistencias que es necesario que se opongan a estas excepciones para probarlas, por parte de una norma, hecha por la mayoría humana que es involucionada. Por otra parte, las autoridades religiosas que juzgan en esta materia, se encuentran delante de no pequeñas dificultades. Es verdad que la voz de la conciencia es sagrada, pero si exageramos en la libertad caeremos en la anarquía del libre examen. Es cierto también, que aquello que con frecuencia llamamos “voz de la conciencia”, puede ser un puro juicio personal. Urge, pues, una norma con la cual la conciencia sea sometida y así su libertad sea limitada. Pero ni exageramos en la disciplina, caemos en la tiranía. Es lógico entonces, en un primer tiempo, una actitud de desconfianza por parte de las autoridades religiosas hacia cuantos se dicen inspirados. Le corresponde a estos demostrar con toda su vida, que su voz interior no los ha engañado. Control necesario también para ellos mismos. Y si la voz en verdad proviene de Dios, ella tendrá tanta fuerza en los hechos y sabiduría en los conceptos, que se impondrá a todos, al inspirado tanto como a los jueces. Y los ejemplos no faltan que nos demuestren cuántas veces estos han tenido, aunque sea tarde y contradiciendo sus primeras condenas, que reconocer completamente la verdad de la inspiración.

## **XIX**

### **EL ALMA Y DIOS**

El estudio del fenómeno inspirativo nos lleva ahora a considerar las relaciones entre el alma y Dios. En las páginas anteriores hemos comparado la expansión del pequeño consciente individual en el infinito consciente cósmico, lo que constituye el fenómeno inspirativo, con el caso en el cual la conciencia de una célula individual, pudiera expandirse hasta la conciencia de todo el organismo humano. Y entonces aquí nos preguntamos: ¿Son estas las relaciones entre el “yo” individual y el “yo” cósmico, es decir, entre el alma y Dios, las mismas que ocurren entre una célula y todo el organismo?

Cierto es que, desde el átomo, a la molécula, al cristal, a la célula, a todas las formas de vida individual y colectiva, si cada individualidad del ser demuestra saber lo que le es necesario para existir, ello no es todavía en verdad consciente. Y el hombre mismo, que está en el ápice como evolución biológica, solamente es consciente de una mínima parte de su vida, de la cual sólo tiene limitadísimas directrices. Tenemos entonces que atribuir al consciente universal este conocimiento que las individualidades particulares del ser no poseen por sí mismas. He allí que comienzan a delinearse las relaciones entre el “yo” individual y el “yo” cósmico, vale decir, entre el alma (entendida en sentido lato, incluso el alma de las cosas) y Dios. Ahora, imaginar que cada una de las varias individualidades del ser represente la sede de una íntima inmanencia en ellas, en lo hondo y más allá de su relativo consciente, del consciente universal, que sabe y piensa en cada ser dentro de los límites de su naturaleza, proveyéndole la vida; imaginar todo esto es más fácil y convincente que representarnos un universo regido, no se sabe cómo y por qué vías, por un consciente “yo” universal a él externo y extraño, cuando hemos visto que Dios no es externo sino íntimo al ser, y hemos ya concluido por su inmanencia en él. Esto mucho más permanece convincente, en cuanto que, si parece conducirnos a la impersonalidad de Dios y al inmanentismo panteísta, no excluye ni lesiona en verdad el concepto del Dios personal y trascendente.

El consciente universal es, pues, íntimo al ser, representando aquel inmenso fondo de sabiduría que guía toda su vida, sin que él se de cuenta de nada. En este campo entran el funcionamiento orgánico, todo lo que es guiado por el instinto, el desenvolverse de las vicisitudes colectivas que constituyen la Historia, la Ley que encuadra nuestros libres actos en la férrea concatenación causal que después se desenvuelve en el destino individual y colectivo, la intempestiva intervención de la providencia para lo que es guía y acción situadas más allá del conocimiento y las fuerzas humanas, y así en adelante. Si el universo fue generado, como vimos, por una Sustancia pensante, lo que quiere decir hecha de divina inmanencia, precisamente por esta razón todo ser queda en adelante constituido de dicha sustancia, es decir, es pensante en sus profundidades. Si él no es consciente, no importa. De cómo él vive y funciona debemos deducir que este pensamiento en él existe, incluso si no tiene conciencia de él; existe siempre, no

solamente en los seres evolucionados, sino hasta en las formas más involucionadas de la materia bruta.

Es este pensamiento Uno, el que reconduce las infinitas formas a la unidad del Todo y constituye la universalidad de la Ley-Una. ¿Qué diferencia existe entonces, como ejemplo, entre la piedra, el árbol y el genio? La diferencia está en el grado con el cual la individualidad del ser llega, según su plano evolutivo, a formar parte de este consciente universal, es decir, a despertarse consciente, o sea, en consonancia, en el seno del pensamiento de Dios. En otros términos, se podría decir que el universo está hecho completamente de esta primordial Sustancia conceptual que es el pensamiento de Dios, es decir, un infinito océano vibrante, pero en cuyo seno cada individualidad del ser no vibra igualmente, es decir, más o menos despierta y participe como estado de conciencia, de esta vibración. En todo lo que es, existe la posibilidad de poder alcanzar toda la vibración del pensamiento de Dios, pero esta vibración no existen en acto, ella está latente, adormecida, a la espera de un gradual despertar. Y este despertarse se llama evolución.

Podemos ahora comprender mejor el significado de los conceptos de subconsciente, consciente y superconsciente, ya expuestos en el volumen: “La Ascensión Mística”. El consciente es la zona de trabajo (con la experiencia de la vida) y de despertar del ser para su entrada en vibraciones en el consciente universal. Así la evolución no es un ciego avanzar, sino un despertar vibratorio, según esquemas preexistentes en el consciente universal, por lo tanto preestablecidos. El subconsciente es la consonancia, la sintonización ya adquirida con ese consciente universal y estabilizada en los automatismos (instintos, ideas innatas, etc.) Él abre el campo ya explorado por el ser en su experiencia realizada con el vivir y es su propiedad, así como expresa sus cualidades. Él coincide con el pensamiento de Dios, pero en los más bajos planos de expresión de éste; es, pues, guiado por el consciente que ya comienza a vibrar en planos más altos. El superconsciente es el pensamiento de Dios todavía latente y adormecido en el ser, que todavía no ha entrado en vibración en zonas evolutivas más elevadas. Él es, por lo tanto, para el ser todavía un estado de no conciencia.

Podemos decir con el apacible Virgilio: “Mens agitat molem”<sup>(1)</sup>, en el sentido de que dentro de cada forma y dentro de cada apariencia existe un proporcionado despertar en relación a lo divino, de un estado vibratorio que la rige. Veremos entonces detrás de la jerarquía de las formas, una interior jerarquía de conciencias, constituida ésta por los grados de consonancia vibratoria alcanzados por el ser, en relación al pensamiento de Dios. Así en el conciente del individuo particular van surgiendo problemas cada vez más amplios y complejos, a medida que él asciende. A una planta le bastará resolver el

---

<sup>(1)</sup> “El Espíritu mueve a la materia. ENEIDA, VI 727. (N. del T.)

problema de la asimilación y respiración. El genio sentirá la necesidad de resolver el problema del universo.

Vemos entonces que las posiciones del subconsciente, consciente y superconsciente, son relativas al grado de evolución del ser individual. Así para el hombre racional el subconsciente solamente representa el pensamiento sensitivo del animal y vegetativo de la planta. Para el animal es subconsciente este último, mientras que para la planta es subconsciente el pensamiento molecular, es decir, lo que preside la construcción y funcionamiento de los elementos químicos componentes; y para éstos el subconsciente es el pensamiento atómico, es decir, aquel de los edificios electrónicos particulares componentes. Y en dirección opuesta podemos decir que, como para el hombre racional el superconsciente es el pensamiento intuitivo sintético del superhombre, así para el animal el superconsciente es el pensamiento racional humano, para la planta es el pensamiento sensitivo del animal, para la molécula de la química inorgánica es el pensamiento celular vegetativo de la planta y para el átomo, es el pensamiento molecular de la química inorgánica. Así se puede comprender el sentido que existe en el fondo de las palabras de Sertillanges: “En la naturaleza todo tiende a ascender. La apoteosis de la materia está en el vegetar, la del vegetal en el sentir, la del animal está en el pensar”.

Como se ve el ser, entre ellos el hombre, se mueve en un ilimitado océano de pensamiento, en el cual el suyo más o menos avanza y se expande según el estado de consonancia vibratoria o sintonización que él, evolucionando, logra alcanzar. El pequeño “yo” individual debe hacer siempre sus cuentas con este consciente universal que es el “Dios Inmanente”, en el cual él está sumergido como en una atmósfera de pensamiento que él respira con su pensamiento, comunicándose allí con un contacto que constituye la vida. Para el hombre el “Dios Inmanente” es una ilimitada zona situada más allá de su conciencia, pero cada progreso evolutivo hasta llegar al relámpago del genio, es un aproximarse a él por progresiva sintonización. Estamos circundados por el misterio. Pero la evolución consiste precisamente en el dilatarse de nuestro consciente individual en el infinito consciente cósmico. Podemos imaginarnos al primero como una pequeña circunferencia que sobre la misma superficie se dilata en el seno de aquella infinita del consciente universal. Podemos también representarnos la Sustancia pensante del “Dios Inmanente” que constituye al Todo, encenderse de estados vibratorios, más o menos intensos y complejos, en varios de sus puntos, formando así los centros pensantes que constituyen el consciente de los varios “yo” individuales. Y entonces el fenómeno inspirativo solamente sería el índice que nos muestra que el ser ha realizado, con un despertar vibratorio, un salto evolutivo hacia delante, una dilatación de conciencia, expresión de una catarsis biológica.

Lo que espera al hombre en el superconsciente, porque él allí se despierta, es el “Dios Inmanente”, el consciente cósmico. Allí están ya escritas las respuestas a todos los “por qué”, están hechos todos los descubrimientos, son evidentes todos los misterios. De allí

se sigue que el problema del conocimiento es sobre todo una cuestión de maduración biológica. Y sobre todo ésta y no el devanarse los sesos de los racionales, lo que enciende el relámpago del genio, porque siendo evolución, lleva al hombre a sintonizarse más cerca del pensamiento de Dios. Entonces, entrando un plano de vida más alto, ocurre una nueva sensibilización espiritual, por la cual lo que antes era un superconcebible, espontáneamente viene a ser comprendido y se revela. Cuando no es un aislado individuo el que avanza (el genio), sino que es un grupo o directamente la masa humana, entonces se generaliza el fenómeno inspirativo según la potencia de cada quien y tenemos la era de las conquistas del pensamiento, los grandes siglos constructivos, los descubrimientos en cadena, como hoy. Todo entonces explota en un mismo salto evolutivo por todas partes del mundo, casi contemporáneamente y cada célula de la humanidad cree haber hecho con su ingenio su descubrimiento. En cambio, no se trata más que de una general maduración biológica. Esta es la razón por la cual solamente hoy se han hecho descubrimientos antes imposibles e inconcebibles para el hombre, y se alcanzaron rápidamente nuevas orientaciones en aquello que hoy representa lo superconcebible. En el fondo se trata solamente de progresivas sensibilizaciones de las cuales hacen más elevadas consonancias o sintonizaciones con el pensamiento de Dios.

Así toda la evolución se reduce a un problema de sensibilización en este sentido. Las ventanas de nuestro consciente sobre el mundo hoy son pocas. Se necesita ser bien involucionados, es decir, estar bien dormidos, para sentirse saciados y satisfechos en una casa tan pequeña y oscura. La conquista de la verdadera libertad no está en la libertad de mostrarse bestias, sino que está en aquel despertar de conciencia, que nos hace salir de la tremenda prisión de la ignorancia y de la inconsciencia. ¡Cuántos mensajes continuamente el consciente universal enviará a nuestro pequeño consciente individual! Maravillosos llamados, y nosotros permanecemos sordos, sin comprender. Todo vibra de pensamiento y tiembla de vida alrededor de nosotros, y no sabemos entrar en contacto con este maravilloso universo saturado de Dios, porque no estamos sensibilizados, no sabemos vibrar al unísono, para escuchar y responder. Y quedamos mudos e inertes en el vórtice de todos los esplendores de lo concebible. Estamos aprisionados en la materia, todo alrededor se ha cerrado por las barreras de nuestra insensibilidad; y lo único que ansía el involucionado es lanzarse de nuevo en el estercolero de sus bajezas, porque allí están sus atractivos, porque esa es para él la vida. ¡Qué pobre vida, cuando en realidad estamos hechos de infinito por el infinito! ¡Pobre involucionado, maniobrado como un fantoche por la Ley a la cual, mientras él cree comandar, en el fondo no hace más que obedecer porque es ella quien lo comanda y debe comandarlo como un fantoche, porque él no sabe nada, por lo tanto no puede comandar!

Pero sigamos observando las relaciones entre el “yo” individual y el “yo” cósmico. Ya nos hemos representado el consciente individual situado en el consciente universal como



las células en el organismo humano. Ya conocemos la estructura piramidal (jerárquica) del ser por la cual, según el principio de las unidades colectivas, se pasa por reagrupamientos a un número siempre menor de individualidades siempre más sintéticas, partiendo desde un indeterminado número de individualidades, que son siempre más particulares y analíticas, cuanto más descendemos en la escala del ser. Así desde la célula se desciende hacia la molécula, después a los átomos, a los electrones, etc., mientras que ascendiendo a partir de la célula se llega al órgano, al organismo completo, al grupo familiar, nacional, humanidad, etc. De manera semejante, en el plano de la materia inorgánica, en la construcción de los universos estelares. Ésta, en cadena, es la técnica constructiva de los edificios del ser.

Ya dijimos que detrás de esta estructura física, existe otra más real que la rige, la espiritual animadora de estas unidades: otra estructura jerárquica piramidal hecha de pensamiento. El universo no nos será comprensible si, detrás de la jerarquía exterior de las formas no vemos esta otra jerarquía de motivos conceptuales o modelos abstractos, que son aquellos según los cuales las formas se plasman. Detrás de los planos biológicos existen los planos conceptuales que se sobreponen y asciende en una jerarquía de principios espirituales culminantes en Dios, vértice de la pirámide o centro de la circunferencia. De allí se sigue, que con el ascender de la evolución, si la forma cambia, esto es sobre todo porque cambia la naturaleza del pensamiento que ella expresa y cambia la conciencia del ser como consecuencia de la elaboración del vivir. He allí, pues, lo que hay de sustancial en el fondo de la evolución, y lo que la rige: el progresivo despertar del “yo” en un estado vibratorio cada vez más alto.

Podemos ahora ver la evolución de un modo mucho más sustancial, vale decir, más correspondiente a la verdadera realidad que es aquella interior a la forma. La evolución no es, pues, un perfeccionarse de organismos como última consecuencia. Ella responde, en cambio, a un concepto metafísico: el despertar del espíritu, la movilización de las cualidades adormecidas y latentes en el inconsciente y con esto la reconstrucción, a través de la experiencia en la materia, del Sistema espiritual derrumbado, hasta que el Dios Inmanente incorporándose a él, retorne al estado de origen para coincidir con su aspecto trascendente. Entonces el formarse de las unidades colectivas en dimensiones cada vez más amplias, no es solamente un acumularse de elementos, sino una organización de ellos, de modo que cada unidad superior represente una mayor perfección alcanzada como efecto de una más profunda manifestación del espíritu, al despertarse más en lo profundo.

No se trata, entonces, sólo de ver en el universo un infinito océano de pensamiento, una infinita atmósfera pensante de la cual todo vive. Esto es verdad, pero es insuficiente. En ella se forman, como dijimos, núcleos de conciencias individuales, como en el espacio cósmico paralelamente se forman núcleos de materia. Ahora, este es más precisamente el aspecto del Dios Inmanente de nuestro universo: vale decir, no de ser una uniforme e

informe atmósfera pensante, sino de seres individualizados en infinitos núcleos de conciencia o “yo” pensantes.

He allí en qué consiste la inmanencia de Dios en nuestro universo, su haber querido por Amor seguir al Sistema en su derrumbe; he allí en qué consiste la más grande pasión de Dios por todo su Universo, su más vasta encarnación y crucifixión más allá de la del Gólgota. He allí cómo se explica el “Tu habitas en mí”, cómo la presencia de Dios sea íntima a nosotros y a las cosas. He allí cómo es que Cristo pudo decir “Vosotros sois Dioses”. Podrá parecer audaz esta concepción, pero ella es la única que todo lo esclarece hasta el fondo.

Vimos, efectivamente, que cada unidad colectiva superior no representa solamente la suma de sus unidades componentes, sino algo mucho más. En ella hay coordinación y organización de las actividades de los elementos constitutivos, por lo tanto, creación de cualidades que ellos como individuos particulares no poseían, cumplimiento de trabajos que ellos por sí solos no sabían realizar. Con el fusionarse de las unidades menores en unidades colectivas, nace algo nuevo que antes no existía en cada una de ellas y que ellas alcanzaron sólo con el unirse en unidades colectivas. Esto tiene un profundo significado. Antes que todo, ese nacer de algo nuevo solamente puede ser un desarrollo de lo latente, como vimos, porque de otro modo ello quedaría inexplicable. Y desarrollo de lo latente solamente puede significar “maduración evolutiva en el espíritu”, vale decir, el despertar del ser en el seno del “Dios Inmanente”, como vimos. Pero hay otro hecho: todo esto ocurre precisamente, y no de otro modo, con la técnica de las unidades colectivas. Por lo tanto, este desarrollo de lo latente o despertar del “Dios Inmanente” en el espíritu del ser individual, solamente ocurre por reunificación de los fragmentos de un sistema derrumbado, que por fraternización y fusión en organismos superiores más vastos y orgánicos, desde los “yo” individuales en los cuales el Ser-Uno se ha originalmente despedazado. Podemos entonces decir que la ley de las unidades colectivas, en otro lugar por nosotros ya ilustrada y demostrada, nos prueba precisamente esto de la reunificación es el sistema de la reconstrucción y que, quien se reunifica, se reconstruye. ¡He allí, entonces, cuál es la técnica del retorno del anti-Sistema al Sistema!

Podemos, entonces, concluir con esta grave afirmación, llevando hasta sus últimas consecuencias los motivos arriba señalados: Las almas individuales particulares son fragmentos del “Espíritu”, y constituyen cada individualidad decaída en cada forma que existe. Lo que anima a cada ser y sin lo cual no hay existencia, es debido al “donarse” por Amor del “Dios Creador” que no ha abandonado la creación y en ella ha quedado en su aspecto de “Dios Inmanente”, fue por este “donarse” por Amor que nacieron los espíritus individuales, no solamente los incorruptos del Sistema, sino también los corruptos del anti-Sistema. Y éstos, en el plano humano, somos nosotros, humanos como las almas. Entonces, cuando las definimos como chispas de Dios, debemos entender

fragmentos de Dios. Y mientras los espíritus incorruptos permanecieron unidos a Dios, nosotros, espíritus rebeldes, hemos quedado separados. Cada espíritu entre nosotros es el fragmento del “Espíritu-Dios”, que despedazándose en nosotros en el anti-Sistema, está en nosotros precipitado en la forma. He allí en qué sentido nosotros somos Dios, y, en verdad lo somos. Y he allí por qué estas chispas tienen tanta hambre de unidad, se atraen, reposan y gozan cuando, superando las resistencias del anti-Sistema, logran hermanarse como indica el Evangelio para el progreso: precisamente porque, como la rebelión del anti-Sistema quiere lo contrario, ellos se sienten perdidos, aislados, y en la unión buscan reencontrar el poder, la inteligencia la vida. He allí porqué la unificación es en verdad creativa, porque ella es, algo que solamente ahora podemos comprender bien, la reconstrucción del Sistema derrumbado, vale decir, del Dios-Uno que se fragmentó en infinitos “yo” menores, el cual desde su aspecto inmanente, se reconstruye hasta alcanzar de nuevo lo Uno, representado por Dios en su aspecto trascendente. Todo el gran drama del ser decaído se puede así resumir en dos palabras: fragmentación, reunificación.

Fragmentarse, reconstruirse. La potencia reconstructora de todo es el mismo Amor que determinó la primera génesis, incluso si en la reconstrucción él ha debido asumir su aspecto negativo de sacrificio. Éste, de hecho, representa para la criatura decaída la única forma de verdadero amor constructivo. El amor-gozo es apenas un recuerdo de su origen: gozo limitado, fugaz, ilusorio, casi solamente tolerado como mera introducción al amor-sacrificio, que no siendo efímero ni ilusorio, es el único verdadero y constructivo. Fragmentación, reunificación. Dios está siempre presente, es siempre el Todo. Reunificarse es el gran programa de todo el universo, porque en el fondo de todas las formas existe, en el fondo de cada una, un pequeño fragmento de Dios, que tiene hambre de volver a ser “Uno”. Si el universo es todo un desencadenamiento de antagonismos desde el plano físico al plano espiritual (repulsión-odio), es también toda un ansia de abrazo desde el plano físico al plano espiritual (atracción-amor). Fragmentarse significa la rebelión y el derrumbe concluyente en el caos. Reunificarse significa la obediencia y la reconstrucción, concluyendo en el orden de lo Uno.

Este también es el camino de nuestro mundo. Si descendemos a los grados y a los tiempos más involucionados de la humanidad, allí encontraremos el politeísmo. Dios existía fragmentado incluso como concepción y era, hasta los tiempos de Grecia y de Roma, adorado por fragmentos. Pero he allí la superación en la unificación, por lo cual se pasó al monoteísmo. Entonces la humanidad dirigió más hacia lo Alto su mirada, alejándose de la dispersión divina hacia el Centro-Uno y, más madura, puede comprender una mayor unificación. Pero no es suficiente. El politeísmo está al monoteísmo, como éste está al monismo. Prestemos atención a este fundamental concepto de lo Uno, y no al significado que a esta palabra se puede dar sólo por ser ella utilizada en esta o aquella escuela filosófica. Y monismo aquí significa haber

comprendido no solamente la unidad de Dios, sino también la unidad del Todo, por la cual todo lo que es, forma sistema único del cual Dios es el centro.

La vida del individuo se torna grande, cuando comprende que es, en el sentido expuesto arriba, hijo de Dios. En algo grande se convierte la organización de la sociedad humana, cuando es concebida como un momento del proceso de reorganización del universo que se reconstruye para volver a Dios. He allí la gran teleología que se le puede dar a la política y al estado moderno. El individuo allí es una célula y el estado es célula de la humanidad, que viene a ser una célula de la vida. ¡Ay de quien falsee los valores sustanciales y usurpe frente a la jerarquía que comienza en Dios esa verdad, asumiendo una posición que no corresponde a los valores intrínsecos! Queda siempre para todos, creyentes o ateos, la inmanencia de Dios, y quien hace falsedades clava el cuchillo del dolor en sus propias carnes. Pero la reconstrucción no puede detenerse por esto. Cada quien puede perderse, pero el Sistema se reconstruirá igualmente, porque esa es la Ley. Poco a poco el ser debe reconstruirse. Y cuando decimos “ser”, decimos nuestra alma, vale decir, la chispa de Dios en nosotros inmanente. Y sufrimos junto a Dios, porque en lo profundo de nuestro espíritu está Dios. El alma sufre en Dios y Dios sufre en el alma.

Pero cada vez que un alma se hermana a otra, es un fragmento de Dios que se une con otro fragmento, y un paso se da hacia la reunificación. El incendio originario comienza así a reencenderse aquí y allá, en pequeños fuegos todavía semiapagados. Pero cada dos llamas que se unen no arden por dos sino por cuatro. Satanás, fuerza del anti-sistema desesperadamente echa agua en el fuego con la división y así trata de frenar la reconstrucción, porque ésta significa el fin para su reino que es el caos. Pero ascendiendo así, con la elaboración de cada célula y la fusión con otras células, las conciencias individuales se reorganizan para reconstruir el “yo” cósmico, la conciencia del universo. Cada conciencia inferior, dijimos, frente a la superior, es siempre de carácter analítico; la superior frente a la inferior, es de carácter sintético. La superior adquiere funciones de coordinación para fines más elevados, antes ignorados. Una célula se convierte en otra cosa cuando forma parte de un organismo, así como un hombre se convierte en otra cosa cuando forma parte de un ejército o de cualquier organización social. Él, entonces, actúa y produce de otro modo. Ocurre como una sublimación y valorización de su “yo”, encuadrado así en funciones más altas, flanqueado por otras funciones que lo integran en la colaboración. Colaborar es mucho más que trabajar, tanto por los fines como por los medios, tanto para la unidad colectiva como para el individuo. Mientras más la vida se hace orgánica, más altos, amplios y poderosos son los fines que se pueden alcanzar.

Con esta orientación cósmica podemos apreciar el valor de cada acto nuestro, tanto como individuos, que como sociedad. Todo evoluciona y nosotros evolucionamos como individuos y como sociedad hacia síntesis cada vez más amplias, profundas y comprensivas. Nosotros, chispas de Dios, somos los obreros de Dios para la

reintegración del Dios Inmanente. Solamente cuando nos colocamos en función de esta reconstrucción, nuestra vida tiene significado. El Dios Inmanente duerme en lo hondo de nosotros. Despertándonos nosotros o resurgiendo Él, lo que es lo mismo, en las profundidades de nuestro espíritu, se reconstruirá al “estado de conciencia”, por lo tanto también nuestra, aquella conciencia del universo (el Espíritu) que ahora está en estado de inconsciencia, aquella en la cual el hombre actualmente se oculta. Esto no significa que el ser, nuestro pequeño “yo”, se convierte en Dios, sino que Dios vuelve a ser lo que él era antes del derrumbe del Sistema. No somos nosotros pequeños hombres que debemos llenarnos de orgullo de nuevo, sino que es Dios que en nosotros debe despertar cada vez más, a fin de que nuestro “yo” desaparezca reabsorbido en él. Por ellos en los capítulos anteriores hemos insistido sobre esta actitud a asumir y que el místico asume, por la cual el desarrollo del “yo” humano consiste en su anulación en Dios. Esto porque, comprendámoslo bien, no es a nuestro “yo” egoísta y separatista, hijo del anti-Sistema, dividido y rebelde contra Dios, el que nosotros debemos desarrollar, sino que es precisamente nuestro otro “yo” divino que duerme en lo profundo de nuestro espíritu, al que debemos despertar. Si actuamos en otra dirección, marcharemos, en cambio, hacia la destrucción y no hacia la reconstrucción. En vez de seguir la vía: “fragmentación, reconstrucción”, seguiríamos la opuesta: “fragmentación y más fragmentación”.

Como conclusión tratemos de penetrar esta estupenda realidad: en lo profundo todos los seres son “Uno”, vale decir, en la íntima esencia espiritual de todas las individualidades, existe una sustancia que las funde en unidad, por la cual todas ellas se reencuentran en el centro común que todo lo irradia y todo lo atrae, el “Centro, Uno, Dios”. En el fondo de todos los seres existe este centro en el cual cesa toda distinción y la infinita pulverización de los “yo” separados en la periferia del Sistema, reencuentra su unidad en un solo “Yo”. Por eso, amando a su prójimo, el individuo marcha hacia Dios, y está en la vía que lleva a Dios, la de la unificación. Mientras más el ser se aproxima al Centro-Dios, más siente que su alma y el alma de los demás seres son una sola cosa. Así, pues, evolución, espiritualización unificación, caminan paralelamente. Quien ama a Dios lo ama en todas las criaturas, y quien vive en todas las criaturas vive en Dios, mientras que cuanto más egoístamente se vive, más se vive lejos de Dios.

No se debería decir abiertamente estas cosas al mundo involucionado de hoy, porque él siempre está preparado para darles una interpretación invertida, satánica. No se debería dar al público la solución de los misterios, aquí alcanzada por intuición, inalcanzable por vía racional, solución, pues, que debería estar naturalmente prohibida. Se podría decir: “No le echéis las perlas a los puercos, a fin de que no las pisen con sus patas y se vuelvan contra vosotros para destrozarnos”<sup>(1)</sup>. Por ello estas cosas son aquí dichas en libros de concepción compleja que los cerebros perezosos e ignorantes rechazan y que la mayoría difícilmente penetra, precisamente para que pocos las conozcan, pero que, sin

---

<sup>(1)</sup> Mateo, 7:6 (N del T.)

embargo, las puedan encontrar preparadas cuando estén maduros. Es, sin embargo, necesario dejar al mundo de hoy entregado a sus feroces ejercicios evolutivos, ya que menos feroces no saben practicar y los actuales son los que él necesita, estando ellos proporcionados a su grado de inconciencia. Pero quien tenga oídos para oír, que oiga, y quien tenga intelecto para comprender, que comprenda, pues que aquí el cuadro de la visión del ser está completo y ha llegado la hora de que la verdad sea dicha completamente abierta, sin velos, al menos a los más evolucionados que puedan comprenderla.

Quien llegue a comprender todo esto, sabe que es una eterna, indestructible chispa de Dios. Y sabe también que, en su aspecto inmanente, Dios está presente en nuestro universo, hasta en nuestras pequeñas cosas, y que nosotros no solamente podemos sentirlo espiritualmente, sino igualmente verlo. Si no nos es dado concebir el “Dios Trascendente”, podemos, sin embargo, ver el semblante del “Dios Inmanente”, pues que toda forma de existencia es una expresión de su pensamiento y de su voluntad, y una manifestación de su ser. Ciertamente, siendo él un infinito, nosotros no podemos limitarlo en lo relativo de una forma particular. Él sigue siendo un infinito; tiene, pues, infinitos rostros y lo veremos expresado en todo lo que es belleza, bondad, florecer de vida y de alegría. Esta es, efectivamente, la manifestación del Sistema en el lado positivo del ser. Este Sistema, apenas florece, es minado por el anti-Sistema, negador y destructor de belleza, de bondad, de vida, de alegría. Es así que todo se atrofia, se corrompe y muere. Pero el “Dios Inmanente”, siendo el alma de las cosas, desde lo íntimo de ellas continúa manifestándose en un incesante florecer y, así, aunque todo sucumba, se corrompa y muera, todo de nuevo vuelve a florecer y a revivir. De esta forma el Sistema, no obstante los continuos asaltos del anti-Sistema, venció, vence y vencerá siempre, por ser el más fuerte.

Este es el significado de todo lo que existe alrededor de nosotros, de todo lo que nosotros mismos vivimos. Y cuando el hombre peca, se coloca en el campo del anti-Sistema, a merced de sus fuerzas, de las cuales lo único que puede esperar es dolor. Cada vez que practicamos el mal, renovamos la primera rebelión con sus consecuencias. Y tenemos que ascender hasta que nos equilibremos nuevamente con la Ley, reingresando en el orden, por haber seguido sus normas de armonía y de amor.

Solamente el hombre que sabe todo esto, comprendiendo la vida, se orienta en el Todo, dejando de ser un ciego entregado a fuerzas ignoradas, tornándose en señor de sí mismo y de su destino.

## VISIÓN-SÍNTESIS

Antes de dejar definitivamente este argumento, hagamos un resumen completo, a fin de que quede completamente claro nuestro pensamiento en una visión de conjunto, en un panorama sintético, comenzando desde el principio.

Ya vimos los tres aspectos de la Sustancia o tres momentos de la Trinidad de Dios, vale decir: 1.) El Espíritu, la concepción; 2.) El Padre, el Verbo, la acción; 3.) El Hijo, la criatura. Todos son el mismo Dios siempre en sus tres momentos. En el primer momento la creación es concebida; en el segundo, ejecutada; en el tercero, terminada. En este tercer momento, el incendio del todo el “Ser” se ha como dividido en infinitas chispas: las criaturas. Debemos recurrir a estas representaciones antropomórficas para hacer imaginable el proceso. Lo que nosotros, hijos de lo relativo en el espacio-tiempo nos representamos como una división, ocurrió por Amor, que es el divino principio de la Creación. Ya vimos al comienzo (cap. IV) que fue sólo y exclusivamente en este principio de Amor que se basó la creación, y al él se pueden reducir todos los demás, que no son más que su derivado. Por “Creación” entendemos aquí la originaria de los espíritus perfectos, y no la nuestra actual que es su deformación. En aquella primera creación “perfecta”, las criaturas, chispas en las cuales el incendio divino se ha dividido por Amor (Creación), continuó siendo “Uno” al estar fundido en un solo organismo unitario, Dios, que se dividió para dar por Amor el “ser” a las criaturas espirituales, pero se dividió únicamente en su interior, permaneciendo como un Todo orgánico, Uno e indivisible, del cual las criaturas espirituales perfectas forman parte.

Hasta aquí la unidad del Dios trino en sus tres aspectos está intacta. La creación puramente espiritual ocurrió en su seno, en el Todo-Uno y en él permanece. Dios se quiso multiplicar en infinitos seres, permaneciendo “Uno”. Con todo esto las concepciones antropomórficas, relativas a nuestra posición humana que es completamente distinta, no tiene nada que hacer y obstaculizan en vez de facilitar la comprensión. En otros términos, podemos imaginarnos ese proceso creativo como una íntima elaboración por la cual un Dios uniforme, indistinto, se transforma en un organismo que, siguiendo siendo “Uno”, en su íntimo se ha diferenciado en elementos distintos, pero tan exactamente coordinados en jerarquías y funciones, que refuerzan en vez de destruir la originaria unidad de Dios. Podemos imaginarnos ese proceso creativo como un paso, en el seno de Dios, de un estado homogéneo y simple del Todo, a un estado diferenciado y orgánico, hecho del cual deriva la estructura orgánica del Sistema, que vimos que conserva este tipo de esquema en todas las individualidades menores.

Esta primera creación puramente espiritual, consistió, pues, precisamente, en un transformarse del Todo a Sistema orgánico y jerárquico, principio estructural que después cada ser repite, principio del cual él nos pone la prueba delante de nuestros ojos, demostrándonos también que cada ser está hecho a imagen y semejanza de Dios. Pero la estructura orgánica y jerárquica de la creación originaria no es probada solamente por la estructura semejante que cada individualidad del ser en lo pequeño repite, sino también por el hecho de que en las antípodas, el anti-Sistema en que todo se ha invertido, tiene precisamente en lo más profundo de su derrumbe, las características del caos. Sólo así éste se explica, cual polo opuesto del estado orgánico-jerárquico del originario Sistema íntegro.

Esta trinidad comprende, entonces, en sí, esta primera creación perfecta de puros espíritus existentes en el seno de Dios. De ésta Cristo forma parte. En este sentido es comprensible cómo él sea el Hijo, y la tercera persona o momento de la Trinidad. Únicamente así es comprensible cómo él sea Dios y uno con el Padre, que es el Verbo creador, la acción a la cual el Hijo debe ser génesis.

Hasta aquí, tenemos entonces: En un primer momento el Espíritu ha concebido y pensado; en un segundo momento el Padre o Verbo ha actuado, creado; en un tercer momento el Hijo, interna multiplicación por Amor del Dios indistinto, tiene su existencia. Pero todo ocurre siempre en el seno de Dios, siguiendo siendo “Uno”, el Todo, intacto. El continuo referirse de Cristo al Padre con sentido de unidad, el volver a su seno después de su descenso a la Tierra, nos dicen que los espíritus perfectos están siempre en Dios, en su tercer aspecto de Hijo. Hasta aquí todo es Dios y perfecto. Así Cristo es el espíritu perfecto, es Dios, incluso si es el Hijo; el tercer aspecto o momento.

\* \* \*

En este punto ocurre un hecho nuevo, ya descrito arriba, debido al mal uso que la criatura hace de su libertad; ocurre la caída de los ángeles. Parte de los espíritus se rebela al Sistema. Nuestro universo no es la creación, sino que es el derrumbe de la Creación que fue espiritual y que de esta manera se hizo material; dicha creación espiritual fue de carácter infinito y de esta forma decayó en la involución de cada vez más limitadas dimensiones. Comprendamos bien este concepto, pues que él puede parecer contradictorio con lo que dijimos al final del cap. XIII: “In Principio Erat Verbum”. La primera creación, la verdadera, perfecta obra de Dios, fue la espiritual. Esta nuestra, material, es una posterior falsificación imperfecta suya. En ella la mencionada originaria Trinidad, en cuyos tres momentos, Dios sigue siendo “Uno” como ya dijimos, se invierte en unidad fragmentada cuyos tres momentos: 1.) la concepción, 2.) la acción, 3.) la criatura, se dividen en un sucesivo devenir primero



involutivo (espíritu, energía, materia), para después recomponerse en el devenir evolutivo: materia, energía, espíritu. (Para nosotros, seres decaídos, el espíritu es también el punto de llegada. Por eso lo concebimos de último en la Trinidad). Sólo en este punto podemos llegar a comprender el origen y el significado de las tres formas,  $\alpha$ ,  $\beta$ ,  $\gamma$ , expuestas en “*La Gran Síntesis*”. Ellas, de hecho, no son más que una posición invertida y decaída de la primera originaria Trinidad perfecta. En este capítulo hablamos de la primera creación y también de la segunda, es decir, una falsificación por el derrumbe del Sistema después de la rebelión, cuando al final del cap. XIII: “In Principio Erat Verbum”, vimos en esto distinguirse el Dios-Uno en tres momentos sucesivos, su cósmico sacrificio que lo hace por amor a la criatura, en ella y con ella, precipitarse en su nuevo aspecto de inmanencia, a las antípodas de su originaria trascendencia.

Es así que hasta en nuestro universo, el originario sistema “Uno” de la Trinidad se proyecta, conservando su esquema originario, pero en forma contrahecha e invertida, como contraído en el sistema dividido y progresivo que en “*La Gran Síntesis*” fue expresado, según “La Gran Ecuación de la Sustancia”, por la fórmula:  $\omega = \alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma \rightarrow \beta \rightarrow \alpha$ , que expresa el inmenso respiro del devenir del universo. Solamente aquí podemos exponer todo esto, habiendo madurado estos conceptos. Y sólo ahora podemos comprender el verdadero valor dado a la palabra “Trinidad” (es decir,  $\alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma$ ) en “*La Gran Síntesis*” donde  $\alpha$ ,  $\beta$ ,  $\gamma$ , representan la proyección invertida en el anti-Sistema, por lo tanto dividida en tres momentos distintos, de la Trinidad Una del Sistema íntegro.

Así se derrumbaron también las crispas rebeldes de Dios desde la creación de origen, y ahora continúan animando la creación corrupta. Vale decir, se derrumbó en parte también el tercer aspecto, el Hijo, ahora no ya incorrupto, Uno con el Padre, sino junto a las criaturas decaídas; un momento desde entonces dividido que, con la ayuda de Cristo en la Tierra, el propio Hijo de Dios, se esfuerza y sufre para volver a ascender a la antigua perfección, como nos indica la cruz del Gólgota. De esta manera se comprende cómo Cristo, el Hijo, uno de los espíritus perfectos, todos son el Hijo, siendo uno con Dios, haya querido fundirse precisamente en el dolor humano, encarnándose en la terrestre criatura imperfecta, es decir, en el Hijo, aquí ya no incorrupto, Uno con el Padre, sino separado de él, en la humanidad de seres decaídos, exiliados en la materia. Correspondía no al “Espíritu Santo” o al “Padre” sino al Hijo perfecto socorrer al Hijo imperfecto, criatura decaída, pero siempre criatura hermana.

Por esta razón Cristo nos enseñó a orar: “Padre Nuestro”, mientras que él decía: “Padre Mío”, con la misma palabra que expresa la misma relación de filiación delante del Padre común, por el cual todos fueron generados. De esta manera el Hijo perfecto, sin culpa, quiso permanecer hermano del hijo decaído, para redimirlo y hacerlo volver a la antigua perfección.

Esto implica la inmanencia de Dios también en todo el universo, que debe ser dirigido y redimido por una encarnación mucho más amplia que la de un solo espíritu perfecto a favor de una sola humanidad, es decir, encarnación de todo el Hijo (tercera persona de la Trinidad-Una, constituida por los espíritus perfectos del sistema íntegro) para la salvación de todo el Hijo (tercera persona de la Trinidad fragmentada, constituida por los espíritus imperfectos, las criaturas del sistema derrumbarlo; de modo que el universo puede así ascender como Hijo, tercer aspecto, desde el estado de Hijo decaído e imperfecto, al originario estado de perfección, es decir, desde el estado de Hijo Uno con Dios.

\* \* \*

Descendamos ahora a nuestro universo. Él, en sentido absoluto, no es el Todo, porque más allá de él existe Dios, como ya dijimos arriba, en sus tres aspectos. Se trata aquí de un organismo imperfecto en el seno de un más grande y perfecto organismo, el Todo-Uno-Dios. Se trata de una unidad dividida, enferma, de una creación contorcida, corrupta, derrumbada en la forma-materia; una creación contraída por involución y que por evolución debe volver a expandirse hasta Dios, del cual trató de apartarse. Aquí la originaria chispa espiritual está envuelta en las tinieblas de la forma-materia, de la cual evolucionando ella debe resurgir, liberándose.

Sólo así se puede comprender nuestro universo como una contracción de  $\alpha \rightarrow \beta \rightarrow \gamma$ , en el cual el estado cinético ondulatorio de la energía se ha aprisionado encerrándose en sí mismo, en el estado cinético vortiginoso generando la materia, concentración del espacio-fluido-dinámico. De esta manera ocurrió el derrumbe de las dimensiones de las cuales nació primero el tiempo y después el espacio, que se contrajo hasta el punto. Los fenómenos de nuestro mundo, aquellos que la ciencia objetiva toma como base y que cree es la verdad, son posiciones contraídas, involucionadas, contorcidas y falsas de la verdad, la cual está sólo en el espíritu, en estado perfecto en Dios. Lo que la ciencia estudia es el universo derrumbado en dimensiones involucionadas, es un estado particular contraído del "ser" decaído. El basarse en lo concreto como sobre una seguridad objetiva, representa una fase espiritual involucionada que solamente sabe concebir en función de las ilusiones de los sentidos, ahondando por lo tanto en los planos más bajos de la vida, en los planos satánicos. Y esta es la razón por la cual la ciencia queda encerrada en el análisis y en lo relativo y es por su naturaleza impotente para alcanzar las grandes síntesis universales, dado su método de orientación. Encerrada con su positivismo en este universo, la ciencia no podrá jamás, sin el relámpago intuitivo que le revele los conceptos para ella inalcanzables, comprender y admitir que el mundo que ella acepta como verdadero, no es más que un mundo invertido y negativo. Sin las grandes orientaciones, que se alcanzan solamente por intuición, ella andará a tientas siempre en la oscuridad.

Sólo así es lógicamente comprensible. El egoísmo representa la construcción del Sistema que desde lo infinito se fragmenta en lo finito, en partes cada vez más separadas, aisladas, es decir, egoístas, cuanto más hacia Satanás él se hunde con el derrumbe. Los espíritus no rebeldes siguieron siendo perfectos, permanecieron fusionados en unidad con Dios. Los espíritus rebeldes rompieron esta unidad en innumerables “yo” separados, hasta Satanás que, en el polo opuesto de Dios (dualismo), representa la máxima contracción del ser en el egoísmo separatista. Y el retorno a Dios es dado por el alejarse de Satanás en dirección opuesta, expandiéndose en altruismo.

La prisión en la cual se derrumbó el espíritu del hombre es su cuerpo. Para volver a ascender hasta Dios, el espíritu del hombre debe consumir en el dolor este su involucro, hecho de carne-materia, que es su animalidad, su parte inferior que pertenece a los planos más involucionados de existencia. Nosotros tenemos vergüenza de nuestra desnudez, porque ella descubre nuestra animalidad que nos hace semejantes a las bestias y la cubrimos para ascender e idealizar nuestra miseria. Hay lucha entre esta animalidad que en el camino evolutivo está en la cola, y el espíritu que es la cabeza. El dolor es el esfuerzo de la ascensión que desemboca en la liberación del espíritu. Sin embargo, a la animalidad se le concede un poco de placer, necesario para inducir a la carne a vivir. Y su vida es necesaria para que se pueda soportar este dolor creativo. Sin este mínimo de placer (comida para la nutrición y sexo para la reproducción), la carne se rehusaría a vivir y no podría, entonces, ejecutar esa necesidad de sufrir. Dejemos, pues, que los ingenuos creen que vivir es alegría y dar la vida, es dar alegría. No. La vida es dolor. Su primer objetivo es evolucionar, por lo tanto ella es sufrimiento, aunque sea para conquistar la felicidad. Solamente es necesario vivir, porque es necesario sufrir. Entre padres e hijos solo existe un rasgo de unión: el dolor humano común. Al cuerpo le son concedidas algunas alegrías sólo para inducirlo a vivir y a sufrir; y los ingenuos, que no han comprendido la estructura del Sistema, creen que se puede basar en ellas una felicidad. ¡Ilusos! Los placeres tan codiciados en la Tierra, por los cuales tanto se lucha, son por su naturaleza limitados a lo que es suficiente para hacer vivir para sufrir, lo cual parece una traición. Pero como el objetivo es evolucionar y con esto reconquistar la felicidad perdida, deja de ser una traición. En esto podemos ver, cuánto optimismo hay en lo hondo de nuestro pesimismo.

Haciendo los totales del cálculo utilitario de las consecuencias de todo esto en relación al hombre, podemos decir que, si la posición de la criatura en un universo derrumbado es muy dura porque su destino es dolor en el obligatorio esfuerzo de evolucionar para redimirse, sin embargo, por más decaída que ella esté, le queda siempre el don supremo de la existencia, que a pesar de todo le queda intacto, y la libertad de aceptarlo o no. En su dolor ella no solamente es siempre asistida por aquel Amor que se mantiene siempre como divino principio del ser, sino que ello puede rehusarse, si quiere, a existir. Pero ciertamente, este rechazo le costaría aquello que llaman infierno, vale decir, tanto dolor,

alejándose cada vez más de Dios y precipitándose cada vez más en el mal, que le convendría siempre invertir la ruta y retomar el esfuerzo de la ascensión. Sin embargo, le queda también la evasión al existir precipitándose en la nada, aunque no le convenga. Mas a la criatura le queda algo mejor que esta libertad de escogencia, y es el mencionado don de la existencia. Don que es algo grande, porque si a causa de la rebelión y del derrumbe hoy solamente significa dolor, él sin embargo implica la posibilidad de la recuperación y representa un absoluto derecho a la alegría. Alegría lejana, pero derecho inalienable.

He allí la posición del hombre frente a Dios. Ella es lo que es y nadie puede cambiarla, como ella es. El ser es libre y puede escoger. Hay mucho dolor, pero existe la escalera para ascender, mucha ayuda por Amor, mucha felicidad en la cima. Existe también la escalera para descender que nos da una ilusión de escape y que, en cambio, agrava el dolor hasta el infinito dolor de la anulación. (Solamente en este sentido se puede hablar de infierno eterno).

Quisimos de este modo esclarecer mejor y resumir nuestro pensamiento sobre el tema de este nuestro libro “*Dios y Universo*”, en un cuadro sintético que va de Dios al hombre, en una última síntesis que abarca y encuadra en lo infinito “*La Gran Síntesis*”, nuestro primer volumen.

## PIETRO UBALDI Y SU OBRA



A las 08:30 minutos de la noche del 18 de Agosto de 1886, nació Pietro Ubaldi, en Foligno, una pequeña ciudad italiana cerca de Asís. En aquella región impregnada de la espiritualidad de San Francisco, inició su contacto con este mundo, que siempre le pareció muy extraño por el juego desesperado de egoísmos, fruto de la ignorancia general de las leyes de la vida, el cual percibió, desde muy joven.

Ubaldi procuró estudiar esas leyes en los libros. Mas descubrió que ellos poco le ofrecían de la sustancia que en vano procuraba. Se graduó en Derecho en la Universidad de Roma (profesión elegida por sus padres, pero jamás ejercida) y en Música (ofrecimiento, también de sus progenitores), se convirtió en políglota, y hablaba fluidamente, Inglés, Francés, Alemán, Español, Portugués, conocía Latín y Griego.

Era un hombre de una cultura envidiable. Su tesis de grado en la Universidad de Roma, fue sobre la **EXPANSIÓN COLONIAL Y COMERCIAL DE ITALIA HACIA EL BRASIL**, muy alabada por el jurado examinador y publicada en 1911, en un volumen de 266 páginas por la Editora Ermano Loescher & Cia, de Roma, Italia. La escuela secundaria y la universitaria no le auxiliaron en su angustiosa sed de conocimiento. Comenzó entonces un periodo de intenso sufrimiento que fue su contacto con la vida de todos los días, con los hombres de todas partes, lo que constituyó una gran preparación para su espíritu. Había heredado de su padre una gran fortuna que no quiso considerar como suya por no haber sido producto de su esfuerzo personal, y a ella renunció y comenzó a trabajar como profesor de inglés en un colegio estatal en Módice, en Sicilia, después de ser aceptado en concurso público, siendo éste el medio que encontró para su sustento conforme le dictaba su conciencia.



En 1931 tenía 45 años. Se inicia entonces su gigantesco trabajo. Su inspiración alcanza alturas jamás soñadas, dando explicación genérica, sintética y profunda de toda la fenomenología universal, analizando al mismo tiempo y objetivamente, su evolución y la de toda la humanidad a través de 24 libros escritos que constituyen La Obra. Sus libros van siendo esparcidos por toda Italia, pero poco después, la guerra por un lado

y la mentalidad europea con su conocida tendencia a la cristalización (saturada de culturas seculares) no parecía ser el terreno apropiado para esta novedosa semilla que fructificaría en el espíritu humano a través del tiempo. En el verano italiano de 1932, comenzó a escribir *La Gran Síntesis*, concluida el 23 de Agosto de 1935 a las 23:00, hora de Roma. Este libro, con cien capítulos, escrito en cuatro veranos sucesivos, fue traducido a varios idiomas. Solamente en Brasil ya alcanzó veinte ediciones y otras realizadas en Uruguay, México, Argentina, Italia y Venezuela. Otros volúmenes, verdaderos manantiales de sabiduría cristiana, surgieron en los años siguientes, completando los diez libros escritos en Italia. Esta parte de La Obra está compuesta de:

*Grandes Mensajes*

*La Gran Síntesis*

*Las Noúres*

*Ascensión Mística*

*Historia de un Hombre*

*Fragmentos de Pensamiento y de Pasión*

*La Nueva Civilización del Tercer Milenio*

*Problemas del Futuro*

*Ascensiones Humanas*

*Dios y Universo*



En 1951 Pietro Ubaldi realizó su primer viaje a Brasil, invitado a realizar una serie de conferencias por todo el país. Finalmente, en Diciembre de 1952, se instaló definitivamente en tierras brasileñas, escogiendo su domicilio en San Vicente, “célula mater” de Brasil, en el estado de Sao Paulo. En 1953, retornó a su misión apostolar, y continuó la recepción de los libros y recibió el

último mensaje, “Mensaje de la Nueva Era”, del Libro *Grandes Mensajes*. Dos años después se mudó con su familia al edificio “Nueva Era” (pura coincidencia, nada tiene que ver con el mensaje mencionado anteriormente), donde completó su misión, la segunda parte de La Obra, llamada Brasileña, porque fue escrita en Brasil. Allí desencarnó a los treinta minutos del 29 de Febrero de 1972, después de concluir su último libro (24º): *Cristo*. Ambos acontecimientos fueron previstos en su libro *Profecías*, escrito con 16 años de anticipación. Ubaldi considera que Brasil es realmente el país más propicio para el gran movimiento de transformación de la Tierra, rumbo a la nueva civilización del tercer milenio. Los catorce volúmenes escritos en Brasil son:

*Profecías*

*Comentarios*

*Problemas Actuales*

*El Sistema*  
*La Gran Batalla*  
*Evolución y Evangelio*  
*La Ley de Dios*  
*La Técnica Funcional de la Ley de Dios*  
*Caída Y Salvación*  
*Principios de Una Nueva Ética*  
*El Descenso de los Ideales*  
*Un Destino Siguiendo a Cristo*  
*Pensamientos*  
*Cristo*

Escritores católicos, espiritualistas, espiritistas, filósofos, poetas y científicos rindieron homenaje a Pietro Ubaldi y a su Obra. Entre ellos: Ernesto Bozzano, Marc'Antonio Bragadim, Antonio D'Alia, Gino Trespioli, Paolo Zoster, Enrico Fermi, Ricardo Pieracci, Franco Lanari, Paola Giovetti, Moris Ulianich, Antonio Pieretti, Monseñor Mario Canciani, Cura Anthony Elenjimitam, Dario Schena Sterza, Cura Ulderico Pasquale Magni, Albert Einstein, Isabel Emerson, Gaetano Blasi, Maurice Schaerer, Humberto Mariotti, F. Villa Guillon Ribeiro, Carlos Torres Pastorino, Canuto de Abreu, Clóvis Tavares, Medeiros Corrêa Júnior, Monteiro Lobato, Rubens C. Romanelli, Emmanuel, Augusto dos Anjos, Cruz e Souza, etc..



Después de analizada su Obra, se puede constatar la magnitud y el interés palpitante que ella encierra para la humanidad de nuestros días. Pietro Ubaldi nunca pretendió hacer prosélitos, formar grupos o desencadenar luchas ideológicas. Insistiendo en estos puntos, declara en sus libros que el único propósito es hacer el bien y contribuir para que este mundo alcance, cuanto antes, su madurez espiritual.